

# Desafíos comunes

## Retrato de la sociedad chilena y sus individuos

**Tomo I**

SERIE INDIVIDUO Y CIENCIAS SOCIALES

**Kathya Araujo / Danilo Martuccelli**

*Sociología*

CIENCIAS  
HUMANAS



## Indice

[Agradecimientos](#)

[Introducción](#)

[Parte 1](#)

[La condición histórica](#)

[¿Existe el homo neoliberal?](#)

[La democracia y la otra revolución](#)

[Parte 2](#)

[Posiciones y temporalidades](#)

[Inconsistencias posicionales](#)

[Desequilibrios temporales](#)

[Notas](#)

[Bibliografía](#)

[Anexo. Lista de entrevistados](#)

# Desafíos comunes

## Retrato de la sociedad chilena y sus individuos

**Tomo I**

SERIE INDIVIDUO Y CIENCIAS SOCIALES

Kathya Araujo / Danilo Martuccelli

*Sociología*

CIENCIAS  
HUMANAS



# **LOM** PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA **SOL**

© **LOM Ediciones**

Primera edición, 2012

**ISBN:** 978-956-00-0328-7

Diseño de portada: Catalina Marchant V.

**Diseño, Composición y Diagramación**

LOM Ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

**Fono:** (56-2) 2688 52 73 • **Fax:** (56-2) 2696 63 88

*www.lom.cl*

*lom@lom.cl*

Kathya Araujo / Danilo Martuccelli

**Desafíos comunes**  
**Retrato de la sociedad chilena**  
**y sus individuos**

Tomo I

Neoliberalismo, democratización y lazo social



## Agradecimientos

La investigación sobre la que se basa este libro fue efectuada en el marco del proyecto Fondecyt nº 1085006, “Procesos de individuación y configuración de sujeto en la sociedad chilena actual”. Nuestro sincero agradecimiento a este apoyo, sin el cual este estudio no habría jamás existido. Además del financiamiento ya mencionado, esta investigación, dada la magnitud del trabajo efectuado, requirió de otras fuentes de apoyo. Para empezar, pero de manera fundamental, el universo de trabajo y de conversación informal del que cada uno de nosotros goza en sus universidades respectivas: la Universidad Academia de Humanismo Cristiano para Kathya Araujo; la Université de Lille 3 y luego la Université Paris Descartes, para Danilo Martuccelli. Un reconocimiento especial nos merece la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Ella acogió el proyecto mencionado y entregó su sostén decidido e incondicional para facilitar cada una y todas las etapas de este estudio y la realización de este libro. Resultó invaluable para la tarea emprendida la atmósfera de libertad intelectual que la caracteriza, el respeto por la temporalidad de la producción de conocimientos y la generosidad del soporte institucional para las búsquedas, muchas veces inciertas, que la tarea de investigación supone.

Pero esta investigación no habría sido tampoco posible sin el concurso de varios jóvenes investigadores que nos acompañaron a título diverso en esta aventura. Nuestro reconocimiento va en primer lugar a Mariana Valenzuela, sin cuya seriedad muchas de las cosas que hicimos, en los plazos en los que las hicimos, habrían sido imposibles. Su participación, en compañía de uno u otro de nosotros, en muchas entrevistas fue siempre un aporte importante para la investigación, así como el trabajo de campo que realizó en Valparaíso. Agradecemos, también, a Nelson Beyer, por acompañarnos en algunos tramos de la investigación y por su trabajo de entrevistas en Concepción y Valparaíso. No podemos no tener un pensamiento afectuoso para María

Elena Fuentes y Guacolda Rojas, quienes con su permanente disposición desde lo que entonces era el Programa de Estudios de Género y Sociedad (Progénero), nos apoyaron en todo momento.

En este proyecto se enmarcaron las tesis de magíster de Javier Hidalgo, Carolina Könn, Myriam Jara, Mariana Valenzuela y la de grado de Daniel Lorca. Las reuniones quincenales de tesistas, en las que participaron algunos otros jóvenes estudiantes, fueron un espacio de conversación estimulante y renovadora.

A lo que nos aportaron estos trabajos quisiéramos aunar, asimismo, lo ganado en las discusiones informales que durante estos años hemos podido tener con otras personas; en particular, Javier Agüero y Sebastián Seguí y los estudiantes del seminario de Kathya Araujo en el doctorado de Estudios Americanos de la Universidad de Santiago de Chile. No olvidamos, por supuesto, lo enriquecedor de los comentarios de distintos colegas recibidos en las presentaciones de los primeros resultados realizadas tanto en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano como en la Universidad de Lille 3 y de Paris Descartes.

Esta investigación fue, además, enriquecida por la beca de investigación que le fue otorgada a Kathya Araujo por la Fundación Alexander von Humboldt, la que fue realizada al alero y generosidad de los colegas del Instituto Latinoamericano de la Universidad Libre de Berlín. Por último, este trabajo fue alimentado por las estadías que, como profesor invitado, pudo realizar en Chile en los últimos años uno de nosotros –Danilo Martuccelli–, en la Universidad Diego Portales, en la Universidad Alberto Hurtado y en la Universidad de Chile.

Finalmente, un agradecimiento particular, con la calidez y cercanía que dan los años, a Silvia Aguilera y Paulo Slachevsky, de LOM, por su entusiasmo, estímulo y paciencia con este y otros proyectos editoriales que fueron produciéndose alrededor de este trabajo.

Esta investigación ha movilizó durante casi cuatro años a un gran número de personas. Pensamos, sobre todo, en el casi centenar de ellas que consintieron en darnos una entrevista, que nos acogieron en sus casas o en sus centros de trabajo, y que nos hablaron, con total libertad, de sus vidas e inquietudes. Por evidentes razones de anonimato, sus nombres no están aquí consignados. Pero que todas y cada una de ellas sepan que nuestra gratitud por su tiempo, su sinceridad y su sabiduría ha tomado la forma de

este libro. Ojalá no se sientan defraudadas.

## Introducción

¿Por qué se trabaja tanto en Chile? ¿De qué manera el mérito se ha convertido en un problema de justicia? ¿Cómo entender que nadie se sienta seguro en su posición social? ¿A qué se debe que el “chaqueteo” esté tan expandido? ¿Qué explica la desilusión con la política? ¿Por qué se está siempre agobiado por el tiempo? ¿Cómo se vive la resaca del crédito fácil? ¿Qué hace tan difícil ser pareja? ¿Cuándo se perdió el sentido de lo público?

Este libro busca entregarle al lector o lectora un conjunto de herramientas que le permitan responder a éstas y otras preguntas, entender mejor la sociedad en la que vive, así como las maneras en que habita lo social. Para lograrlo, nos hemos propuesto desarrollar un modo de comprensión de la vida colectiva que asume como exigencia primordial la necesidad de producir una *sociología para los individuos*. Pocos objetivos, creemos, son hoy más urgentes que éste en las ciencias sociales. ¿Por qué? Porque es indispensable que ellas salgan del enclaustramiento en que recalaron al haber privilegiado como espacio de interlocución a la academia o al mundo gubernamental y la clase política. Porque es más que urgente que el diálogo sea con aquellos, los auténticamente concernidos. Porque lo que enfrentamos hoy es la expansión de una nueva sensibilidad social. Una sensibilidad que hace que sea cada vez más en referencia a sus propias experiencias que lo social obtiene o no sentido para los individuos (Martuccelli, 2007b; Araujo, 2009a).

Una sociología para los individuos, ése es nuestro intento, es aquella que se propone cernir lo que incita a los actores, lo que los tensiona, lo que los moviliza. Constituye un esfuerzo por restituir los desafíos ordinarios y las maneras en que son enfrentados por individuos singulares cotidiana y esforzadamente, pero para interpretarlos no como eventos anecdóticos, sino como el testimonio mismo de lo que compartimos y nos entrama como sociedad. O dicho de otro modo, la ambición última de una tal sociología es

recordar, otra vez, que las vivencias particulares son retos compartidos resultado de las lógicas y formas de estructuración que tiene la sociedad en el momento histórico en el que se la habita.

Para hacerlo, para mantener viva esta sensibilidad sociológica, es necesario, hoy como ayer, reflexionar sobre las fuerzas sociales que generan los desafíos que los actores se esfuerzan, sin desmayo, por resolver. Una perspectiva que requiere comprender la interacción permanente entre las vidas cotidianas y los procesos estructurales. *Una* sociología que solo es posible gracias a un trabajo de imaginación permanente que permita comprender por qué ciertos problemas sociales son importantes en un momento dado y cómo las estructuras modelan a través de ellos nuestras vidas. Este estudio, así y como lo veremos, se inscribe en la descendencia de lo que Charles Wright Mills (2000) llamó, en 1959, la imaginación sociológica, una modalidad de inteligencia específica a las ciencias sociales que busca establecer un vínculo entre las inquietudes personales y los problemas públicos; un ensayo por comprender la historia y la sociedad en función de las significaciones que revisten para la vida de los individuos.<sup>1</sup>

Chile: hacia un diagnóstico de época

Hace casi cuarenta años Chile fue el primer laboratorio mundial de un proyecto político, económico y social que terminó llamándose el neoliberalismo. La comprensión de lo que es la vida social hoy en Chile resulta, con certeza, indisociable de esta realidad. Ciertamente, este consenso no debe llevar a desconocer la oposición que existe entre las interpretaciones, desde los apologetas hasta los críticos, según que se valore o no el triunfo de la lógica del mercado sobre el antiguo modelo Estado-céntrico o sobre el modelo nacional popular (Góngora, 1981; Garretón, 2000); la expansión desenfrenada del consumo y el declive de la solidaridad pública (Moulian, 1998a); la atomización creciente de los actores y la nostalgia por un nosotros comunitario (Bengoa, 1997; PNUD, 2002); el tránsito hacia una sociedad que se americanizó a medida que se desafrancesaba (Tironi, 2006) o el ingreso definitivo del país en el círculo virtuoso de la diferenciación funcional, el desarrollo, la modernidad (Cousiño y Valenzuela, 1994; Boeninger, 1997; Toloza y Lahera, 1998; Mascareño, 2010).

Todos estos razonamientos, los que iremos presentando y discutiendo progresivamente en este libro, comparten, más allá de sus innegables

diferencias, una intuición común. Tras esta mutación se habría consolidado en Chile un tipo particular de individualidad, un *Homo neoliberal*, cuya conducta e intenciones estarían definitiva y globalmente marcadas por la lógica de la sociedad neoliberal. En esta interpretación, sin que se niegue la especificidad de la sociedad chilena, ésta se lee, finalmente, en resonancia con otras experiencias nacionales. También los chilenos estarían aquejados por el consumismo, el híper-individualismo, la mercantilización de la vida, el cinismo manipulador, la incapacidad para expresar sus sentimientos o el miedo,<sup>2</sup> aspectos que son todos ellos percibidos, como ayer lo fueron la anomia, la alienación, la ansiedad, la frustración o la pérdida del sentido, como una consecuencia del triunfo unilateral de la racionalización. En verdad, de lo que es considerado como la variante actual del capitalismo: el neoliberalismo.

Un tipo de interpretación “desde arriba”, y alrededor de lecturas que privilegian lo político y lo estructural, ha sido, y es, sin lugar a dudas, el *humus* dominante en Chile. Ya sea que se privilegien los fenómenos económicos, la matriz sociopolítica, la luchas de clases u otras formas de movilización colectiva, el tipo de diferenciación funcional, el sistema político o la identidad cultural, en la mayor parte de estas representaciones lo que se ha tendido a buscar es una lógica explicativa global y central. Sea que estos trabajos hayan tomado o no la forma explícita de una teoría de la sociedad en el sentido fuerte del término, las principales transformaciones sociales y los principales rasgos de los actores se han tendido a entender en referencia a una totalidad de la cual extraen lo esencial de su comprensión. Es esto lo que permite postular en buena parte de los casos una jerarquía entre niveles “superiores” e “inferiores”, entre fenómenos “centrales” y “periféricos”, entre las “estructuras” y los “agentes”. “Arriba”: los problemas serios –tarde o temprano, en el marco de las ciencias sociales, de índole político–; “abajo”: las cuestiones insignificantes –siempre, tarde o temprano, en la mirada sociológica, los asuntos cotidianos y domésticos–. La sociología es concebida como un juego para y entre personas serias. En este registro no tiene sentido, por supuesto, detenerse en los individuos y sus devaneos.

Para este tipo de interpretaciones el movimiento de análisis es unilateral y descendente. Es partiendo de una caracterización global sobre la sociedad como se describen los individuos y sus experiencias.

ES AQUÍ QUE NUESTRO TRABAJO DIVERGE. Los individuos que conforman la sociedad chilena no son individuos neoliberales. Las cosas, como lo iremos viendo, se revelan infinitamente más complicadas que lo previsto. Cualquiera que sea el peso del neoliberalismo, y la indudable especificidad de este momento histórico singular, su realidad es insuficiente para caracterizar el tipo de individuo que se produce en la sociedad chilena hoy. No solamente porque dada su diferenciación social los distintos ámbitos difieren entre sí, y están, por ende, sometidos a cambios estructurales que no pueden reducirse al solo advenimiento de la lógica neoliberal, sino, también, porque leída desde las experiencias individuales, la vida es simplemente más heterogénea, más ambivalente, más abierta. Una concepción de la sociedad como articulación entre una coalición dominante, un modo de desarrollo, una matriz sociopolítica y un tipo de individualidad, resulta, por lo menos, parcial. En breve: desde los individuos, el neoliberalismo es más un momento histórico que un modelo de sociedad.

Para aprehender la realidad chilena contemporánea es imperioso tener en cuenta muchos otros cambios. Para empezar, privilegiar otra gran fuente de transformación. Una que no es sino muy parcialmente complementaria con los cambios inducidos desde el neoliberalismo: una revolución de los anhelos de igualdad que, bajo la forma de exigencias crecientes de horizontalidad, se observa tanto en los intercambios interpersonales como en la relación con las instituciones. Es la dialéctica entre estos dos cambios, y la pluralidad de sus declinaciones, lo que nos parece central a la hora de caracterizar lo propio de la condición histórica de la sociedad chilena contemporánea. En los distintos ámbitos que abordaremos, pero siempre a través de difracciones peculiares, veremos en acción la tensión entre estas dos fuerzas: por un lado, una revolución neoliberal incompleta, y por el otro, una revolución democratizadora inacabada. Nada de sorprendente en ello: como tantas otras sociedades, también la sociedad chilena puede describirse, a un cierto nivel de abstracción, a través de una articulación específica entre capitalismo y democracia.

Este diagnóstico tiene una consecuencia principal. La sociedad chilena actual es una sociedad en la cual muchos de sus desafíos, sin menoscabo de la fuerza efectiva tanto del neoliberalismo como del anhelo democratizador, no pueden más ser definidos “desde arriba”. Para dar cuenta de estos desafíos es preciso describir el sinnúmero de formas por las que esta tensión

se declina y transforma en las diversas experiencias sociales. La unidad del análisis sociológico debe pues buscarse “desde abajo”, en las maneras concretas como esta tensión se declina en los diferentes dominios, articulándose en pruebas con orientaciones sociales y culturales específicas, y, por ende, a través de los múltiples rostros con los que se presenta a los actores. Solo así es posible dar cuenta de la manera cómo los individuos habitan lo social, y responder al reto de la imaginación sociológica enhebrando las interpretaciones históricas con las experiencias subjetivas. Ahora bien, si aprehender la naturaleza del lazo entre la historia colectiva y la vida personal fue lo que llevó a Mills a privilegiar, ayer, el trabajo de socialización y la noción de personalidad, es esta misma preocupación la que nos lleva hoy a privilegiar la noción de prueba y el trabajo de los individuos.

### Las pruebas y el trabajo de los individuos

En la tradición sociológica una entrada para articular experiencias personales y cambios macroestructurales ha sido la de la individuación. Esta perspectiva agrupa autores diversos con propuestas teóricas muchas veces disímiles pero que tienen un punto en común: interrogarse por el tipo de individuo que es estructuralmente producido por una sociedad en un período histórico.<sup>3</sup> Es ésta una inquietud que tiene una larga tradición. En efecto, en la sociología clásica pocos procesos sociales fueron movilizados con tanto ahínco como el intento de dar cuenta de la emergencia del individuo. La tesis central desarrollada en este contexto ha sido que el individuo resulta del grado de diferenciación social alcanzado por una colectividad. El razonamiento ha pasado a ser canónico: a una sociedad homogénea, poco diferenciada, con escasos círculos sociales, corresponde un actor débilmente singularizado (sometido a la “tradición”), en tanto que una sociedad compleja, altamente diferenciada, produce individuos fuertemente singularizados (el actor de la “modernidad”). O puesto en otros términos, es porque el actor, cada actor, pertenece a una pluralidad de círculos sociales e intercambia con un número cada vez más elevado de personas desconocidas que se consolida, de manera cotidiana, su individualidad. Los factores de individuación, como los llamaba Durkheim, permiten, así, a la vez, comprender de una manera específica una sociedad y dar cuenta de las experiencias efectivas de los individuos. Desde aquí, el individuo es concebido como una consecuencia *estructural* de una sociedad

profundamente diferenciada (Martuccelli, 1999). Esta perspectiva no ha dejado de ser retomada a lo largo del tiempo, como lo muestra por ejemplo, el caso de Wright Mills y su intento por detallar el impacto que *a nivel* de las experiencias individuales, y a partir de la noción de carácter o de personalidad, tienen los grandes cambios macroestructurales,<sup>4</sup> o, más recientemente, los desarrollos en la sociología francesa (Martuccelli, 2007b).

Nuestro abordaje se inserta en la estela de la sociología de la individuación, pero posee algunas diferencias sustanciales con esta tradición.<sup>5</sup> Se inserta en ella, porque estamos interesados por los individuos y su relación con lo macrosocial. Entendemos que los individuos se producen al calor de su encuentro con los condicionantes sociales, y que, en esa medida, ellos son producidos históricamente. Coincidimos con ella en que, por lo tanto, los modos de individuación revelan los rasgos principales de una sociedad en un momento histórico. Se distancia porque, primera razón, lo esencial de la individuación, a nuestro juicio, no es dar ni con una tipología de caracteres morales, psicológicos o existenciales ni con una mera descripción de los efectos que a nivel de los individuos (anomia, alienación, desorientación) produce la vida social. Lo central es *reconstruir el carácter específico de una sociedad histórica a escala de sus individuos*. Esto quiere decir que, si es relevante conocer cómo se producen los individuos al enfrentar los problemas y requerimientos cotidianos y ordinarios –proceso de individuación–, al final del camino, el objetivo es diseñar una cartografía particular, capaz de describir a la sociedad y sus principales problemas, condensándola en un conjunto de grandes pruebas estructurales (por ejemplo, entre otras, la democratización, el trabajo, la posición social o las relaciones con los otros) que se deben enfrentar y en cuyo enfrentamiento se producen los individuos.<sup>6</sup>

Pero nuestra distancia con otras posiciones al interior de la sociología de la individuación tiene un sustento adicional: nuestro rechazo a privilegiar una mirada que busca identificar las particularidades individuales como meras consecuencias estructurales. Como éste y otros de nuestros trabajos lo muestran, los individuos no son efectos directos de sus circunstancias. Sus circunstancias, a fin de cuentas, deben ser entendidas como espacios de juego, cuya elasticidad obliga a reconocer y considerar el trabajo que ellos despliegan. O, para decirlo con las palabras de Sartre (1952: 63), obliga a acercarse a lo que el trabajo de los individuos hace con lo que sus

circunstancias han hecho de ellos. El núcleo duro del trabajo por el cual el individuo, cada individuo, se produce en tanto tal, resulta y se constituye en las encrucijadas –siempre contingentes, nunca completamente azarosas– desde las cuales se enfrentan las pruebas sociales a las que se ven enfrentados (Araujo y Martuccelli, 2010).<sup>7</sup> Los procesos de individuación se definen, así, por una combinación entre la naturaleza estructural de las pruebas que se deben afrontar –una dimensión que subraya nuestra participación en un colectivo social e histórico común–, y el trabajo de los individuos –las maneras en las que cada actor las percibe y las enfrenta singularmente a través, por un lado, de ciertos ideales que lo orientan y, por el otro, por lo que su propia experiencia personal le dice sobre las vías posibles, aconsejables y eficientes para presentarse y conducirse en lo social (Araujo, 2009a).<sup>8</sup>

LA NOCIÓN DE PRUEBA posee ciertas características analíticas distintivas (Martuccelli, 2010b). Las *pruebas* son desafíos *históricos* y *estructurales*, *socialmente* producidos, *culturalmente* representados, *desigualmente* distribuidos, que los individuos –todos y cada uno de ellos– están obligados a enfrentar en el seno de una sociedad.<sup>9</sup> La noción de prueba propone, pues, como tantas otras, una articulación entre los procesos estructurales y las experiencias personales, pero allí donde otras nociones, como, por ejemplo, la teoría de la socialización, buscan establecer vínculos necesarios (y muchas veces incluso inferir conclusiones microsociológicas desde consideraciones macrosociológicas), el estudio por las pruebas deja siempre abierta, y, por ende, problemática, esta relación (Araujo y Martuccelli, 2010). La prueba es una narrativa, una concepción de actor, un modo de selección. Primero, es indisociable de una narrativa particular, puesto que concibe la vida como estando sometida a un conjunto de desafíos. La vida en la sociedad, a través de la narrativa de las pruebas, se vive como una aventura permanente.<sup>10</sup> Segundo, moviliza una concepción particular del individuo: aquel que está estructuralmente obligado a enfrentar estos desafíos. Tercero, las pruebas implican la existencia de un modo de selección que sin invalidar el peso de las posiciones sociales y los diferenciales de oportunidades que les son asociados, subraya la contingencia de los resultados. En relación a todas y cada una de las pruebas, los actores pueden, midiéndose en ellas, “aprobar” o “desaprobar”, “tener

éxito” o “fracasar”. Como en todo desafío, los desenlaces son múltiples.

No obstante, no todo reto que deba enfrentarse (una separación, la vejez, la muerte de un ser querido o la relación entre las generaciones) puede ser considerado una prueba estructural. En efecto, so pena de perder todo valor heurístico, las pruebas no designan cualquier tipo de problema social, vivencial, existencial o personal, sino que circunscriben exclusivamente un conjunto de grandes desafíos *estructurales*, particularmente significativos, en el marco de una sociedad. Para describir el modo de individuación propio de una sociedad es necesario identificar, pues, un número reducido pero especialmente significativo de pruebas. Dicho muy concretamente: describir el conjunto común de pruebas equivale a describir una sociedad histórica en su unidad, pero no en su totalidad.

EL TRABAJO DE LOS INDIVIDUOS alude a las respuestas singulares a estas pruebas comunes, respuestas diferentes que resultan de la pluralidad de posiciones, recursos, estrategias y habilidades que posee cada cual, así como de la contingente articulación que realizan en el marco del encuentro entre sus experiencias sociales y los ideales que los movilizan (Araujo, 2009e). Lo anterior quiere decir que, dada la contingencia, las diferencias se explican en parte, pero solo en parte, por criterios como la posición socio-económica, el género, la edad u otras, y por los recursos a los que es o no posible acceder en función de la pertenencia cruzada a algunas de estas categorías. Pero también implica que no es justo establecer una relación unidireccional entre categoría, recursos y grado de dificultad para enfrentar una prueba. Ciertamente, por ejemplo, las capas medias y altas poseen, por lo general, más recursos que los sectores populares, pero una visión de este tipo es demasiado simple, en el fondo unilateral y excesivamente dependiente de consideraciones socioeconómicas, como para dar cuenta de lo que se juega en estos procesos. La combinación de factores es infinitamente más compleja y la contingencia de la articulación es no calculable, al punto de que frente a ciertos desafíos es preciso invertir el orden habitual de lectura: frente a algunos de ellos, como veremos, los sectores populares tienen más “recursos” que las capas medias y medias altas.<sup>11</sup>

Ahora bien, si los individuos y sus formas de enfrentar las pruebas que les presenta el mundo social en el que viven son un camino para comprender,

sobre otras bases, las estructuras y la historia, ello supone una metodología particular de estudio, y supone, sobre todo, un tipo particular de imaginación.

### Una investigación

La sociología, a menudo sin demasiada reflexión, ha tomado tradicionalmente las fronteras del Estado-nación como la frontera natural de la sociedad. En las últimas décadas, esta posición, a veces caracterizada como nacionalismo metodológico, ha sido cuestionada sobre todo en el marco de la globalización y del cosmopolitismo (Beck, 2004; Chernilo, 2011). Si en este trabajo, y en vistas de nuestro material, hablaremos de la sociedad chilena, ello es así, simplemente, porque las experiencias de los individuos, cualquiera que sea la impronta de los fenómenos globales sobre lo local, se siguen definiendo y percibiendo desde consideraciones esencialmente nacionales. La experiencia individual fue nacionalizada, y sigue siéndolo, de manera decisiva en el transcurso de los últimos siglos.<sup>12</sup>

Sin embargo, afirmar lo anterior no nos lleva a otorgar al tema nacional propiamente dicho una función distintiva en el proceso de individuación. Si la fuerza y el vigor del sentimiento nacional son testimoniados con justicia por varios trabajos, el ser chileno no es una prueba. Entre las dos consideraciones el lazo es evidente: es porque el sentimiento nacional es una evidencia a nivel de las experiencias individuales, se lo asuma o no explícitamente, que la identidad chilena, cualquiera que sea su pluralidad efectiva (Larraín, 2001), no es una prueba. La omnipresencia de la bandera en las movilizaciones colectivas o la emotiva imagen de los 33 mineros cantando el himno nacional, desde los primeros momentos de lo que iba a ser un largo proceso de rescate, da cuenta de esta cuestión: las experiencias individuales deben entenderse desde un marco nacional pero el ser chileno no es, hoy por hoy, a pesar de la transformación observable en su identidad política, una prueba individual. Por el contrario, pero esto es otra cosa, la solidaridad y la sociabilidad interpersonal entre chilenos, ella sí, es un auténtico desafío.

Esta convicción, ampliamente confirmada por nuestros resultados, explica el diseño de nuestra investigación y la metodología empleada. Sin desconocer en ningún momento la evidente heterogeneidad existente entre los individuos (en términos de posiciones sociales, sexo, diversidades

identitarias...), nuestro proyecto apuntó desde su inicio a diagnosticar *un* conjunto común de pruebas al cual todos los individuos se encuentran *desigualmente* enfrentados. Es partiendo de las pruebas, y no de estos otros registros posicionales o identitarios, como interpretamos el material: de allí que a lo largo de toda nuestra investigación solo haremos referencias a estas distinciones (sobre todo posición social, género y edad) cuando las diferencias en el enfrentamiento de las pruebas comunes sean lo suficientemente sensibles como para justificarlo.

Constituimos una muestra cualitativa de casi un centenar de personas entre 30 y 55 años, mitad pertenecientes a lo que puede describirse como capas medias y medias altas (CM), y mitad a los sectores populares (SP);<sup>13</sup> mitad hombres y mitad mujeres (para una presentación detallada de las personas entrevistadas véase el anexo). Lo esencial del trabajo de campo, el que se desarrolló durante un período de más de tres años (desde el 2007 hasta el 2009), se hizo en el Gran Santiago (un total de 80 entrevistas) a las cuales añadimos, como grupo testigo de control, 16 entrevistas en las ciudades de Valparaíso y Concepción. Estas últimas entrevistas no tuvieron por objeto diferenciar variantes regionales del modelo nacional de individuación que hemos establecido, sino, más modestamente, precavernos contra el riesgo de ciertas generalizaciones abusivas. Para utilizar la fórmula consagrada: si nuestros resultados dan cuenta de las grandes pruebas del modo histórico de individuación en curso en la sociedad chilena actual, nada impide que se reconozca la presencia de otras pruebas o que las que hemos construido sean sometidas, ojalá, a revisiones futuras.<sup>14</sup>

LAS NUEVE PRUEBAS QUE HEMOS identificado en el caso de la sociedad chilena resultan de un largo proceso de investigación e interpretación. A diferencia de muchas investigaciones que parten con una delimitación a priori de los perímetros institucionales, las fronteras de clase o los sistemas sociales, nosotros decidimos construir las pruebas inductivamente. Es en función de su intensidad y de su reiteración a nivel de las experiencias individuales como fueron construidas. De allí que, como el lector lo advertirá, a veces las pruebas se definan en consonancia con perímetros institucionales bien establecidos (como el trabajo), pero que muchas otras veces los desafíos sean transversales a los distintos ámbitos sociales (como el mérito), o que una misma institución pueda dar lugar a pruebas disímiles

(como la familia). El contorno de las pruebas no está, pues, dictado por los perímetros de “objetos” sociales reales: las pruebas han sido construidas a partir de su presencia e impacto en la experiencia de los individuos.

Este trabajo de inducción metodológica da lugar, así, gracias a la imaginación sociológica, a un corte analítico particular. Es la experiencia, objetivamente producida y subjetivamente vivida, la que se convierte en el criterio central para distinguir los principales desafíos estructurales, cuestión que reclama una mayor audacia a la hora de retratarlos. ¿Una mayor audacia? Sí, aquella que permite liberar la construcción de los objetos sociológicos y, en primer lugar, la individuación de su dependencia respecto de los ámbitos funcionales de la sociedad. Por lo general, al menos implícitamente, los sociólogos subordinan sus miradas al perímetro funcional de las instituciones o colectivos sociales. Por el contrario, estudiar el proceso de individuación desde y a escala de los actores, obliga a que sea a partir de sus experiencias y de lo que éstas expresan y reflejan como lo más significativo de una estructura social, que se construye el perfil de cada prueba. Vale decir que es solamente a posteriori cómo se establecen las pruebas.

La diversidad de los procedimientos explica que las cartografías que resultan, sin ser necesariamente inconmensurables entre sí, sean, en ocasiones, profundamente diferentes: no se describe de la misma manera una sociedad según que se privilegie el tipo de diferenciación funcional, el sistema político, los conflictos sociales, la modernización cultural o las pruebas. Ninguna de estas miradas agota la riqueza de la vida social, pero cada una de ellas intenta, desde su perspectiva, dar cuenta de ella en su conjunto. En todo caso, esa es la vocación primera de este trabajo.

La imaginación sociológica, tal como la hemos movilizado en esta investigación, la practicamos combinando un trabajo propiamente inductivo con un trabajo sin duda más afirmadamente interpretativo. Si por un lado, por ende, nuestra investigación se emplaza en la descendencia de la *Grounded Theory* (Glaser y Strauss, 1967), y se esforzó constantemente por ello en producir y anclar inductiva y cuidadosamente, desde el material, todos nuestros razonamientos, por el otro lado, y en contra de ciertas derivas positivistas cada vez más presentes en esta perspectiva (y que el uso del programa *InVivo* acentúa), admitimos plenamente lo que de imaginación sociológica hay en nuestras interpretaciones. Hay que reconocer no solo que

entre los hechos y las interpretaciones siempre hay un salto (Kaufmann, 1996), sino que en el caso de un estudio macrosociológico esto obliga a esfuerzos suplementarios de interpretación. En ausencia de este panel de fondo, las pruebas se degradan en experiencias, o sea, no son sino un conjunto dispar de percepciones y expresiones subjetivas. Por el contrario, transitar de las experiencias a las pruebas exige articularlas con las estructuras. Es esto lo que Michael Burawoy (2009) reconoce al afirmar la necesidad de considerar las dimensiones exteriores a nuestros objetos de estudio: ese trabajo permanente que obliga a trascender las experiencias y los procesos sociales con el fin de diseñar las fuerzas que los producen. Para entramar estructuras, historia y experiencias, no es necesario solamente acumular agónicamente datos, es imperioso establecer lazos gracias a la imaginación.<sup>15</sup>

Reconozcámoslo: un proyecto de este tipo está aquejado por un doble riesgo. Por un lado, el de disociar los aspectos experienciales e incluso existenciales de los contextos estructurales que los producen; por el otro, el de sobredimensionar las capacidades cognitivas, reflexivas o pragmáticas de las que disponen los individuos en la vida social.<sup>16</sup> Con el fin de evitar este doble *impasse*, la experiencia solo es el punto de partida y de llegada de nuestra investigación. El punto de partida: es desde ella como hemos elaborado inductiva y progresivamente la cartografía de desafíos específicos a la sociedad chilena actual. El punto de llegada: al final de este estudio, el lector debe disponer de un tipo particular de inteligencia por condensación que le permita comprender mejor sus experiencias sociales y personales. Pero entre uno y otro momento, las experiencias no serán ni el eje principal de nuestro estudio ni nuestro verdadero objeto de estudio. La sociología de la individuación por las pruebas no es, bajo ningún aspecto, una variante de una sociología fenomenológica, existencial, pragmática o experiencial. Su objetivo primero es describir, sobre nuevas bases, una sociedad en su conjunto. Por supuesto, esto no nos llevó, más bien todo lo contrario, a descuidar las emociones, los sentimientos morales, los dilemas éticos, las ansiedades existenciales de los individuos, pero nos obligó a abordarlos desde una perspectiva particular: como materia prima para comprender a una sociedad.

EN LA MEDIDA EN QUE toda vida individual enfrenta un conjunto

estructural y común de pruebas, no tiene nada de extraño el que las hayamos construido desde los testimonios de los actores. Esto explica la metodología escogida: entrevistas semi-estructuradas. Pero explica, sobre todo, por qué realizamos, muchas veces conjuntamente, otras veces de manera aislada, pero siempre nosotros mismos, la casi totalidad de las entrevistas.<sup>17</sup> La delegación del trabajo de las entrevistas es una práctica cada vez más corriente en la sociología. Su legitimidad no está en cuestión, pero esto implica un tipo de mirada que no puede sino muy difícilmente condecirse con lo que exige un estudio de la individuación desde las pruebas. La razón es simple: para abordar las dimensiones estructurales desde las experiencias personales, resulta *indispensable* para la producción y para la comprensión del material, haber estado en contacto directo con los entrevistados. El lenguaje transcrito, todo el mundo lo sabe, es solo una parte de esa comunicación. Los rostros, los cuerpos, los lugares, los gestos, los silencios, las dudas, las risas, las lágrimas, los sobre-entendidos y la seducción: una entrevista es indisociable de todo esto y mucho más. Por eso, inmediatamente después de las entrevistas, tomamos el hábito de consignar por escrito nuestras impresiones respectivas a veces bajo la forma de verdaderas semblanzas; otras, simplemente, como misceláneas. Estos documentos de investigación no fueron en tanto que tales un material de interpretación, pero el ejercicio nos ayudó mucho no solamente en la elaboración progresiva y cruzada de nuestros razonamientos, sino, también, meses y a veces años después de la realización de las entrevistas, en el momento de la interpretación definitiva del material producido. Nos permitió situar frases, recordar impresiones, mejorar, sin duda, la comprensión de los relatos.

Pero hay una razón adicional para esta estrategia. Las entrevistas semi-estructuradas que realizamos, a pesar del importante acceso que nos dieron a dimensiones temporales de la existencia, no fueron relatos biográficos (Ferrarotti, 1986; Bertaux, 1997). Por el contrario, tratamos constantemente de que los actores, aun cuando nos contaran de sus vidas, no lo hicieran nunca bajo la forma de un relato de vida. En éstos, por lo general, el narrador no es un mero informador, es también un productor de sentido a través de la producción de su historia. La puesta en intriga y en palabras propias desde una perspectiva biográfica participa, entonces, explícita o implícitamente, de un proyecto de coherencia personal. La noción de prueba en la medida en

que su búsqueda se orienta en otra dirección –diseñar a escala de los individuos la cartografía de los grandes desafíos estructurales de su sociedad–, debe, por el contrario, facilitar sobre otras bases el trabajo de descentramiento del actor. Para ello, perturbamos en varios momentos los imperativos de una lógica abiertamente cronológica (del tipo infancia, juventud, vida adulta...), y optamos por un abordaje más problematizado de cada uno de los distintos ámbitos sociales estudiados (experiencia urbana, escolar, trabajo...). Una estrategia de intervención activa que explica la necesidad de realización directa de las entrevistas.

La ilusión provista por el método biográfico es, justamente, dejar creer que es posible asir la totalidad de una vida. Por el contrario, estamos conscientes de que amplios períodos de la vida de nuestros entrevistados, así como una infinidad de detalles significativos de sus existencias, nos han permanecido opacos, dominios en los que jamás intentamos adentrarnos, puesto que desde el trabajo mismo de las entrevistas era claro que lo que perseguíamos era describir la cartografía estructural de las grandes pruebas de la individuación propias a la sociedad chilena y no las experiencias singulares de los individuos. En nuestro estudio, las experiencias se iluminan siempre desde las pruebas y éstas introducen a una inteligencia de la sociedad.<sup>18</sup>

Notémoslo: si el formateo biográfico e institucional de los discursos en Chile es sin duda menos activo que lo que ha podido observarse en otras sociedades (Martuccelli 2006), los entrevistados –todos ellos– manifestaron, por el contrario, verdaderas y profundas capacidades narrativas. Ciertamente, esta postura fue extrema entre las mujeres de los sectores populares y sin duda menor entre los hombres de las capas medias y altas, pero aún teniendo esto en cuenta, en el fondo todos hicieron gala de un verdadero talento narrativo. En vez de analizarse, prefirieron contarnos cosas. Evidente, algunos temas fueron más fáciles de evocar con unos que con otros, pero en última instancia, y como se advertirá, lo que impacta es la sinceridad y la profundidad con la cual todos abordaron todas las facetas de las entrevistas. Sí, claro, muchos nos dijeron que no tenían gran cosa que decir sobre la política... antes que, contándonos sobre sus vidas, no pararan de hablar de cuestiones políticas desde sus experiencias.<sup>19</sup> Sí, claro, las mujeres fueron más románticas –pero no más locuaces– que los hombres al hablar del amor, pero los últimos no solo no rechazaron abordar este aspecto... sino que lo

hicieron con gran lujo de detalles. La narración de experiencias, más que la reflexividad analítica, fue la más certera de nuestras brújulas en este trabajo.

UN COMENTARIO A PROPÓSITO del tipo de escritura elegido. La sociología tiene muchas veces la reputación de ser una disciplina obtusa y oscura, desencarnada y abstracta. Una disciplina en la que las cifras destierran a las emociones, los asuntos estructurales a las experiencias personales, los problemas sociales a los dilemas éticos. Por momentos, la distancia entre el lenguaje de los analistas y las vivencias de los actores es extrema, al punto de que los últimos no logran más aprehenderse desde las interpretaciones de los primeros. Algunos, curiosamente, hacen de este abismo un gaje de científicidad.<sup>20</sup>

Nada está más alejado de nuestro proyecto. Si la sociología no está en las calles, su vitalidad depende de su capacidad para dar marcos de lectura colectivos a las experiencias individuales. Si su escritura no tiene por qué ceder –y la nuestra intenta no hacerlo– a las sirenas del simplismo, ninguna razón obliga a privilegiar la jerga sobre la comunicación. Si la lealtad hacia su promesa fundadora exige respetar la complejidad del mundo, ello tiene que hacerse conservando siempre en el horizonte una exigencia de legibilidad en dirección de su destinatario último: los individuos.

Es por ello que en este estudio nos hemos esforzado en hacer visible, y audible, lo más posible, tanto la voz de nuestros entrevistados como las bases desde las cuales apoyamos nuestras interpretaciones. Sin embargo, al mismo tiempo, y con el fin de aumentar la legibilidad de conjunto de este trabajo, y sabiendo que muchos lectores tienden a “saltarse” estos pasajes, hemos optado por una cierta economía en la utilización de trozos de entrevistas con el fin de ilustrar nuestros razonamientos. Este tipo de escritura se ha impuesto progresivamente en las ciencias sociales a la hora de restituir los resultados de una investigación cualitativa. Por supuesto, los trozos seleccionados no son en absoluto piezas de una demostración. Su función es otra: transmitirle al lector una comprensión más directa, desde adentro, y con las propias palabras de los entrevistados, de las experiencias y problemas estudiados. Esto es algo que nos pareció lo suficientemente importante como para que, aun esforzándonos en no abusar de este procedimiento, hayamos optado por conservarlo pero limitándonos, sin embargo, a una restitución mínima necesaria del material producido en el

cuerpo principal del texto enviando a nota de pie de página ciertas ilustraciones anexas. Esperamos que los momentos de análisis pormenorizados que propondremos abogarán por la verosimilitud de conjunto de nuestras conclusiones. En todo caso, tanto la estructura interpretativa de cada prueba como la composición global de este estudio son el fruto directo, y siempre bajo control, de una investigación empírica.

Este compromiso de escritura explica la razón por la cual este libro es un trabajo polifónico. Si en su composición final hemos guardado sin duda el *final cut*, no por ello es menos cierto que en esta modalidad de escritura, a diferencia de lo que existe en la ficción o en el ensayo, el material posee una forma de resistencia particular que solo conocen aquellos que se han aventurado en esta forma de indagación empírica. La poliglosia de los entrevistados invalida hipótesis, sugiere intuiciones, reorienta interpretaciones. Nos introduce, sobre todo, progresivamente, a la historia colectiva de la vida propia a un modo de individuación. Es hora de empezar la travesía.

LA HOJA DE RUTA DE NUESTRA investigación conduce, entonces, hacia una sociedad chilena actual caracterizada por la tensión que se produce entre las consecuencias en cascada del neoliberalismo por un lado, y los efectos de una revolución democratizadora que se destila como exigencia en todas las relaciones sociales. Una tensión que toma rostros distintos, o sea, que engendra diferentes pruebas, en función de los diversos ámbitos sociales. En cada uno de ellos, como lo veremos, más que a una mera réplica de esta tensión histórica, se observan manifestaciones, desafíos, relativamente autónomos. En cada uno de ellos, sobre todo, los individuos intentan dar, por sí y para sí, en medio de soledades más o menos reales, o de solidaridades más o menos activas, con una respuesta: “su” respuesta.

Analizaremos el contexto específico del proceso de individuación en la sociedad chilena contemporánea a través de nueve grandes pruebas. Cada una de ellas será estudiada en un capítulo particular, pero con el fin de facilitar la comprensión de la cartografía de conjunto que resulta de nuestro estudio, hemos decidido presentarlas a través de cuatro partes.

– En la primera sección, nos detendremos en la condición histórica, desde el momento histórico singular y el rol que en él les toca a las dos revoluciones ya mencionadas: el neoliberalismo y la democratización.

- En la segunda, estudiaremos los efectos no isomorfos que estos dos procesos han tenido a nivel de las posiciones sociales y de las temporalidades vitales, una y otra recorridas por nuevos y profundos desasosiegos tanto en términos de porosidad como de desequilibrio. Bajo su influjo, la vida social les parece a muchos chilenos incierta y amputada.
- En la tercera parte, sobre esfuerzos y recompensas, nos adentraremos en dos dominios, el trabajo y el mérito, en los que, tal vez con más fuerza que en otros, es patente la tensión entre las dos revoluciones. Se juega aquí, cada vez de manera distinta, la coalición entre, por un lado, lógicas que han desestabilizado a los individuos (flexibilidad, generalización de la competencia...) y, por el otro, lógicas que afirman anhelos crecientes de justicia (reconocimiento del mérito, respeto...).
- En la cuarta parte, estudiaremos tres grandes pruebas concernientes a las relaciones sociales, desde las más anónimas hasta las más íntimas. La primera referida a las relaciones con los otros y al conjunto de irritaciones que las caracterizan. Las otras dos corresponden al principal ámbito institucional hoy en Chile: la familia. Lo haremos diferenciando, en función del tipo de vínculo familiar, entre relaciones que se encuentran globalmente enmarcadas por un juego estricto de roles, aunque no por ello no han sufrido importantes transformaciones (sobre todo la relación con los hijos), y otras en donde las prescripciones de roles son menos definidas (la conyugalidad): una y otra conmovidas, por lo demás, por el impacto disímil de las dos revoluciones.

Finalmente, en la conclusión nos detendremos en las dos cuestiones fundamentales del proceso de individuación que este estudio ha permitido elucidar: el carácter del individualismo propio de la sociedad chilena y las modalidades generales del individuo producido por ella.

*Advertencia.* Debido a la extensión de este texto, su publicación se realiza en dos tomos, pero se trata de un solo y único libro. En el primero se encuentran incluidas las dos primeras secciones. El segundo tomo comprende las dos secciones restantes. La inteligencia de conjunto de la sociedad chilena que este trabajo intenta restituir comprende necesariamente las nueve pruebas establecidas; sin embargo, y a pesar de que, insistimos, los dos tomos constituyen una unidad, una lectura independiente de cada cual es posibilitada por la fuerza relativa de las

lógicas autónomas de cada prueba.

**PARTE 1**  
**La condición histórica**

## ¿Existe el *homo neoliberal*?

TODA SOCIEDAD ESTÁ SUJETA AL CAMBIO. No obstante, no todas las sociedades hacen del cambio, como lo ha hecho la sociedad chilena en los últimos 40 años, el corazón de su condición histórica. Lo que llamaremos la prueba del cambio estructura no solamente de manera fundamental los desafíos sociales que los individuos deben enfrentar, sino que también remite a una conciencia histórica sui generis.

En el Chile de hoy, el cambio societal, sin ninguna duda, está asociado a la implementación de una nueva matriz, un principio inédito de composición política y económica, que vino a sustituir una antigua matriz político-céntrica o nacional popular cuyo rasgo más sobresaliente fue la integración de la sociedad alrededor del Estado, los partidos y los actores sociales (Garretón, 1983 y 2000). Son el modelo económico neoliberal y el régimen político que adviene luego del golpe militar de 1973 los que constituyen, sin duda, los dos grandes pilares de esta nueva matriz societal, la que ha tenido importantes consecuencias a nivel de las experiencias individuales. A pesar de la divergencia de las perspectivas –del elogio (Büchi, 2008) a la crítica (Moulian, 1998a; Bengoa, 2009)–, en el fondo, de manera más o menos enfática, la mayor parte de las interpretaciones han insistido en que esta matriz ha propendido a la formación de lo que hemos querido llamar aquí el *homo neoliberal*. Es esta explicación la que interrogaremos en este capítulo. Si es cierto que existió un proyecto para la constitución de individuos, el que en su formulación original intentó integrar factores plurales (control de libertades políticas, implementación del reino del mercado, restablecimiento de los valores tradicionales...), ¿cuál ha sido su resultado efectivo?, ¿es correcto afirmar que éste es el modo de individuación hegemónico en la sociedad chilena?

Lo que pone en juego nuestra indagación, por cierto, no es ni el peso del cambio societal, que es incuestionable, ni la discrepancia sobre el momento

original de la ruptura, que es irrelevante para efectos de nuestra discusión. Lo que está en juego es la extensión efectiva de la transformación operada, y, sobre todo, la repercusión real de este cambio a nivel de la conciencia de los individuos. En breve: desde el punto de vista del proceso de individuación lo importante es saber si el modelo ha o no generado el advenimiento de un *homo neoliberal*.

¿Qué aporta nuestro material para responder esta pregunta? Para decirlo sin ambages: allí donde implícitamente la mayor parte de las lecturas actualmente disponibles suponen una fuerte articulación entre los cambios operados desde la matriz sociopolítica o la economía y las conciencias individuales, nuestra investigación arroja una conclusión mucho más matizada. Una tensión muy vívida se observa entre, por un lado, la conciencia de la existencia de eventos claramente disruptivos (el “golpe” y el “modelo”) que participan de manera indeleble en establecer criterios y exigencias para las vidas y los trayectos personales y, por el otro, un conjunto de experiencias y respuestas cotidianas, política o culturalmente más ambiguas.

Si la tendencia a caracterizar el cambio histórico vivido en el país desde la política y la economía ha tenido, entonces, el gran mérito de subrayar la fuerza ideológica y estructural del proceso que se vivió desde los años 70, consideramos indispensable evitar dos escollos interpretativos. Primero, la consideración de que hay una relación directa entre los imperativos ideológicos y el despliegue efectivo de éstos a nivel de los actores individuales. Segundo, la tendencia a minimizar la importancia de cambios que se dieron en el país en otros registros, sobre todo, como lo veremos en el próximo capítulo, en el ámbito de la horizontalización de las relaciones sociales, en los que se dieron transformaciones que muchas veces tuvieron carices distintos a los que se impulsaron explícitamente desde la economía o la política. Es teniendo en cuenta esta tensión como ahondaremos en los pliegues de esta prueba fundamental y estructurante en la sociedad chilena actual.

### El modelo neoliberal y el *homo neoliberal*

La toma de conciencia de un cambio histórico está asociada con la idea de un proyecto fundacional que impuso, a la vez, una nueva matriz sociopolítica y un nuevo modelo económico. La sociedad chilena, con una intensidad

inusitada desde 1973, fue el teatro exacerbado de uno de los grandes conflictos de las sociedades modernas, aquella que se da, para retomar la caracterización de Karl Polanyi (1994), entre la lógica del mercado y la lógica de la protección. A raíz del golpe de Estado de 1973, la sociedad chilena vivió una experimentación política que hizo del país primero un “laboratorio”, luego un “modelo” del orden neoliberal. A todas luces, el proyecto militar tomó rápidamente el rostro de otra cosa que de un simple cambio de gobierno, haciendo transitar al país de un modelo centrado en el Estado a uno basado en el mercado. Chile fue, en todo caso, uno de los primeros países en el mundo en poner en práctica un conjunto de medidas económicas que progresivamente se convertirían en un “modelo” (privatizaciones, liberalización económica, desregulación, subsidiariedad del Estado, apertura a la competencia internacional, flexibilidad laboral...).

La instauración del modelo no fue, sin embargo, lineal.<sup>21</sup> En primer lugar, porque el modelo implementado después de 1973 por los denominados *Chicago boys* chilenos<sup>22</sup> conoció, como el último ministro de Economía de Pinochet lo reconoció, importantes correctivos a consecuencia de la severa crisis que se desencadenó en el país en la primera mitad de los años 80 (Büchi, 2008). En efecto, tras la crisis de 1984, y la fuerte caída del PBI en 1982 (-14%) y 1983 (-21%) (Hunneus, 2000: 507-510), se produjo un desplazamiento del poder desde los tecnócratas más ortodoxos del modelo hacia un equipo más pragmático, el que corrigió la ecuación inicial dándole más presencia a la acción estatal y proponiendo nuevas medidas (Collier y Sater, 1999). Pero este correctivo fue también el resultado de una ofensiva que vio en el período 1985-1989 constituirse a los empresarios en un verdadero actor social (Montero, 1997). A esta primera inflexión, se habría añadido una segunda: los veinte años de gobierno de la Concertación. Para muchos analistas, y aun cuando la estabilización económica era ya visible desde la segunda mitad de los años 80, será solamente desde 1990 a través de la gestión de esta coalición como se habría en verdad consolidado el “milagro chileno”. En la polémica que se abre en torno a este asunto, lo que se discute no es la fecha de nacimiento del modelo, sino la de su consolidación. En ella lo que se pone en juego es la existencia de dos visiones antagónicas de la naturaleza del capitalismo en Chile. En la primera versión, el primado otorgado al mercado, y a sus lógicas y exigencias, lleva a minimizar no solo el peso del sector público, sino, incluso, a descuidar

relativamente el entramado institucional particular del país. En la segunda versión, por el contrario, se tiende a insistir sobre la forma particular de los compromisos institucionales instaurados en los últimos veinte años. Como lo veremos, en el testimonio de los actores, ambas lecturas se superponen.

Por supuesto, la naturaleza y la profundidad de la inflexión introducida en el modelo en 1990 es objeto de vivas discusiones. La razón, más allá de aspectos técnicos, es evidente: se trata no solamente de definir la naturaleza real del modelo implementado sino también saber si el retorno a la democracia supuso –o no– la apertura de una nueva página.<sup>23</sup> En todo caso, incluso los partidarios de la tesis de la inflexión de 1990 reconocen la existencia de una cierta continuidad. El modelo produjo un rediseño de las fronteras entre el mercado y el Estado. Las relaciones entre los grupos sociales sufrieron una profunda transformación, a medida que la economía nacional se orientó a la exportación, que se abrió, de manera estratégica, al mercado internacional y, más tarde, al mercado de capitales, que reguló sobre nuevas bases el mercado de trabajo, lo que transformó los principios de la protección social y más allá de ella, los servicios públicos a los cuales los ciudadanos pueden tener acceso. Esto es, la transformación del capitalismo chileno supuso más el advenimiento de una nueva matriz que la simple “reducción” del Estado. Ciertamente, la economía chilena es hoy en día dirigida por grandes grupos, accionistas y propietarios, que tienen, en asociación con capitales extranjeros, la capacidad de influir en la distribución de la riqueza socialmente producida entre salarios, ganancias y renta financiera y, lo que es quizás lo más importante para el futuro, entre la parte de renta distribuida en términos de beneficios y la destinada a la inversión. Un modelo en el cual la bolsa de valores se convierte en un criterio importante de gestión. Frente a estos cambios, en Chile como en tantos otros países, se asiste a la transformación de los márgenes de maniobra de los gobiernos nacionales. No se trata de una pérdida absoluta de soberanía de los Estados: en el corazón de estos procesos lo que se produce es, más bien, como ha sido discutido, un nuevo modo de despliegue de las relaciones sociales (Hutton, 2003; Lordon, 2003; Berger, 2006).

Todo lo anterior conduce a afirmar que, hoy como ayer, incluso si bajo modalidades distintas, la versión chilena del capitalismo es una articulación entre una lógica del mercado y una lógica estatal. La idea de un mercado “abierto y competitivo” y de un Estado “oneroso e ineficaz” es una caricatura

ideológica que no resiste ningún análisis serio. El capitalismo es indisoluble de políticas públicas, y estas políticas, y sus filosofías, trazan importantes diferencias entre los países.<sup>24</sup> De este modo, los rasgos a considerar para una caracterización del país son las modalidades y transformaciones del modelo de regulación social y la vigencia o no de su participación en lo que Fernando Filgueira (1999), en su clasificación de los Estados de bienestar en América Latina, denominó como un “universalismo estratificado” –un sistema que da una cobertura a un número importante de ciudadanos (hasta un 70%) pero dentro de fuertes diferenciaciones entre grupos sociales–.<sup>25</sup> En este registro se entiende que las políticas sociales hayan sido uno de los principales campos de batalla en las últimas décadas a la hora de caracterizar el tipo y la profundidad del cambio advenido en el país.

A pesar de las limitaciones denunciadas por algunos, un consenso sobre la magnitud del cambio se impuso en el país. Los resultados de la experimentación fueron positivos y publicitados. Chile conoció un crecimiento económico significativo y durable desde el fin de los años 80. El nivel de ingreso por habitante prácticamente se dobló entre 1990 y el 2006, lo que, a pesar de la persistencia de importantes desigualdades sociales, hizo de Chile el país de América Latina con el menor porcentaje de personas viviendo bajo la línea de la pobreza. Un resultado que, si nos apoyamos por ejemplo en los Informes de Desarrollo Humano del PNUD desde 1998, se tradujo en un innegable sentimiento de mejora personal. Por supuesto este sentimiento no posee la misma intensidad entre los distintos grupos sociales, y en los últimos años ha sido incluso matizado por la aparición de un sentimiento de incertidumbre frente al futuro. Sin embargo, globalmente, resulta difícil desconocer el hecho de que los individuos tienen el sentimiento de que su situación personal ha mejorado sensiblemente en las últimas décadas: hasta un 60% de chilenos piensa que sus condiciones de vida son mucho mejores que las de sus padres (Torche y Wormald, 2007).

Estos aspectos positivos son contrabalanceados por la existencia de desafíos de los cuales el país aún no ha salido airoso (como en lo que concierne a la distribución del ingreso).<sup>26</sup> También, y a pesar de la diversificación de las exportaciones y el aumento significativo de su valor agregado, Chile es aún dependiente del cobre (el que continúa representando cerca de la mitad de las exportaciones), lo que hace que no solo se esté aún muy lejos de ser una economía de la información (Castells,

2005; Brunner, 2002), sino que incluso alimenta la crítica por la reprimarización de la economía.<sup>27</sup> En breve, después de cuarenta años de inicio de la experimentación neoliberal, el país estaría aún en la búsqueda de un modelo de desarrollo susceptible de asegurar un crecimiento sostenido y una inserción durable en la economía mundial.

¿CÓMO DEBE ENTENDERSE EN ESTE MARCO la tesis del *homo neoliberal*? Como el objetivo último y más codiciado del proyecto político que se puso en práctica desde 1973. O sea aquél que no solamente apuntó a transformar radicalmente las reglas de juego partidarias o el eje de la economía nacional, sino que *intentó también* producir un tipo de individualidad acorde con las exigencias del modelo. El proyecto de advenimiento del *homo neoliberal* pasó por diferentes etapas y puede ser esquemáticamente presentado, en lo que a la producción de la individualidad se refiere, a partir de ciertos grandes rasgos.

1. / El proyecto del *homo neoliberal* es inseparable de una estrategia, en un primer momento, represiva y luego disuasiva en dirección de la acción colectiva.<sup>28</sup> Una actitud que generó miedo y que, aun cuando no impidió la existencia de resistencias e incluso de movilizaciones contra la dictadura, propició un desinterés creciente por los asuntos públicos en beneficio más o menos exclusivo de intereses privados. Un proyecto que favoreció la entronización de la soberanía del mercado como principio general y automático de regulación de las relaciones sociales. Un primer vínculo explícito puede así establecerse entre la represión, la disuasión, el miedo y la desmovilización social.

2. / En segundo lugar, el proyecto del *homo neoliberal* intentó restaurar ciertos valores morales, más o menos tradicionales, muchas veces de impronta religiosa, que hicieron de la familia uno de los baluartes de la vida social (Araujo, 2009d). En los inicios de la vía chilena hacia el neoliberalismo es manifiesta la voluntad de asociar el orden social, la tradición y el autoritarismo (Brunner, 1992: 333-403). La familia fue el punto de encuentro de la economía y de la religión.<sup>29</sup>

3. / En tercer lugar, en el núcleo central del *homo neoliberal* se encuentra la idea de la generalización del principio de la competencia en todos los niveles de la vida social, lo que hace del éxito individual uno de los grandes pilares de este nuevo tipo de sociedad. Un éxito que, en última instancia, se

mide en términos monetarios y a través de su asociación permanente con el consumo, verdadero nuevo principio de la inclusión social.

4. / Se entronizó, así, la idea, mezcla sutil de valores conservadores y de actitudes pro-mercado, de sujetos-ciudadanos que debían ser fuertemente responsabilizados de su destino personal (pensiones privadas, impulso a la iniciativa, apertura económica...). “Nuevos” individuos que debían comportarse antes que nada como propietarios de varias formas de capital que deberían mantener y enriquecer (estudios, ahorro, compra de bienes, capitalizaciones diversas, redes...) con el fin de salir airoso en la lucha de la competencia generalizada. El individualismo posesivo del siglo XVII da paso al individualismo competitivo del neoliberalismo (Martin, 2002; Dardot y Laval, 2009; Rojas Hernández, 2006).

La cuestión, entonces, se precisa. ¿Es que este proyecto se encarnó en los individuos en la sociedad chilena? Como lo iremos constatando, *si bien la sociedad chilena conoció una básica y nuclear transformación estructural a causa del neoliberalismo, esto no significa empero el reino del homo neoliberal*. El camino ha sido todo menos lineal, a tal punto su implementación se topó con formas de recepción inesperadas, engendró resistencias diversas y conoció límites mayores. Sin embargo, como lo veremos, y aquí está la verdadera paradoja, lo anterior no impide que los individuos, a partir, incluso, de interpretaciones políticas diametralmente opuestas, lleguen a una misma conclusión: el sentirse atrapados en un sistema.

Para argumentar la tesis aquí planteada nos centraremos en lo que sigue en los dos principales ámbitos y filosofías del cambio neoliberal: la política y la economía.<sup>30</sup>

#### El *homo neoliberal* y la política

La primera fuente de producción del *homo neoliberal* es de índole abiertamente política. La naturaleza fundacional del golpe de Estado de 1973 no requiere ser una vez más subrayada sino que lo que nos interesa es evaluar su efectividad a nivel de las conciencias individuales, esto es, medir su eficacia en la producción de un “hombre nuevo”, a la que se abocó activamente el gobierno militar a través de un tenaz combate ideológico, un combate que debía, por un lado, imponer un relato histórico hegemónico sobre el pasado, sus excesos y sus males y, por el otro, producir la adhesión

de los individuos a los grandes pilares valóricos del modelo. Uno y otro objetivo suponiendo, primero, la desmovilización política de la sociedad, luego, la privatización de los individuos. El libremercado, como bien lo indican Gabriel Salazar y Julio Pinto, apuntó “a extinguir en los individuos su carácter ‘político’, e incluso, su misma identidad de ‘sujeto’” (Salazar y Pinto, 1999a: 175).

El resultado, es la tesis que defendemos, ha sido menos unívoco que lo previsto, ciertamente, y para empezar, porque las ideologías nunca modelan activa y eficientemente la conciencia de los individuos (Abercrombie, Hill y S.Turner, 1987; Scott, 2000; Martuccelli, 2001 y 2007b), pero va más allá de eso. Específicamente en el caso chileno lo que ha acontecido es que el proyecto del *homo neoliberal* más que a un relato hegemónico del pasado, como se pretendió, ha dado lugar a una lectura y a una memoria de la historia particularmente disociada y conflictiva, y, sobre todo, profundamente plural en sus significaciones personales. Para mostrar este desenlace nos detendremos en tres aspectos. En primer lugar, en echar luz sobre la inexistencia en el país de una *narrativa* histórica hegemónica, en el sentido fuerte del término. En segundo lugar, en discutir la ausencia de una *conciencia* histórica consensual. En tercer lugar, en poner en evidencia la relatividad de la existencia de una supuesta actitud generalizada de retraimiento participativo. Tres grandes objetivos, vale la pena insistir, del proyecto del *homo neoliberal* en el ámbito de la política.

### *¿Narrativa hegemónica o relatos plurales?*

La implementación del modelo fue el fruto de un combate político y es indudable que, a cierto nivel de representación, el modelo, al menos en apariencia, se instaló. No solo el pasado fue ampliamente desacreditado, sino que se impuso una narrativa colectiva que otorga un rol bautismal al golpe de 1973.

En efecto, y sin sorpresa, la historia reciente y las conciencias llevan la marca del 11 de septiembre de 1973. Un proceso que, cualquiera sea la posición política desde la cual se lo interpreta, comulga en la representación común de un país que vivió un traumático cambio de rumbo histórico. En este sentido, y en un primer nivel de comprensión, la división político-cultural del país (real y profunda), se da en medio de lo que puede considerarse una narrativa hegemónica. Sin embargo, en una segunda

mirada se descubre la fragilidad de esta percepción. Como lo mostraremos, no hay evidencias de la fuerza efectiva y el alcance de una tal narrativa.

Por supuesto, una primera explicación reside en que la acción política de grupos de oposición y la resistencia política producida en dictadura generaron narrativas que disputaron la versión oficial, las que encontraron una vía de expansión (y enfrentaron al mismo tiempo su limitación) en el retorno a la democracia en la década de los 90 (Araujo, 2002). En efecto, si bien se generaron contradiscursos, los derroteros de la política luego del retorno a la democracia no facilitaron la construcción de una narración establecida sobre bases efectivamente comunes. En los veinte años de gobiernos de la Concertación que siguieron a la dictadura, debido a su política consensual orientada por el principio de gobernabilidad,<sup>31</sup> por su connivencia para facilitar espacio de acción a poderes fácticos, por su escasa disposición para abrir el espacio público<sup>32</sup> y permitir la tramitación abierta de la conflictividad social,<sup>33</sup> no se logró producir una versión del pasado que, gracias a su capacidad de hacer signo para el conjunto de la sociedad, funcionara como un núcleo mínimo de acuerdo y piso de legitimidad narrativa y sirviera, en consecuencia, de base para la lectura historizada compartida de los acontecimientos.<sup>34</sup>

En su ausencia, los individuos optan por una narración en clave de anécdota, tendiendo, entonces, a no establecer un lazo entre sus experiencias subjetivas y los eventos históricos. Lo que se evidencia, así, es que la articulación que realizan no reproduce a su escala una narrativa hegemónica transmitida por el modelo del proyecto neoliberal, pero tampoco la hegemonía de la versión desarrollada por las llamadas fuerzas progresistas en la sociedad chilena. El resultado es paradójico. Si de un lado se puede argumentar con justicia que ello evidencia la derrota del proyecto político del *homo neoliberal*, pues no se impone como relato único, por otro lado, y por vías inesperadas, gracias a esta ausencia de hegemonía narrativa, como veremos, el proyecto fundacional de la dictadura alcanza uno de sus objetivos nucleares aunque no sea sino de manera oblicua: la deshistorización del pasado.

#### *El reinado de la anécdota*

Los historiadores saben que la memoria personal ligada a los eventos históricos se presenta siempre como una narración en la cual se combinan

inextricablemente relatos tomados de los discursos oficiales (incluso, más tarde, de los libros de historia), con experiencias y anécdotas biográficas. En este sentido, los eventos políticos, cuando revisten un carácter histórico, y esto de manera mucho más palpable que otras experiencias de nuestras vidas, no son verdaderamente vividos sino a través de una narración colectiva consensual. Los individuos en sus relatos no cuentan verdaderamente una historia personal, sino más bien la historia sin más.<sup>35</sup>

Algo de esto, por supuesto, es observable en nuestras entrevistas. Ciertamente, si escuchamos atentamente los testimonios transmitidos, ellos oscilan entre relatos en primera persona y rumores lejanos, entre lo que se vio directamente y lo que se supo luego: “Me acuerdo de que donde nosotros vivíamos hay un río, un canal y que todos los días habían gente muerta, todos los días aparecía gente muerta... Yo nunca las fui a ver, era muy chica, pero yo escuchaba por mis vecinos, por mi mamá...”, dice Margarita quien vivía en los sectores pobres de la ciudad. Pero en los relatos recabados, raramente los testimonios dieron el paso suplementario: aquel, justamente, por el cual se inscriben en un registro colectivo, en una memoria compartida, dando lugar a comentarios en donde los entrevistados hablan como los dirigentes, como los relatos históricos, como la prensa, como los intelectuales, en el fondo, hablan de esos eventos, como todo el mundo. Es decir, que en Chile solo raramente la memoria de los grandes acontecimientos colectivos lleva la marca indeleble de las convenciones culturales e ideológicas.

Por el contrario, lo que se observa es la dificultad para definir colectivamente el sentido de los eventos históricos vividos. En su ausencia, lo que aparece es la dificultad manifiesta que presentan en lograr articular “la” historia con “su” biografía, y tras ello una sorprendente dispersión de experiencias más o menos anecdóticas. La cesura es constante porque, como ya lo adelantamos, ninguna narrativa colectiva ha impuesto una versión hegemónica. Veamos en detalle sus contornos y sus consecuencias.

UN NÚMERO MÁS QUE RELEVANTE de entrevistados y entrevistadas movilizaron de manera espontánea recuerdos o alusiones a ese 11 de septiembre. En los relatos del golpe o bien la experiencia personal prima sobre toda comprensión histórica, o, por lo menos, ésta se envuelve con el manto de vivencias individuales. La ausencia de una interpretación política

hegemónica de los eventos vividos se traduce, así, en una proliferación de recuerdos personales, muy presentes y en algunos casos muy duros, pero, y es lo que nos interesa subrayar, estos recuerdos se evocan más en el registro del recuerdo individual que en el de una memoria colectiva. Los elementos anecdóticos toman un peso decisivo: el toque de queda, la imposible fiesta de graduación de fin de año en 1973, los piojos o los tiempos inacabables en las filas. O, también, por supuesto, a través de remezones, económicos o represivos, vividos en las propias familias, el que no hubiera clases ese día, el sonido de los helicópteros, la quema de los libros, los rumores sobre los desaparecidos o la experiencia de “gente, muy cercanos, gente muy cercana que han sido torturados políticos...”, como relató Margarita (SP),<sup>[1]</sup> sin olvidar la experiencia directa del exilio en algunos de los entrevistados y el temor difuso que todo ello engendró. Lo esencial aquí es que primordialmente su significación es individual. Si el evento histórico reenvía a una experiencia personal, por el contrario, la experiencia personal, ella, no logra siempre interpretarse desde una narrativa histórica.<sup>36</sup>

Lo que es patente para 1973, lo es con creces para otras fechas. La narrativa de la condición histórica se organiza alrededor de lo que puede caracterizarse como significaciones más o menos “huecas” de la historia. 1971, 1973, 1988, 1989, cada fecha engendra el mismo dispositivo narrativo: la enunciación “refleja” su importancia (o sea, son fechas que los individuos “saben” importantes) y la dificultad, en algunos incluso la absoluta imposibilidad, de poder expresar en términos *políticos* su significación. La Historia (con “H” mayúscula) y la biografía (con una muy pequeña “b”) son dos líneas paralelas. El comentario de Cecilia, empleada doméstica, es contundente. Para ella “lo único histórico” que vivió en su vida “fue lo que pasó en el 73”... Pero, dice, “no me acuerdo”. En otros, hay un reconocimiento de haber estado expuestos a una serie de experiencias políticas con un acento histórico más o menos activo, sin que se adjudique a éstas, sin embargo, una significación mayor. Claudia (CM),<sup>[2]</sup> quien cuenta haber participado en muchas acciones colectivas en los 80, sostiene que “no hay ninguna que me haya en verdad marcado; yo participé en muchas cosas importantes... no sé, para el plebiscito, para la elección, las primeras elecciones, pero no me marcaron grandemente”. Que hayan sido o no marcados por los hechos, lo que sobresale entre los entrevistados es una experiencia directa y vivencial con los eventos históricos.

Los testimonios se producen en primera persona tanto más fácilmente que su significación es opaca y ambivalente. Es esta indecisión significativa lo que empuja a los testimonios a afianzarse en las biografías: “Cuando sucedió esto de la dictadura, y todo ese asunto, yo era muy chico, sí me acuerdo que era muy chico y que teníamos que hacer filas; nos daban un carnet, de eso me acuerdo”, dice Ramiro, transportista, antes de precisar que “mi señora, por ejemplo, ella me cuenta que vivía cerca del estadio y sentía todos esos balazos, yo no, yo no, para qué lo voy a decir”.<sup>37</sup> La incertidumbre acerca de la red de sentidos sobre la que asentar lo ocurrido hace que, aunque se pueda reconocer retóricamente su gravedad o incluso su capacidad para marcar la vida, no pueda articularse su resonancia en un discurso colectivo, como la confesión de este empresario de mediana edad de los sectores más acomodados lo ejemplifica: “Pinochet, puta, me marcó toda mi juventud”, cuenta Felipe (CM), “yo fui hijo del toque de queda po’ hueón, hijo de la dictadura (...)Yo ahí mal, mal, no la pasé, no te voy a decir que como un ministro que vivía en una cápsula, pero la verdad de las cosas es que vivimos una realidad distinta a la de la *under*, a la del país real”.

### *El golpe, la fiesta y el toque de queda*

En los relatos recabados, las fiestas y el toque de queda en una íntima asociación fueron frecuentemente evocados. ¿Por qué? Tal vez porque alrededor de la fiesta, de su prohibición o su transformación, la generación que entrevistamos dio testimonio de la profundidad de los cambios sufridos. No hay ninguna frivolidad en estos recuerdos. Más bien aparece la voluntad de apropiarse de un evento que definió y, aún más, para algunos, los despojó de una parte de su juventud. Una manera de indicar hasta qué punto la dictadura los marcó “para siempre”. “Yo soy”, dice Juan, periodista, “de la generación malón, la fiesta era de toque a toque que se llamaba, tú llegabas a una casa a las 10 de la noche te quedabas y al otro día todos asustados, tenías el ejercicio de tu sexualidad muy marcada por un cerco; entonces todo era clandestino, las fiestas, no se pasaba mal, se pasaba bastante bien pero todo era aquellarre”.

Pero no todos hicieron fiestas de toque a toque. Para muchos otros, en verdad, el toque de queda significó un corte en sus juventudes. Gabriela recordó cómo el golpe alteró su fiesta de graduación. “Me tocó en Cuarto medio y era mi fecha de graduación. ¿Sabes tú que yo no tuve fiesta de

graduación? Lo tengo tan marcado. Era una fiesta tan esperada y nosotros estábamos en nuestra fiesta, puertas cerradas y todo... La hicimos igual pero estaba prohibido meter ruido. Hicimos una fiesta silenciosa, ¿lo puedes creer? Fue muy marcador no tener juventud fuera de mi casa, porque el golpe no permitía las fiestas, las salidas nocturnas. Yo tengo ahora una cuestión como especial con mis hijas: me encanta que vayan a fiestas, me encanta que salgan porque es algo que yo no viví, yo no sé lo que es volver a las cuatro de la mañana cuando se es joven, yo no lo pude vivir. Porque no se permitía, no había libertad”.

El testimonio no es único. Isabel relata algo similar: el golpe “yo lo viví a mi edad de púber y de mi adolescencia en donde yo iba a fiestas y las fiestas eran con toque de queda; entonces, te tenías que ir rapidito porque mi mamá no nos iba a dejar en fiesta de toque a toque, eso no”. Antes de precisar, “tú sentías en verdad el peso de la dictadura”. En otros, la memoria del toque de queda se ha convertido en una regla de disciplina familiar: “Mis hermanos le han transmitido a sus hijos que tienen que llegar a las 2 de la mañana a la casa. ¿Por qué? Porque a las dos de la mañana era el toque de queda”, comenta Susana.

Por supuesto, estas anécdotas son triviales frente a los crímenes de la dictadura. Pero una vez más, reflejan el impacto real que ésta tuvo entre aquellos que no fueron actores políticos directos de los eventos de los años 70. Una manera de hablar de un evento del cual, por lo general se tiene un juicio, pero del que no se sabe a ciencia cierta, en verdad, en referencia a la historia del país, lo que se debe pensar. La historia en letras minúsculas y el uso de la anécdota sirven no solo para narrar facetas menospreciadas de ésta (en las cuales empero se condensa su significado vivido),<sup>38</sup> sino, también, para testimoniar, desde la vida personal, de su fuerza disruptiva y de su ausencia de verdad hegemónica.

ENTRE EL RELATO HEGEMÓNICO y las vivencias personales la distancia es siempre importante. Los individuos son siempre, retrospectivamente, capaces de pronunciarse por o contra el golpe, pero muchos de ellos no saben, en el fondo, qué pensar de él.<sup>39</sup> Precisémoslo: la modalidad anecdótica del relato no implica necesariamente una ausencia de posicionamiento. En muchos casos, la anécdota es acompañada por un juicio moral y por una carga afectiva y emocional asociada a los eventos. Las personas son capaces

de expresar su rechazo a un acontecimiento u otro, al golpe y el régimen militar y sus abusos o al exceso de pasión y odio vivido en la Unidad Popular, por ejemplo. Pero un juicio moral no constituye por sí mismo una señal de que se ha historizado un acontecimiento. Un juicio moral puede anclarse en razones de creencias personales, religiosas, vinculadas a los efectos sobre la propia vida o la de los cercanos, asociado a privilegios estatutarios. Ninguna de ellas remite necesariamente a la manera en que una comunidad produce una narración sobre la que constituye su continuidad. En la sociedad chilena, el pasado tiende a ser leído en clave moral personal. Ciertamente, en este sentido, tiene la posibilidad de orientar afectos y aún pasiones, desafecciones y distancias, pero lo que no tiene es la capacidad de constituirse en un elemento de anudamiento con otros en una perspectiva que abra al futuro. No comunica hacia fuera. Encierra en el sí mismo y a lo más entre semejantes.

Resultado: el pasado es un campo minado de conversación. En ausencia de un piso de legitimidad común, es un relato que está muy atento a sus condiciones de exposición. Posible entre los iguales, imposible entre los diferentes, ausente entre aquellos que no pueden ser ubicados políticamente. Se trata de condiciones que definen, por ejemplo, que en los almuerzos diarios con las colegas, la conversación de temas políticos esté excluida, como sostiene Rosa, una profesora de una universidad tradicional; que hay que evitar los temas políticos en el trabajo, como lo confirma Cristóbal, un estafeta en la cincuentena, o, como lo señala Beatriz, una profesional de la salud, haya que invertir energía y atención en invitar a las “personas correctas” a una fiesta si es que uno quiere asegurarse de que ella transcurra fluidamente, esto es, y es necesario medir la magnitud de esta afirmación, hay que asegurarse que los invitados sean personas con posiciones políticas compatibles. Los criterios no son aquí que las personas sean interesantes unas para otras, que sean sociables o simpáticas, no: el criterio es que “no se pongan a hablar tonteras”, como lo precisa Beatriz (CM), lo que en concreto quiere decir asegurarse de que no se inicie una discusión política, la que es imaginada como una verdadera confrontación violenta.<sup>40</sup> Del pasado político, y aún de la política actual, no se habla, a menos que sean conocidos con opiniones cercanas.

EL ESPACIO PÚBLICO ESTÁ DIVIDIDO POR UNA FECHA. 1973 fue una

liberación para unos, una represión para otros. Una consecuencia indeseada de los excesos del régimen de Allende o el advenimiento traumático de lo inexplicable. Pero para casi todos es, con o sin confesión, una vergüenza. De allí el malestar indudable ante esa fecha: imposible negar los crímenes, inexcusable olvidar lo que le antecede, difícil cuestionar los logros de lo que le sigue.

Empecemos por lo último. Sea que se desapruebe o no el régimen militar, muchas de las grandes coordenadas impuestas en el período han cesado progresivamente de ser cuestionadas por una mayoría. Si seguimos en este punto la interpretación de Patricio Navia (2004: 33 y ss.), por encima de los juicios hacia la persona y su accionar, Pinochet se impuso en la opinión pública, y en todo caso entre las élites, como un agente modernizador.<sup>41</sup> ¿Cómo desconocer que la Constitución de 1980, ratificada en 1988, en el fondo inscribe el proyecto del régimen militar en el pacto-país? Una prolongación que tuvo como principal objetivo asegurar y consolidar durablemente la gobernabilidad del país por una élite política curiosamente a la vez en renovación y heredera de la de antaño.

En segundo lugar, para una parte no menor de nuestros entrevistados de ambos sectores sociales y de diferentes simpatías políticas, lo que antecede al golpe aparece como una dimensión no integrada suficientemente en los relatos oficiales. Tímida, balbuceante, al pasar, las frases inconclusas se agolpan para hacer notar la existencia de ese residuo. La vida bajo la Unidad Popular deja sus marcas para unos y para otros: sus carencias, sus “odiosidades”, las filas, los piojos, los abusos, son una parte de los retazos experienciales nombrados, sin saber a ciencia cierta qué lugar darles. Por lo general, no hay defensa de lo acontecido. No hay argumento a favor. Sin embargo, como un cuerpo extraño, ello retorna en los relatos. “Cuando ocurrió el Golpe”, comenta Ricardo, médico, “yo creo que la sensación que sentí fue de alivio porque era una situación muy tensa. Nadie sabía lo que podía pasar, pero fue un alivio, ‘ya terminó esta cosa’. En mi casa no lo aplaudimos, pero fue de alivio”. Una ambivalencia inicial en lo que respecta a la verdadera significación histórica del evento que manifiestamente sigue trabajando en la memoria de muchos de nuestros entrevistados.

En este sentido, y es una especificidad importante, el Chile del “nunca jamás”, a diferencia notoria de otros países vecinos, se enuncia para muchos ciudadanos tanto en dirección de la dictadura militar como del gobierno de

la Unidad Popular. Aquí está una de las diferencias –insuficientemente asumida por la Concertación– de la transición política en el país con respecto a otras salidas dictatoriales en América Latina (Garretón, 2007). En el origen bautismal de la narrativa del nuevo Chile yace una vergüenza colectiva, silenciosa y compartida: imposible negar los crímenes, inexcusable olvidar lo que le antecede, difícil cuestionar los logros de lo que le sigue.

Es, sin duda, lo anterior lo que explica el malestar ante esta fecha y lo que hace que, para tantos, resulte tan difícil decir algo sobre 1973. O, mejor dicho, que les sea posible decir tantas cosas personales, irreductiblemente personales. De allí la confusión posible. Visto desde la interpretación de los eventos “políticos”, el modelo del *homo neoliberal* parece haberse impuesto, ya que, en lo esencial, los actores adhieren al relato del corte y cuenta nueva que se impuso en el país. Sin embargo, visto desde las experiencias sociales y personales, es difícil no advertir si no su fracaso por lo menos sus límites en imponer un significado histórico hegemónico a este corte. Cada cual puede así hablar de “la” historia en términos irremediabilmente personales. Por supuesto, estos discursos difieren según el origen y la posición social, y se enmarcan en apariencia (pero solo en apariencia) dentro de una interpretación colectiva cuando en verdad cuentan historias disímiles. En esta narración personalizada, lo único que es consensual y colectivo es la selección del evento (1973 y a veces 1989). Tanto para aquellos que no tienen recuerdos o que no los tocó en exceso como para aquellos que hablan del evento como de un rayo que dividió para siempre sus vidas, la desagregación de la memoria es profunda.

El *homo neoliberal* fue un proyecto para unos y una pesadilla para otros, pero para la gran mayoría es, hoy, un proyecto que es indispensable juzgar a doble rasero: un proyecto que ha avanzado gracias a su eficacia en la deshistorización del pasado, pero también un proyecto que ha fracasado por su inhabilidad para homogeneizar la narración política sobre el país. Allí están para probarlo los eventos personales, demasiado personales, sin marco histórico. Allí está sobre todo para confirmarlo, como lo veremos, la sólida existencia de los dos Chiles, signo inequívoco de la fragilidad de una conciencia histórica consensual.

### *Los dos Chiles*

Un aspecto que constituye un escollo aún más importante para reconocer

el triunfo ideológico del *homo neoliberal* es que el pasado está activo en el presente o, para ser más precisos, el recuerdo conflictivo del pasado sigue siendo una brújula en el presente. Aquí, y a diferencia notoria del párrafo precedente, el sentido del contraste entre el recuerdo del evento (a veces en su banalidad aparente) y su presencia activa en la vida personal muestra hasta qué punto la historia es todo menos historia. O sea, la relación con la historia es *sui generis* porque los recuerdos del pasado se enhebran inmediatamente con experiencias presentes. Nada ejemplifica mejor la fuerza de este proceso que la conciencia de los “dos Chiles”, una división que Carlos Huneeus (2003) ha interpretado con inteligencia al subrayar en la raíz del Chile dividido “la actualidad del pasado”. Resulta necesario precisar este punto antes de proseguir: si entre la élite política es posible advertir signos de una evidente distensión, resultado de la connivencia de principios que ha tenido lugar en las últimas décadas (a pesar del quiebre introducido por la elección de la coalición de centro-derecha en las elecciones del 2010), entre las personas entrevistadas la conciencia y la fuerza de esta división son aún vigorosas.

Lo que aparece de manera diáfana, en efecto, es la actualidad conflictiva del pasado. Se pertenece a uno o al otro Chile. La división, para algunos, es indeleble. Y detrás de esta bipartición se encuentra la sombra de la relación con el golpe de Estado. Si, como lo hemos visto, el sentido histórico de 1973 no termina nunca de esclarecerse del todo, en cambio su uso político en el presente no presenta ninguna ambigüedad. El pasado es una fuente de legitimación. Los sufrimientos y los abusos vividos ayer explican y justifican actitudes hoy. Es en la relación con él que muchos se juegan una identidad. Una toma de posición incluso involuntaria, puesto que está, en parte, dictada por la posición familiar o social en la cual cada uno se encontró.

“Mi papá lo pasó muy mal en la época de la Unidad Popular”, dice Gabriel, un ingeniero comercial de mediana edad. “Entonces él era súper pro-golpe. Mis papás, cuando lo del golpe, estaban felices, saltaban en una pata cuando salieron los tanques”. El recuerdo de los maltratos sufridos por su padre pesa aún en él cuando nos habla de los dos Chiles: “En España la derecha hizo una especie de mea culpa y, después, el proceso democrático lo construyeron todos. Acá no pasó eso. Entonces todavía hay el esquema de que están los buenos y los malos. La Concertación siempre tiene esa superioridad moral porque de alguna manera apoyaron el esquema democrático. Y la derecha de

alguna manera hasta el día de hoy (entrevista efectuada en el 2008), o sea la derecha hoy día son mis papás, la gente que conozco, o sea que les tocó vivir cosas duras y que siente que los otros al final fueron... no sé si unos aprovechados, pero que claramente están mirando un cuarto no más de la historia, porque se olvidan completamente de un período que a ellos nos les gusta recordar”.<sup>42</sup>

Desde la otra acera, la experiencia es similar pero antagónica. La dictadura es vista como un sistema total y cerrado. El golpe cambió la vida, porque trastrocó los proyectos o resignificó conflictos y experiencias personales,<sup>43</sup> pero, también, porque enfrentó a situaciones que transformaron de raíz la sensibilidad respecto del mundo.<sup>44</sup> La dictadura habría triunfado, desde la versión de esta orilla, al implementar formas de autoritarismo en toda la vida social y en todos los ámbitos de la vida personal. Para muchos, la dictadura fue una atmósfera global que, según Sergio, hoy psicólogo, se “respiraba en el aire”. Para algunos pocos, muy pocos, los aspectos biográficos e incluso la narración de los acontecimientos se borran detrás de un juicio y una inteligencia política.<sup>45</sup> Lo esencial: el pasado, y su recuerdo, es aquí, también, orientación y límite, a la vez moral y político en el presente.

La dictadura se explica, se condena, se justifica. Principalmente, divide. “Yo les digo a mis padres pro-pinochetistas, ‘oye nosotros nunca tuvimos un hijo desaparecido’. ‘Ah pero eran unos comunistas que nos iban a matar a nosotros’”. El relato de Sofía (CM) es inequívoco: ellos o nosotros. Es en la relación con este acontecimiento que muchos se juegan una identidad... todavía.

LA CONCIENCIA DE LOS DOS CHILES ES UNA FRONTERA y una brújula de gran pregnancia, porque al hacerse operativa diseña un paisaje social cruzado por múltiples líneas de separación imaginarias muy activas. Esta conciencia se expresa en una incapacidad comunicativa. Mientras que la sociedad se complejiza cada vez más en interacciones, encuentros y dependencias, este imaginario político sostiene y cautela la representación de un mundo social signado por la división, la segmentación y la distancia. ¿Cómo? Impulsando a que no se frecuente, o muy poco, el “otro” Chile. Estableciendo una vigilancia obsesiva respecto a los cruces posibles entre los mundos. Para su cristalización entran en acción por lo menos tres mecanismos. Por un lado, la sanción moral a la transgresión relacional de las

fronteras. Por el otro, una estrategia permanente de evitación que tiene en su centro a los conflictos. Finalmente, la activación constante de prejuicios y estereotipos sobre los otros.

Veamos el primero de estos mecanismos. Denisse (SP), militante socialista, afirma con algo de ironía que en su círculo de amigos todos son demócrata cristianos... pero, subraya enfática, para evitar malentendidos sobre el grado de la traición, “ninguno de derecha”. Elena (CM), una joven profesional, relata una experiencia similar. “El golpe nos marcó, y hasta el día de hoy es la percepción que uno tiene de dos bandos, de los buenos y los malos, aunque ahora están un poco mezclados (ríe)”. Antes de aclarar, luego de una breve reflexión, “yo creo que no tengo ningún amigo de derecha”. “Sí, sí tengo amigos del otro lado de la frontera, pero no son los más cercanos, pero tengo”, señala Juan, periodista. La respuesta nos sorprende. Precisamos, entonces, la pregunta con más claridad: ¿amigos de derecha? Ríe. “No, no tengo ningún amigo de derecha... con un amigo pinochetista no podría, ¿que defendiera la tortura?, no, no, sería muy incómodo. Pero un derechista liberal... de repente”. Vuelve a reír. Las citas revelan la vigencia de un mundo ordenado por la división. Pero, también, de la severidad de ésta respecto a un espacio de relaciones que podría llegar a imaginarse, aun cuando remotamente, como más móvil. En este contexto, la risa funciona como alivio a cualquier posible transgresión de la frontera y como signo de complicidad. La risa suaviza cualquier confesión que ponga en cuestión la estricta frontera trazada entre los bandos.

Segundo mecanismo. “Pasar” de un Chile al otro tiene un costo personal y exige una habilidad relacional: la evitación. Tiene un costo en discusiones, en amistades que no se pueden juntar, en roces en el seno de la familia. Todas estas situaciones requieren de cuidadosas maniobras de evitación:<sup>46</sup> temas que no se pueden evocar y silencios que se imponen;<sup>47</sup> verdades secretas e impronunciables: “No hablo mucho de política porque mis amigas son todas de derecha, van a votar por Piñera”, asegura Beatriz. La posición es compartida por muchos. Cuando se trata de conocidos del “otro lado”, como los nombra Magdalena (CM), evita “eso (la política) cuando estamos juntos, o sea, ¿para qué?, si yo sé que no los voy a cambiar a ellos, ni ellos me van a cambiar a mí”. La división política del país se prolonga en tomas de distancia personales, y la evitación del conflicto se convierte en un objetivo central, aunque ello, como es el caso con Daniel (CM), se pague en autenticidad: “No

hablo de política con mis amigos, porque tratas de evitar el conflicto en ese sentido”. Una actitud que le viene desde muy joven, porque si “culturalmente era más bien tirado en contra (de la dictadura), me relacionaba con un medio que estaba a favor, entonces, claro, tenís que desarrollarte en un medio raro, todo esto te lleva a desarrollar un tipo de doble estándar, se dice algo, pero se hace otra cosa, poco consecuente en el fondo”.

Tercer mecanismo. Los prejuicios sobre el otro son de tal magnitud que termina por producirse una lectura caricatural de éste: “Chile es un país muy dividido: o eres comunista o eres fascista... Si tú hablas de la parte social eres comunista, si tú hablas de que Chile es un país desordenado en cuanto a la delincuencia, en cuanto a muchas cosas y que hay que tener mano dura, te dicen que eres fascista”, dice Enrique, dueño de un café.<sup>48</sup> El poder de acción de estas lecturas es tal que el encuentro inesperado con alguien del otro bando que no corresponda al estereotipo no puede sino producir una genuina sorpresa.

De esta manera, los temas políticos se inscriben en registros identitarios que dificultan la discusión. Resultado: no se habla de política. O mejor dicho, muchos prefieren no tocar *en público* el tema, excepto, claro, que se tenga las garantías de encontrarse entre semejantes:<sup>49</sup> “Yo no hablo de política con nadie que no sea de mi familia. Todavía no me siento, no siento que tengamos los espacios de libertad para hablar libremente”, concluye Fabiola (CM). El “público” es reducido a aquellos que están del lado de *mi* orilla. La política, entonces, y, sobre todo, las opiniones políticas, dada la carga identitaria que las envuelve, se convierten en algo personal. En algunos, incluso, extraña paradoja, en algo muy privado. La política, en su sentido más amplio, sea que se la entienda como una práctica deliberativa (Habermas, 1992) o agónica (Mouffe, 2007), aparece en retracción. Como efecto de la división de la conciencia histórica en el país se restringe a una práctica social de circulación y confirmación ideológica entre semejantes.

De este modo, lo que el material muestra es que la división política sigue siendo activa en Chile, lo cual, dicho sea de paso, explica en parte el temor propiamente político, como lo veremos en otro capítulo, que los individuos sienten a nivel de las posiciones sociales que ocupan. Si, visto desde el juego político partidario, la democracia chilena aparece como altamente pacificada, esta contención institucional opera sobre una sociedad

profundamente dividida en su conciencia histórica. De allí, el temor que muchos de nuestros entrevistados expresaron durante el año 2009 ante la eventualidad de una alternancia política, tal como sucedió, en el 2010. El temor de que la división de la conciencia histórica, y la violencia que la acompaña, penetre, otra vez, el ámbito político.

### *¿El fin de los dos Chiles?*

Este silencio y esta división, ¿podrán disiparse algún día? ¿No están, acaso, diluyéndose? Durante las entrevistas (efectuadas entre 2007 y 2009) lo más que podía decirse era que se asistía al comienzo de una muy lenta disolución. “Yo te diría, yo creo que sí, yo creo que sí se va diluyendo en las generaciones más jóvenes; sí, se va diluyendo”, piensa Sergio, psicoanalista.

Pero es lenta. Incluso muy lenta. “Yo creo que la cicatriz política va a quedar. Va a quedar para siempre, va a quedar, pero se vive más en los papás nuestros (...). Ahora es cierto que la sociedad chilena es muy buena para olvidar, pero yo creo que la herida va a quedar pero se va a ir diluyendo, pero falta mucho tiempo. Creo que la gente que tiene mucho odio, mucho rencor es porque no se ha sanado a sí misma”, nos relató en una declaración reveladoramente contradictoria Magdalena (CM), convencida mujer de derecha.

La disolución está para muchos en marcha pero más como una potencialidad que como realidad. Progresivamente, las amistades con el “otro lado” empiezan a banalizarse. “Sí, yo tengo vínculos sin duda en ambos lados”, nos dice Alejandro, con simpatías políticas claras de derecha. “Quizás no tengo mis mejores amigos que sean del otro lado social, eso de ir a comer, o quizás invitarlos a comer, pero un vínculo de mucho cariño, de mucho respeto, donde ambos nos vemos como iguales”, aun cuando termina por reconocer que cierta reticencia subsiste: “se viene arrastrando”. El sentimiento de Rosa (CM), mujer de inclinaciones de izquierda, es similar. Si empieza evocando la desconfianza que es de rigor en situaciones sociales (“yo siento por ejemplo que si estás en un grupo de repente y hay alguien que está allí, de repente hay temas que prefieres no hablar”), considera, sin embargo, que una evolución es posible (“yo encuentro que las confrontaciones no son tan grandes como fueron en algún momento y ahora se podrían manejar”).

EL ALEJAMIENTO Y EL DISTANCIAMIENTO de la vida política –un objetivo a veces implícito pero importante del *homo neoliberal*– se “obtiene”, entonces, curiosamente, en apariencia, a través de su fracaso en imponer una visión consensual: el conflicto de conciencias políticas es tal en Chile que muchos renuncian a hablar de política en el espacio público. Eugenio (SP), expresa sin ambages sus prevenciones: “No me meto (a hablar de política), pa’ no tener problemas”. No obstante, y he aquí el argumento que da cuenta de la pura apariencia del logro referido, si no se habla de política, ello no quiere decir en absoluto que no haya conciencia de la importancia de lo que se juega en la esfera política para las vidas personales. Consecuencia: si bien una gran mayoría no hace de la política un tema de conversación público, sí se interesa por el acontecer nacional y se preocupa de estar informado o cree que debería hacerlo.<sup>50</sup> Esto explica que aún en aquellos que perciben la política contingente como un hecho demasiado profesionalizado y experto como para poder entenderlo, se encuentra la convicción de que allí se juegan asuntos que les atañen.<sup>51</sup> La política, en Chile, no es nunca irrelevante aunque sea fuente constante de frustración y decepción. Vale la pena no olvidarlo: como en las decepciones amorosas, la decepción política coloca a un paso equidistante del cinismo y del reencantamiento. Si la decepción por la política y los políticos está muy presente, no es porque se piense que no juegan ningún rol, sino porque el rol que juegan no responde a las expectativas depositadas. No es lo mismo.

Particular camino el que acabamos de efectuar en estos dos párrafos. Si la realidad del proyecto de fabricar un *homo neoliberal* fue patente en el gobierno militar, y muy visible en los trabajos que desde la producción ideológica se han efectuado en el país, un hiato importante se observa cuando lo que se interroga son las representaciones, políticas e históricas, que poseen los individuos. La uniformidad cede el paso a una profunda heterogeneidad. Lo que el discurso hegemónico presenta como una producción cabal de la conciencia, solo existe, en esta modalidad, en algunos actores. Lo que prima es, por un lado, la profunda división política del país, y por el otro, un conjunto de experiencias personales que señalan la profundidad de la crisis de la narrativa histórica hegemónica. Obviamente esto no impide que el modelo del *homo neoliberal* haya ganado espacio, pero estamos muy lejos de la existencia de una ideología triunfante.

### *¿La privatización de los individuos?*

A estos dos primeros límites aún queda por añadir un tercer ámbito en el cual en apariencia el proyecto del *homo neoliberal* se habría impuesto con mayor éxito –a saber, la metamorfosis profunda de la participación social–. No solamente en el sentido que el país no ha conocido más el nivel de movilización, ni las grandes fechas ni las grandes luchas epónimas que tuvo en los inicios de los 70, o incluso durante la década del 80, sino también porque sus significaciones, prácticas y simbólicas se modificaron profundamente a nivel de los individuos.

La voluntad represiva del régimen militar y su voluntad de contener la importante movilización social de comienzos de los años 70 (Touraine, 1973; Garretón, 2000) es transparente en muchas entrevistas, como lo es también el relato de una restauración conservadora neoliberal que logró desactivar, gracias a la represión y a la tortura, la efervescencia social y restablecer el rol histórico de una élite económica y política (Salazar y Pinto, 1999b; Garcés y Leiva, 2005). La sombra del *homo neoliberal* aparece, en todo caso con fuerza, en la dimensión represiva del régimen y en las tendencias hacia la desmovilización, la privatización, el desinterés o la ignorancia política. No es solamente el temor lo que está en cuestión, es también el conocimiento de los hechos políticos, en tanto que tales, lo que inhibió la dictadura. La privatización de los sujetos se concretó también en la ignorancia. El testimonio de Ana, psicóloga, es impactante al respecto por el contraste entre lo que el golpe implicó personalmente en su vida y la escasa significación que le otorga a la política. Su padre en la época del golpe era director en uno de los ministerios y estuvo preso y fue torturado, pero, dice, “de eso yo no me enteré hasta grande (...). Entonces, la política en mi casa si bien había cargas emocionales, mis tíos estuvieron exilados, otros tíos súper de derecha... nosotros siempre tuvimos que estar orientados a lo social”. El temor impuso su silencio, puesto “que la política fue algo que no se conversó, por lo tanto yo soy muy inculta en el tema político”.

El alejamiento de la política se produjo por y a través del temor. Es necesario recordar que la generación de hombres y mujeres entrevistados (entre 30 y 55 años) o no vivieron directamente el golpe o lo vivieron de niños o jóvenes, pero en muchos de ellos, el relato del temor en primera persona y desde lo que ocurrió en sus familias es un aspecto indeleble. La

vida personal se imbricó, principalmente, con el evento colectivo a través del miedo.<sup>52</sup>

Es desde el temor, por lo tanto, que se abre el camino del *homo neoliberal*. El temor retrotrae a una experiencia personal, despolitiza la vida social, es, explícitamente, la llave de la desmovilización. Así lo reconoce Daniela (SP), para quien el recuerdo de la historia (“mi padre fue preso político” – cuando ella tenía 14 años) engendró un hondo temor que la bloqueará políticamente durante muchos años en su vida: “Tenía como ganas (de participar) pero estaba el temor de lo que había pasado con mi padre”. Un temor que solo logrará superar tras el plebiscito y la victoria del “No”. El temor y sus efectos de desmovilización no son vividos sin malestar subjetivo. Fabiola (CM), lo confiesa: “me involucré hartó y después vino el golpe y me salí, me sentí lo más traidora que hay, pero me daba temor...”. El miedo, nos cuenta Olga (SP), también la paralizó en su compromiso político, “no pude, como te digo por cobardía”, un temor que se agudizó dado el encarcelamiento de su pareja durante un mes.

El miedo se convirtió incluso en un mecanismo de sabiduría familiar. Una prevención perentoria: “Todos los papás le dijeron al cabro chico ‘no se meta en política, no se meta en esa hueá, no, no, no’, y le hicieron creer que la política era el monstruo” afirma Eduardo (SP). El temor se convirtió en un obstáculo que era indispensable superar para poder tener una implicación ciudadana. Muchos no lo lograron. Otros penan aún por lograrlo, prolonga Guillermo (SP), quien ha participado “en miles de reuniones de organizaciones y lo que hay que romper es el miedo al otro, el tema de la traición. Los viejos andan como asustados, terrible es trabajar en ese sentido... porque, además, uno mismo desconfía”.

Entonces, tal como ya ha sido discutido en trabajos anteriores al nuestro, la represión fue un dispositivo central en el advenimiento del *homo neoliberal*, pues al expandir el miedo aumentó considerablemente el “costo” de la participación.

Frente a la represión y el temor se afirmó un modelo de militancia política. Como lo evoca Mónica (CM), quien se define “de la izquierda cristiana”, “a fines de los 70 yo participaba mucho en la política, ocho mil quinientas reuniones a la semana, además de las otras actividades”. Es importante no minimizar este aspecto. Bajo la dictadura militar, el militantismo e incluso la participación ciudadana exigieron una alta dosis de compromiso. “Perdimos

bastantes amigos, porque, además, nos sumimos en la clandestinidad”, recuerda Juan (CM), “y, bueno, un amigo llegaba a dormir a las 4 de la mañana y dormía al lado de tu hijo y tú sabes que podía llegar la CNI pero estabas allí con el compromiso fuertísimo”. Figura ésta sin duda minoritaria, su fuerza imaginaria no fue por ello menos real sobre tantos otros.

Por supuesto, el regreso a la democracia hará que, desde fines de los 80, el costo de la participación política decrezca, sobre todo a medida que la represión amainó. Marisol (CM), quien empezó su vida militante cuando ingresó a la universidad en 1988, es explícita, fue un “año de protestas pero no eran protestas muy bravas como las del 80, que eran protestas contra la dictadura. Eran protestas, ya venía la democracia, o sea, eran protestas más suaves, no mataban a nadie, tú ibas a protestar, nadie desaparecía, nunca me tomaron presa ponte tú”.

Sin embargo, en este ámbito, la herencia es efectiva. Nunca se regresó ni a las formas ni a los niveles de participación de antes de la dictadura. En esta continuidad, es necesario reconocer, como el debate lo ha sugerido, lo que aportaron los gobiernos democráticos que siguieron a la dictadura gracias a su decisión de promover en la llamada “transición” una estricta vigilancia a la conflictividad social, desincentivando no solamente a los actores sociales altamente movilizados en la oposición a la dictadura,<sup>53</sup> sino también a la población en general (Guerrero, 2000; Salazar, 2000; Delamaza, 1999 y 2005).

MUCHAS LECTURAS DE LA SOCIEDAD CHILENA establecen un vínculo explícito entre la represión y la desmovilización,<sup>54</sup> luego entre la decepción y la desmovilización. Sin embargo, una lectura únicamente desde esta opción no alcanza para dar cuenta de lo acontecido. En efecto, si bien la participación ciudadana ha conocido un cambio profundo en Chile, la tesis de la retracción de la participación no alcanza para dar cuenta de este cambio. ¿Por qué?

Primero, como una cuestión de base, porque vale la pena morigerar las afirmaciones considerando una perspectiva comparativa: ayer como hoy, bien sopesadas las cosas, la implicación ciudadana en tiempos normales (y no excepcionales como pueden ser considerados el gobierno de Allende y la dictadura) solo concierne a un número reducido de actores (y a muchos de ellos solamente de manera esporádica).<sup>55</sup>

Segundo, la importancia de la acción colectiva como, en el fondo, de la participación política, no son puestas en sí mismas en cuestión. El descrédito de la democracia que la dictadura promovió, y más allá de ella, de la vida política, encontró rápidamente sus límites. En verdad, al menos a nivel de los principios, todos parecieran estar de acuerdo en que es posible lograr más cosas colectiva que individualmente: “Yo creo en los grupos organizados, yo creo que uno puede hacer más cosas estando organizado que estando solo”, afirma Claudia (CM).

Tercero, y en este proceso, sin lugar a dudas, el rol represivo de la dictadura militar no puede desconocerse; por otro lado, es importante tomar en cuenta otras dimensiones: la crisis de una cultura de izquierda en las últimas décadas del siglo XX, pero, también, la búsqueda, por parte de los individuos, de otros ámbitos de realización personal, algo que no puede ser asociado únicamente con el aspecto represivo de la dictadura.

Cuarto, porque si bien antes del golpe de Estado la participación política se encarnó en la figura emblemática del militante revolucionario al cual las canciones de protesta de los años 60 y 70 le dieron una presencia y un espesor simbólico particular, a lo que se ha asistido es a una transformación de los perfiles de la participación política.

Durante mucho tiempo, en efecto, en el imaginario político, la principal figura del compromiso fue la del militante sindical o revolucionario. La hegemonía de esta figura fue tal que oscureció a otras, o, mejor dicho, obligó a leer las otras modalidades de participación a partir de ella. Hoy en día, los individuos, al tomar distancia con esta antigua figura (Martuccelli, 1995), son capaces de identificarse con formas de activismo más puntuales y pragmáticas. En ellas se subrayan antes las dotes de comunicación y las capacidades para tejer redes que el antiguo compromiso, único y total. Por otro lado, se difractan en múltiples figuras de articulación entre lo público y lo privado, y tienen un carácter más temporal y profesionalizado. Finalmente, en un número importante de casos, las competencias personales solo se ponen al servicio de una causa a través de una compensación económica,<sup>56</sup> esto es, para retomar la distinción de Max Weber, a la “vocación” del antiguo militante se le opone la “profesión” del nuevo activista. Adolfo (CM), militante de Renovación Nacional, lo resume como una evidencia: “La política tiene que ver mucho con platas. Mientras más recursos tú tengas, mayores son las posibilidades de tener un buen resultado

electoral”. Para algunos, lo anterior serviría como prueba de que el *homo neoliberal* se habría infiltrado sigilosamente en el corazón de la conciencia militante.

Sin embargo, más que a una desmovilización, se asiste a la emergencia de nuevas formas de movilización y de solidaridad más técnicas, lo que es considerado por algunos como una pérdida de “alma”. Sin desaprobar las nuevas acciones, añoran el pasado: “El tema es más institucional ahora”, afirma Juan (CM), “en algunos lados, es decir, esos temas que antes los veía la iglesia católica o los partidos políticos clandestinos, lo agarró el municipio, y funciona bien, pero pierde cierta alma”. La institucionalización de las ONG y lo que algunos consideran como un exceso de financiamiento externo habría también disminuido la fibra militante, propiciando que la acción social sea fagocitada por las políticas públicas, como insiste José (CM). Estas expresiones críticas, en parte justas, no deben empero llevar a una idealización del pasado. En América Latina, como Alain Touraine (1988) lo ha explicitado con razón, el sistema político ha subordinado permanentemente a los actores sociales.

Concluir a partir de la tendencia descrita la existencia de una mercantilización del compromiso político o una desmovilización generalizada de la ciudadanía, no parece ser lo más indicado. Es verdad que, para muchos, la recuperación del marco institucional de la democracia significó el fin de una era militante más que el comienzo de otra, pero esto no eliminó ni las huelgas ni las luchas sociales (urbanas, feministas, de la juventud, de las minorías...) que no cesaron en los años 90 y 2000. Sin embargo, es indudable que un ciclo militante llegó a término.

Paulatinamente, un nuevo perfil de participación ciudadana se instala. Las luchas urbanas son un ejemplo importante de esto. En ellas las personas se sienten convocadas desde un lugar distinto al militantismo clásico: “Como ente social le pongo mi energía allí, pero lo mío no es un trabajo político partidista, es un trabajo político ciudadano, y yo hago esfuerzos por generar y abrir espacios de empoderamiento para la ciudadanía”, un testimonio tanto más ejemplar ya que Virgilio fue militante de un partido de izquierda. Se trata de luchas que abren la creatividad social, pero que, además, y de modo importante, combinan de manera muy poco ortodoxa horizontes políticos y sociales distintos: ecológicos, de calidad de vida, de seguridad ciudadana, de participación y apropiación espacial, entre muchos.<sup>57</sup>

Insistamos. Lo que acaece es menos el fin de un ciclo público y el paso a un período de privatización de los individuos,<sup>58</sup> que la transformación del horizonte de juicio que obliga a reconocer, y esto es central, un espacio mayor a la vida personal y familiar, las que ya no pueden ser sacrificadas, sin miramientos, en aras de un compromiso político. Denisse (SP), educadora, lo resume con inteligencia: “Yo aspiro al equilibrio”, antes de reconocer que en parte coincide “con esta ideología de trabajar y ganar plata en lo que me gusta”. En todo caso, una cosa es clara para ella, “yo espero lo contrario de mi tío; mi tío se ha entregado y se ha dado entero (a la lucha social), hoy por hoy tiene 60 años, y a veces lo he visto bajado, lo he visto muy mal, porque para su vida no ha obtenido lo que ha deseado... Yo espero precisamente lo contrario, yo espero, yo quiero seguir jugándola por mi gente, seguir activando socialmente, quiero seguir haciendo cosas, quiero seguir creando, pero también quiero llevar mi vida de forma paralela”.

Pero el ocaso del perfil del militante revolucionario, la valorización creciente de la vida personal y familiar, e incluso la desconfianza hacia las organizaciones colectivas no significa en absoluto el abandono de la acción social. Sin que sea por ello necesario hablar de un “deseo comunitario” (Bengoa, 2006; Tironi, 2005), es evidente que Chile es hoy el teatro de un gran número de formas de solidaridad interpersonal, formas presentes entre los jóvenes<sup>59</sup> pero también en la valorización que se hace en este contexto de un repertorio de acción tradicionalmente reservado a la derecha o a la tradición cristiana.<sup>60</sup>

Tras un conjunto disímil de actitudes se reinventa la participación ciudadana de manera plural, a veces incluso contradictoria. Unos, anhelando la disociación de la vida personal y del compromiso ciudadano, mientras que otros, al contrario, buscan asociar ambas dimensiones sobre nuevas bases, diferentes que en el pasado (como en los estilos de vida de consumo alternativo o en el feminismo). La participación ya no es solamente una “vocación”, es, también, un ámbito en el cual se adquieren capacidades, se ejercen iniciativas, se descubren facetas personales, se afirman derechos, en breve, en donde los individuos se sienten ciudadanos. Entre el militante revolucionario de antaño y los rostros plurales del activista de hoy, sobre todo en sus declinaciones femeninas,<sup>61</sup> se ha interpuesto no solamente un evidente proceso de crisis ideológica y política, sino también un proceso de individuación que nutre nuevas formas de implicación ciudadana. La

militancia se mide *también* desde el termómetro de la vida personal.

Con certeza, la dictadura militar transformó las modalidades de la participación social en el país, como también los gobiernos de la Concertación en la transición democrática contribuyeron a esta transformación gracias a la decepción y la consecuente retracción de los intereses militantes; pero si su acción fue sin lugar a dudas efectiva en este registro, ello se debió a que ésta coincidió y fue amplificada por otros procesos. La situación actual es así, a lo más, una mezcla de privatización activa de individuos (que se restringen a una mera competencia económica entre sí) y de búsqueda de nuevas formas, más equilibradas, de participación y de implicación ciudadana o solidaria. Nuevas formas sin duda menos absolutas que en el pasado, pero no por ello menos activas.<sup>62</sup>

El triunfo político del *homo neoliberal* se revela, leído a escala de los individuos, menos unívoco que lo previsto.

El *homo neoliberal* y la economía

La segunda gran fuente del *homo neoliberal* se encuentra en la economía. Aquí, su triunfo implicaría la adhesión masiva de los individuos a la cultura del mercado y, sobre todo, al consumo. Incluso los lenguajes cotidianos, afirmó Joaquín Lavín (1987: 75), se habrían vuelto “económicos” en Chile, gracias a un “intensivo aprendizaje de la economía a través de los medios de comunicación masivos”. El país se habría “empresarializado” y “mercadizado”. ¿Es así?

Partamos de una constatación. En muchos países de América Latina, a raíz de las reformas estructurales de las últimas décadas se ha formado en contra del “mercado” (un concepto definido en contraposición al Estado protector) una amplia alianza en la que se mezclan los más diversos elementos: componentes de la tradición católica antimerchantil; herederos del socialismo revolucionario que asocian el acceso al consumo de masas con la alienación; un nacionalismo que identifica el mercado con la globalización y éste con el poder de los Estados Unidos; grupos que se sienten perjudicados por las privatizaciones; movimientos sociales que cuestionan diversos aspectos de la mercantilización de las relaciones sociales... Al mismo tiempo, la alianza de grupos antimercado une a los sectores más dispares: los grupos más pobres, que viven el mercado en su forma más cruda y directa, debiendo diariamente desarrollar nuevas estrategias de sobrevivencia, sectores de

capas medias, que perdieron beneficios del Estado, y grupos intelectuales que sostienen un discurso antiglobalización y anti-mercado.

Esta amplia, compleja y, en general, ideológicamente heterogénea mezcla de factores y actores no ha dado lugar, sin embargo, en Chile a la constitución de un verdadero sentimiento antimercado. Por el contrario, la experiencia chilena contrasta con fuerza a este respecto con la de otros países de la región, en donde la actitud antimercado ha sido movilizadora por discursos políticos con importantes componentes autoritarios, nacionalistas y estatizantes. Con las salvedades que se puedan hacer, y que haremos, es claro que en Chile los sectores pro mercado han logrado elaborar un mensaje que ha terminado por tener una real audiencia, en parte, por supuesto, por los efectos que en términos de bienestar económico conoció el país.

En este contexto, la pregunta por la existencia o no del *homo neoliberal* gana en acuidad. Sin embargo, aquí también, aun más que en el caso de la política-historia, lo que los testimonios transmiten es una tensión. Ésta se desarrolla entre tres polos: el dinero, el consumo, el endeudamiento. Más simple: se está frente a la experiencia de una falta crónica de dinero que, en medio de la seducción del segundo (el consumo), obliga a tener que defenderse del abismo del tercero (el endeudamiento). ¿Una sociedad del consumo sin capacidad de consumo? ¿Un *homo neoliberal* en tensión?

#### *La cultura del mercado y la expansión del consumo*

Los mercados, todos los mercados, se encuentran insertos en relaciones sociales y en este sentido son constantemente transformados por la acción de los actores sociales y políticos. En un país como Chile, ¿acaso es necesario recordar el origen político violento y voluntarista por el cual se impuso una concepción que le otorgó al “mercado” un rol dirimente en el manejo de la economía desde comienzos de los años 70? En todo caso, el modelo neoliberal implicó la financiarización de la economía e incluso de muchos aspectos de la vida social (Harvey, 2007: 33).

Para comprender la fuerza del cambio producido desde la economía es necesario partir por analizar la legitimidad, a todas luces nueva, de que goza el mercado entre las élites y, en parte, en la opinión pública. En este sentido, y bien vistas las cosas, resulta difícil poner en entredicho la aceptación, tácita o explícita, por parte de un número significativo de la población, de la economía y sobre todo de la cultura de mercado. Nada lo muestra con tanta

fuerza como el descrédito que es susceptible de recaer sobre aquellos que defienden abiertamente posiciones anti-mercantiles, los que son tildados de estar tomados por una nostalgia del pasado, sobre las visiones romántico-reaccionarias, o la defensa de intereses corporativos de grupos que se beneficiaron de rentas y monopolios estatales. La opinión pública concuerda en que una mayor libertad mercantil puede significar más producción, ingreso e incluso mejor distribución de la riqueza social. Un proceso en el cual es en parte visible el éxito del proyecto neoliberal en su voluntad de sustraer al mercado de los avatares del juego democrático.<sup>63</sup>

Esta verdadera revolución cultural tiene un núcleo central: el tránsito del predominio de la producción hacia el consumo. En el fondo, *es éste el corazón de la transición económica leída desde los individuos. Se trata menos del paso del primado del Estado al mercado, que del de la producción hacia el consumo.* En Chile, fue el consumo, tanto o más que la estabilidad macroeconómica, el gran principio de legitimidad del cambio y del valor otorgado al mercado (a diferencia sensible de lo que es observable en Brasil alrededor del Plan Real o en Argentina en torno al trauma de la hiperinflación). De hecho, nuestra evidencia muestra que entre muchas de las personas de capas medias entrevistadas, la apertura económica y las privatizaciones fueron evaluadas positivamente en términos de consumo. El consumo goza de una nueva legitimidad en el Chile contemporáneo, algo bien señalado por la importancia creciente que los ciudadanos y el Estado le dan a la protección del consumidor (Engel y Navia, 2006), una importancia que tiene como contracara, no obstante, la extremada sensibilidad, como lo veremos, respecto de sus prácticas excesivas.

PERO LO ANTERIOR NO ES TODO. Para entregar una imagen más completa del cambio a este nivel es preciso dar un paso suplementario. La cultura del mercado en Chile, como en muchos otros países latinoamericanos, ha dado lugar en las últimas décadas a la aparición de una sociedad de consumo de masas, un proceso indisociable de efectos contradictorios, sobre todo, como lo veremos en el próximo capítulo, en términos de democratización de las relaciones sociales. Si es a todas luces exagerado afirmar que el consumo de masas, la publicidad y la cultura consumista destruyeron las barreras simbólicas y materiales entre los grupos sociales, es imposible desconocer, no obstante, que el imperativo del

consumo, al universalizar expectativas de acceso a bienes que anteriormente estaban fuera del horizonte de buena parte de la población, han generado un sentimiento inédito de pertenencia al colectivo nacional. Por supuesto, la generalización de estas expectativas comunes de consumo también produce segmentación, insatisfacción, frustración y nuevos problemas sociales ligados al endeudamiento. Pero el cambio no es menos profundo y, sobre todo, *le otorga al consumo una significación ciudadana particular*, distinta de las que se han avanzado a propósito de otras sociedades.

Como Andrea Millefiorini (2005) lo ha señalado con razón a propósito de la experiencia norteamericana y europea, el individualismo solo se convirtió en un fenómeno de masas gracias al advenimiento de la sociedad de consumo. Fue esta última la que logró democratizar cabalmente los elementos propiamente aristocráticos, hasta entonces centrales en el individualismo. En Chile, y en este punto en resonancia con otras experiencias latinoamericanas, la expansión de esta cultura del consumo afirmó, innegablemente, también el individualismo pero, por sobre todo, afirmó una nueva forma de participación y de integración social.<sup>64</sup>

La antigua cultura de consumo estratificada socialmente tenía tanto componentes de resignación como de aceptación solidaria del destino del grupo al cual se pertenecía, una y otra dando lugar a formas de fruición y entretenimiento específicamente populares.<sup>65</sup> La revolución de expectativas producida por la cultura de consumo de masas ha generado, por el contrario, valores igualitarios y, sobre todo, a medida que progresivamente los actores tuvieron acceso a él, una forma distinta de pertenencia a un colectivo, una que se establece menos, como fue el caso ayer, a través de una inclusión bajo la forma del “pueblo” y los derechos sociales, y más, mucho más, bajo la forma del consumidor y a través de oportunidades económicas.

Ahora bien, el acceso al consumo se da, en particular entre los sectores más pobres, a través de estrategias familiares en las cuales cada miembro de la familia contribuye a la compra de bienes de consumo (refrigeradores, televisores, aparatos de audio, computadoras, auto). La generalización de estos bienes entre los sectores populares ha sido enorme y fuertemente incentivada por el uso y la generalización del crédito, lo que ha permitido que los sectores populares hayan tenido acceso a productos y modas hasta hace poco únicamente reservados a las capas medias y altas. En todo caso, el censo del 2002 reveló un país modernizado por el consumo (Tironi et al.,

2003). Por supuesto, los matices de consumo son esenciales, puesto que es en gran parte a través de ellos como se diseñan y mantienen lógicas de distinción entre grupos sociales.<sup>66</sup> También es verdad que el consumo en Chile, como lo han desarrollado muchos discursos críticos, engendraría una miríada de microfrustraciones, una modalidad de alienación que encerraría a los individuos en un movimiento bipolar cíclico de placer y displacer. Sin embargo, todo ello no debe llevar a descuidar lo esencial: el acceso a bienes de consumo ha sido vivido por muchos como una vía de expansión, bajo nuevas bases, del sentimiento de ser miembros de la sociedad.<sup>67</sup>

Sin embargo, el consumo transmite un sentimiento de pertenencia que difiere del lazo ciudadano asegurado por la pertenencia a un colectivo político. Hablar de una ciudadanía a través del consumo es, por cierto, un exceso,<sup>68</sup> pero la afirmación tiene el mérito de señalar hasta qué punto es posible hacer una analogía entre el consumidor que ejerce una ciudadanía de nuevo cuño y el ciudadano político.<sup>69</sup> El consumidor-ciudadano aparece a la vez siendo más diferenciado y más estandarizado que el ciudadano-político. Más diferenciado porque el consumo construye una amplia gama de posiciones y de distinciones, acentuando fuertemente la singularización de los actores sociales. Más estandarizado puesto que el consumo implica el ingreso a un mundo común fuertemente homogéneo, no necesariamente en los bienes consumidos sino en las expectativas de consumo (en contraposición al universo del ciudadano-político que se construye, al menos normativamente, alrededor de una capacidad crítica de juicio).

De otro lado, paradójicamente el resultado de esta expansión del consumo como vía de participación social constituye una aceptación implícita de la desigualdad. Tal vez es ésta una de las principales consecuencias estructurales del consumo, la que, al menos en parte, permite comprender el tenor de ciertos debates. El hecho de que el consumo, a diferencia de los derechos, se dé en el contexto de una gama diversificada de productos, produce un sentimiento de pertenencia marcado, desde el inicio, por una tolerancia estructural hacia las diferencias y las desigualdades. Allí donde, como lo veremos en el capítulo 2, y a pesar de su profundidad, la horizontalización del lazo social en curso flaquea por momentos, el consumo refuerza la ficción de la igualdad acrecentando, paradójicamente, la tolerancia a la desigualdad.

¿Estaríamos, entonces, en este ámbito efectivamente delante del triunfo

innegable del *homo neoliberal*? A este respecto también las cosas se revelan más complicadas que lo previsto. Lo que nuestro material muestra es que es menos bajo la forma de un discurso único que a través de una serie de modalidades, con lógicas disímiles, que la relación con el consumo se presenta. Cada una de ellas pone en cuestión, a su manera, una supuesta regencia sin barreras del modelo del individuo neoliberal. Como se verá, la cultura del consumo se ha impuesto, sin duda, en Chile, pero el consumo está lejos, muy lejos, de ser una práctica culturalmente neutra. El consumo es, en este sentido, un agente ambivalente de individuación.

### *Los individuos frente al consumo*

El consumo es un placer. La frase puede parecer banal, pero no lo es. Se trata de una confesión pública mucho más difícil de realizar de lo que se podría imaginar. Lo importante a subrayar aquí es que el consumo, a pesar de la afirmación cultural y de la legitimidad que ha obtenido en las últimas décadas, sigue siendo objeto de sospecha. Por supuesto, todo el mundo consume. Por supuesto, también, el consumo tiene otras funciones extremadamente significativas y reconocidamente positivas, especialmente en el caso de las mujeres.<sup>70</sup> Por ejemplo, es una manera legítima de apropiarse del espacio público y de cortar con las experiencias de encierro en la domesticidad y una modalidad de estar en la ciudad. “Cuando estoy de bajones”, nos contó María (SP), “voy a comprar, me encanta. No sé, el hecho de mirar y decir esto me lo voy a comprar, aunque no me lo compre. Me encanta ir a meterme donde está la gente, en Patronato, la Vega, o a Franklin, o voy a un *mall*”.

El lazo es evidente: el consumo y especialmente las actividades asociadas al mismo son un placer que le hace contrapeso a la frustración de las restricciones cotidianas más allá de los ingresos.<sup>71</sup>

Pero confesar que se obtiene placer en el acto de consumir es aún un tema tabú para muchos. Incluso cuando el reconocimiento es franco, el placer del consumo no logra liberarse enteramente de un cierto juicio peyorativo. “Sí, soy consumista” dice Alberto (SP), antes de añadir, inmediatamente “trato de no hacerlo, pero me considero una persona consumista... Sí, me gusta ir al supermercado, a la feria de las pulgas, me entretengo con este asunto que le llaman los Persas, ir a cachurear ahí, a lo mejor pierdo más tiempo de lo que realmente compro...”.<sup>72</sup> De este modo, la confesión del placer obtenido

gracias al consumo, se acompaña casi inevitablemente por un ejercicio de autojustificación y de autoexplicación.

El consumo es, así, un placer ambivalente. ¿Por qué? Porque, en primer lugar, va en ello, se cree, una dosis de superficialidad, de egoísmo y de irresponsabilidad. La dificultad para aceptar el placer del consumo se relaciona en parte con la impronta de un imaginario nacional de austeridad que impregnó a la clase alta tradicional (Stabili, 2003) y se expresó en la sobriedad de una clase media que hizo de ello un valor, incluso político (Barr-Melej, 2001). Sin embargo, no es solo por una cuestión de estatus y diferencia que el consumo es sospechoso.<sup>73</sup> Son otras las dimensiones que se le asocian.

LA CONFESIÓN DEL PLACER QUE SE EXTRAE del consumo resulta compleja, en primer lugar, por lo que ello puede revelar de un posible individualismo egoísta. Es por eso que en la expresión del placer del consumo es posible entrever un degradé normativo. No todos los placeres de consumo son igualmente confesables. Aquellos que están dirigidos hacia los otros o hacia el hogar son evidentemente más legítimos. “No soy mucho de ropa; me gusta más comprar cosas para el hogar o una planta que me fascina”, dice Bernardita (SP). Olga (SP) va en la misma dirección: “No, no soy consumista, pero sí me gusta comprarles cosas a mis niñas”. Sin embargo, reconoce que cuando “gana su platita” le gusta comprarse toallas “si pudiera tendría mi casa llena de toallas; como te digo, no soy consumista, pero no sé por qué me gustan las toallas o las camisas de dormir”, dice en tono de justificación. El equilibrio es siempre difícil,<sup>74</sup> especialmente entre en las mujeres, dadas las condicionantes de género.<sup>75</sup> En todo caso, y como los testimonios lo muestran, el equilibrio en la búsqueda del placer, más o menos solitario a través del consumo, y su significado legítimo es una operación de alta complejidad afectiva.<sup>76</sup>

Una segunda razón por la cual la confesión del placer del consumo resulta difícil es por lo que éste puede evidenciar de una debilidad personal para controlar un placer y sus excesos. En este caso se trata no del egoísmo, sino de una eventual dificultad de evaluación sobre los límites. Caterina (CM), declara: sí, “me gusta ir de compras, Jumbo es mi punto fijo”. Pero apenas reconocido este gusto, esta ama de casa pone en marcha un conjunto plural de juicios sobre los límites del consumo. De su hija, por ejemplo, nos dice que

encuentra que gasta demasiado: “Se compra zapatillas por 70 lucas. Entonces yo digo ‘¿en qué quedamos?’ o sea ‘ah, es que son tan lindas’, aah, ya. Y el concierto de Madonna, le costó 200 lucas la entrada ‘es que, mamá, yo salgo tarde de la oficina, tenía que comprarme entrada numerada porque si no, no iba a llegar’ ahh. ¿Te fijas? Entonces, tú, el sistema, te va haciendo cambiar, tú vas cambiando, tus prioridades van cambiando”. Luego, sin embargo, confiesa que a ella “normalmente me gustan las cosas más caras (ríe) uno siempre cae un poco en eso...”. La confesión le vuelve a parecer excesiva. Se corrige. Evoca su austeridad: “Mi auto tiene 10 años, no lo he podido cambiar porque no tengo la plata pa’l auto que quiero... y no lo cambio no más ¿ya? (...) No me voy a endeudar por un auto”. El testimonio muestra las oscilaciones en el establecimiento de lo razonable o no respecto del consumo, pero, también, el esfuerzo por mostrar que hay algo del control preservado frente al “sistema”. Al final, y esto no es menor, en el difícil dilema respecto a lo que es el exceso y los límites... el endeudamiento pone las medidas. Volveremos sobre este punto más adelante.

En tercer lugar, la aceptación del placer del consumo aparece complicada por las restricciones materiales para el mismo. Por supuesto, esta sensación difiere sensiblemente según el nivel de ingresos, pero, globalmente, la falta crónica de dinero y las restricciones asociadas al consumo fueron evocadas en todas las categorías sociales.<sup>77</sup> En este caso, la frustración más o menos larvada del consumo pone a distancia de un reconocimiento directo acerca de la satisfacción que éste puede provocar. No se trata aquí de que se considere que el consumo es negativo, no es una postura crítica ante el consumo lo que está en juego, sino una actitud de prevención frente a la frustración, la que impulsa a evitar una exposición desprotegida frente al mismo.

Esta actitud toma variados rostros. En muchos casos la ecuación restricción al consumo-falta de dinero incentiva, como lo discutiremos en otro capítulo, al trabajo-sin-fin (tomo 2): empuja, por ejemplo, a una “doble (o triple) jornada” con el fin de pagar la manutención de los hijos, como lo afirma Ricardo, médico, o a trabajar más horas simplemente para obtener mejores ingresos.<sup>78</sup> La inmediatez de la exigencia que enuncian los entrevistados es vívida. Las cuentas están allí y hay que pagarlas antes de fin de mes, y para eso hay que trabajar lo más que se pueda. Claro, como lo reconoce Ramiro, conductor de bus, “es esclavizado el asunto, pero como le

digo, para poder ganar un poquito más”. El tema es una preocupación constante. “Uno piensa de dónde sacar más plata para estar más tranquilo, tomar más horas, mire, todas estas cosas que le digo las pienso... Pensar qué tipo de negocio inventar dentro del rubro para poder bajarse del auto, porque yo pienso honestamente con la experiencia que yo tengo, que quien trabaja en locomoción no debería pasar más de los 55 años manejando”. Los ingresos, en verdad la falta de ingresos, lo aqueja.

Pero la voluntad de protegerse de la frustración que se anticipa también tiene formas más directas. El mecanismo de protección “no ir de compras”, impacta por su simplicidad y por la voluntad que supone. “Me gusta ir de compras cuando tengo plata, sino, no... Porque si no tengo dinero ¿para qué voy a ir a “vitriear” si no me puedo comprar cosas?”, resume Fabiola (CM).<sup>79</sup> En otros, la defensa contra la frustración del consumo se centra en el abandono de las “marcas”. Se trata del ejercicio constante de adaptar los gustos a las posibilidades económicas, lo que implica renunciar a ciertas – muchas– cosas, porque no se puede.<sup>80</sup> Los ingresos regulan, frustran, probablemente, pero, sobre todo, regulan.<sup>81</sup> En los relatos, la falta, o mejor dicho, la insuficiencia de los ingresos es simplemente un parámetro de realidad. Un factor que, no es incluso exagerado pensar, otorga una parte sustancial del principio de realidad a muchos.<sup>82</sup> Con respecto a él, el consumo es una frustración polifacética que se trata de evitar con un trabajo constante de contención evitativa.

En cuarto lugar, el placer del consumo es contrarrestado por la conciencia aguzada y extendida de que el consumo es un peligro. En esta línea, la vivencia del consumo como amenaza es interpretada, en muchos casos, como una lucha contra la tentación, de grados distintos pero que puede llegar a la compulsión: “De repente”, dice Soledad (CM), “me coloco media compulsiva, pero cuando hay más necesidad y tú ves algo barato, pero no, entonces tú dices, pero no, no, ¡pero me está llamando! Es una lucha (ríe). Entonces tú dices ‘no voy... pero pucha me gusta el café y el azul’ ponte tú. Ya, entonces, qué hago, ¡atroz!, me devuelvo, ya ¡denme eso! Eso fíjate tú, que me mata, eso me pasa una vez al mes, ¡menos mal!”.<sup>83</sup>

Como muchos otros placeres, el consumo tiene, entonces, que practicarse con moderación. Debido a que cada cual lo enuncia a su manera, los testimonios terminan por construir una suerte de tratado experiencial de los usos y peligros del consumo. Las frases que se enuncian son una mezcla de

sabiduría popular, de enseñanza familiar, de prescripciones religiosas y de experiencias vividas en primera persona. Es como si frente al consumo, los individuos relataran una versión condensada y particular de una *Bildungsroman*, de una formación de sí. El tono normativo y la legitimidad de las frases contrastan fuertemente con la vergüenza asociada al reconocimiento del hedonismo consumista. Si bien se encuentra la actuación de una ética de la austeridad transmitida por principios familiares y sociales,<sup>84</sup> ésta no es en absoluto hegemónica. De otro lado, la austeridad, más que una cuestión asociada con principios de distinción, es una defensa frente al empuje seductor y cuasi coercitivo consumo. “Tenís que tratar de mantenerte austero, para no estar tan obligado, tan esclavizado por el consumo”, afirma Daniel, ingeniero, con énfasis. “No, soy ajeno al consumo, no quiero que el consumo me consuma”, dice Fernando adhiriendo, incluso en su formulación, a un discurso público convenido. El consumo se expresa menos entonces como placer, que como riesgo: “Hay que saber ajustar expectativas, ajustar expectativas a tu realidad en términos de consumo”, sostiene Victoria (CM). El consumo como peligro se asocia directamente a un factor: el endeudamiento, y el sobreendeudamiento. Lo que hay que evitar son las consecuencias del endeudamiento, gracias a un crédito que está siempre demasiado a la mano, pero, también, dada la combinación entre las restricciones materiales, el empuje seductor coercitivo del consumo y las dificultades para contar con definiciones colectivas sobre los límites razonables frente a él.

A partir de lo hasta aquí expuesto, se puede sostener que se está en presencia de una sociedad de consumo con consumidores que poseen, desde su percepción, una limitada capacidad real de consumo, la que colisiona con expectativas permanentemente estimuladas. Consumidores, al mismo tiempo, con prácticas de consumo que si bien les proveen placer son fuente de amenaza y desasosiego. Pero hay algo más que puede extraerse de lo hasta ahora presentado. El consumo propone un dilema moral al que se ven enfrentadas las personas. Se trata de la definición de lo que es el exceso, o en otras palabras, la inquietud por definir cuáles son los límites que deben establecerse en el consumo personal y en el de los otros, especialmente el de los hijos.<sup>85</sup> En este ejercicio las personas se encuentran particularmente solas. Si bien hay discursos que recomiendan su regulación, no hay, sin embargo, criterios establecidos de lo que es o no razonable en relación con el

consumo. En ausencia de este soporte discursivo colectivo, el endeudamiento, mecanismo de coerción externa por antonomasia, se convierte en el dispositivo central al que se apela para poner límites imaginaria o realmente al consumo.

### *La fiesta y la resaca*

El consumo revela uno de los grandes rasgos de la sociedad chilena; a saber, que los individuos deben protegerse de las instituciones, de sus abusos, por supuesto, pero, también, de sus prescripciones y de sus insuficiencias. La trayectoria del consumo ejemplifica a cabalidad lo anterior. Si en un primer momento (por el famoso efecto de demostración) fue un factor de desestabilización política al engendrar expectativas que las economías nacionales (y la desigualdad de la renta...) impidieron satisfacer (Germani, 1962), en un segundo momento, claramente visible entre los estratos medios y populares en las últimas décadas, engendró un frenesí de gasto que ha conducido a fenómenos importantes de sobreendeudamiento. Nada de asombroso, por lo demás, que dadas las desigualdades de ingreso, los sectores populares representen la mayoría de las personas endeudadas,<sup>86</sup> lo que implica que para este grupo social el enfrentamiento al consumo fue particularmente agudo, y ello tanto más que confrontados a él, los individuos “aprendieron” solos, o, mejor dicho, *tuvieron que aprender solos*.

Vale la pena recalcar que si bien fenómenos similares han tenido lugar en otros países y períodos, el rol de las instituciones, a pesar de apariencias engañosas, nunca ha sido el mismo. Y si el sobreendeudamiento ha estado presente desde hace lustros en los Estados Unidos, o en algunos países europeos, esta situación puede ser descrita, como Daniel Bell lo hizo desde los años 70, como una contradicción cultural, esto es, una tensión entre principios institucionales opuestos –entre los valores del modernismo y del consumo por un lado, y la abnegación y el ascetismo intramundano por el otro (Bell, 1982)–. Por el contrario, en Chile frente al mismo fenómeno lo que ha terminado primando es el sentimiento de tener que desenvolverse solo, no porque se está solo (por el contrario, las afiliaciones son múltiples y a veces pesadas), sino porque el colectivo político se desresponsabiliza de la suerte personal de sus miembros. O, para ser más precisos, son los individuos entre sí los que se responsabilizan de la suerte de unos con (algunos) otros, y no las instituciones.

Fernando Robles (2000) ha subrayado con razón este punto. Los individuos enfrentan solos, en todo caso más solos que en otros lugares, un conjunto de desafíos, puesto que se ven obligados a buscar respuestas por sí mismos a una serie de falencias, como las del mercado de trabajo formal que los obliga a hacer del trabajo temporal o estacional, de la subcontratación, del trabajo a domicilio o clandestino una forma forzosa de subsistencia. Una realidad que el autor no duda en contraponer a la experiencia del Norte, hablando para unos de una autoconfrontación asistida (por las instituciones) y para los otros, en el Sur, de una autoconfrontación desregulada que incrementa las inseguridades ontológicas. Un proceso que fácilmente puede ampliarse para describir el desafío del consumo, puesto que frente a él los individuos perciben con fuerza hasta qué punto los colectivos no se sienten responsables de su destino personal. En todo caso, allí donde en otros países se trató de encauzar el crédito, en Chile se instauraron sistemas de acceso automático hacia él, de amplia cobertura y de bajas exigencias (sobre todo a través de las tarjetas de crédito y las tarjetas de tiendas comerciales).<sup>87</sup> Es en este sentido que el individuo puede comprenderse como el producto de un paradójico trabajo institucional (Martuccelli, 2010a).

Es evidente que sin crédito no hay sociedad de consumo. Su importancia no ha cesado de ser reconocida, sobre todo, pero no solamente, desde una visión crítica, y muchas veces conservadora, de la sociedad moderna y del capitalismo.<sup>88</sup> Ciertamente, en este proceso un rol capital le toca al crecimiento económico propiamente dicho, pero sin el crédito y las manifestaciones plurales que éste tiene en la sociedad chilena, el fenómeno habría permanecido acotado. Tanto más que el crédito, como lo veremos, es a la vez una fuente de ansiedad y un recurso legítimo para procurarse bienes a los que se aspira, lo que hace que muchos tengan una experiencia positiva del crédito, pues éste les ha permitido adquirir bienes que, de otra manera, jamás habrían podido procurarse.<sup>89</sup> Se trata, así, de un proceso que *no solamente* señala un gusto inmoderado por el consumo y el individualismo, sino que debe *también* ser interpretado como una actitud de participación e integración simbólica a un colectivo.

A GRANDES RASGOS, EL FENÓMENO que estudiamos atraviesa etapas bien establecidas. En muchos países del Norte el recurso al crédito por parte de las familias fue el resultado de políticas monetaristas restrictivas que, con

el afán de combatir la inflación en los años 70 y 80, aumentaron significativamente las tasas de interés, las que, al incrementar fuertemente la remuneración del capital, transformaron en profundidad el funcionamiento de las empresas. El accionariado ganó poder frente a los asalariados, y la parte destinada a los beneficios se incrementó en detrimento de los salarios. Como resultado, para mantener su nivel de vida, las familias tuvieron que recurrir primero a sus ahorros, luego al crédito.

En Chile el proceso fue distinto. El país también fue sujeto a “los locos años 90”, como Joseph Stiglitz (2003) denominó al frenesí financiero que se apoderó en ese período de los Estados Unidos, pero la versión local fue otra. La euforia fue indisociable de un nuevo clima político –el regreso a la democracia–, de los primeros verdaderos signos tangibles de un incremento significativo del poder adquisitivo y de una confianza inusitada en el futuro del país (el Chile jaguar...). En otras palabras, fue en mucho la bonanza nacional acompañada de un ambiente de optimismo lo que engendró el contexto estructural del endeudamiento y en algunos constituyó la base del desliz hacia el sobreendeudamiento. Fue el momento de la “fiesta”, retratado con talento por Tomás Moulian en el instante mismo en que su realidad se ensombrecía.<sup>90</sup> Pero, si ésta es la primera fase de la historia de la expansión del consumo en Chile, no es la única. A ella le sigue, si tomamos en cuenta lo que los individuos aportan para la construcción de esta historia, un segundo momento: la “resaca”, una fase caracterizada por la transformación de la morfología del crédito y el consumo y por un lento proceso de maduración colectiva que los actores han vivido a lo largo de la década del 2000.

Si en un primer momento el consumo vía crédito prioritariamente es visto como un camino para la ampliación del acceso a bienes, el que genera un nuevo horizonte para capas importantes de la población, esta constelación se irá transformando para muchos hasta constituirse también en una forma de mantener el nivel de vida. Este transcurso se asocia con una multiplicidad de factores, entre los que de manera importante habrá que contar el comparativamente escaso crecimiento de la parte salarial en relación a la de las utilidades empresariales (Ramos, 2009), las exigencias para los presupuestos familiares impuestas por la privatización de los servicios y el crecimiento de las expectativas. Al recurrir al crédito, incluso en medio de lo que algunos pueden juzgar como un conformismo consumista y otros como una alienación cultural, los individuos utilizaron un medio que les fue

presentado por las instituciones (en todo caso por las empresas, los comercios y los bancos), como *un medio legítimo para obtener fines legítimos*, un proceso que llevó a muchos a conocer las facetas más oscuras del endeudamiento. El consumo y su correlato en endeudamiento, sus excesos o sus prevenciones, deben leerse, así, en el marco de una experiencia colectiva que no dejó intocados a los individuos.

### *Aprendizajes y constricciones*

Juan (SP) ofrece quizás una de las lecturas más claras de la época desde su propia trayectoria. Lo hace en una narración que tiene como fundamento comprender su itinerario como el fruto de un período: “Con mi pareja encontramos un departamento, empezó el Chile aspiracional, el jaguar, el de la tarjeta de crédito, las casas baratas, los matrimonios jóvenes profesionales... entonces, compramos ese departamento”. Pero la bonanza no duró demasiado, y las experiencias fueron suficientemente duras como para que aprendiera o, más bien, se viera obligado a aprender, constreñido por las secuelas a cambiar su conducta de consumo. Ahora, dice, consume “lo justo y lo necesario. Soy bastante austero. Mi consumo tiene que ver con ir a comer, a chupar, a comprar libros, ropa compro repoca”. Insiste. “En los años 90 por culpa de eso me creí el cuento cuando tuve mi impulso y entonces me endeudé, tarjetas de crédito... En los 90 me hice pebre, de hecho hoy día tengo un DICOM que debe llegar hasta Punta Arenas. Por suerte, estoy bloqueado por el sistema financiero, porque uno le agarra el gusto a eso, y estoy súper ordenado con las platas... Ese departamento después que nos divorciamos se perdió y se lo devolví a la inmobiliaria; no tengo bienes, digamos, pago en efectivo, uso chequera electrónica que te dan en el trabajo que son re-cómodas, pero todo lo pago al contado”. Insiste, una vez más, volviendo sobre lo mismo como para cerciorarse que entendemos bien: “Entre los 30 y 40 se me abrió un mundo de un montón de posibilidades, el consumo te abría a varias cosas y le puse demasiado y no tuve freno con eso, y, además, después se me ocurre divorciarme (...) En ese período el consumo era que quería tener el mejor equipo de música, la mejor biblioteca, yo era el único huevón que tenía la tarjeta (de crédito bancario) para comprar libros y la reventaba en restoranes, llevando a los cabros chicos, y malas decisiones económicas tomadas en algún minuto y endeudamiento... a no saber

medir en lo que ganaba y gastaba”. Una actitud que inserta dentro de un destino colectivo. “Mis amigos me mostraban lo que se compraban, que el auto, que el departamento... Había mucha plata entre el gobierno de Aylwin y principios del de Frei, yo no sabía cómo caía la plata, trabajaba en un montón de cosas... Caía la plata por todos lados... entonces, era un pozo sin fin... entonces gastaba y gastaba y gastaba”, concluye.

El hecho de que hayamos efectuado nuestras entrevistas más de una década después de la euforia de los años 90, ya en la fase de la “resaca”, explica, sin duda, el carácter si no unilateralmente crítico, por lo menos ambivalente de los testimonios recabados. Es en este marco, y desde esta experiencia que muchos son capaces de criticar el frenesí consumista (y se sobreentiende sus consecuencias en términos de deuda) que se impuso en el pasado reciente. La conciencia de lo ineluctable de la factura es clara. Marisol (CM) lo revela al evocar amigos que “gastan mucho más de lo que tienen, no sé cómo lo van a hacer pero algún día van a tener que pagarlo... yo no sé cómo viven en una casa maravillosa, andan en autos maravillosos, y una deuda que ni te cuento (ríe)... De repente te llaman el miércoles y te dicen ‘oye, vamos a comer’ ‘¿estás loca, galla? no tengo plata, no voy a gastar 30, 40 lucas en ir a un restaurant, no, ni cagando; el fin de semana hacemos un asadito’. Hay mucha gente que vive así, pero para mí es aterrador”. Los comentarios son, por supuesto, más fáciles de efectuar cuando los que se critican son los otros, pero esto no impide cierta lucidez autocrítica, que lleva a reconocer con sinceridad haber hecho, y hacer, parte de la euforia del consumo.<sup>91</sup>

Pero un tipo de endeudamiento más o menos compulsivo, o bajo la impronta de una estimulación social, debe ser distinguido de la situación de todos aquellos que, sobre todo entre los sectores populares, se encuentran, por otras razones, en una espiral, más o menos controlada, pero a todas luces inevitable, de endeudamiento, desendeudamiento, reendeudamiento. Marta, paramédica, nos entrega una imagen lúcida y transparente de este engranaje: “Somos el sector, yo creo, mayoritario, que vivimos toda la vida endeudados, toda la vida endeudados, pero sobrevivimos. Tú te las arreglas de una u otra manera, pero sobrevives... Le estás pidiendo al banco una cantidad de plata, la vas pagando, terminas de pagarla y vuelves a endeudarte”.<sup>92</sup>

[1] Esta sigla indicará de aquí en adelante la pertenencia del entrevistado a los sectores populares (SP). (N. del E.)

[2] La sigla (CM) indicará de aquí en adelante la pertenencia del entrevistado a las capas medias. (N. del E.)

### *Endeudamiento y sobreendeudamiento*

Para comprender el consumo, el endeudamiento y el sobreendeudamiento en Chile es preciso acercarse a sus especificidades tanto en su estructura como en sus coyunturas. En su estructura: individuos que, enfrentados a la euforia de los años 90, tuvieron –y tienen– el sentimiento de haber sido abandonados por las instituciones públicas a merced de las empresas comerciales. En sus coyunturas: el sobreendeudamiento es el fruto de un sinnúmero de contingencias vitales. Es aquí, en esta doble realidad, más que en la importancia cuantitativa, donde reside la principal significación de este desafío. Los dos procesos engendran un tipo de individuación específico: uno que tiende, en este registro, a acentuar fuertemente las expresiones individualistas. Sin embargo, no está demás subrayar que el sobreendeudamiento no solo tiene significaciones particulares en función de trayectorias personales, sino, también, del tipo de sociedad en el cual se produce. Es sobre esta última dimensión que se centra la noción de prueba que aquí movilizamos.

En efecto, por importante que sea la responsabilidad individual, el sobreendeudamiento es inseparable de movimientos macrosociales que escapan a la voluntad personal. El sobreendeudamiento es *también* un problema que implica una responsabilidad colectiva. En el caso chileno, las tendencias se cruzan y se potencian. Por un lado, la capacidad de ahorro, que siempre fue baja en el país, sobre todo entre los sectores populares y una buena parte de las capas medias, no repunta significativamente en los años 90; mientras que, por el otro lado, la tendencia al sobreendeudamiento creció de manera sensible. Entre uno y otro se interpuso no solamente la formidable expansión del crédito, sino también su coincidencia con un período de evidente euforia nacional alimentada por tasas importantes de crecimiento económico envueltas en una agresiva incitación comercial al consumo, y un proporcionalmente muy escaso crecimiento salarial. Es este cruce de líneas el que permite distinguir, como lo venimos adelantando, la existencia de dos períodos históricos claramente contrastados en el consumo: la fiesta de los años 90

por un lado, y la resaca del 2000 por el otro. De este modo, más allá de las causas personales, es importante comprender la significación colectiva del endeudamiento, y recordar que Chile no es una República de consumo en la cual, como Lizabeth Cohen (2002) lo indica para el caso de los Estados Unidos, éste se convierte en el verdadero motor del crecimiento económico. La cultura del consumo en Chile es un híbrido entre estrecheces económicas familiares y aumento colectivo de expectativas. Por lo demás, hay consumo y consumo, endeudamiento y endeudamiento, sobreendeudamiento y sobreendeudamiento. Es en estas distinciones donde subyace la clave de la interpretación y de los juicios. No es lo mismo, dicen muchos, endeudarse para comprar un automóvil indispensable para una actividad profesional que para comprar una nueva línea de artefactos electrónicos. No es lo mismo estar sobreendeudado a causa de una enfermedad que por una espiral consumista compulsiva. No es lo mismo contraer una deuda con un banco por un préstamo importante en vistas de una compra mayor, o con una casa comercial para el consumo cotidiano o con familiares o amigos. El juicio moral nunca es el mismo.

En resumen, la ingenuidad con la que se entró a la “fiesta” de los 90 está perdida. En la “resaca”, si bien la relación con el consumo y el crédito no se abandona, ya sea por el placer, por el empuje social, por no haber podido salir de una espiral crediticia o porque se constituye en la única manera de sostener la vida corriente, esa relación está ahora acompañada por una diversidad de estrategias de cuidado y autocuidado. Que estas estrategias se apliquen –puedan ser aplicadas– o no, los excesos de la “fiesta” han decantado en un repertorio que permite de manera reflexiva encarar las seducciones de una oferta crecientemente agresiva de consumo y las de una extremada facilidad de acceso al crédito.

EL CONSUMO ES UNA DE LAS PRÁCTICAS SOCIALES más sometidas a control en el mundo de hoy y, al mismo tiempo, es una de las más sorprendidas conductas de iniciativa individual, un control que pasa por un juego de seducción permanente. Se vigilan las conductas satisfaciéndolas, o, mejor dicho, la coerción pasa por la seducción. En esa medida, la reproducción del sistema económico se apoya sobre la iniciativa, algunos dirán la libertad, de los individuos y no sobre su supresión. Aquí reside la

verdadera paradoja del consumo: como lo indicó Zygmunt Bauman (1988), el momento de la compra transmite un sentimiento de libertad que contrasta fuertemente con lo que habitualmente se experimenta en otras actividades sociales.<sup>93</sup> El individuo escoge. Por supuesto, “su” elección opera en medio de un universo bajo control y en medio de un abanico reducido de productos (y precios...), pero ello no impide a los actores experimentar un momento de libertad. Un paradójico momento de libertad. El consumo es, así, un ejemplo importante de las iniciativas siempre posibles en medio de situaciones asimétricas: la faz activa de una condición pasiva de dominación.<sup>94</sup> Obviamente, en esta batalla, el poder de los grandes grupos económicos y la proliferación de estrategias de marketing no pueden ser subestimadas; sin embargo, esta expansión del control no es ni ilimitada ni todopoderosa.

Contra quienes, mayoritariamente desde un pensamiento crítico que se nutre de los trabajos pioneros de la Escuela de Frankfurt, pueden leer el consumo como una manifestación suplementaria de la alienación, en la que los individuos serían incapaces de entrever los resortes del sistema de dominación en el cual se hallan, en sus relatos nuestros entrevistados revelan que no ignoran en absoluto esta realidad. Se debe admitir, es verdad, que la mayor parte de ellos desconoce la complejidad creciente de las técnicas de control a las cuales son sometidos cuando consumen,<sup>95</sup> pero ello no les impide desarrollar una actitud, sino crítica, por lo menos de sigilo frente a él. Es justo reconocer que se pliegan a sus exigencias, pero lo hacen porque encuentran en el consumo ya sea una dosis de satisfacción personal y un ámbito de realización o una vía, la vía para muchos, hacia la integración o el camino obligado para sostener la vida corriente... o, quizás, todas las anteriores. Una actitud que si por un lado legitima, entonces, desde la práctica, el modelo económico solo lo hace a través de una conciencia ambivalente. Algunos, como en la célebre imagen extraída de la *Odisea* por Adorno y Horkheimer, se tapan con cera los oídos para no escuchar el canto de las sirenas; otros, como en la conocida estrategia de Ulises leída por Jon Elster, se atan al mástil para poder resistir, pero sin privarse del canto de las sirenas.

Si en el país se ha instalado la cultura del mercado, y tras él la cultura de la sociedad de consumo, ésta está, empero, muy lejos de ser una realidad. Los límites son demasiados patentes. La falta de dinero, crónica. Es verdad, los *malls* sintetizan a ojos de muchos el triunfo de un modelo frente a las colas o

la antigua escasez de productos, pero no por ello son una utopía. En efecto, el consumo interno se ha expandido, pero sin eliminar las frustraciones. Seguro, el modelo seduce, pero no satisface. El consumo es temido en sus capacidades de inclusión excesiva cuando fagocita la decisión personal, pero el consumo es aún más temido en sus capacidades de exclusión cuando los individuos se ven privados de él.

Con respecto al consumo, se articulan, de este modo, a la vez un conjunto de experiencias de frustración diversas (límites económicos, endeudamientos...) y satisfacciones reales (participación, inclusión...). Unas y otras surcan el camino plural de la ambivalencia y de la dialéctica entre la responsabilidad individual y la crítica colectiva. Unas y otras, sobre todo, revelan, pero bajo distintos parámetros, los límites del *homo neoliberal*. Si en el ámbito político estos son antes que nada visibles desde sus *déficits* en imponer una narrativa hegemónica, en el ámbito económico estos son particularmente manifiestos en su incapacidad para responder a todos los *excesos* de expectativas que engendró, pero, también, en los efectos concomitantes de una experiencia que en ausencia de la protección institucional empujó a las personas a construir individualmente diques (más o menos frágiles) de tipo moral o pragmáticos.

### El triunfo del Sistema

Empecemos por repetir, para evitar malentendidos, la hipótesis que defendemos en este capítulo. Si el país ha vivido un innegable cambio político y económico en las últimas décadas, estos cambios no han engendrado un *homo neoliberal*. Los límites que se constatan, en lo que a la adhesión ideológica se refiere, tanto en la política como en la economía, abogan en favor de una conclusión de este tipo. Manuel Antonio Garretón (2000: 182 y 152) ha resumido con inteligencia lo propio de esta coyuntura histórica: “una matriz sociopolítica o una sociedad de tipo híbrido”, que no es más ni “la matriz político-céntrica de tipo puro, pero tampoco la vigencia de una matriz neoliberal. Junto a la descomposición de la primera, subyacen elementos de ella en una nueva articulación con rasgos más bien abortados de la segunda y con rasgos nuevos que no pertenecen ni a una ni a otra”.

Es desde esta condición híbrida desde donde debe entenderse el meollo de la condición histórica actual: una en la cual, paradójicamente, es *en la medida en que los individuos no se reconocen en la figura del homo neoliberal*

que se perciben como aplastados por un Sistema tentacular de cariz neoliberal. O si se prefiere: la percepción del triunfo del Sistema es inversamente proporcional al fracaso del homo neoliberal. La notoria hibridación ideológica observable a nivel de las experiencias personales, se traduce por una sorprendente interpretación social dominante (Touraine, 2007), una que sostiene el advenimiento de un Gran Sistema. Lo anterior quiere decir lo siguiente: que cualquiera que sea la fuerza del neoliberalismo en tanto que ideología de los principales actores políticos (y de los grupos dirigentes), ella está muy lejos de definir el contenido efectivo de la conciencia política e histórica de la mayoría de los chilenos. No obstante, este déficit cultural es ampliamente compensado por su fuerza coercitiva (Martuccelli, 2007b). Es en este sentido que el neoliberalismo es sobre todo percibido por los individuos como un Sistema. En palabras de Norbert Lechner (2006: 201 y 540), una hegemonía fáctica: puesto que es de *facto* que la relación de poder se desarrolla como orden y que tras este proceso se produce una verdadera “naturalización de lo social”.

O sea, los dos grandes aspectos que venimos de analizar, la política-historia y la economía-consumo, y tras ellos la serie de consecuencias que se dieron a nivel social y cultural, engendran no una adhesión desde las conciencias al modelo (el homo neoliberal) sino una experiencia multiforme de coerción y sometimiento a un Sistema tentacular. El orden neoliberal se impone desde la facticidad del mundo y no a través de las conciencias. Sergio (CM) lo resume a su manera: “Yo tengo la hipótesis de que la sociedad chilena como sociedad después de Pinochet quedó congelada”. El cambio, político y económico, habría desembocado en una sociedad inmovilizada. El Sistema, a ojos de muchos, es la versión local del fin de la historia.

¿Cómo entender este término recurrente de Sistema y su extraña homogeneidad? Movilizado por individuos que se encuentran en posiciones sociales y políticas antagónicas, la denuncia al Sistema es el mínimo común denominador de la sociedad chilena. Su denuncia dota, más allá de las divisiones sociales y culturales que hemos señalado, un sentimiento de unidad al cambio vivido. El recurso al Sistema señala en un solo y mismo movimiento la fuerza del proyecto fundacional que se impuso desde 1973 y sus límites a nivel de las conciencias individuales.

Resulta imposible no prestar atención al paradójico rol de cohesión que los discursos críticos tienen hoy en la sociedad chilena. Suerte de idea

reguladora, diría Kant, estos permiten, a través de su división y oposición, darle una unidad de sentido a la conciencia descoyuntada del cambio. Si el significado histórico de 1973 es problemático, si los dos Chiles trabajan el presente del país, si el mercado y el consumo son realidades ambivalentes, todos comulgan en una visión crítica. Que se exalte o se rechace el modelo neoliberal, lo esencial está en el suplemento de alma que la crítica compartida al Sistema revela. Aliancistas o concertacionistas, conservadores o progresistas, en Chile los individuos se sienten presos en los tentáculos del Sistema.

La objeción es inmediata. ¿No existen acaso defensores del Sistema? No. Lo que hay, por supuesto, son partidarios del modelo económico o actores que respaldan el sistema político, pero incluso entre éstos se reconoce los límites del Sistema, aunque sea muy sigilosamente (Boeninger, 1997; Toloza y Lahera, 1998). Una condición en la cual la frontera entre los que ganaron y los que perdieron se desdibuja de muchas maneras, y en la cual se expresa colectivamente, y con transparencia, el sentimiento de una disociación entre la Historia y la biografía, entre el modelo y las conciencias. Entre lo que se hace y lo que se es o se anhela ser. Esta disociación no es un simple malestar recurrente en la modernidad, es el fruto de una prueba histórica *específica* a la sociedad chilena.

*En este registro, la unidad de la condición histórica en Chile está dada por un discurso crítico que se enfoca de manera común en el Sistema, pero que lo denuncia, curiosamente, a través de tópicos radicalmente diferentes.* El advenimiento del Sistema dota, pues, de una significación compartida a una serie muy diversa de experiencias (políticas, económicas, sociales...) a través de distintos modelos críticos que tienen raíces muy disímiles entre sí (la dictadura, el mercado, la autenticidad, la religión...). Un conjunto de críticas que indican, con vigor, los límites del supuesto *homo neoliberal*.

En la crítica común al Sistema pueden distinguirse seis grandes tópicos. Todos ellos, como veremos, sostienen que el Sistema está infiltrado en los espíritus; todos ellos, como se entenderá, indican, a través de la pluralidad de sus denuncias, su exterioridad.

#### *El primer rostro: el capitalismo*

El primer gran tópico crítico denuncia el Sistema a partir de su carácter capitalista, esto es, un modelo económico orientado básicamente a la

generación del beneficio, y a través de él, productor de problemas sociales. De manera esperable, esta crítica, que se inscribe en la descendencia de una cultura de izquierda en Chile, cuestiona las desigualdades sociales y económicas. Lo que más me choca dice, así, por ejemplo, Myriam (SP), es “la desigualdad. Yo digo ¿por qué tiene que haber tanta gente pobre y otros tan ricos?”. En estas críticas lo que aflora es el carácter capitalista y clasista de la sociedad chilena. Una desigualdad que puede, entonces, denunciarse a través de las ventajas otorgadas al capital en detrimento del trabajo, como lo hace Javier (CM), quien evoca desde su propia experiencia personal la brutalidad de un sistema de leyes que no solamente no protege al asalariado al ser despedido, sino que incluso beneficia al gran capital en detrimento del pequeño empresario.<sup>96</sup>

Si bien existe más de una coincidencia entre este tópico crítico y aquél que se organiza, como lo veremos en un momento, alrededor del consumismo, aquí el acento se coloca en las relaciones sociales y los diferenciales de poder entre individuos. Es el capitalismo y las exigencias que impone a unos y otros lo que es denunciado. “Es una sociedad que es enteramente capitalista”, sostiene Patricio, obrero, “que no hace nada por nada si no te pagan, y si tú puedes cagar al otro, cágalo, te interesa un coco lo que sea, esa hueá me toca mucho... Me da mucha rabia que la gente se aproveche de ti porque te encuentra inferior”.

Pero la crítica del capitalismo como sistema va más allá de las desigualdades. Es la mercantilización generalizada de la vida social, la consolidación de un capitalismo incontrolado y desigual que engendra el sistema.<sup>97</sup> “Un modelo de sociedad cada vez más centrado en lo económico”, como denuncia José, médico, para quien la salud pública se degrada en un asunto mercantil, lo que, en su experiencia, se tradujo en “un choque central con la institucionalidad, y claro eso da una sensación de frustración”.<sup>98</sup>

El Sistema es el dinero. El dinero es el Sistema. El Sistema excluye a los débiles.

### *El segundo rostro: la dictadura*

El segundo tópico crítico, sin necesariamente minimizar el carácter capitalista de la sociedad chilena, acentúa dimensiones de temor o malestar social que se interpretan como secuelas plurales del Sistema impuesto por la dictadura militar. El tema del miedo, evocado hace ya algunos años por

Norbert Lechner (2006), puede, sin duda, ser puesto en relación con estas interpretaciones. La sociabilidad, los rasgos de carácter colectivos, la naturaleza de las interacciones sociales, todas ellas descritas en tono crítico, son interpretadas como efectos de las imposiciones de la dictadura.<sup>99</sup> Pero no es solo en el ámbito de la comunicación o de los vínculos que se identifican los efectos del Sistema, sino también en la tensión entre lo individual y lo colectivo. La derrota del movimiento popular se inscribe para algunos, como Jorge (SP), en esta descendencia. “El movimiento popular inteligentemente fue acorralado y en cierta medida anulado, y, entonces, allí hay como una cuota de frustración fuerte en el sentido social y cuesta posicionarse, porque ahora todo es dentro del orden de las individualidades, de las opciones personales... ¿Cuál es tu proyección profesional? La buena pega, el ganar dinero para cumplir con los que vienen atrás, que son tus hijos, tu pareja, ¡qué sé yo!”.

El Sistema habría conseguido desarticular un *ethos* colectivo atomizando la sociedad y produciendo actores pasivos y sometidos. En él, como lo expresa Virgilio (CM), todo se fagocita... y se naturaliza: “Todo está naturalizado, el modelo de desarrollo está naturalizado, el Estado perverso está naturalizado; es la incapacidad hoy en día de contraponer culturalmente en la sociedad chilena algo distinto. Ya está naturalizado que el Transantiago funciona así y no hay nada que hacer; ya está naturalizado que la cuestión va a funcionar así; ya está naturalizado que haya corrupción”. En esta lectura, le compete un rol mayor a los medios de comunicación en tanto que son agentes de esta dictadura proteiforme sobre los espíritus y que son, por supuesto, considerados los grandes aliados del Sistema.<sup>100</sup>

La dictadura deja de ser una experiencia histórica precisa y se convierte, así, en una experiencia cognitiva colectiva, un estado de ánimo, una actitud generalizada, una realidad que permite a cierto grupo social “tutelar” la sociedad en su conjunto.<sup>101</sup> Un Sistema, un universo mental que, curiosamente, a la vez que indica un origen al cambio, se presenta como un bloque monolítico insuperable. El Sistema es, aquí, la dictadura de los espíritus.

### *El tercer rostro: el consumismo*

Si como lo hemos visto el apego al consumo es real aunque ambivalente,

el consumismo suscita resquemores y rechazo. Esta dualidad se revela en sus narraciones. Cuando hablan de ellos mismos, los individuos expresan una relación ambivalente hacia el consumo (al evocar sus prácticas, sus ideales, sus placeres), pero cuando hablan de los otros, desde una postura ciudadana, movilizan un discurso fuertemente crítico. El consumismo es, en esta lectura, el mecanismo central del Sistema, en el cual el alienado siempre es el otro. En estas posiciones la lógica mercantil habría invadido toda la vida social, de una manera respecto de la cual Tomás Moulian (1998b) apuntó hacia el código clave: “el consumo me consume”. De la escuela a la vida familiar pasando por el trabajo o la sociabilidad, todo habría sido invadido y pervertido. El Sistema impone, pues, la exigencia de tener que venderse y de comprar. “La sociedad”, nos dijo Raúl, educador, “te está indicando que tienes que tener tarjeta de crédito, que tienes que enajenarte, que tienes que estar preocupado de millones de cosas”. El consumismo habría mercantilizado los espíritus y las relaciones sociales, transformándolas de cuajo.<sup>102</sup>

Pero si en estas versiones toda la sociedad habría sido atingida, la mercantilización sería particularmente activa entre los jóvenes. El consumismo habría, literalmente, devorado a las nuevas generaciones,<sup>103</sup> más aún, y en una afirmación que hay que sopesar en toda su magnitud, el consumismo, el Sistema, cambió a los propios hijos. Con mi pareja, nos dijo en este sentido Jorge (SP), “siempre mantenemos una posición bastante crítica (frente al consumo) pero también tenemos conciencia de que no podemos privarlos (a los niños) de ciertas cosas”. Resultado: una resignación alerta. “Hay un bombardeo tan fuerte, o sea, tú en la actualidad les entregas a tus hijos los valores que tú crees que son los positivos, pero no eres solo tú el que está formando a tu hijo a diario, o sea, como que nacen conectados con un cable desde el prenatal; ya están con un cable conectado; entonces como que el bombardeo no es controlable”.

Estas denuncias críticas tienden a dar una imagen artificialmente homogénea que vela las múltiples ambivalencias que, como hemos visto, los individuos expresan con respecto al consumo, pero ellas tienen la virtud de revelar la imposibilidad que tienen los mismos individuos de dar con un balance equilibrado entre solidaridad colectiva y responsabilidad individual, entre procesos de mercantilización y desmercantilización, entre libre elección y alienación.

### *El cuarto rostro: la apariencia*

La crítica a los excesos de celo en lo que a la apariencia se refiere no es nueva. Tras ella, siempre se expresó un juicio negativo sobre la liviandad, la superficialidad o la artificialidad de los individuos, y su ausencia de densidad subjetiva. Pero esta crítica tradicional toma un nuevo rostro cuando se la asocia al Sistema, a la expansión del mercado y sus signos comerciales.<sup>104</sup> Un rostro que, si se expresa principalmente en las capas medias, también es perceptible en otros sectores sociales (Araujo, 2009a).

Esta crítica al Sistema sostiene que la superficialidad y el snobismo reinarían en el país.<sup>105</sup> Por supuesto, la crítica no es nueva y la denuncia de la “pretensión” de las capas medias latinoamericanas es un tema frecuente de la crítica conservadora. En Chile, nada lo resume mejor que las tradicionales críticas al siútico, el arribista o a los cuicos. Blanca (CM) recurre a estos tópicos cuando critica, por ejemplo, la apariencia en nombre de una supuesta idiosincrasia nacional: “Al chileno le gusta aparentar cosas que no tiene, pero eso en todo ámbito, no solo en la clase media, pero arriba también”. No obstante, sin desaparecer, estos personajes sociales –en verdad, estos caracteres sociomorales nacionales– dan paso a nuevas figuras.<sup>106</sup> Y en éstas, lo que se afirma, es el triunfo de la apariencia por la apariencia sin preocupaciones por el “buen gusto”. Es el “santiaguino de plástico” del que habla Juan (CM), “el de la tarjeta de crédito, el que se engrupió con el sistema, que está bien porque logra cosas que no tenía antes”.

La apariencia es la sustancia.<sup>107</sup> Si una continuidad existe con el pasado, el triunfo de la apariencia habría tomado proporciones inéditas. Para Sergio (CM), por ejemplo, el Sistema tiene sobre todo “que ver con el arribismo que se ha instalado, con el tener que demostrar que tú eres más, no que tienes más necesariamente, sino que eres más”. La búsqueda del estatus sería una motivación universal. Peor aún. Existiría también una búsqueda frenética de la fama, de la visibilidad, donde el objetivo es la mirada del otro, “el éxito está en mírenme”. La visibilidad, continúa, es el nuevo criterio del éxito, en donde se les impone a los individuos la obligación de ir “a reuniones sociales para hacerse visible... Si dejas de ser mirado por este otro invisible, desapareces”. Su juicio moral es implacable frente al proceso de “visibilización, la farandulización” del país. Beatriz (CM) piensa lo mismo: “Si

no tienes un Vitara no eres nada, y la gente se deja encantar por eso”.<sup>108</sup>

Visto más de cerca, en la crítica al Sistema como apariencia se mezclan tres órdenes distintos: una crítica conservadora –el arribismo–; una crítica del exceso y de la generalización de la pretensión social; una crítica de índole propiamente cultural. Estas tres críticas a la apariencia se hacen desde registros diferentes: el primero, desde un juicio distintivo de clase; el segundo, desde una individualidad autónoma; el tercero, en nombre de la autenticidad.<sup>109</sup>

#### *El quinto rostro: el esquema*

La quinta crítica tiene más de un punto en común con la precedente. Sin embargo en ella lo que se subraya y denuncia es la aparición de una forma de alienación más social que cultural. Lo que desvirtúa a los individuos no es solamente la dictadura de la apariencia, es sobre todo la imposición de esquemas estandarizados de vida. El Sistema es aquí una “máquina”, para retomar el término usado por nuestros entrevistados, un engranaje de etapas y de estereotipos impuestos por la sociedad. El término italiano de “sistemarsi”, a condición de adjudicarle una carga crítica que no posee originariamente, sintetiza a cabalidad esta mirada. El individuo se instala en el Sistema. El esquema les sirve incluso a algunos para describir sus trayectorias de vida. “Yo de chica fui lo más socialista, comunista, no sé qué puede haber sido, hoy día soy la persona más derechista que puede existir”. ¿Por qué? “Por todo lo que he vivido... empecé a cambiar, yo creo, cuando ya tuve hijos, cuando tú ves que las necesidades tienes que cubrirlas y que ya no es tan fácil vivir así no más... Te cambia el sistema. Cuando tú ya te haces necesaria para tus hijos, tienes que meterte en otro sistema”, resume Caterina (CM). El esquema consiste en entrar en el sistema (PNUD, 2002: 194-196).

La uniformización de las experiencias sociales es el blanco de la crítica. Alejandro (CM), habla así de lo que él mismo denomina el “esquema”, el hecho de que “uno empieza a desarrollarse en una sociedad en que todos tienen el mismo estilo, la misma onda, y son muy pocos los que quieren romper el esquema”. Todos tienen que seguir el mismo camino, porque todo se da dentro del esquema. “El esquema”, nos precisa, “es tratar de ser exitosos profesionalmente, darles a los hijos lo que sea; uno busca darles a los hijos lo mismo que te dieron tus padres... Entonces, esto genera un

esquema que no es fácil romper”. El esquema como Sistema, notémoslo, aplasta a los individuos. Y los aplasta en la justa medida en que los ciñe y los encuadra dentro de horizontes compartidos que a la vez se anhelan individualmente y estereotipan colectivamente.<sup>110</sup> Hay que hacer lo que la prescripción coercitiva de situaciones y posiciones impone. “De repente el sistema nos lleva a hacer cosas que no quisiéramos hacer, como trabajar tanto... El mismo sistema te hace meterte en cosas para amontonar cosas”, comentó Jaime (SP). No hay salida. La voluntad es anulada frente a la fuerza de un esquema de vida resentido como una máquina feroz.

El esquema es más que el control informal: es un mundo de *diktats* que asfixia, que reduce a los individuos a la funcionalidad... y que angustia.<sup>111</sup> Nada de extraño, por ende, que para Rodrigo (CM), que se mostró tan sensible al reino de las apariencias, el triunfo del esquema se traduzca por una soledad generalizada: “La gente está sola y san se acabó; la relación de pareja que puedes tener es funcional, la relación con los hijos que puedes tener es funcional, la relación con tus padres es funcional... Es todo a partir de un rol”. El esquema. El Sistema.

#### *El sexto rostro: el materialismo*

“La realidad chilena es que estamos viviendo –perdona pero– estamos viviendo en una cultura que es pura mierda, súper plástica, súper hipócrita, súper ignorante, súper retrógrada, súper egoísta”, dice Javier (CM). Por último, entonces y desde sensibilidades políticas distintas, el Sistema es también objeto de una crítica de índole moral que cuestiona las consecuencias que el cambio ha tenido sobre los valores de la sociedad al expandir el materialismo. Las expresiones críticas son de una virulencia extrema: “Todos los que vivimos aquí”, exclamó Eduardo (SP), “somos traidores, somos todos canallas, somos todos mulas y todos vamos por la plata, nada más, es como un atado de corsarios y mercenarios, nada más... Aquí es el dinero nada más, esto es todo dinero, las conveniencias. Mira, llámalo trabajo, llámalo como tú quieras, pero todo eso redundando en el dinero nada más; aquí el que tiene dinero la lleva y el que no lo tiene queda de lado, eso es como una especie de animalidad donde el débil queda botado, restringido de la manada, y que se muera allá lejos”. El Sistema o el reino de la indolencia moral generalizada.<sup>112</sup> El Sistema se define desde una serie de vicios morales.

La crítica moral que se concentra en el Sistema como el reinado del dinero y lo material encuentra dos fundamentos principales. Por un lado, esta crítica se hace desde los valores religiosos y el apego a la tradición, una actitud presente también en otras sociedades latinoamericanas,<sup>113</sup> y que refleja el malestar particular de un sector conservador en el país, una suerte de contradicción cultural en la derecha chilena: entre su apoyo, aunque sea tácito, al triunfo del mercado y su desagrado frente a muchas de sus consecuencias morales. El mercado, al imponer el trabajo-sin-fin (ver los capítulos sobre el tiempo, en este tomo, y sobre el trabajo en el tomo 2), y el reino del consumo desestabiliza la vida social y los valores tradicionales, puesto que restringe el tiempo de la familia, de los amigos, de la práctica religiosa... El testimonio de Magdalena (CM) fue conmovedor: ella que, en su itinerario personal transitó desde lo que ella califica de una pérdida moral a una recuperación de los valores tradicionales. Antes de una severa crisis económica que aquejó a su familia, confesó “creo que yo estaba viviendo en un mundo muy inglés, muy McDonald’s, muy *high society*, ‘oye vamos al Valle Nevado y gastamos 5 millones de pesos el fin de semana’. Chile no es así, es austero. Chile es un país de familia que la pasabas bien el domingo en un aperitivo comiendo papas fritas... Todo el *boom* explosivo de sueldo millonario a familias jóvenes yo creo que a Chile le hizo muy mal (...) Espero que se vuelva a la austeridad, en el sentido de que tú eres buena persona por lo que eres”.

Por el otro lado, de manera cierto que menos frecuente, la crítica al materialismo se hace desde una apelación a la probidad republicana. La nostalgia hacia la antigua institucionalidad del país es patente en estos testimonios. “Chile siempre ha sido uno de los países más pobres de Latinoamérica, y la austeridad era un valor. Cuando vino Rockefeller se alojó en la casa de los Matte, o sea el tercer hombre de Chile, en donde no había calefacción central. Y dijo ‘es el único país donde los ricos pasan frío’... y eso ya no es verdad, pero eso era valorado. Había una valoración, yo me acuerdo de la época que nació La Dehesa y los ‘nuevos ricos’ se iban para allá, era una cosa que dividía a este mundo más aristocrático”, lamentó Sergio (CM). Es este espíritu que habría sido pervertido por el materialismo.

En los dos casos, notémoslo, incluso por razones y caminos muy distintos, es en relación a un valor común, la austeridad, como se enuncia la crítica al Sistema.<sup>114</sup>

## *¿Escapar del Sistema?*

¿Cómo continuar el proyecto revolucionario en un momento así? Fernando (SP), quien se percibe a sí mismo como un continuador de esta tradición, esboza una estrategia. Su crítica al Sistema es global: “Este sistema está malo, porque creo que este sistema no ha sabido hacerlo... se le olvida lo que promete”. Su desencanto radical lo lleva a rechazar formas de participación políticas (no está, por ejemplo, inscrito en las listas electorales) y a expresar de manera radical su malestar: “Todos han dicho que van a cambiar las cosas pero nunca cambia nada; por eso yo no creo (en el sistema de partidos), yo creo personalmente en una revolución”. Una actitud que asocia con vivencias personales: “Todos mis amigos que conozco y que tienen mi edad (35 años) están todos mal, otros cayeron en la pasta base, otros en el alcohol, y mala onda, y eso es producto de este sistema... Porque la gente anda mal por un tema económico que unos resuelven robando, otros asaltando, otros resuelven sacándole la chucha a la señora, otros yendo al estadio los domingos, emborrachándose con sus amigos y al volver a la casa le pegan a su señora”.

El testimonio no es aislado. En estos casos, la amargura personal da paso a la tentación de un mundo *underground*, como la única manera de escapar de un “sistema” total. La evasión solipsista se convierte en un sucedáneo de la implicancia colectiva. En un mundo donde no hay alternativa, la salida no puede sino ser individual. A lo más en medio de pequeños grupos: “sectores de contracultura”, nos explica Luis, que tienen “una opción clara de no meterse en el sistema o sea, definitivamente ‘borrémonos de estos’ o sea hagamos una cultura paralela”. Una tentación visible en algunos segmentos de la juventud chilena actual.

\* \* \*

LOS SEIS ROSTROS DEL SISTEMA son a la vez próximos y distintos. Todos ellos son una mezcla particular de economía y de cultura, de política y de moral: en verdad, tópicos críticos que intentan dar una unidad perceptiva al cambio que todos experimentan. Tipos-ideales a partir de los cuales es posible leer los cambios producidos desde la política en la historia del país o la metamorfosis introducida por el mercado.

Si es claro que al tratarse de tipologías ellos pueden estar simultáneamente presentes en el discurso de un mismo actor, es importante tener en mente que las críticas son distintas y que muchos de los que adhieren a una de ellas se desolidarizarían, política y culturalmente, sin lugar a dudas, de aquellos que movilizan otras. Es así posible que para muchos la crítica del Sistema desde las relaciones sociales impuestas por el capitalismo o por la herencia oclusiva que la dictadura tiene aún sobre los espíritus, no tenga nada que ver a sus ojos con la crítica efectuada en nombre de elementos valóricos religiosos o incluso desde la alienación social y moral. Y, sin embargo, lo que asombra es cómo, más allá de estas fronteras políticas, los términos migran de una boca a otra con tanta facilidad, los diagnósticos son en lo esencial tan similares, el sentimiento que todas estas críticas expresan, a través de sensibilidades diferentes, de vivir en una sociedad sofocante, es masivo y común.

Para todos, el Sistema está en todos lados. Es una versión omnímoda y corrosiva del poder. El combate es para todos, y desde todas las perspectivas, agónico, al punto de que algunos, como Fabiola (CM), llegan incluso a extrañar la época de la dictadura militar: “Porque, en realidad, en el tiempo de la dictadura era súper fácil. Yo tenía súper claro quiénes eran los malos, y los malos estaban pintados y los malos estaban vestidos así, y los identificái en la tele. Hoy día, ¿cachái?, no los podís identificar...en todas partes, en la calle, en la tele”. El Sistema es ubicuo y asfixiante. Está incluso dentro de uno mismo. Es verdad que las expresiones críticas difieren: unos sienten que les falta oxígeno, otros se emborrachan en su exceso, pero en todos los casos se denuncia, con una virulencia que contrasta con la aparente calma social y política observable en los últimos lustros, la experiencia de estar atrapados en el Sistema.

He aquí, en el fondo, la primera faceta de la condición histórica que tienen hoy los chilenos. La de tener que vivir bajo una y mil modalidades distintas dentro del Sistema. La de tener que lidiar, de una y otra manera, y siempre de nuevo, contra el Sistema. Un sentimiento implacable y arrollador que se acompaña por el hecho de que nadie se reconozca en la silueta del *homo neoliberal*. En el Chile de hoy, el *homo neoliberal* es siempre el otro, jamás uno mismo. Es, precisamente, a través de este recurso crítico generalizado, gracias a una denostación plural del Sistema, como se construye e impone una paradójica interpretación social dominante.

## La democracia y la otra revolución

EN CHILE LA DEMOCRACIA HOY es una prueba cotidiana.<sup>115</sup> Pero para comprender esta faceta de la individuación, y la prueba sobre la que reposa, es indispensable no darla por entendida de entrada, sino más bien establecer con claridad cómo se organiza y cuáles son sus características. El proceso de individuación es, sin duda, inseparable de la historia de un país que desde comienzos de los años 60 conoció varios experimentos políticos, el colapso de la democracia, la instauración de una nueva matriz sociopolítica, la reinstauración de la democracia como horizonte de esperanza y el restablecimiento de una normalidad institucional posdictadura.<sup>116</sup> La peculiaridad de este proceso es haber conducido a un momento de importante estabilidad institucional acompañado, sin embargo, por una creciente distancia y desencanto ciudadano. Pero este no es el único horizonte histórico que lo enmarca. Para entender esta prueba es preciso situarla dentro de lo que es una de las más importantes transformaciones históricas que se han conocido en la región. En las últimas décadas se ha asistido a un proceso activo de democratización de las relaciones sociales, un proceso que, cualquiera que sea su vínculo con la llamada tercera ola de la democracia (Huntington, 1994), o si se prefiere, con el retorno a gobiernos democráticamente electos desde los años 80, se manifiesta, sobre todo, en un fuerte incremento de las aspiraciones relacionales propiamente horizontales entre diferentes actores sociales. En los más variados ámbitos, a través de formas diversas y con intensidades disímiles, se hace patente en la vida social cotidiana una verdadera exigencia de trato más igualitario.<sup>117</sup> Es esta transformación estructural la que constituye la verdadera revolución del marco histórico en el que se entrama este capítulo.

Así, la prueba se constituye en un doble movimiento: por un lado, en la impronta de un proceso de desencantamiento y distancia de la política, en cuanto ordenada por los principios de la democracia formal y representativa,

y de sus instituciones; por el otro, por un aumento inusitado de expectativas en el advenimiento de una auténtica democratización de la sociedad chilena. Si es cierta la importancia del aporte de la reinstauración de un sistema de partidos políticos en el país y su alto grado de institucionalización (Mainwaring y Scully, 1995), también lo es, a escala de los individuos, el desapego a estas instituciones y mecanismos. Sin embargo, en la otra orilla, si es verdad que la democracia representativa y sus instituciones pierden en atractivo, la cuestión de la democratización no deja de constituirse cada vez más en un eje central de las demandas y expectativas individuales.

Como lo veremos, junto al desencanto político camina una profunda esperanza de democratización del lazo social. Detrás de la decepción de una y de la inquietud relativa que acompaña la otra, se producen nuevas formas de concebir la expansión de la democracia. La justicia, pero sobre todo el reclamo por un trato más equitativo y decente entre ciudadanos, es la principal expresión de este nuevo anhelo. Una aspiración generalizada que se reivindica a través de formas no solo más individualizadas, sino también la mayoría de las veces, no abiertamente conflictivas, puesto que raramente engendran movilizaciones en el sentido tradicional del término.

La verdadera promesa democrática reside, así, para los individuos, menos en el sistema político que en las relaciones sociales. Ésta no se expresa esencialmente a nivel de las instituciones, incluso porque la irrupción de este anhelo democrático horizontal desestabiliza a más de una de estas instituciones; ella se asienta en el lazo social, una vía que exige una toma de distancia con un modelo habitual de interpretación: aquel que tiende a leer masivamente los cambios sociales principalmente en clave política, partidaria y gubernamental, descuidando la dimensión social e interactiva de la democracia.

Las relaciones de género y entre generaciones, sin olvidar las nuevas exigencias ciudadanas hacia las instituciones, están hoy atravesadas por aspiraciones relacionales cada vez más horizontales. Por supuesto, la verticalidad de las relaciones sociales es, en muchas situaciones, de rigor, pero esto no impide la puesta en práctica de nuevos horizontes interactivos, y tras ellos, nuevas modalidades y significaciones en el ejercicio de la autoridad, la transgresión o el abuso. Una revolución en las interacciones que se hace patente a nivel de las expectativas en las relaciones sociales entre individuos pertenecientes a distintos estratos en la generalización de

un discurso de denuncia de los abusos. De todos los abusos.

El desencanto de la democracia y la decepción política

La restauración de la democracia en Chile fue un proceso a la vez negociado y accidentado.<sup>118</sup> La progresiva instauración de la democracia, se acompañó durante más de una década por la permanencia de lo que Manuel Antonio Garretón (2000) llamó acertadamente “enclaves autoritarios” y cuya desactivación es posible considerar aún en curso, a pesar de que se haya avanzado en lo esencial. Un retorno a la democracia que suscitó una decepción inversamente proporcional a las fuertes expectativas que se produjeron a fines de los 80 (piénsese en la frase clave del plebiscito y la victoria del No, “la alegría ya viene”) y a la efectiva estabilidad institucional adquirida en el país en apenas veinte años.

El Plebiscito. El No. La movilización. El regreso a la democracia. La esperanza. La apertura efectiva de los horizontes. El renacimiento de la política. Para muchos de nuestros entrevistados, por obvias razones generacionales, y especialmente entre aquellos que votaron por el “No”, fue un momento nodal de sus existencias políticas. “El tiempo del plebiscito, yo creo que eso marcó mucho a la generación de mis compañeros de curso”, recuerda Rodolfo (CM), “estar en la contienda del Sí y del No”, aun teniendo solamente 13 años, “fue un tema para nosotros”, conviene, al punto de designarlo como un momento histórico y una fase relevante de su propia formación personal. El Plebiscito abrió el dique para expectativas de libertad y aportó al alivio de sentimientos opresivos de control que se instalaron durante la dictadura de manera transversal en la población.<sup>119</sup>

El Plebiscito. El No. La movilización. El regreso a la democracia. La esperanza. La apertura efectiva de los horizontes. El renacimiento de la política. Y tras ello, empero, paulatinamente, una espera que progresivamente desespera, y finalmente defrauda. El resultado, como ya lo indicaba Tomás Moulian (1998a: 76) a fines de los años 90: la “irrelevancia de la política, el tedio”. “Cuando sale ese famoso jingle en Chile ‘la alegría ya viene’, claro uno sentía... no sé po’, era como un liberarse. Y tú estás ansioso y estái esperando algo como muy expectante a que todo vaya sucediendo y esperas que sean de una manera, pero a lo mejor las cosas no se van dando de esa manera y de repente dices ‘ya, pero no importa, porque en un rato más va a ser distinto’”, recuerda Isabel (CM), antes de que el paso del tiempo

terminara por decepcionarla: “Pero tampoco se dio de esa manera”. Una decepción que, como lo muestra la cita, fue gradual. Adquirió consistencia ante la evidencia recurrente. Se constituyó contra la terquedad de la esperanza.

La sorpresa es, por supuesto, relativa. No es el único caso. Como en muchas experiencias en la región, el retorno a la democracia se tradujo en un desapego ciudadano (Altman y Luna, 2007). Pero las razones se precisan para este caso de modo particular. La cultura de la negociación, el genio político-institucional de los chilenos, como lo indica Manuel Antonio Garretón (2002: 133), impuso no solo las reglas de juego, sino también el límite de la política. El resultado decepcionó a muchos. Como lo hemos visto en el capítulo anterior, la memoria histórica no solo no logró dar paso a un relato consensual, sino que fue incluso voluntariamente sustraída del debate político y su retorno intentó ser cautelosamente enmarcado. Las élites compartieron la convicción de que la polarización habitual de la vida política alrededor de temas valóricos y sistémicos solo podía conducir a los enfrentamientos altamente ideológicos de los años 60 o a la catástrofe del 70. La negociación se impuso en primer plano. La “cultura de la intransigencia” fue progresivamente abandonada en aras de una “política de acuerdos”, y ésta dejó de ser vista por las élites necesariamente como un “signo de debilidad” (Ottone y Vergara, 2006: 31). A ello se sumó el acuerdo de base respecto a la transformación del rol del Estado y a la presencia distinta de las lógicas del mercado en la sociedad. A nivel de los individuos, y como efecto, el Sistema se convirtió, como lo hemos visto, en tenaza, y la inmovilidad se instaló como experiencia. El congelamiento de la sociedad fue asociado también y fuertemente a la actuación de la clase política, aunque, en rigor, la instalación de una democracia basada en un consenso, al menos entre las élites, en lo que respecta a los fundamentos del modelo económico y social, no impidió, ni impide, desacuerdos e incluso sustanciales debates entre políticas públicas disímiles. La política se convirtió, de esta manera y con el concurso voluntario de las élites, en un asunto de baja intensidad. Javier (CM) lo describe con humor: “La política fue muy importante en la época hasta que se murió Pinochet (se ríe). Se murió el caballero y lamentablemente como que se perdió la gracia”.

Sin embargo, en un país como Chile, la política, dada su historia y su memoria, y cualquiera que sea la fuerza negociadora del genio nacional, la

política no podía, sin tener consecuencias mayores, convertirse en un mero asunto de acuerdos entre expertos. La nueva democracia, para mantener su atractivo, cualquiera que fuera su vigor institucional, requería de otra narrativa. Requería, sobre todo, tal vez, de un nuevo momento bautismal. Aquí se encuentra, si seguimos muchos testimonios recabados, uno de los motores de la rápida decepción política, y luego desinterés, que aquejó en los 90 a tantos chilenos (Drake y Jaksic, 1999). En el fondo, 1990 no logró imponer un nuevo relato frente a 1973. No se pudo instalar el imaginario ni de una ruptura radical con la dictadura ni de una continuidad recobrada con la democracia de antes del golpe. La Concertación buscó, tal vez, al menos en parte, ambas cosas, pero si nos basamos en el tono de nuestros testimonios, no logró a todas luces instaurar un relato colectivo consensual al respecto.

Las consecuencias, como tantas voces lo denuncian, es la indiferencia política de los ciudadanos,<sup>120</sup> la no inscripción creciente de los jóvenes en los registros electorales,<sup>121</sup> la desafección al sistema de partidos políticos (Navia, Morales y Póveda, 2008), el sentimiento, sobre todo, de una disolución de las divisiones y por ende una pérdida de transparencia de la política. En un país como Chile, en donde, hasta hace poco tiempo, la pertenencia a un partido político fue un elemento fundamental de la identidad social y personal, el fenómeno es abismal (Yoclevski, 2004). La pasión, sin desaparecer, bajó de intensidad en el espacio público. El ejercicio constante de la capacidad consensual, y los acuerdos base, que fueron el sustento de la gobernabilidad del país, tuvieron como efecto una sensible disminución de la conflictividad política. En consonancia, las ofertas políticas terminaron para muchos por asemejarse en exceso. El desencanto aparece así, por lo menos parcialmente, como resultado del celo vigilante respecto a la conflictividad en las esferas políticas. “La gente que a mí me rodea, en su generalidad, es gente sumamente desencantada con la política”, insiste Pablo (CM) “y le da lo mismo. Y yo también creo que de cierto modo, aunque la gente no lo diga, después de pasar toda la efervescencia política que hubo hace unos años atrás en Chile, hoy, tome quien tome, del bando que sea, el gobierno, tú sabes que tiene un cierto estilo que no va a variar mucho”.<sup>122</sup> El desencanto se expresa en desinterés, para muchos; pero para otros, aquellos cuyas expectativas estuvieron fuertemente asociadas a una relación apasionada con el acontecer político, la política es fuente de amargura y resignación.<sup>123</sup> Las delimitaciones y fronteras a las que es sometida la acción política, la

conciencia de la necesidad que tiene de someterse a los parámetros de lo posible que las propias élites políticas han establecido, es el fundamento de lo que perciben como el engaño de la misma: se habla mucho y se hace poco.<sup>124</sup>

Al descenso del interés, resultado de las estrategias consensuales, y a la disminución de la conflictividad política, es necesario agregar una verdadera crisis de inteligibilidad, asociada a la conversión del debate político en un ámbito de carácter técnico y especializado. Cristina (SP), por ejemplo, les da así la razón a los jóvenes en su apatía ciudadana, porque ella también, nos dice, no entiende los debates: “no veo, de verdad que no veo con claridad con respecto a la política”. Para algunos, votar se convierte en un rompecabezas, a tal punto la política se percibe sin sabor y sin sentido. Opaca y lejana. Este sentimiento es particularmente acuciante entre los sectores populares. Viviana (SP) es categórica y explícita: no le interesa la política “porque no la entiendo”. Sí, “estoy inscrita y tengo que votar, pero no me gusta porque no la entiendo”. ¿Cómo decide votar? “No sé po’, me tincó ese...” (ríe). Insiste: en su entorno nunca se habla de política, porque “a ninguno nos interesa, no la entendemos realmente”. La crisis de inteligibilidad abre lugar a criterios personalistas: la confianza, la simpatía o el juicio ético sobre la persona del actor político.<sup>125</sup>

Una deslibidinización y una crisis de inteligibilidad, entonces, que alimentan una significativa decepción, la que se expresa en dos tipos distintos de desinterés: desinterés amargo y desinterés indiferente. Sea como fuere, el desinterés rediseñó el registro de la participación ciudadana dividiendo al país en dos grandes bloques. Por un lado, una pequeña minoría que se dice partidaria de una visión necesariamente conflictiva de los debates políticos (y que lamenta la anestesia de la situación actual) y, por el otro lado, una importante mayoría de ciudadanos que se desinteresan intelectual y afectivamente de la vida pública, salvo en la estricta medida en que ésta es susceptible de proporcionarles ventajas o ayudas. El clientelismo de antaño, sin desaparecer, se entronca así con una concepción consumidora y utilitaria de la política. Un proceso que a su manera incentiva el modelo económico en vigor, pues al enfatizar el papel del mercado en la generación de riqueza y la responsabilidad fiscal, aumenta la conciencia entre los ciudadanos de que ellos son la fuente de los recursos del Estado, deslegitimando el universo de relaciones clientelistas sustentadas en un

Estado cuya aura pasaba por encima de la sociedad.<sup>126</sup> La pregunta, en medio de la decepción, es siempre la misma “¿qué hacen los políticos por nosotros?” Y el problema principal aquí son las falsas promesas. La ineffectividad de la política concentra en última instancia todas las críticas. “Estoy desilusionada del tema, estoy cansada del tema (la política). Siento que es mucho bla bla y poco concreto”, afirma Victoria (CM).<sup>127</sup>

El consenso y sus consecuencias en escasa intensidad y bajo interés, la crisis de inteligibilidad, la conversión de la política hacia una retórica del consumo y una visión utilitaria, conducen a que en muchos la imagen de la política tome la forma de una oposición entre “ellos” y “nosotros”, entre ellos, los políticos-todos-iguales, y nosotros, la gente. La distancia se expresa en la imagen de los mundos paralelos.

Estas críticas no son nuevas, por supuesto. Pero, detrás de la permanencia verbal de las formulaciones es legítimo advertir una transición a nivel de las significaciones. El cuestionamiento de la política y del desinterés de las élites por los más pobres se hizo en el pasado en nombre de una concepción ciudadana y clasista que percibía la realidad en términos de injusticia, y en la cual era en tanto que miembro del “pueblo” que se enunciaba la crítica. La división entre ellos y nosotros reenviaba a un corte social y político. Hoy en día el desinterés de las élites se juzga, por el contrario, desde la lógica de un ciudadano que percibe la política antes que nada como un asunto de consumo. ¿Qué me aporta la política? Por supuesto, en este utilitarismo político es posible ver el rastro del impacto ideológico del *homo neoliberal*, pero esta actitud es, también, y simplemente, el fruto de una decepción y del ingreso a una era de baja intensidad política.

EN CHILE, COMO EN TANTOS OTROS PAÍSES de América Latina, la política no puede ser, sino difícilmente, un mero asunto de gobernabilidad, de políticas públicas, de debates técnicos, de indicadores de eficiencia. Para bien o para mal, la política (ya sea el peso de la antigua matriz Estado-céntrica o el rol que el Estado tuvo en la producción de la nación) (Góngora, 1981) se sigue asimilando, al menos normativamente, con una dimensión pasional e identitaria. Es desde la distancia que se observa entre este ideal y la experiencia corriente como debe entenderse la profundidad de la decepción actual. Un desacuerdo normativo se constata, así, entre lo que puede percibirse como el modelo de práctica política de baja intensidad y

fuerte encauzamiento temático a la cual aspiran las élites por un lado y la experiencia de una política dadora de sentido que reivindican los ciudadanos.

En verdad, en este punto el desacuerdo no se establece solamente entre las élites y los ciudadanos. También se traza entre éstos y ciertos análisis de la vida política, sobre todo, con todos aquellos que, desde la teoría de los sistemas sociales, leen el proceso de clausura del sistema político como el signo mayor de la madurez del modelo chileno (Cousiño y Valenzuela, 1994; Mascareño, 2010). La despolitización de la vida social sería así, si seguimos estos trabajos, un signo y una necesidad ineludible de la modernización. La visión no es por supuesto ni nueva ni específicamente chilena. Versión parcialmente plausible de ciertas evoluciones actuales, hay, sin embargo, en estas interpretaciones un particular juicio de valor: los analistas adhieren normativamente a este proceso, al punto de transformarlo en un modelo evolutivo indispensable. Sin embargo, esta situación puede también ser leída, como tantos otros analistas lo hacen, como el signo del ingreso en un período de posdemocracia, aquel en el cual el funcionamiento de los sistemas de partidos, de la legalidad y de las reglas institucionales permanecen activos, mientras que el gobierno y la política vuelven a manos de grupos privilegiados. La democracia funciona como un envoltorio sin sustancia (Crouch, 2004; Marquand, 2004).

Por supuesto, esta segunda interpretación no es menos normativa que la primera, pero tiene al menos dos ventajas: la primera es que, a diferencia de los teóricos sistémicos, la visión normativa es clara y explícitamente asumida; en segundo lugar, y es el punto que en verdad nos interesa subrayar, esta visión crítica de la transformación actual de la política está profundamente en sintonía con lo que nuestros entrevistados manifestaron. Una actitud crítica que es a todas luces abusivo reducir a una mera nostalgia por el pasado.

“La política es de mi interés”, afirma Sergio (CM), “me interesa, pero veo que el sistema político se ha ido cerrando de una manera brutal y se retroalimenta, te fijas, y siempre son los mismos y eso me genera mucha rabia”. La crítica de la clausura del sistema político se abre rápidamente al cuestionamiento de la connivencia entre las élites: Virgilio (CM) denuncia así “una casta que vive de este gobierno, que no es corrupta, pero vive de este gobierno<sup>128</sup> y que yo les llamo los vitalicios rotativos y que van pasando de un

cargo a otro”. En otros, simplemente, el sistema político sería incapaz de comprender los problemas: los políticos “no piensan” una serie de problemas sociales que Daniela (SP), dirigente barrial evoca, “porque, yo honestamente, mira, creo que nunca han bajado a terreno, nunca han estado en zonas vulnerables (...) Antes de cambiar (ciertas políticas), si hubiesen visto los problemas reales habrían hecho las cosas de otra manera”. Su decepción con la política es intensa: la democracia “no la recuperamos para esto, yo creo que cuando digo la ‘recuperamos’ yo también fui parte de esto de la democracia; yo también trabajé para que esto funcionara; entonces creo que perderla no es fácil”. El sentimiento, entonces, como lo resume Isabel (CM), es “entre pena y lata, por así decirlo”.

Testimonios unívocos, masivos, contundentes. El retorno a la democracia se habría traducido en una decepción generalizada, en una retracción creciente de los ciudadanos; en breve, en una suerte de amputación de la política de la vida de muchos individuos. La democracia habría llegado anestesiada.

#### La doble democratización del lazo social

El diagnóstico hasta aquí realizado es solo parcialmente justo. Hacer de la decepción y retracción el eje analítico esencial de la dimensión política de la individuación en el país es un error. El riesgo de concluir con un injustificado balance negativo es alto. Es precisamente lo que acontece con estudios que se apoyan preferentemente sobre encuestas de opinión y que constatan, por ejemplo, la endeblez de la democracia en la región sobre la base de que los latinoamericanos no creen ni que todos son iguales ante la ley ni que las leyes son globalmente aplicadas, aun cuando los resultados sean mejores en lo que respecta a la sociedad chilena (CEPAL, 2007: 74-77). Lo esencial de nuestros esfuerzos está en poder recoger lo que una mirada de este tipo deja escapar. Lo que obvia al quitar movimiento y ambivalencia a las representaciones colectivas y al no prestar atención a su profusa declinación en situaciones e interacciones. Pero también, y en particular, lo que desatiende al dejar escapar una dimensión central de la democracia: aquella que se inscribe desde el tejido social. Cuando se parte desde esta dimensión, la articulación entre democratización e individuación es más compleja, y para dar cuenta de ella es indispensable, en la estela de las reflexiones de Alexis de Tocqueville, dirigir la mirada hacia el lazo social y sus

especificidades (Araujo. 2009a y 2009c; Martuccelli, 2010a).

La primera gran característica del lazo social en América Latina es que se inscribe en una concepción original del orden social: una según la cual es desde la autosustentabilidad del lazo social como se produce la cohesión social. En este modelo, la regulación es intrínseca a las relaciones sociales. La permanencia de la vida social reposa así sobre un saber-hacer indispensable y ordinario, que ha tomado rostros diferentes según los períodos y, sobre todo, los actores: desde el arte secular de los indígenas para mantener viva una comunidad sumergida hasta el sinnúmero de cuestiones sociales que deben ser manejadas y resueltas cotidianamente por los individuos. Como lo indicó Norbert Lechner (1987), dada la debilidad de los mecanismos de integración sistémica, les toca a los mecanismos de integración social, y en primer lugar a la cultura y a la sociabilidad, jugar un rol de primer plano en este registro. Sin embargo, dentro de esta realidad, es preciso distinguir dos procesos, los que en Chile, como en otros países de la región, coinciden con dos momentos históricamente identificables.

#### *La primera democratización: la igualdad*

El primero, al cual durante décadas la sociología latinoamericana le dio una importancia mayor, se organizó alrededor de la tensión estructural entre la jerarquía y la igualdad, dando lugar, de manera permanente, a un régimen dual. A diferencia de una aspiración más homogénea hacia la interacción igualitaria, en un régimen dual de este tipo los individuos no cesan simultáneamente, por un lado, de mostrar una aspiración igualitaria, y por el otro, de corroborar la permanencia “natural” de elementos jerárquicos. Sin referencia a un estatus aristocrático heredado, la *jerarquía* se sustentó sobre todo en el poder económico, político e incluso en ciertos atributos raciales, en tanto que el *igualitarismo* se expresó muchas veces ya sea a través de reclamos colectivos por la justicia, ya sea por una transgresión más o menos individual de las normas. Este fue, y es, un universo de ambigüedad que la literatura no ha cesado de describir admirablemente.<sup>129</sup> Nada expresa mejor la fuerza de este modelo que el hecho de que habida cuenta de la tensión que lo constituye, haya podido servir de base para una concepción autosostenida del lazo social. El resultado es la existencia de un espacio de juego interactivo particular que alterna, sin solución de continuidad, momentos de cordialidad, procesos de fuerte y visible subordinación, y una capacidad

efectiva, no obstante, de cuestionamiento o desafío, pero siempre autocontrolado, de la jerarquía.<sup>130</sup> En breve, detrás del respeto aparente de las jerarquías, se esconde en verdad una miríada de actitudes de cuestionamiento cotidianas. Como lo veremos, todas las relaciones sociales están marcadas por su impronta.

Sin embargo, dentro de la permanencia de la tensión entre la igualdad y la jerarquía, distintos momentos son observables. En un primer momento, como el imaginario de la hacienda lo resume a cabalidad, hubo un primado indiscutible de la jerarquía. Y de un *entre soi* hacendal muy bien descrito por Orrego Luco en *Casa Grande*. Sin embargo, incluso en este universo social, la presencia de la igualdad, al menos como ideal republicano, jamás estuvo del todo ausente. Pero, son otros momentos los que nos interesa destacar. Sobre todo aquel que, desde fines de la primera mitad del siglo XX, asistió a la transformación de la tensión entre estos dos polos, la igualdad y la jerarquía, a causa del impacto de los movimientos nacional-populares, de los movimientos de los trabajadores y las ideologías socialistas, de la creciente urbanización y educación de la población, de los sistemas de comunicación y del desarrollo de las grandes metrópolis con su anonimato y subculturas, de la afirmación de la mujer y de las minorías culturales o de la consolidación de un sector de capas medias. El resultado progresivo fue la ruptura, dentro del lazo social, del antiguo primado de la jerarquía sobre la igualdad. Cada vez más claramente, y en todo caso sin posibilidad de retorno, la igualdad se inscribió en el horizonte de las relaciones sociales,<sup>131</sup> de todas las relaciones sociales. Crecientemente, es desde ella como se interpretan los intercambios y las situaciones, generándose bajo su impacto sentimientos inéditos de injusticia y de abuso. Es posible caracterizar esta fase como el tránsito dentro del lazo social del primado de la jerarquía hacia una equidistancia problemática entre la igualdad y la jerarquía. Este fue el corazón de la primera democratización del lazo social.

Esta primera etapa articuló demandas de igualdad interactivas y procesos políticos colectivos. El “pueblo” fue el gran operador político de esta exigencia. Ya sea en la estela de la ciudadanía republicana, del ideario socialista o de la identidad popular, se buscó afianzar la igualdad dentro y desde el marco de las luchas sociales.<sup>132</sup> Un conjunto de experiencias que marcan uno de los legados fundamentales del siglo XX: el anhelo performativo de la igualdad (Bengoa, 2009: 13).

### *La segunda democratización: la horizontalidad*

Sin desaparecer del todo este momento, y esta exigencia igualitaria, ha dado progresivamente paso a otra etapa. Las demandas de igualdad se afirman en nuevos territorios y por otras vías. Más allá de su traducción en el derecho, en verdad, apoyándose en grandes principios políticos y jurídicos, la igualdad aspira a ser concretada en la vida social cotidiana, la de todos los días. La igualdad deja de ser el horizonte exclusivo de la inclusión política o de las movilizaciones sociales y se convierte en un anhelo interactivo.<sup>133</sup> Para diferenciar –y significar a cabalidad– este nuevo momento, esta segunda democratización del lazo social, hablaremos de la horizontalidad del lazo social. Es la horizontalidad en los intercambios cara a cara la que se convierte en una exigencia central. La igualdad al penetrar la vida social se traduce en un reclamo generalizado de horizontalidad, en un sinnúmero de relaciones sociales se hace patente, incluso de manera disímil y a veces hasta contradictoria, la afirmación de este nuevo deseo. Una demanda que exige nuevas habilidades interactivas, como lo reconoce Sofía (CM), quien al hablar de sí misma señala lo que a sus ojos es una de sus grandes cualidades: saber relacionarse con todo el mundo, “con la millonaria, con la de la población también”. La igualdad, sin menoscabo de lo que le compete en el ámbito de las instituciones y del derecho, busca ser traducida en nuevas formas de sociabilidad, más horizontales y menos verticales.

La afirmación de este deseo de transformación es observable en los lenguajes sociales a la hora de describir la dimensión interactiva. Veámoslo desde el lugar de la jerarquía. Por un lado, el juicio vertical en nombre del buen gusto, aún vigente, es conmovido ante la evidencia de la masificación promovida por el mercado. “Ha pasado otra cosa el último tiempo. Hay mucha gente que ha ganado mucha plata y se ha producido también mucho ‘*new rich*’ en el proceso. Entonces, si bien los que tienen plata tienden a tener la apariencia y los estudios, así y todo hoy en día hay un grupo importante que no tiene ni la apariencia ni tiene los estudios, pero tienen la plata, ¿te fijas?, y que viven en los barrios elegantes... Se empieza a mezclar un poco”, reconoce Gabriel (CM), un ingeniero comercial en un puesto ejecutivo, quien no ve este proceso, necesariamente, como un mal social. Por otro lado, la demanda de horizontalidad se expresa nítidamente en el incisivo y constante cuestionamiento a los resabios de la verticalidad

(Araujo, 2009a). “Esta sociedad todavía es muy segmentada; si bien es una sociedad más abierta que antes, sigue siendo muy jerárquica, muy poco permeable, hay poca movilidad social en general, o sea, la gente te identifica por la cara, por el color del pelo; te identifica por la ropa que vistes; entonces, hay mucha tendencia a tipificar, a encasillar, mucho prejuicio”, admite Sergio (CM), un profesional de la salud con experiencia en cargos directivos. Observaciones justas, porque más allá de sus diferencias apuntan a lo esencial: la eficacia de la ruptura de la normalidad jerárquica por el deseo de la horizontalidad. Desde las posiciones de subordinación, las denuncias se multiplican y el cuestionamiento se torna altamente cargado afectivamente. La rabia y la impotencia, que le sirve de combustible, definen de manera importante el tono de estos testimonios. Pero se esté situado donde se esté, la cuasi obsesiva redundancia discursiva en torno al abuso en las relaciones sociales es de rigor.

La razón es simple: la igualdad, al haberse impuesto como horizonte normativo del lazo social, impulsa a que sea desde ella, y *solo desde ella*, que se evalúen las relaciones, sea cual sea el tipo o grado de jerarquía que las estructura formalmente (ya sea cuando en una relación laboral contractual, y por ende circunscrita y voluntariamente acordada, se ejecuta la prescripción de un superior, o cuando una pareja toma decisiones de administración cotidiana del hogar). Lidar con esta tensión entre verticalidad y horizontalidad no es un rendimiento exclusivo exigido a la sociedad chilena. Erving Goffman (1993) ya mostró, con sutileza, las innombrables situaciones en las que actores disímiles tienen, sin embargo, que hacer reinar el orden interactivo de la igualdad, lo que exige toda una artillería de reglas de cortesía, de tacto o de disimulación con el fin de imponer, en medio de relaciones desiguales, la ficción de la igualdad. En todo orden igualitario es preciso saber lidiar con relaciones verticales, una afirmación que, por ejemplo, todo asalariado en sociedades democráticas igualitarias sobreentiende perfectamente cuando se dirige a su superior en el seno de su universo profesional.

¿Cuál es, entonces, la particularidad en juego en la sociedad chilena? Dos vertientes deben ser mencionadas. Primero la institucional. Se trata aquí de las modalidades en que se da la superposición entre la problemática de la igualdad y la de la horizontalidad: allí donde en otros lares la segunda trabaja en una veta relativamente sólida asentada por la primera, en Chile la

horizontalidad, en su fragilidad interactiva, opera dentro de las flaquezas institucionales de la igualdad. Segundo, la vertiente de las lógicas relacionales. En una sociedad en la que el lugar propio está definido por las cuotas de poder que se posean y su necesario despliegue, inmediato, persistente y continuo, en la relación con los otros (Araujo, 2009a, también, ver capítulo sobre irritaciones relacionales en el tomo 2), la horizontalidad encuentra con dificultad un espacio, como ejemplifica bien el relato de Eduardo (SP): si bien sus compañeros de trabajo se quejan de manera permanente de los abusos de su superior, “nadie va a hablar con el jefe, porque tienen terror, tienen terror al poder, entonces el poder para ellos es una cosa que los puede oprimir y destruir”. Las demandas crecientes de horizontalidad, como lo veremos en detalle, son cortocircuitadas por actitudes cada vez más percibidas como remanencias jerárquicas verticales inaceptables.

Uno de los grandes desafíos a los cuales están confrontados hoy por hoy los individuos en la sociedad chilena es, de este modo, la conciliación del principio interactivo de la igualdad y, por ende, su traducción en la aspiración de interacciones horizontales, con la triple realidad de las desigualdades sociales y fenotípicas, de las verticalidades funcionales y de las remanencias jerárquicas. Repitamos: el resultado es que el ámbito interactivo se carga de intensos afectos, al punto de que el lenguaje del abuso y de la falta de respeto se convierte en expresión natural para designar lo que se percibe, cada vez más, como el fruto de actitudes políticamente intolerables. La expresión sin control del mal humor es una buena ilustración de lo anterior: en un universo abiertamente jerárquico el superior puede dar rienda suelta a su exasperación; en un mundo organizado alrededor de la exigencia de la horizontalidad, es imperioso contenerse (o por lo menos, excusarse...). Por supuesto, como lo veremos, en los testimonios de las personas entrevistadas es posible encontrar ejemplos cotidianos que desmienten esta exigencia, a tal punto el maltrato es una realidad patente en muchas organizaciones sociales, lo que no impide, sin embargo, que estas actitudes sean percibidas como un exceso condenable. Las experiencias, es cierto, no alcanzan para erosionar las aspiraciones que devienen del principio normativo que se inscribe en el lazo social, pero el efecto de desmentido que tienen estas experiencias no es sin consecuencias.

Tres consecuencias principales se desprenden de la tensión entre

expectativas y experiencias efectivas de horizontalidad: la puesta en cuestión de las instituciones, la sensibilidad frente al abuso y las fricciones entre sectores sociales. Veámoslas en detalle en los siguientes apartados.

### Las instituciones bajo presión

La democratización del lazo social en curso encuentra un terreno privilegiado de expresión, y de tensión, en el ámbito del vínculo entre los ciudadanos y las instituciones. Este proceso puede verse como una versión local de un proceso más general, el que ha conducido en las últimas décadas a un desplazamiento del conflicto entre grupos sociales hacia un conflicto alrededor de las instituciones (Habermas, 1981). Salvo que en el caso chileno este proceso, si seguimos nuestras entrevistas, se expresa menos en términos de injusticia fiscal (como en otros países) y mucho más en términos de una insuficiencia democratizadora, cuya percepción está especialmente presente en los sectores populares, ligeramente mayor en el caso de los hombres que las mujeres, pero que es también evocada (lo que es igualmente muy significativo) por buena parte de los hombres y mujeres de las capas medias. Se está frente a un anhelo democratizador que, siguiendo nuestro material, se estrella a nivel institucional contra dos grandes formas de vejación.

#### *Primera vejación: el menosprecio institucional*

El primer malestar inducido por esta creciente sensibilidad horizontal, no es otro que el de un maltrato que se materializa en lo que se denuncia como un menosprecio institucional generalizado. Para describir esta realidad, algunos autores han hablado de una situación de ineffectividad de la ley en la cual los ciudadanos harían permanentemente la experiencia del carácter variable de sus derechos (O'Donnell y Whitehead, 2007). Pero lo esencial es que tanto la igualdad de tratamiento como la horizontalidad interactiva a la cual aspiran son puestas en cuestión, por lo que es vivido como el menosprecio sufrido por parte de las instituciones. Entre nuestros entrevistados este sentimiento es patente, como en el comentario de Alberto (SP), taxista, que cuenta cómo, si bien a él el Transantiago le ha beneficiado (“a mí me ha subido mucho el negocio”), no por ello esto le satisface: “No estoy contento porque, al contrario, me da rabia cuando paso por paraderos y está la gente esperando y mojándose horas”. Experiencia común, transversal a los grupos sociales, este sentimiento se organiza alrededor de

lógicas distintas y, sobre todo, da lugar a expresiones diferentes según los grupos sociales (Araujo 2009a).

Por un lado, el menosprecio se expresa en la experiencia de ser ignorados, no escuchados. Los comentarios pueden parecer banales: “Me choca que la gente tiene que ir a sacar hora a las seis de la mañana (en un centro de salud) y que te atiendan desde las ocho...” (Fernando, SP). Pero es justamente la banalidad aparente de estas observaciones, y la evidencia de sentido desde la cual se enuncian, que indica la fuerza del anhelo democratizador... y la tenacidad del sentimiento de no ser escuchados. “No se puede hacer nada, nada; ahora hay que pasar las cuentas en las elecciones que vienen no más, nada más que eso, pero no se puede hacer nada... Aquí no se puede alegar; si usted alega no lo escuchan, y si pelea, se lo llevan preso”, dice, con humor y amargura Aldo (SP). Daniela (SP) evoca, con más amargura, una experiencia similar. Frente a lo que vivió como la invasión de su comuna por la droga intenta alertar a las autoridades. “Fui a hablar con el alcalde, como 10 veces fui a pedir audiencia porque siempre me decía que tal día, y tal día iba, y justo el alcalde tenía algo que hacer y no me recibía... Y bueno, cuando por fin le hablo, me dice muy suelto de cuerpo ‘no, sabes, lo que pasa es que eso es normal (el tráfico)’. No, no es normal que vivamos así, somos nosotros los que vivimos allá no él”.

Por otro lado, el menosprecio institucional se traduce en un menosprecio interactivo. Este último aspecto acentuando el primero. Verónica (SP) critica en esta veta, por ejemplo, a los funcionarios por la verticalidad de su trato: “La gente se siente como Dios por trabajar en un servicio público y no tiene respeto por la atención que se merece cualquier persona. Porque al margen de que tengas o no recursos económicos, tienes que ser atendido de la misma forma”.

### *La corrupción y la mentira*

Chile es uno de los países de América Latina que ostentan los índices más bajos de corrupción,<sup>134</sup> al punto de que la corrupción, más allá de su recurso circunscrito, nunca fue aceptada como una regla de juego entre la ciudadanía. Su presencia sigue, así, siendo considerada no solamente como un hecho delictivo, sino como una práctica escasa.<sup>135</sup> No es, sin duda, un asunto anodino.

Sin embargo, la satisfacción a este nivel se conjuga con un sentimiento

inequívoco de malestar frente a lo que se percibe son las mentiras institucionales. Por supuesto, los desaparecidos y la tortura, y las mentiras durante años frente a ambas realidades explican parcialmente esta actitud. Pero esta sensibilidad también denota un cambio de actitud: tal vez una toma de conciencia inequívoca de que la mentira corrompe la democracia: en todo caso, la certidumbre de la mentira hiere la horizontalidad social anhelada (Martuccelli, 2009).

En los testimonios de las personas entrevistadas, la mentira que se denuncia es la que se traza entre lo que la propia experiencia personal dicta y lo que las instituciones dicen. Entre una y otra, los individuos desconfían de la última, y le otorgan más confianza a sus propias vivencias. Poco importa la plausibilidad de los razonamientos, lo que cuenta es la convicción de que el gobierno miente. El gobierno miente, denuncia Eduardo (SP), porque dice “que hay 20% de cesantía. ¡Mentira! Aquí en la cuadra hay 40%, en la cuadra, ¿cachái?, entonces, mentira, absolutamente mentira”. Siempre a propósito del desempleo, el comentario de Alberto (SP) es más enrevesado porque testimonia de un sistema de ocultamiento colectivo más complejo: “La cesantía que tenemos no es la que se refleja en las estadísticas, porque la persona que no se va a inscribir en la municipalidad como cesante no queda, y se dedica a trabajar y vender candy en las micros o helados y no aparece”. Generaliza su argumento haciendo recaer enteramente la responsabilidad en el gobierno: “Los gobiernos hoy en día han perdido mucha credibilidad, por lo mismo que se escucha, porque hay doble discurso”. Aldo (SP) insiste en lo mismo pero esta vez desde su experiencia del Transantiago. “Está todo mal hecho... Yo sé que hay encuestas que dicen que está todo bien, pero no sé en qué parte dicen esas cosas porque, suponte, a las poblaciones no van a hacer las encuestas a preguntarle a la gente si está de acuerdo o no de acuerdo con lo que hay”. Otros llegan a denunciar claramente un uso estratégico (o al menos por omisión), y en nombre de intereses creados, de la mentira por parte de la administración: “La evaluación que se hizo de este programa de depresión”, comenta Sergio (CM), “fíjate que una de las cosas más valoradas era la terapia individual con el psicólogo, y de las cosas que más le desagradaban eran las cosas grupales y comunitarias. Y como el ministerio tiene toda esta política en lo comunitario... eso no lo han

revelado mucho”. Un malestar también presente a nivel de las mismas organizaciones sociales.

La mentira que se padece por parte de las instituciones no es solamente – aunque lo es, por supuesto– un maltrato. Es, también, un insumo ambivalente de individuación. Los actores tienen el sentimiento, en el cotidiano de sus existencias, de que no es posible creerle a las instituciones, o mejor dicho, que la inocencia está prohibida, lo que implica un nuevo límite en el modelo del individualismo institucional.

El menosprecio, la rabia y la impotencia van de la mano de la percepción de maltrato institucional en los sectores populares. Son dos las versiones que explican el menosprecio institucional. La primera versión: se es maltratado porque se es pobre.<sup>136</sup> Enfrentados de manera constante a estas situaciones, tienden a entenderlas como un juicio acerca de su valor personal en clave clasista. La segunda versión: el maltrato no sería sino un índice de un proyecto de control social, el que sería alcanzado tanto por mecanismos que revelan exceso de celo<sup>137</sup> como por la “inactividad estratégica” de ciertas instituciones.

Entre las capas medias altas, si bien la experiencia está también presente, la interpretación es distinta. El menosprecio institucional crónico que se percibe entre los sectores populares se transforma en un maltrato puntual, incluso cuando el maltrato es agudo y las consecuencias severas.<sup>138</sup>

Felipe (CM) sufrió en carne propia uno de estos maltratos cuando cambiaron la zonificación urbana alrededor de su casa, lo que permitió la construcción de tres torres al frente suyo. “Hubo un cambio en el plano regulador, pero de esos cambios medio manejados, medio brujos. Después cambió el plan, pero como estos proyectos estaban presentados anteriormente quedaron amarrados. Por supuesto, no es normal, eso es lo que siempre he alegado, debiera haber una fórmula, digamos, porque cuando tú compraste tu casa y has pagado tus contribuciones y has contribuido de alguna manera al desarrollo de la comuna, no estaban esas torres y el plano regulador no las permitía. Cuando yo compré la casa allí, yo tenía sol por decirte todas las horas del día, hoy día no, por darte ese detalle, ni hablar de los accesos a la cuadra, los estacionamientos afuera... Mira, los vecinos de la cuadra del frente se juntaron todos y vendieron súper bien... En el fondo es eso: aquí uno vela por sus propios intereses”.

### *La segunda vejación: el muro del dinero y la ineficiencia*

La segunda gran fuente de vejación contra la cual se estrella el anhelo democratizador es el dinero. Esta experiencia es tanto más dura y decepcionante cuanto que, en buena medida, la calidad de los servicios, así como la idea de un acceso más equitativo a ellos gracias a la mayor eficacia del mercado, forma parte de uno de los postulados mayores del modelo que se ha implementado en el país desde hace algunas décadas.

Esta vejación toma formas distintas. En algunos, el choque es frontal entre lo que es percibido como dos lógicas incompatibles. La primera, una lógica de la común humanidad, la de una igualdad fundamental entre todos los individuos. La segunda, una lógica del mercado y sus imperativos de rentabilidad económica. “Para mí primero está la vida”, dice Verónica (SP) evocando críticamente su experiencia laboral en una unidad coronaria móvil. “Primero está la vida y después veamos cómo hacemos lo del pago, pero tú no puedes ver lo del pago y si está al día mandar una ambulancia y si esta persona tiene dos meses..., no, no tiene derecho a seguir viviendo...”.<sup>139</sup>

Es fácil comprender lo que estos testimonios denuncian: una toma de conciencia muy clara y descarnada de que la calidad de un servicio no depende de un derecho ciudadano (y por ende de una igualdad), sino que es una prestación de servicio que se declina diferencialmente en función del pago. La educación es un buen ejemplo de lo anterior.<sup>140</sup> Si la ecuación es sin duda más compleja, la mayor parte de los testimonios corrobora una representación de este tipo. Si el principio rector de la lógica del mercado es más o menos aceptado en el ámbito de la educación,<sup>141</sup> lo que en verdad choca a los entrevistados son los dilemas morales que este principio es susceptible de plantear en otros dominios, particularmente en el sector de la salud,<sup>142</sup> en donde la conciencia de diferenciales de servicio en función de las estratificaciones sociales alcanza una forma extrema. Masivamente, en la representación de nuestros entrevistados, un mundo separa la salud privada de la pública, la de los ricos y la de los pobres.<sup>143</sup> Lo que está en juego, por supuesto, detrás de estas críticas es el valor de la vida. De la propia vida. Una vida que se juzga tan digna como cualquier otra, pero que recibe un desmentido debido al trato institucional. La salud, en Chile, está atravesada por el espectro de la conflictividad de clase,<sup>144</sup> y la clase se traduce en montos diferenciales de dignidad para la vida propia en el sentido más básico: un

asunto de vida o muerte.<sup>145</sup>

En muchos casos, esta experiencia de vejación se prolonga en la denuncia de un maltrato institucional por ineficiencia. Obviamente, esta crítica no ha emergido recién en las últimas décadas y no es solo resultado del anhelo democratizador. Sin embargo, detrás de estas críticas habituales y recurrentes hacia la administración, se expresan dos nuevos tópicos. Por un lado, en este sentimiento de vejación es visible la presencia de una concepción consumista de la administración; por el otro lado, y simultáneamente, es visible la presencia de una posición auténticamente ciudadana.

La tradicional ineficiencia administrativa, y los absurdos de la burocracia pública, y ello a pesar de las mejoras indudables efectuadas en las últimas décadas, son particularmente criticados. Y lo son porque los individuos ven en ellos, cada vez más, los signos de un tipo de menosprecio institucional que no toleran. En perfecta concordancia con lo estipulado por Tocqueville, las mejoras realizadas exacerbaban paradójicamente los sentimientos de maltrato.

La lentitud administrativa es particularmente criticada. “(Si) tengo que comprar otro auto más, de renovación de batería como le llaman ellos, entonces es tan burocrático el asunto que se demora alrededor de tres meses el cambiar el derecho de un auto a otro auto, y la persona que trabaja en eso tiene que esperar los tres meses que le cobren”, se quejó Ramiro (SP). La mala gestión. “Te pongo un ejemplo”, explica Fernando (SP), “hace poco fui a buscar hora para mi compañera al consultorio de Pudahuel y me dicen que no aparece en la pantalla. Me dicen ‘no está aquí en esta ficha’. Yo les digo ‘¿dónde está?’ ‘No sé tal vez esté en este otro lado’. Yo andaba en bicicleta, salgo del consultorio, veo la bicicleta y estaba pinchada, son veinte para las ocho, la María (su hija) entra a las ocho y media. Voy al otro consultorio, dejo la bicicleta encargada y tampoco estaba en la otra pantalla, discutí con 4 personas: dos trabajadoras, normal, la jefa de ella y la Directora... Y la Directora me resolvió el problema por teléfono porque, ‘ah, no, sí, estaba en la pantalla...’ Estamos locos”.

Vale la pena insistir: detrás de todas estas críticas, y su longevidad, es preciso advertir la novedad en curso. El anhelo democratizador hace que lo que ayer fue aceptado con resignación, sea vivido hoy como una vejación. Un maltrato. Los ciudadanos son cada vez más proclives a pedir cuentas a las

instituciones.

### *La horizontalidad y la sensibilidad frente a los abusos*

“En este país”, comenta Rodrigo (CM), “se maltrata a la gente; se maltrata a todos los niveles, se maltratan las parejas, los maltratan los jefes, los maltrata el Estado, los maltratan los hospitales, en los colegios”, antes de afirmar, “la gente se lo aguanta, no sé cómo”.<sup>146</sup> La exigencia creciente de horizontalidad trastoca la expresión a nivel de la justicia. O mejor dicho, la horizontalidad colora con nuevos tintes los sentimientos de justicia y de injusticia. El abuso y la denuncia del abuso se convierten en el corazón de esta sensibilidad. Si nunca estuvo obviamente ausente en el pasado, su función analítica, más allá de sus expresiones emocionales, fue por lo general subordinada al tema de la explotación económica o de la opresión política. Hoy en día el discurso del abuso se autonomiza. Y tras ello es preciso advertir menos una herida identitaria (y por ende una mera demanda de reconocimiento) (Honneth, 1997; Fraser y Honneth, 2006) que una experiencia que asocia estrechamente un conjunto diverso de situaciones de no respeto de reglas con un sentimiento unívoco de maltrato personal.

¿Qué es el abuso? Un uso injustificado, excesivo o indebido de una regla o de una función. Esto es, el abuso es un atentado contra un límite percibido como legítimo. La resignificación de una injusticia o una explotación en términos de “abuso” implica la traición de una expectativa o de una confianza. Un abuso es siempre una extralimitación en el uso de las reglas. Es éste un sentimiento que la expansión de las expectativas de horizontalidad acrecienta, puesto que ella implica, de manera principal, la introducción de criterios de reciprocidad interactiva en todas las relaciones. “De una diferencia que tuve con el gerente en ese momento, me cortaron de ahí”, contó Néstor (CM). Explica con detenimiento el diferendo: “Mira, a ver, yo te diría, lo que pasa es que encontré varias cosas con problemas que no le gustaron mucho a él, porque las áreas donde estaban los problemas eran áreas que habían dependido de él. Yo lo interpreto así ahora. Y, además, estaban bien cortos de presupuesto. Entonces, en un momento dado me llama, me dice ‘necesito que cortes a tal y tales personas’. Yo estaba súper ajustado en mi tema de trabajo en el área, en fraude, y le dije ‘chuta, si cortamos a esas personas ya no le podría responder con los resultados’. Entonces, terminó allí la conversación. Y a la semana siguiente me llama,

‘ahí está tu sobre azul’. Y ahí se terminó la conversación. De hecho fue en seco”.

El abuso es una forma de brutalidad. La cuestión principal consiste en inscribir, en medio de relaciones formalmente igualitarias, un principio de verticalidad indiscutido. El abuso abierto y el correlato de humillación que lo acompaña están lejos de haber desaparecido en el país. Trabajando en un almacén, Francisco (SP) cuenta como no solo “sus patronos se aprovechan a veces de la gente humilde”, sino que incluso en otros sectores del mercado en el que trabaja, “existen locales en los que se humilla (...) Incluso cuando cierran el local, los hacen algunos desvestirse, les revisan... Yo he visto eso en otros locales y yo tengo amigos también que me han contado”. Ciertamente, muchas otras veces, sus expresiones son más taimadas.

Sin embargo, y aquí una vez más se diseña la fuerza del cambio, el abuso abierto –que se sigue dando– es cada vez menos un repertorio lícito de acción. Su sobrevivencia engendra cada vez más repulsa. El abuso, más que la injusticia, es un lenguaje moral legítimo de denuncia. Como contracara, el buen jefe, por ejemplo, y como lo resume Paula (SP), es, por el contrario, aquel que tiene buen trato, aquel que, como el jefe que conoció cuando trabajó de obrera en una empresa textil, “trataba súper bien a la gente que tenía”. Una frase que asocia indisociablemente el tacto con la justicia: o mejor dicho, que percibe la justicia de una relación salarial al calor de un buen trato interactivo.

LA EXPERIENCIA DE ABUSO es particularmente frecuente en el ámbito del trabajo, en donde un doble eje de género y de clase se diseña claramente en nuestra muestra. Son los hombres y de sectores populares los que especialmente sostienen este discurso crítico. No por cierto porque los abusos se concentren en este grupo, sino porque, y más plausiblemente, en el caso de las mujeres, como ha sido discutido (Guzmán y Godoy, 2009), especialmente en las generaciones mayores, las ventajas que trae el trabajo en términos de ofrecerse como espacio alternativo a un encierro doméstico vivido como opresivo, tiende a neutralizar la capacidad crítica respecto a los aspectos negativos del mismo. En el mundo del trabajo, el abuso resume por lo general una doble transgresión en el trato y en el pago.

Empecemos por el maltrato. El abuso se da cada vez que alguien se extralimita en sus atribuciones. Sergio (CM), docente universitario, evoca

cómo, por ejemplo, en algunas universidades, “se han creado centros de padres” y que en una de ellas, “la cuestión es: ‘el padre es el que paga, el padre es el que sabe’”, y relata a continuación que en una universidad en la que trabajó, “una vez un papá bajó y subió al decano, fue y lo subió y lo bajó”.<sup>147</sup> Cristóbal (SP), estafeta, lo precisa aún mejor: “Generalmente las injusticias son de mando, de decir las cosas, eso, como de aprovecharse del poder, yo creo que eso, en general pasa eso, la gente se aprovecha del poder que tiene”. Una experiencia de vejación a la que es tanto más sensible que a nivel de la remuneración, en su actual empleo, “nadie se puede quejar de los salarios porque en realidad en comparación a otras partes todo está muy bien”. El problema es el trato o, más bien, el maltrato.

El abuso es concebido, así, como una forma de prepotencia, pero también el abuso es el uso discriminante de la regla para unos y no para uno mismo. Hablando de uno de sus jefes en un supermercado, Sebastián, empleado de la sección carnicería, lo resume así: “A nosotros no nos dejaba comprar carne, pero él se compraba las ofertas, lo que no podíamos hacer nosotros...”. Como lo denuncia Rolo Díez en una de sus novelas, el jefe es aquel que sabe sacrificar el interés general al interés personal...

El abuso “es terrible, terrible”, se lamenta Elena (CM). “O sea me he visto acusada de cosas que han hecho ellos, de errores que han cometido los de más arriba, jefatura y otros, y diciendo fue Gutiérrez y yo diciendo ese tema no lo he visto, o sea, imposible... y tratando de defenderse uno y como que uno sabe que te están culpando por no tener el respaldo”. Resultado: frente a este tipo de prácticas ha tenido que aprender a operar con sigilo y desconfianza.<sup>148</sup>

El maltrato se materializa, también, en el ámbito del trabajo, en abuso económico. Sin sorpresa es alrededor del pago (...y del no pago del trabajo) que las denuncias de abuso se centran y se multiplican. Una experiencia multiforme porque incluye tanto a jefes como a clientes. Fabiola (CM) tuvo clientes que le decían “no te pago”, y tener que aceptarlo, “porque es un mercado súper informal (organizar eventos), porque es muy difícil hacer un contrato, porque es muy difícil estipular todo lo que se incluye”. Una experiencia de abuso que ha vivido “muchas veces... atroz”. Trabajé, recuerda Ernesto (SP), con un “tipo que se llamaba Enrique, que era un bastardo porque cuando llegaba el año nuevo, no nos daba plata y nos pasaba a llevar”. La lista es larga.<sup>149</sup> El abuso es el fruto de un diferencial de

poder que se ejerce al desnudo y vejando las reglas. Una situación que se generaliza cuando no se posee un contrato formal de trabajo. “Las pagas siempre malas. En la imprenta toda esa gente son informales en absoluto, cero contrato, no sabes si te van a pagar o no te van a pagar, ¿cachái? Muchas veces no te pagan, me quedaron debiendo muchas veces plata, o sea, yo tengo listas de deudores, de gente que me ha mandado a hacer trabajo y que no me ha cancelado, ¿cachái?”, relató Eduardo (SP). Una situación ante la cual trató sistemáticamente de hacer valer sus derechos: “Yo llegué a tener, qué sé yo, 15 trabajos en un año, más de uno por mes incluso... O sea que he estado una semana en un lado, no me pagaban, me iba... En la inspección del trabajo, tú vas a la inspección del trabajo hay una foto mía en la entrada (ríe) ... ‘jah! este hueón de nuevo’. O sea que yo vivía en la inspección del trabajo... Como no me pagaban iba para allá, alegaba, una querrela contra el otro, una denuncia contra este otro, no tenía boleta”. Pero finalmente, muchas veces, para defenderse frente al abuso, solo queda el abuso. “Me tuve una vez que llevar los discos duros como para presionar a las personas para que me pagaran, no sé... ya llegamos a un mundo de cuchillazos”.

La injusticia se percibe, así, desde el abuso: desde reglas que no se cumplen, desde lealtades morales que no se respetan.<sup>150</sup> Lo que se cuestiona, repitámoslo, no es la asimetría de la relación en tanto que tal, sino los excesos que se cometen en esas relaciones asimétricas.

Las demandas crecientes de horizontalidad no solo cuestionan los maltratos institucionales, sino que también al poner en jaque formas tradicionales, y verticales de ejercicio de la autoridad, tienden a resignificarlas en términos de abuso. La gente “muy capaz”, pero que “no permanecen con la cabeza gacha las cortan, y fuera, así, de golpe y raja como se dice (...) cuando hay gente que sabe que es poca cosa y le dan el poder, no la autoridad, el poder de decidir sobre otra, abusan... Este es un país muy abusivo” (Javier, CM).

### *La difícil democratización de la autoridad*

Los cambios advenidos a nivel de la horizontalización progresiva del lazo social también cuestionan el ejercicio de la autoridad. La práctica tradicionalmente amparada en una cultura autoritaria y sostenida por lazos verticales, es desestabilizada en profundidad cuando se pasa a formas más negociadas y horizontales de ejercicio de la autoridad. Isabel

(CM) señala, así, que en su experiencia laboral una dinámica común es que “hay alguien que quiere ser uno por sobre los otros... eso es complicado. Creo que las estructuras organizacionales favorecen eso porque son demasiado jerárquicas, porque están basadas yo creo en un clima de desconfianza”... y la desconfianza afecta no solo el clima laboral sino la eficiencia. Hacerse obedecer y las razones de la obediencia dejan de ser una evidencia para convertirse en un problema cotidiano. Como dice una de nuestras entrevistadas, empleada del sector salud: “hay una relación estamentaria bien marcada, pero la gente ha tenido la culpa, ha endiosado a los médicos”, antes de afirmar que cree que ahora “eso está terminando”, pero que, sin embargo, “sigue habiendo mucho cacique y poco indio” (Marta, SP).

Para decirlo en los términos de Max Weber, el hecho de que la autoridad repose sobre el reconocimiento y que, por ende, suponga, más allá de la coerción, una forma de adhesión voluntaria y crítica basada en lo bien fundado del ejercicio de un poder hace de esta relación un fenómeno profundamente complejo en los tiempos modernos. ¿Cómo ejercerla en una sociedad con una tradición jerárquica y autoritaria en el contexto del surgimiento de demandas relacionales horizontales que limitan o juzgan negativamente formas impositivas o brutales?

Por un lado, el ejercicio de la autoridad requiere de un tacto que a muchos aún les cuesta asumir. “Tenís que ser súper objetivo pa’ estar evaluando y ponderando, tenís que tener una capacidad de ponderar distintos elementos pa’ tratar... Cuando no era gerente yo... los mandabas a la cresta, ahora no podís. No podís. Hay días, por ejemplo, sobre todo en las mañanas, yo llego súper focalizado en lo que tengo que hacer, entonces ahora me preocupo y tengo que entrar y sonreír y saludar a todos porque si no el de al lado dice ‘no, ¿qué pasó?, y este hueón que no saluda a nadie’. El tema de las señales es súper complejo” (Gabriel, CM). Por otro lado, la horizontalidad es percibida como una amenaza directa a la autoridad. Alejandro (CM) es explícito. “No es fácil imponer la autoridad en base a la amabilidad, porque no funciona, te pasan a llevar, hay gente que no es fácil”.

Lo que aparece con fuerza es el temor común de ser “pasados a llevar”. Ciertamente, las modalidades son distintas según se ejerza la autoridad o se obedezca, pero para todos la horizontalidad es un problema central. De

allí, sin duda, también, la tentación del recurso infructuoso a la verticalidad en ella; desde ella, los límites parecen, pero solo parecen, claros y fijos. Ante la dificultad de ejercer la autoridad frente al anhelo horizontal, la verticalidad y el autoritarismo indiscutido se convierten en una nostalgia activa. En la vereda opuesta, al calor de esta creciente sensibilidad horizontal, el ejercicio legítimo de la autoridad se percibe con frecuencia como un mero ejercicio abusivo de poder.

Lo esencial entonces es, así, comprender hasta qué punto, con qué intensidad y bajo qué modalidades la democratización del lazo social perturba el antiguo fundamento culturalista del autoritarismo. Sin embargo, y en este punto nuestro material empírico no deja ninguna duda, es necesario romper, a propósito del análisis del ejercicio de la autoridad, con todo diagnóstico homogéneo. El ejercicio de la autoridad difiere profundamente según los ámbitos concernidos. Como venimos de argumentar, y lo iremos viendo, muchos individuos no saben, hoy en día, lo que significa, o lo que puede significar, ejercer una autoridad más horizontal en el trabajo, la familia, la pareja o la escuela, pero todavía es más complejo: los dilemas y estrategias a los que se ven enfrentados o suscitados en un ámbito no coinciden en absoluto con lo que se pone en juego en el otro.

La horizontalidad en cuanto anhelo se sitúa en el contexto de una sociedad cuya representación extendida es de rígida verticalidad y de mundos percibidos como paralelos, los que tienen como rasgo fundamental de sus bisagras comunicantes el uso desregulado del poder. Una sociedad poblada de antagonismos múltiples en la que, más allá de cualquier evidencia fáctica, solo el abuso es percibido como capaz de contener otro abuso (Araujo, 2009a).

#### La horizontalidad y las fricciones entre sectores sociales

La tendencia hacia la democratización del lazo social no está, pues, exenta de obstáculos. Ellos son visibles, como lo hemos discutido, en el ámbito de las instituciones y de las experiencias recurrentes de abusos. Pero hay un elemento adicional que hace obstáculo a esta demanda. A la presencia de un fuerte anhelo horizontal entre los miembros de los sectores populares se le contrapone la voluntad de los individuos de las capas medias altas y altas de trazar –apoyándose en mucho sobre elementos del pasado y sobre prejuicios

sociales, culturales o étnicos— una verdadera frontera simbólica. Esta dimensión revela un aspecto transversal a esta prueba: la tensión entre estas demandas de democratización del lazo social y las remanencias de formas de distinción que funcionan como obstáculo a las mismas, expresa una versión individualizada y renovada de la oposición de clases en el país. Dos dimensiones: el valor y función de la educación, por un lado, y la experiencia urbana, por el otro, son especialmente decidoras a este respecto. En una y otra es posible advertir, detrás del anhelo democratizador, una nueva versión de la antigua conflictividad de clase.<sup>151</sup>

### *La educación y la gente “como uno”*

Todo el mundo lo sabe, la educación ha participado, en América Latina, activamente en el trazado de la frontera indeleble entre la gente “como uno” y los otros, los rotos. Benjamín Subercaseaux (1939) sostenía ya que en Chile solo había dos clases sociales: “el roto y la persona bien”. Pero, si esto no es nuevo, lo que aparece como novedad es el peso que ella ha tomado en el establecimiento de esta frontera. Se trata, por cierto, de un borde sinuoso, el que a veces se superpone a una división de clase, pero que otras veces, muchas otras, opera dentro de un mismo estamento social como un mecanismo activo de distinción. Más allá de la posición social desde la cual se enuncia esta actitud, lo importante es la distancia que se establece gracias a ella. Carlos (CM) lo evidencia en el relato de una experiencia que tuvo algunos años atrás cuando trabajaba en un estudio inmobiliario con colegas, a los que no duda en caracterizar de “flaites”: “Tenía un tremendo puesto, pero ahí no aguanté, porque la empresa no era lo que yo quería, yo buscaba relaciones personales... y la gente era pésima, gallos gritones, mal educados, profesionales mayores de 35 años que no eran profesionales”. El juicio cae lapidario: gente que no era “como uno”. O suficientemente “como uno”. En esta declaración es posible, por supuesto, advertir la expresión específicamente cultural que toman las fricciones de clase en el país. Lo que en ella se revela es el trazo de una frontera clasista pero, también, su transmutación. La traza porque se vislumbra rápidamente un juicio clasista en la narración. La transmuta porque incluso si los elementos clasistas son transparentes, legitima éstos en nombre de otro criterio. En lugar de la tradicional concepción de “decencia”,<sup>152</sup> lo que adviene es lo que antiguamente era solo uno de sus componentes: la educación. Lo que en el

testimonio define la imposibilidad relacional es que se trata de “gente pésima”, “gallos maleducados”.

En todos los grupos sociales, lo que está en juego es que la educación forja las condiciones de integración y distinción. Es así como Ernesto (SP), cuidador de automóviles en el espacio urbano, se demarcó activamente de los rotos durante la entrevista en nombre de su condición de persona educada: “Yo no he hecho ninguna universidad, nada, pero soy un tipo educado, sé tratar a la gente, no soy roto”. En el lugar y función discriminadora que indicaba la denominación “gente decente”, se encuentra ahora la de “gente educada”. La educación como criterio demarcatorio, es indispensable entenderla no solo referida a las certificaciones formales o a la información cultural con las que se cuente, aunque las incluye y las hace operativas, sino que apunta, y vale la pena subrayarlo, al conocimiento de las reglas interactivas que se expresan en el trato que se dispensa a los otros. A su sombra, se puede, como acabamos de verlo, establecer el juicio taxativo que mantiene los privilegios de clase, pero también se puede desde la posición de los subalternos cuestionar la actitud de los superiores. Sobre todo cuando estos son profesionales. “A mí me ha tocado en el tema laboral vivir cosas o ver cosas más que nada, cosas, actitudes, que no corresponden a un profesional, que lo esperaría tal vez de un obrero y no de un profesional, actitudes en el sentido de malos tratos, muy poco respeto por la otra persona, esas cosas”, comenta un tanto avergonzada Susana (CM).

El uso elástico del tema de la “educación” opera y permite inscribir una frontera respecto de los sectores populares. Alejandro (CM), un ingeniero que se reconvirtió en el sector inmobiliario, dice: “Nunca me gustó mucho la obra. Lo que pasa es que, por lo menos en el trabajo mío, el constructor es el único que es un profesional con buena educación y tú diriges un grupo de gente con menor educación y se producen conflictos complicados, y uno tiene que lidiar mucho y tiene 100 maestros. Y en el fondo tienes muchos conflictos, es muy desgastante. Uno está en una obra, está todo el día sucio al sol, en la lluvia, con frío, tú cocinas con suerte en un Container, son condiciones bastante adversas”. En todo caso, este ingeniero es lúcido sobre la realidad de la situación. “Hay un tema de clases que genera muchos choques”. Roces. Un aspecto que muchos leen desde consideraciones fenotípicas y étnicas.

El temor ancestral de los sectores altos hacia la barbarie no solamente se

transformó en un miedo hacia las masas, sino que también dio paso a un juego sinuoso de evaluaciones y descalificaciones morales en nombre de la educación. Versión aminorada y aceptable de un juicio clasista en el marco de demandas crecientes de horizontalidad, la educación hace posible su ejercicio desde otras bases (a la vez que se inscribe en una larga tradición). La educación es en todo caso una herramienta eficaz y legítima de descalificación: es el vehículo privilegiado para nominar el rasgo que distingue y que justifica la actitud despreciativa. Todo es susceptible de pasar por el tamiz de esta lectura. El voto, por ejemplo. “Sí”, dice Javier (CM), “tiene mucho sentido preocuparse por quién vamos a votar, pero eso a nivel de clases medias educadas; a nivel más bajo, les importa menos, me da la sensación”. Y prosigue: “He tenido la suerte de tener un poquito más de cultura, de educación. Escucho cosas y aprendo sobre el mundo en que estoy parado, que son cosas que la gente de menores niveles sociales no se imagina”. En la sociabilidad, dados los desniveles de educación que se poseen, la comunicación es difícil.<sup>153</sup> Hablando de sus colegas de trabajo, y de su poca vida social con ellos, Marisol (CM) es explícita: “Es muy diverso el ambiente, en el área de medios (de comunicación) está la gente más humilde que estudia publicidad y los menos talentosos, entonces no tengo tantos amigos. Es poca la gente parecida”.<sup>154</sup> Pero, como ya lo señalamos, también entre los sectores populares, el recurso a la educación, como criterio de demarcación está presente. Eugenio (SP), guardia de seguridad, nos da una ilustración gráfica: “Mire, yo vengo de la Universidad X (una prestigiosa universidad privada), otro nivel. Cuando llegué acá (una Universidad privada menos prestigiosa) me sentí bajoneado, en serio... Es que es otro nivel, ésta es la universidad del pueblo, ¿ya? Mire a los alumnos cómo andan vestidos, cómo andan con el pelo...”.<sup>155</sup>

Por cierto, la frontera entre los “otros” y los “nuestros”, hace uso de otros marcadores como la apariencia, en particular por razones étnicas y fenotípicas,<sup>156</sup> o el lugar de residencia.<sup>157</sup> Pero lo que en este apartado nos interesa poner en relieve es el modo legítimo en que los propios individuos denominan lo que los pone del lado del “nosotros”: la educación, el ser reconocido como gente educada... y el modo en que esta definición actúa como defensa para las capas medias, frente a las aspiraciones de horizontalidad de los sectores populares.

Se trata en rigor del uso dinámico y plural de un mismo elemento. La

horizontalidad interactiva es un reclamo si bien de todos, especialmente de los de abajo. Y en ellos más que en ninguno de los otros grupos un ingrediente principal de la dignidad personal. Pero la versión sobre los rasgos de la cultura interactiva de “los de abajo” y sus formas de trato es, precisamente, una de las más potentes armas de descalificación usada “por los de arriba”: una herramienta para la distinción y el establecimiento de fronteras de clase. Una ambivalencia que no es nueva. La decencia ayer fue una verdadera barrera de clase y un sostén de la dignidad: aquella que permitía poner al otro en su lugar, desvalorizar, sentenciar y condenar al arribista –una realidad que la novela *Martín Rivas* de Blest Gana ilustrará para siempre–; pero también aquella que permitía sostener un lugar social y un sentimiento de integridad personal a los más desposeídos (Martínez y Palacios, 1996). Hoy en día, la “educación” toma su lugar.

No obstante la filiación funcional referida, no es una mera continuidad la que se presencia. Lo novedoso está en el hecho de que “los de abajo”, y desde el marco de la horizontalidad, juzgan a “los de arriba”. Los obstáculos a la horizontalidad que son motivo de un rechazo crítico en todos los sectores, en los de abajo se tiñen también de una lectura de clase. La prepotencia, la verticalidad, el autoritarismo son asociados como rasgos de los de arriba: el rechazo pasa por el tamiz de la conflictividad de clase. Resultado: el lazo social es en la actualidad el teatro de un choque virtual entre un anhelo horizontal, particularmente presente entre los sectores populares, y la voluntad de otros grupos, no ya “de ponerlos en su lugar” (como Roberto Da Matta pudo decirlo hace décadas desde la experiencia brasilera) sino de “confinarlos” a un lugar.<sup>158</sup> Por el momento, es cierto, una gran parte de estos choques no se producen. Pero la posibilidad está en el aire. Se la respira. Entre las expectativas de unos y el temor de otros, la democratización social está en marcha. El Otro ya no se queda en “su” lugar; ya no solamente imita, también actúa de manera afirmativa y legítima; ya no es solamente un “roto”, ahora también puede ser un “flaite” que perturba (Villegas, 2009: 46-56).

### *La segregación y la horizontalidad*

La segunda dimensión que conspira contra el fermento democratizante en acción en la sociedad chilena es la segregación urbana, pero en este caso ella se encuentra particularmente asociada a la experiencia en Santiago, una

ciudad que se destaca en la región por esta característica (Rodríguez Vignoli, 2008; Rodríguez y Winchester, 2004). Si bien el proceso de segregación antecede a la dictadura militar, este fue activamente estimulado por ella, en una lógica de destierro y aislamiento de los pobladores (Tironi, 1988; Lizama, 2007). En consonancia, no se duda en diagnosticar la tendencia a la segregación como una especificidad histórica nacional: “Los chilenos tendemos a segregar bastante, hay una mentalidad especial en eso...” Esteban (CM). En todo caso, la distancia espacial conspira constantemente contra la horizontalidad esperada en las relaciones sociales. Los otros –“ellos”– están simplemente ausentes.<sup>159</sup> Pablo (CM) es consciente de esta situación: la dificultad de horizontalidad es visible en el espacio público, entre zonas “modernas y preciosas” y otras en donde vive gente “que con esas diferencias (sociales, culturales) tiene una especie de resentimiento, de violencia, de mil cosas”. La ausencia de contacto produciría el resentimiento en “ellos”; en todo caso, engendra el miedo entre “nosotros”, al punto de que muchas personas reconocen el temor social que les embarga al aventurarse lejos de sus zonas de residencia. Aquellas que se atreven a ir “de Plaza Italia para abajo”, lo hacen, “siempre y cuando vaya con alguien que conozca”, reconoce Soledad (CM). Otras, muchas otras, simplemente no van nunca “más allá” de la Plaza Italia.

Paso a paso y de manera combinada, la educación, la cultura, la segregación, el resentimiento social, los fenotipos, terminan entonces por diseñar para los miembros de las capas medias, como lo veremos más adelante, y a pesar de la inconsistencia posicional que los aqueja, el “otro” Chile. A los “dos Chiles” heredados de la dictadura y organizados alrededor de la memoria del 11 de septiembre, se le superponen estos “dos Chiles” y su dibujo a un lado y al otro de la Plaza Italia. Un “otro” Chile que no se conoce, se teme, y con el que se interactúa poco o nunca. Felipe (CM), aficionado al fútbol, cuenta cómo, gracias a la práctica de este deporte, y a la ubicación de su empresa, juega todas las semanas en el estadio de una comuna pobre, algo que le ha permitido conocer lo que él llama el “otro Chile”. Una realidad ignota para sus amigos.<sup>160</sup> El desconocimiento engendra rumores y leyendas urbanas que acrecientan la distancia y disminuyen las posibilidades de horizontalidad.<sup>161</sup> En este marco, la ciudad, debido a su carácter segregado, no consigue actuar como igualador simbólico de sus habitantes. Las distancias, el tamaño de la ciudad y el agrupamiento residencial en una

estricta lógica de clase impiden, en mucho, que las diferencias se amortigüen, o por lo menos se enfrenten, desde la proximidad.<sup>162</sup> La verticalidad de las relaciones se reduplica en la distancia urbana.

El anhelo democratizador exige relaciones sociales más horizontales, pero ellas requieren un marco de posibilidad de los cuales el espacial no es el menos importante. Contra este anhelo conspira, en efecto, y de una manera inédita con respecto a la fase anterior de democratización, la segregación urbana, la escasez de espacios de igualación simbólica y las ausencias interactivas. La exigüidad de las interacciones entre individuos pertenecientes a estratos sociales distintos producen una serie de sentimientos complejos. El principal resultado es la generalización de un nuevo tipo de sentimiento relacional. Para describirlo, varios términos han sido propuestos: temor, incertidumbre, inseguridad. Las expresiones son sin duda justas bajo muchos aspectos, pero tienen el inconveniente de dar una descripción tal vez demasiado dramática de los lazos urbanos. No todas las relaciones sociales se transforman en interacciones “inciertas” ni se expande a todas ellas un “temor” generalizado hacia los otros, como tampoco se desencadena una generalizada “inseguridad” obsesiva.<sup>163</sup> Por ello, nos parece más justo hablar simplemente de un sentimiento permanente de alerta e *irritación*: una actitud constante de vigilia, en verdad, una familia amplia de actitudes, efecto del sentimiento –como lo veremos en un capítulo posterior (Irritaciones relacionales en el tomo 2)– de irritación permanente, y un conjunto de estrategias de encierro y de privatización. Una expresión del conflicto entre clases resultado de una sociedad sometida a un proceso activo de democratización.

#### Horizontalidad e individuación

¿Qué es lo que revelan los individuos en última instancia respecto de esta prueba? Que lo que se busca es que las personas sean tratadas decentemente, lo que exige establecer, a nivel de las relaciones, una horizontalidad real y efectiva que permita evitar la humillación innecesaria, una manera incluso de reparar en el ámbito de la interacción y por medio del tacto y la sensibilidad, desigualdades e injusticias. En el fondo, el trato decente, para adoptar la denominación propuesta por Avishadai Margalit (1999), ni modifica ni corrige necesariamente las injusticias, pero las hace existir en un universo relacional distinto.<sup>164</sup>

Pero lo que además se pone en evidencia, es que este proceso de doble democratización, igualdad-horizontalidad, tiene consecuencias decisivas en lo que concierne el proceso de individuación. Para decirlo en breve: si en otras sociedades el reclamo de igualdad ha sido depositado esencialmente en las instituciones políticas, en Chile, y con plausibilidad en América Latina, esta exigencia, aun cuando también presente en el derecho y en las instituciones, debe empero alcanzarse –es incluso más justo escribir “ganarse”– desde y gracias a las capacidades interactivas de los individuos.<sup>165</sup> Es imperioso tener habilidades relacionales, saber hacer gala de ellas según los contextos y los individuos. Hay que saber tratar. “Si uno sabe tratar a la gente, la gente la trata bien”, sentencia María (SP)... momentos antes de relatarnos en la entrevista varias interacciones en las que se sintió maltratada. Hay que ser hábil para ir llevando las situaciones o esquivarlas. Algo que se inscribe en personajes indelebles de la vida social, como este abogado descrito por Rodrigo (CM): “Un tipo simpático, gordo, pero que sabía moverse. Hacía muy bien las cosas, era un tipo canchero, se relacionaba muy bien con la gente. Digamos que tenía un estilo”. Hay que, y esto es quizás lo central, hacer uso de toda la fuerza personal para poder confrontarlas y no dejarse arrasar en ellas, como veremos en un momento.

Al calor de esta transformación, las relaciones sociales se complejizan porque la horizontalidad introduce, aunque no siempre, y sobre todo no siempre de manera simétrica, nuevas exigencias en el cara a cara. “Para mí”, dice Rodrigo (CM), abogado, lo importante “es sentirse igual al resto, en su vida personal, pero finalmente en términos de igualdad, con el quiosquero, con el gallo que barre, con el conserje y con el presidente de la corte, o sea, con respeto”. Un anhelo que contrasta con lo que él percibe. “La gente se vive, se vive como a nivel jerárquico, y se relaciona a partir de eso, de ese rol jerárquico, entonces eso crea todo tipo de incomunicación, no sé, a mí me cuesta mucho relacionarme fundamentalmente por eso”. Antes de comparar la situación con otros países: “En cambio en Argentina, que es un modelo que conozco porque viví mucho en Argentina, tu veís al taxista conversando con el ejecutivo del banco y conversan de tú a tú, entonces, no hay esa tendencia jerárquica”.<sup>166</sup>

ENTRE LAS PERSONAS ENTREVISTADAS, sobre todo pero no únicamente las de origen popular, se afirma, así, con fuerza, el anhelo de un

reconocimiento igualitario.<sup>167</sup> Si algo llama la atención es la magnitud del rechazo crítico altamente afectivo y la queja constante respecto al abuso y al maltrato. Si algo retiene la escucha, es la voluntad, entre los miembros de los sectores populares, pero también, insistamos, entre personas de capas medias puestas en situación de subordinación, no solo de establecer dinámicas interactivas horizontales, sino de dar testimonio de su lucha por no ser “pasados a llevar”. ¿Por qué esta insistencia? Sin duda porque en el paisaje de las experiencias sociales, el abuso y la discriminación son encuentros cotidianos y comunes aunque no necesariamente explícitos, y las narraciones dan cuenta del peso de los mismos. Pero hay una razón más de extrema importancia: porque la horizontalidad, que está ahora asociada al buen trato y al respeto, se ha convertido en uno de los elementos constituyentes de lo que define la dignidad personal.

Dar testimonio de la dignidad personal y del respeto pasa por presentarse y representarse en relaciones horizontales. Los entrevistados y entrevistadas lo hacen ya sea evocando contactos con personas importantes, ya sea relatando el reconocimiento personalizado que reciben de parte de sus superiores. Para mostrar su dignidad, Alfredo (SP), por ejemplo, nos cuenta cómo le dio la mano a Salvador Allende de muy niño o que ha hablado “con la Gladys Marín, yo tengo fotos con ella”. Otros prefieren subrayar el buen trato que reciben, como Sofía (CM), que trabajando con una clientela selecta subraya su satisfacción de ser bien tratada: “el ambiente es espectacular, o sea que es gente maravillosa, o sea súper respetuosa, súper atenta, si tú te encuentras con ellos es ‘¡Hola, Sofía!’ Muchos me saludan de beso, o sea es como súper agradable y eso me mantiene en mi pega”.<sup>168</sup> La construcción narrativa de sí pasa por la exigencia constante de revelar las marcas de la dignidad propia: un trato horizontal, o sea un buen trato, fundamento del respeto del otro hacia sí que funciona como sostén propio.<sup>169</sup>

Sin embargo, como venimos de desarrollar en detalle, no es ésta la experiencia más frecuente. En el cotidiano de sus vidas, lo que los individuos perciben es un desequilibrio permanente, una puesta en jaque constante de su anhelo de horizontalidad. Experiencias que apuntalen la dignidad personal no resultan evidentes en un contexto vivido más bien como amenaza y desafío. La desigualdad relacional, el maltrato interactivo, la jerarquía autoritaria, son evocados de manera constante. Las denuncias evocadas en los entrevistados fueron innumerables y formuladas por todos

los grupos sociales. Maltratos de superiores, arrogancias de clientes, abuso de colegas, humillaciones estatutarias.<sup>170</sup> Vendedor-estrella de su firma, según su propio relato, Samuel (SP) descubre, con sorpresa, que en el momento de reincorporarse a su trabajo tras un cáncer y al cabo de 4 meses de tratamiento, que “alguien me había reemplazado en mi puesto de forma indefinida”, algo que él ignoraba y que nadie se dio el tiempo de informarle. Vale la pena poner atención a que, en su testimonio, es la falta de consideración más que la injusticia lo que cuestiona. La disonancia entre las expectativas ideales y la experiencia, es vivida como un malestar no solo álgido, sino altamente personal y con consecuencias íntimas.

El resguardo de la dignidad, entonces, dado el nivel de conflicto percibido, pasa por una afirmación de sí de carácter antagónico. Sebastián (SP), dependiente en un supermercado, cuenta a modo de ejemplo cómo un día un cliente le pide que corte trozos delgados de carne, lo que él hace, “y (el cliente) me dice: ‘¡pero ¿cómo? no podís cortar más despacio!’ ‘Disculpe caballero, yo no lo he tratado mal’. Y me empieza a gritar. Y me dice ‘yo también tengo una empresa’. Y yo le digo ‘debe ser muy re charcha su empresa o los clientes son muy malos pa’ tratarme usted así a mí, cómo le deben tratar a usted po’. Porque yo no lo he tratado mal, no le he dicho ni un garabato”. Sin embargo, esta experiencia, más o menos heroica, contrasta con lo habitual de su trabajo. “Hay otros que llegan con rollos, anillos de oro, con cosas ahí, y mostrando fajo y de qué, y con las lanas de... de pesado”.

La horizontalidad, para muchos, se gana en un enfrentamiento en el que el carácter y la fuerza personal se ponen en juego. Es de yo a yo y sin mediaciones que debe ser defendida. La dignidad en cuanto provista por la horizontalidad, se gana y se resguarda en un campo de batalla, sobre todo, como hemos señalado, aunque no únicamente, entre los sectores populares. En estos sectores, lo que se revela es la experiencia generalizada de tener que hacerse respetar personalmente en medio de una sociedad que no los respeta institucionalmente. Y para ello, el “carácter” tiene que convertirse en una herramienta cotidiana.<sup>171</sup> “Si tengo algo que decir, soy bien franca, a veces caigo mal por eso, pero yo soy así, prefiero decir las cosas de frente, sea quien sea, aunque sea una persona más alta, igual me enfrento”, sostiene Paula (SP). La frase vuelve una y otra vez en los testimonios. Sí, claro, reconoce Roberto (SP), existen jefes altaneros, pero él no ha tenido problemas, “porque, a ver, en el sentido de que yo voy siempre de frente, los

miro de frente y no les oculto las cosas”, y de todas formas, nos comenta, en su empresa “no permitimos (que los jefes) nos griten”. Hacer frente activamente a estas situaciones es también hacerse cargo de las consecuencias negativas: “Una vez renuncié a un trabajo, igual me pagaban bien, pero el tipo me dijo un montón de cosas y yo le dije: ‘oye igual yo no vivo con mi papá por lo mismo, para que no me insulten como tú me insultas’. Así que le pasé el gorro de cartón de cocinero y le dije ‘oye, anda tú a cocinar’... y me fui de allí”, cuenta todavía divertido Fernando (SP).<sup>172</sup>

Por supuesto, y sin poner en cuestión la sinceridad de estos testimonios, es probable que en ellos los individuos hayan sobrevalorado los momentos heroicos de afirmación personal. Como se sabe, los discursos ocultos, aquellos que los subordinados sostienen entre ellos o en ausencia de sus superiores, no siempre coinciden con los discursos públicos (Scott, 2000). La brecha puede ser tal que Dominique Vidal (2009) no ha dudado incluso en designar algunos de estos relatos como réplicas imaginarias: o sea, estas historias testimoniarían menos de lo que los individuos efectivamente dijeron que lo que les hubiera gustado poder afirmar. Pero imaginarias o no, lo que interesa subrayar es el anhelo que ellas revelan y las dificultades que éste enfrenta, y, particularmente, la manera en que el testimonio de la dignidad pasa por la defensa del buen trato y la exigencia de la horizontalidad.

Ahora bien, si se presta atención a los testimonios recogidos y en parte aquí expuestos, un aspecto que es necesario subrayar es el carácter si no excepcional, por lo menos no común y, especialmente, solitario, de los momentos de cuestionamiento abierto de la verticalidad o del abuso. “Yo entro a un trabajo y el único hueón que habla soy yo”, dice Eduardo (SP), “porque los compañeros hablan conmigo y dicen ‘ese jefe culiao, ah, y ¿cuándo nos van a pagar?’”, pero no hay nadie, nos dijo, que se atreva a enfrentarse a los superiores. Nuestro material, en consonancia con lo encontrado en otras investigaciones, muestra que la horizontalidad es una demanda colectiva pero que se defiende muchas veces en soledad y contando principalmente con las propias fuerzas, o, para decirlo en una imagen, osando poner el cuerpo. En ausencia de los apoyos institucionales y la precaria politización y construcción colectiva de este anhelo, en el enfrentamiento a esta prueba los individuos deben hacer gala de las propias habilidades interactivas, así como de los recursos de carácter singulares con

los que cuentan.

En breve, la revolución de la horizontalidad ha tenido lugar en Chile. Es una revolución de las expectativas que toca lo más común porque involucra la transformación misma del lazo social, pero toca también lo más íntimo porque compromete los signos de la dignidad personal: la horizontalidad es hoy por hoy un índice privilegiado del respeto. Pero es también un anhelo puesto en jaque de manera constante por más de un obstáculo. Es una exigencia definida pero que se expresa privilegiadamente en un malestar insidioso. Es una demanda generalizada pero que se frasea aún en primera persona. Una lucha todavía concebida como individual y en soledad.

### *Las amas de casa y las nanas*

Cuando entrevistamos a Gabriela (CM), venía justo, hace unos días, de despedir a la empleada del hogar. “La despedimos por problemas de... estábamos chocando mucho en caracteres. Lo que pasa es que yo le entregué mi casa prácticamente, y le dije, ‘mire usted se va a hacer cargo de la casa, porque yo estoy llena de actividades’ (...) Entonces, ella se sintió... pienso yo que la embarré porque le di demasiadas atribuciones. Le dije ‘usted va a ser como la dueña de casa’, entonces ¿qué pasa?, que al final cuando yo le estaba dando órdenes, no me tomaba en cuenta”. Manifiestamente avergonzada por la situación, prosigue su relato. En verdad, justifica su decisión: “Porque, sabes tú que yo soy, es malo que yo lo diga, pero como preocupada por los demás. Entonces me da pena cuando llegaba toda mojada por el Transantiago, que venía de muy lejos... Entonces al final yo decía ‘ya, no importa que no llegue tan temprano’, entonces ella llegaba a veces a las diez, y a las diez, tú comprenderás, de las siete a las diez, yo ya estaba tres horas en el desorden...” Si el relato apela a una sensibilidad por los abusos de la nana que darían argumento a su decisión, es evidente que no alcanza para dar cuenta de lo que acontece. Lo que aparece es, entonces, la conciencia de una transformación en las nanas: la emergencia de una demanda creciente de horizontalidad. “Siento que es más difícil porque ellas están como más informadas de sus derechos, menos dóciles, más seguras. Entonces, antes si yo hubiese querido ser abusadora, hubiese sido abusadora, claro, porque ahora no, porque aparte de que ellas te hacen sentir sus derechos, están como menos dóciles incluso a las órdenes, o sea como que ‘si quiero

lo hago, si no, no lo hago' (...) si tengo que hacer un paralelo, las de antes con las de ahora, como que lo hacen con menos entrega, más fría la relación. Antes yo me podía encariñar con las empleadas y ellas también se podían haber encariñado conmigo, yo creo que hubiera podido decirse que era parte de la familia". Ahora en cambio, continúa, "se da una relación más fría, ella viene a hacer su pega y le da lo mismo que si son las cinco de la tarde porque es hora de irse y antes no".

Como respecto al argumento del abuso de la nana, el que resulta insatisfactorio frente a la nueva constelación, sus estrategias muestran también sus límites ante los cambios. A sus ojos, una actitud comprensiva, y paternalista sería una respuesta –una buena respuesta– a estos anhelos crecientes de horizontalidad. "Yo soy como bien dulce pa' decir las cosas. Yo a la señora Isabel, le decía Isabelita, 'Isabelita, me haría esto' y así. Yo era tan dulce pa' decir las cosas que me molestó, me molestó que las últimas veces me salía con... Por ejemplo, tenía todos los días, tenía el pololo de mi hija que estudiaba bien temprano, llegaba como a las ocho. Entonces, le dije un día 'Isabelita, ¿por qué no empieza por el baño?', le dije yo, 'porque, ¿sabe?, este niño llega y me da mucha lata que el baño esté sin hacer, ya'. Pero al tercer día como que ya veía que no me hacía caso: 'Isabelita, ¿sabe qué?, le dije el otro día que hiciera el baño, ¿por qué no lo está haciendo?' 'Ay, es que yo no sé cómo entenderla a usted, porque también quiere que yo haga la vereda y también...'. 'Pero es que Isabelita, le dije, por esta vez, por estas veces mientras él venga'. La sorpresa, y el desencanto, emergen del hecho de que la retórica de los afectos ya no tenga ningún efecto.

La experiencia de esta mujer no es única. En verdad, relatos similares nos fueron contados varias veces. La razón es simple: más que en muchas otras relaciones laborales o sociales, la horizontalidad interactiva desestabiliza y vuelve incómodo el vínculo con las nanas, porque forman parte de la esfera íntima sin serlo, o mejor dicho, porque, justamente, y a causa de la horizontalidad creciente, su presencia ya no puede ser ignorada a diferencia de lo que fue de rigor en sociedades tradicionales (Elias, 1982). Pero la desestabilización también se explica porque el anhelo democratizador se apoya y prolonga en una actitud más profesional y mercantil. El par frialdad-cariño es en donde se condensa el corazón del cambio. El afecto y la cercanía dejan de ser sustentos legitimadores

eficientes para una relación vertical, que en su indeterminación ha estado siempre abierta a deslices hacia el abuso y la ofensa; un aspecto que ha sido curiosamente poco subrayado en las ciencias sociales latinoamericanas, en donde muchas veces ha primado, en este punto, una visión un tanto edulcorada de las relaciones laborales intrafamiliares.<sup>173</sup>

Ahora bien, a la sorpresa de las amas de casa se le contraponen la toma de conciencia crítica de las nanas. “Yo creo que el trabajo más fome que hay en la vida es ser empleada (doméstica). Porque de repente a una la culpan de algo que no ha hecho; de repente dicen que lo dejé aquí y la cosa no la han dejado ahí... De repente a usted la humillan por decirle alguna cosa, por cualquier cosa, y uno tiene que aguantar po’. ¡Qué sé yo!... de repente uno anda con la cara llena de risa pero por dentro tiene otra cosa, porque a lo mejor la han herido po’” (Ingrid, SP).<sup>174</sup> Estudiando las relaciones entre amas de casa y empleadas domésticas en Río de Janeiro, Dominique Vidal (2007) ha señalado, a través de un lenguaje distinto al nuestro, un aspecto similar.<sup>175</sup> Al dar cuenta de la presencia habitual de la verticalidad en esta relación social, y ello a pesar de los progresos efectuados por el derecho laboral en el Brasil, el autor constata la presencia entre las empleadas domésticas de un discurso, a veces incluso solamente de un imaginario que, desde una posición de mayor horizontalidad, cuestiona el mal trato recibido. En todas estas situaciones el término respeto resume (y en parte traiciona) un abanico amplio de reivindicaciones que se enuncian como afrentas intolerables a la dignidad personal. Una actitud que, sin embargo, y cualquiera que sea la fuerza del anhelo horizontal, no puede desconocer la fragilidad de la propia situación y, por lo tanto, desdeñar o abandonar enteramente los beneficios de un lazo social vertical o paternalista: comenzando por una familiaridad, más que una complicidad, con las patronas, y terminando por el sentimiento de tener alguien en quien se puede contar en caso de dificultad.<sup>176</sup> Es esta situación la que exige, de una parte y de otra, un saber-hacer particular, una manera específica de dar órdenes o de pedir asistencia, de establecer a la vez distancias y cercanías, de amabilidad y de firmeza, de conjugar el paternalismo comprensivo con la proximidad jerárquica.

En pocos otros ámbitos la transición entre la verticalidad y la horizontalidad es tan acuciante. Digámoslo sin ambages: a través de las órdenes cotidianas que se dictan a las nanas, y la manera en que éstas las

acatan, se juega uno de los frentes más importantes de la democratización del país.

\* \* \*

LA DOBLE DEMOCRATIZACIÓN se produjo curiosamente en medio de una sociedad en la que, tras el golpe de Estado de 1973, se operó una restauración conservadora que tomó por momentos la forma de una contrarrevolución popular. Sin embargo, la represión no logró eliminar del todo la fuerza del proceso de democratización que se producía, desde los años 60, por razones culturales y sociales, en Chile. Aún más, esta experiencia política no solo no logró “detener” la primera democratización del lazo social, sino que, en mucho, y por razones profundamente involuntarias, alimentó la segunda democratización del lazo social. En efecto, incluso de manera contradictoria, el discurso neoliberal del régimen militar y la entronización del mercado como vector central de la vida social, incentivaron una demanda de igualdad de un nuevo tipo: la horizontalidad.

El punto merecería un estudio en profundidad, pero la dinámica entre la doble democratización del lazo social y la transformación del sistema político conoció formas muy disímiles en América Latina. En algunos países, quedémonos en los países fronterizos, como en Bolivia, el primer tipo de democratización primó y ésta se dio con una profunda transformación del sistema político –piénsese en la revolución nacional de 1952– y, desde entonces, a la par con importantes movimientos sociales incluso en las últimas décadas (Calderón y Szmukler, 2000; Mayorga y Córdova, 2008). En Argentina, este doble proceso es inseparable de las transformaciones que la tradición nacional-popular produjo y sigue produciendo a nivel del lazo social y ello en medio de una profunda descomposición del sistema político (Martuccelli y Svampa, 1997; Svampa, 2005). En el Perú, por último, este doble proceso de democratización toma muchas veces la forma de un desborde popular, cultural y urbano, que se expresa más a nivel de la vida social cotidiana que a través de las instituciones (Nugent, 1992; Arellano, 2010). En Chile esta doble democratización, si bien coincide con la alternancia entre la dictadura y el retorno a la democracia, finalmente ha gozado de autonomía tanto respecto de una como de otra.

La prueba que hemos abordado en este capítulo se inscribe, sin duda, en

una larga tradición. Por un lado, la fuerza del imaginario de la democracia en América Latina, y por el otro, la persistencia de formas de dominación y de autoridad verticales “naturales” e “intangibles”. Pero en el marco de esta descendencia, las nuevas exigencias de horizontalidad transforman esta ecuación: el desafío es hoy lograr, dentro de relaciones sociales que se igualitarizan, una nueva modalidad de intercambio más horizontal entre ciudadanos.

El proceso en curso solo puede leerse desde la plena conciencia de la superación de lo que fue el escollo principal de la primera democratización, la de la igualdad. En ella, la inquietud se materializó en la necesidad de otorgarles derechos políticos a los ciudadanos y a la vez de encauzar meticulosamente el ejercicio real de estos derechos. La historia política del siglo XX, y la larga y masiva lista de trabas impuestas al ejercicio político de la ciudadanía (represión y golpes de Estado por un lado, movimientos populistas por el otro) están allí para atestiguarlo. Sin embargo, en la actualidad, en lo que concierne a la dimensión específicamente institucional de esta ecuación, el sistema político chileno ha logrado yugular muchos de estos riesgos. Si el temor no ha desaparecido del todo entre las élites, es indudable, empero, que el país ha ingresado, sin menoscabo de lo que el futuro deparará, en una nueva era de consolidación de la gobernabilidad.<sup>177</sup> No obstante, incluso si por vías singulares, la igualdad se impuso “desde arriba”, o sea, a través de un nuevo vínculo entre el poder y los de abajo. La dignidad, en la primera gran acepción que este término tuvo en la historia política del país, se obtuvo por los derechos sociales y por una forma de inclusión simbólica que encontró en lo político su corazón institucional (merced a un sistema particular de cooptación de los miembros más activos de los sectores populares a la gestión política).

La historia de la igualdad, de esta primera democratización, no ha llegado a su término. En Chile, no más que en cualquier otra sociedad, pero inscrita masivamente en un horizonte social compartido, la inquietud democratizadora se asocia y se lee desde un nuevo avatar. Es esta vicisitud lo que define el tenor estructural de la prueba que hemos estudiado en este capítulo: aquella que se enfrenta a las distancias étnicas y fenotípicas (envueltas en consideraciones culturales de menosprecio), a las desigualdades sociales y a lo que éstas implican en los diferenciales de práctica de las instituciones, de la autoridad y del abuso. Si esta prueba –la

del anhelo de horizontalidad— se inscribe en la estela de la primera —la de la igualdad—, su naturaleza no es por ello menos distinta. *La sociedad chilena vive un nuevo momento democrático*. Detrás de la reinstauración del juego político, de la reorganización del sistema de partidos, de la disolución de enclaves autoritarios, e incluso de la alternancia electoral entre mayorías, es preciso advertir el gran cambio operado. La democratización se prolonga, y sobre todo se profundiza, desde y a través de las prácticas de los individuos, en medio de una sociedad que ha dejado de pensarse, en su imaginario político, como siendo exclusivamente compuesta por actores colectivos (comunidades, haciendas, sindicatos, movimientos sociales, pueblo, clases...). Tocqueville decía, en una fórmula ambigua, que son las “costumbres” y no las “instituciones” las que forjan la democracia. Al calor de la experiencia chilena actual, habría que precisar que su profundización se opera sobre todo en y desde las relaciones sociales.

La horizontalidad que trabaja a la sociedad chilena se expresa a nivel de la eclosión de una nueva *sensibilidad*, una en la cual “los de abajo” exigen un trato diferente; una en la cual “los de arriba” se ven impelidos a reconocer una alteridad humana que escapa a sus designios. La última frase puede parecer excesiva. Y tal vez lo sea en parte. Sí, es verdad, el reconocimiento de la igualdad del otro, a pesar de todos los límites existentes, se impuso progresivamente en el país en el correr del siglo XX.<sup>178</sup> Sin embargo, en la primera democratización del lazo social, aquella que se organizó alrededor de la igualdad, subsistieron demasiados enclaves verticales. La segunda democratización, la de la horizontalidad, viene justamente a cuestionar estas realidades, y, aún más, a exigir una modificación generalizada del trato estatutario entre todos los individuos.

Este anhelo democratizador horizontal no desborda el marco político instituido. Por el contrario, se limita a exigir su realización efectiva. Si la primera democratización encontró en el populismo y en las movilizaciones populares, en sus excesos y en su fuerza, uno de sus principales agentes, la segunda se materializa desde las interacciones sociales entre individuos. Si en la primera, la dignidad se declinó en términos sociales, en la segunda la dignidad se declina en términos de una exigencia ciudadana de nuevo cuño, una en la cual es alrededor del respeto debido y recíproco que se juzga la calidad de la democracia.

Sí, es cierto, para todos aquellos para quienes la democracia solo se

concede desde las luchas sociales colectivas y de los derechos adquiridos, esta democratización es una forma perversa de privatización de los actores. Y en la misma dirección, para todos aquellos para quienes la democracia exige la participación política activa y deliberativa de los ciudadanos, esta exigencia de dignidad aparecerá como modesta y sin porvenir. Caminos distintos para un error en común.<sup>179</sup> Ni perversión ni falta de ambición política. La democratización en curso impone, en todos los ámbitos sociales, y en todas las relaciones, una exigencia incuestionable de horizontalidad interactiva. “Los de arriba” tienen que aprender a ejercer la autoridad de otra manera. Las instituciones tienen que tratar deferentemente a los ciudadanos. Los individuos tienen que inventar nuevas modalidades de relación entre sí.

## PARTE 2

# Posiciones y temporalidades

## Inconsistencias posicionales

LA CARTOGRAFÍA DE LOS DESAFÍOS DE LA individuación, en el caso chileno, debe proseguir con el reconocimiento de hasta qué punto y bajo qué modalidades la posición social es una prueba en el sentido más preciso del término.<sup>180</sup> Para desarrollar esta tesis, procederemos en cuatro tiempos. En un primer momento, presentaremos rápidamente el movimiento analítico que invita a eslabonar la complejidad creciente de las situaciones sociales, con el estudio de las inquietudes posicionales. En un segundo apartado, y una vez subrayado el carácter común de lo que llamaremos la inconsistencia posicional en los diferentes estratos sociales, distinguiremos esta noción de otras próximas. En la tercera sección, presentaremos las distintas amenazas que dan cuenta de su transversalidad en los diferentes sectores estudiados. Por último, en la cuarta sección, subrayaremos algunas de las significaciones societales que entraña el hecho de que, en términos de posición social, *todos y cada uno* de los individuos deban enfrentar un desafío de este tipo. Esto no elimina, por supuesto, las ansiedades estatutarias, los problemas de distinción, la frontera entre la gente “como uno” y los otros, o las posibilidades y los límites de la movilidad social. Pero inscribe todas estas problemáticas dentro de un problema previo y, a nuestro juicio, más importante, a saber, el sentimiento permanente, visible en todas las categorías sociales, aun cuando por razones distintas, de una inconsistencia posicional generalizada. Es alrededor también de esta prueba que se organiza el trabajo de individuación.<sup>181</sup>

De la estratificación social hacia una experiencia posicional transversal

Si los intentos por dar con una visión esquemática y más o menos piramidal de los grandes posicionamientos de clase no han desaparecido en América Latina, lo que se impone progresivamente es una visión más compleja de los emplazamientos sociales. Incluso en los estudios que intentan delimitar las

grandes posiciones de clase en el continente a partir de la primacía de relaciones de tipo capitalista, aparece la necesidad de hacer intervenir una diversidad de otros factores estructurales (Portes y Hoffman, 2007). A la tradicional coexistencia de distintos modos de producción (moderno, pequeña empresa, etc.), se añade la multiplicación de los recursos que dan acceso al poder, al prestigio o a la riqueza, lo que incluye tanto diferentes modos de remuneración como distintas formas de contrato de trabajo (y los diferenciales de cobertura social y protección que éstos implican). El resultado es la toma de conciencia que para dar cuenta con mayor precisión de la estratificación social en América Latina es indispensable movilizar una heterogeneidad de factores. Lo anterior conduce progresivamente, como ello fue el caso en otras latitudes, a una tensión entre los estudios que definen las dinámicas de clase y los trabajos con vocación más descriptiva (Dubet y Martuccelli, 2000). Es precisamente en este sentido, que la oposición es importante entre las seis grandes clases sociales descritas por Portes y Hoffman (2007), y las 45 categorías sociales distinguidas por León y Martínez (2007) en su propuesta de clasificación de los actores sociales en Chile.

Nos encontramos, así, ante un movimiento general de complejización de la heterogeneidad efectiva de las situaciones sociales. Un movimiento que por el momento se ha desarrollado en América Latina otorgándole una atención renovada a otras formas de capital (o *assets* –activos sociales). A la tríada empleo, ingresos, educación, se le añade una pluralidad de otros factores –el capital social, la naturaleza de las redes sociales, las formas de pertenencia, los diferenciales de estereotipo social, la capacidad de acceso y control de los códigos culturales dominantes, la importancia de los lugares de residencia (los barrios), el hecho de ser o no propietario de su vivienda– como los efectos que la vida personal y familiar (separaciones, decesos...) tienen sobre las trayectorias sociales.<sup>182</sup> Se suma, además, el rol mayúsculo que ha tenido el consumo en la región, no solo en el proceso de desdibujamiento relativo de las fronteras entre los grupos sociales, sino también en la aparición de nuevas formas de inclusión simbólica entre los sectores populares (García Canclini, 1995; Aguilar, 2009), cuya magnitud se puede medir por el hecho de que en Chile ha terminado por imponerse en la opinión pública un modelo de estratificación social generada desde los estudios de mercado, clasificándose a los chilenos en las categorías ABC1

(10% - élite y clase media alta), C2 (20% - clase media media), C3 (25% - clase media baja), D (35% - pobreza) y E (10% - extrema pobreza) (Rasse, Salcedo y Pardo, 2009). La toma en consideración del consumo llevó, si no a redefinir necesariamente las fronteras de la ciudadanía, por lo menos a escrutar con nuevos ojos los sentimientos de inclusión social propios de los sectores populares en la región. En todo caso, la conclusión se impone: “Chile es hoy más una sociedad de clase media que hace medio siglo”.<sup>183</sup> Un proceso que no es ajeno al tránsito del personaje del *siútico* al del *flaite*, la barrera que ayer aún contenía a los “advenedizos”, se transforma en una membrana porosa frente a los nuevos *parvenus* (Villegas, 2009).

Si la idea de una pirámide posicional sigue estando presente en los estudios sobre la estratificación social, lo que se consolida progresivamente es la toma de conciencia de la existencia de una gran diversidad de posiciones intermedias. O mejor dicho, la multiplicación de los factores de posicionamiento social estudiados hace cada vez más difícil saber quién está verdadera y sobre todo definitivamente “arriba” o “abajo”. A la tradicional división estamental entre grupos –presente sin embargo a nivel del imaginario de los individuos (Araujo, 2009a), y evidente en términos de ingreso–, es preciso añadirle la visión de un continuo de posiciones sociales sin cambio brusco entre ellas (AIM, 2000). Una realidad que en parte está reflejada por el hecho de que entre el 60 y el 80% de los chilenos se considera perteneciendo a las “clases medias”, lo que le da a este grupo social una predominancia efectiva a la hora de definir el perfil de la sociedad chilena actual (Torche y Wormald, 2007; León y Martínez, 2007).

Sin embargo, si la generalización en Chile de este sentimiento de pertenencia a las clases medias es importante, ello no debe hacernos olvidar lo esencial, a saber, la fuerte dispersión y heterogeneidad de experiencias sociales observables en el seno de un mismo grupo social, ya sea del mundo popular o de las denominadas capas medias (Barozet y Espinoza, 2009), lo que invita a reconocer la singularización creciente de las experiencias dentro de los distintos estratos sociales (Espinoza, 2002).

No obstante la importancia de este tipo de abordajes que ponen el acento en la singularización de las posiciones sociales, nuestra investigación revela la existencia de un fenómeno transversal a la gran mayoría de ellas. En efecto, excepto para una élite durable y globalmente protegida (en un país caracterizado por una fuerte concentración de diversas formas de poder)

(Molina, 2005), la mayor parte de los individuos siente que su posición es extremadamente permeable al cambio y sujeta al deterioro social. Es la conciencia generalizada de esta situación lo que define una de las grandes características posicionales de los chilenos hoy en día: el sentimiento de que todas las posiciones pueden sufrir procesos activos de desestabilización.

¿Qué es la inconsistencia posicional?

En el corazón de esta experiencia de inconsistencia posicional se encuentra el sentimiento de que todo puede, todo el tiempo, cambiar. Se trata, pues, de una preocupación permanente. Una actitud cotidiana de inquietud que refleja una sociedad atravesada por sentimientos plurales de inestabilidad. La inconsistencia posicional es una inquietud multiforme, plural en sus fuentes, por lo general constante, que da lugar a una atmósfera de preocupación posicional común a un gran número de individuos situados en distintos estratos sociales. Para delimitar esta experiencia vale la pena diferenciarla de otras nociones en apariencia próximas: infraclase o marginalidad; vulnerabilidad o exclusión; temor estatutario o inconsistencia de estatus; movilidad social.

[1.] La inconsistencia posicional, a pesar del rol mayor que ciertos testimonios otorgan al aspecto urbano o económico, se encuentra en las antípodas de los trabajos sobre la *infraclass* o la subclase (*the underclass*). En efecto, la inconsistencia en cuestión no se asocia exclusivamente con una transformación económica (el paso de una economía urbana e industrial a una economía periurbana dominada por los servicios) ni con una expresión esencialmente urbana (Wilson, 1987 y 1996).<sup>184</sup> Si nos basamos en la experiencia de la periferia urbana del Gran Santiago, en ella no se han engendrado fuertes identidades urbanas, y la inconsistencia posicional que aqueja a sus miembros no puede reducirse solamente a un proceso económico que habría polarizado, sobre nuevas bases, la estructura social. Por el contrario, es como ciudadanos, por lo general insertos en el mercado de trabajo y compartiendo el *mainstream* de valores de la sociedad chilena, que estos habitantes expresan su malestar, su frustración y su inconsistencia posicional. El problema no es que no “son” como los otros, el problema es que percibiéndose colectivamente como los otros sienten que sus posiciones son particularmente inestables. La mayoría de los habitantes entrevistados en estos barrios, cualquiera que haya sido su situación económica, eran

trabajadores formales (o tenían miembros de su familia en este sector). Se encuentran definidos, entonces, menos por la exterioridad o la informalidad económica (globalmente más baja en Chile que en otros países latinoamericanos), que por su escasa calificación y bajos ingresos. El problema no es que están “afuera” (*out*). El problema es que estando “dentro” (*in*) se sienten frágiles.

Es en este mismo sentido que la noción de inconsistencia posicional se distingue de la *marginalidad*. En ella, como se sabe, se subrayó una dimensión estructural particular, los límites del sistema capitalista en la región para absorber, a diferencia de los países centrales, el excedente de mano de obra proveniente del campo (Nun, 1969; Quijano, 1971). La inconsistencia posicional –es su gran característica, repitámoslo– no concierne únicamente a un número reducido de actores (que habrían sido “olvidados” o “abandonados” por el progreso), sino a un grupo numéricamente muy importante de actores que perciben su posición a través de un sentimiento *sui generis* de inconsistencia.

[2.] La inconsistencia posicional designa un proceso social amplio y transversal a muchos estratos sociales, aun cuando, como discutiremos más adelante, las fuentes y su peso sean diversos. A diferencia de ciertos estudios de estratificación social, en donde la *vulnerabilidad*, por lo general exclusivamente definida en relación con la pobreza, ha sido restringida al sector popular o incluso a un proletariado informal (Contreras, 2005; Torche y Wormald, 2007), la inconsistencia define una experiencia social propia de muchos otros estratos sociales. Ciertamente algunos estudios han mostrado cómo dentro del mundo popular (el a veces denominado “sector D”) existe, por un lado, una vulnerabilidad eventual (de carácter accidental o ligada a una coyuntura económica particular) y, por el otro, una vulnerabilidad crónica (propia de actores que no poseen capacidades laborales que les permitan salir en forma permanente de la pobreza). Pero, a pesar de esta distinción, lo importante es, como los estudios de la CASEN lo muestran fehacientemente, que la vulnerabilidad designa por lo general una experiencia bien acotada socialmente (Ramos, 2004).<sup>185</sup> Por supuesto, las razones de este uso restringido de la noción son legítimas. Pero en vista del material cualitativo que hemos producido, nos parece indispensable recurrir a una noción más amplia para designar el sentimiento de inquietud posicional expresado por la gran mayoría de los individuos.

Una distinción similar se impone a propósito de la noción de *exclusión*. Aquí, y a pesar de la fuerte polisemia del término, es posible afirmar que lo que se subraya es un proceso de fragilización que concierne progresivamente a grupos sociales perfectamente adaptados a la sociedad moderna y que son, sin embargo, víctimas de la coyuntura económica y sobre todo de la crisis del empleo. En este sentido, la exclusión es una noción que, sin negar la existencia de un “cuarto mundo” o de una “pobreza” extrema, centra su mirada en dirección a grupos sociales más integrados. Pero en esta extensión analítica, y a pesar de la voluntad de dar con una definición dinámica y multidimensional de la exclusión, en el fondo el análisis privilegia la tesis de la existencia de una crisis del lazo social y asocia ésta, tarde o temprano, esencialmente con la transformación de las formas de integración aseguradas por el empleo. Una experiencia que está muy lejos de hacer justicia a las características propias del mercado de trabajo en Chile.

[3.] Pero la inconsistencia posicional (aun cuando a veces integre este proceso) no se reduce tampoco a un mero *temor estatutario* o a la *inconsistencia de estatus*. En el primer caso, la ansiedad se produce en medio de posiciones sociales que son percibidas como sólidas, y es la solidez de los lugares y la dificultad para acceder a ellos y ocuparlos lo que da origen al temor estatutario, a la necesidad de fabricarse una personalidad orientada a la defensa activa y permanente del estatus, como ello ha sido magníficamente establecido a propósito del cortesano o del hombre de la organización (Castel, 1995; Paugam, 1996). Por el contrario, en el caso de la inconsistencia posicional, es el propio emplazamiento social el que es percibido como poroso y susceptible de deterioro. Por supuesto, el acceso a los estatus es un tema mayor, pero cuando las posiciones sociales son estructuralmente inconsistentes, los individuos deben, en todas las capas sociales, tratar de apuntalar –dar una mayor consistencia– a su propio emplazamiento social.

En el segundo caso, la noción comparte con la inconsistencia de estatus la característica de señalar una pérdida de legibilidad de éstos, el hecho de que aparezcan contradicciones entre los diversos registros, económicos o simbólicos, de una posición; que los posicionamientos híbridos se incrementen y que los actores puedan conocer de manera simultánea y contradictoria movildades “ascendentes” o “descendentes” en diversos ámbitos sociales, y ello, incluso, en la mayor parte de los estratos sociales.

Sin embargo, incluso compartiendo este aspecto, en el caso de la inconsistencia posicional más que las contradicciones, lo que se subraya es la porosidad de los lugares ocupados por los actores y el desasosiego concomitante.

La situación de las clases medias en Chile nos permitirá precisar estas distinciones. Como se sabe, las “clases medias” han conocido profundas variaciones históricas. De una capa social que en el siglo XIX comprendía esencialmente artesanos, pasó a ser un grupo definido, en el siglo XX, por el funcionario público y, en los últimos años, por su expansión dentro del sector privado. Pero detrás de esta evolución, este grupo social se caracteriza por un tránsito, insuficientemente teorizado, en lo que a su ansiedad se refiere. Durante mucho tiempo, la ansiedad específica de este grupo social, por definición situado en una situación intermedia, fue más teorizada en términos estatutarios que posicionales. Ser de clase media era, antes que cualquier otra cosa, poseer y defender un estatus social. En las últimas décadas, una verdadera transición ha ocurrido. Sin que haya del todo desaparecido el temor a “caer”, el miedo que expresan estos grupos sociales ya no es el mismo. En el primer caso, la ansiedad se origina en la voluntad de defender los “privilegios” o “derechos”, incluso la accesibilidad a un estatus (Lomnitz y Melnick, 1991). En el segundo caso, se trata de multiplicar recursos o soportes (económicos, políticos o relacionales) con el fin de apuntalar y solidificar una posición social que se percibe como inconsistente, a través de un conjunto de estrategias relacionales (Barozet, 2002). En el primer caso, es la famosa “decencia” de las clases medias latinoamericanas, y las fronteras simbólicas que pueden construirse alrededor de ella, lo que traza la frontera estatutaria; en el segundo, se trata no solo de mantenerse en una posición sino *de mantener la posición misma*: en verdad, mantenerse en una posición que, al ser inestable, es imperioso apuntalar a través de estrategias individuales y colectivas.

[4.] Por último, el sentimiento generalizado de inconsistencia de las posiciones sociales no puede reducirse únicamente a un efecto directo de la movilidad social ascendente o descendente, o al movimiento de entrada y salida de la pobreza. Esta distinción analítica es tanto más importante cuanto la sociedad chilena se caracteriza, en las últimas décadas, por altas tasas de movilidad social en un contexto de fuerte segmentación urbana y desigualdad acentuada en el ingreso (Torche, 2005; Contreras et al., 2001).

Imposible no acentuar este aspecto. La tasa de movilidad, medida en función de la distribución del ingreso, es muy fuerte en el corto plazo: entre 1996 y 2006 solo un 18,9% de chilenos estudiados se mantuvo en su nivel de ingreso original diez años después (Arzola y Castro, 2009). Y esta movilidad, aún cuando en proporciones distintas, es visible tanto en el decil más pobre (en el lapso de diez años, solo un 28,1% se mantuvo en esta misma posición, lo que testimonia un importante “ascenso” social) como en el decil más rico (en donde solamente un 45,4% se mantuvo en el mismo nivel de ingreso una década después). Esto es, incluso si la movilidad es mayor entre los sectores más pobres con respecto a los más ricos, en todos ellos es visible una muy importante tasa de movilidad.

Sin lugar a dudas, esta realidad participa del sentimiento de inconsistencia posicional expresado por los entrevistados. Pero aquí, también, el fenómeno aparece como más amplio, no solamente, como lo veremos, a causa de la pluralidad de fuentes evocadas, sino también porque los miembros de sectores medios altos que hemos entrevistado manifestaron una fuerte inquietud posicional a pesar del hecho de que la movilidad intergeneracional en Chile (las probabilidades de transitar de los quintiles más bajos a los más altos y viceversa) sea baja (Núñez y Miranda, 2009). Esto es, si la movilidad entre grupos es alta, el extremo superior de la sociedad chilena aparece como particularmente poco abierto a la circulación de las élites debido a diferentes mecanismos de “cierre” (Contardo, 2009). Y, sin embargo, y a pesar de que en Chile existen en lo alto de la “pirámide” social barreras que aparecen como infranqueables, esto no elimina la presencia de una inquietud frente a la inconsistencia posicional entre los miembros de este sector. Como será discutido, este sentimiento de inconsistencia posicional entre los grupos socialmente más privilegiados se explica más por transformaciones asociadas a factores políticos (y en parte culturales).

LA PRUEBA DE LA INCONSISTENCIA POSICIONAL describe, entonces, una nueva manera de comprender la estratificación. Excepto para una minoría durable y globalmente protegida (la élite), la mayor parte de los individuos siente que su posición no es impermeable ni al cambio ni al deterioro social. Es la conciencia generalizada de esta situación la que define la gran característica de la prueba posicional de los chilenos hoy en día.

Cierto, frente a esto, los actores intentan poner en práctica estrategias (grupales, familiares o individuales) con el fin de ponerse al abrigo del deterioro de sus posiciones sociales. En este sentido, las posiciones sociales definen menos lugares establecidos que zonas en movimiento que los individuos deben constantemente esforzarse por apuntalar. O sea, la posición no se “tiene”, pues nunca termina de consolidarse. Ello, obviamente, no abole las importantes diferencias que existen entre los actores, dado que no todos tienen las mismas competencias cognitivas –son susceptibles o no de anticipar ciertos riesgos–, no todos poseen la misma diversidad de recursos prácticos, y no todos detentan el mismo nivel de control sobre los factores de riesgo posicional.

El sentimiento de que todas las posiciones pueden sufrir procesos activos de desestabilización es tan importante hoy en día en la sociedad chilena, que invita a proponer una descripción posicional *sui generis* a la hora de describir los lugares desde los cuales los individuos enfrentan el proceso de individuación: una en la cual la atención se detenga menos en las posiciones estructurales o los refugios sociales que los actores logran fabricarse, y mucho más en dar cuenta de la diversidad estructural de las fuentes de inconsistencia fuertemente activas en la sociedad. Es esta realidad la que nos parece debe colocarse, en lo que a la estratificación se refiere, en el vértice de la comprensión de la sociedad chilena.

Insistamos para evitar todo malentendido. Como toda sociedad, en Chile es visible una división estratificada de las posiciones sociales que pueden ser –son– analizadas de distintas maneras. Una lógica que conduce a diferenciar grupos heterogéneos y más o menos estancos entre sí. La realidad de esta constatación no puede ser puesta en cuestión, y la interpretación que proponemos de nuestro material se apoya en más de un punto sobre ella (puesto que muchos de nuestros análisis distinguen sistemáticamente los sectores medios altos de los sectores populares). Sin embargo, lo anterior no debe llevar a desconocer la presencia, en todas las categorías sociales, de un sentimiento común de inconsistencia posicional. Éste es, por cierto, más o menos agudo según los grupos sociales y etarios: los temores ante el futuro son, por ejemplo, particularmente activos entre los individuos entre 30 y 45 años de edad, y globalmente más pronunciados entre los sectores populares que entre las capas medias y altas (Barros, 2007). Aún más importante, esta inquietud se origina a partir de factores estructurales distintos. Y sin

embargo, y a pesar de lo anterior, no por ello esta prueba describe menos un sentimiento posicional compartido. Es frente a esta experiencia omnipresente que se ponen en práctica (o buscan ponerse en práctica) un conjunto de estrategias, individuales y colectivas, que buscan apuntalar o reforzar la posición que se ocupa.

En todos los casos, la profundidad del impacto que sobre la estructura posicional producen las diferentes formas de riesgo, engendra una individuación que no puede dissociarse de las estrategias plurales que los actores ponen en práctica para enfrentar la inconsistencia permanente de las posiciones sociales. La consistencia, leída en clave económica, se convierte en un objetivo a veces central de muchos individuos: “A mí me gustaría sentirme segura económicamente, sentirme segura” Daniela (SP). En otros esto genera un temor permanente, como Jorge (SP), que habla de “estos fantasmas que pueden surgir por la falta de recursos económicos fundamentalmente que es como una ansiedad, como un miedo...”. Sin olvidar, por supuesto, aquellos que, al menos temporariamente, gozan de un estado de tranquilidad: “Yo busqué cierto grado de estabilidad, ya encontré un cierto grado de estabilidad y quiero saborearlo un poco” Daniel (CM).

La inconsistencia posicional describe pues un *degradé* de situaciones no siempre transparente.<sup>186</sup> Si la gran mayoría enfrenta esta prueba, no todos los actores la experimentan con la misma intensidad y, sobre todo, no todos enfrentan los mismos factores de desestabilización. Al binomio tradicional de la economía y los lazos sociales, es imperioso añadirle, con el fin de restituir la complejidad de esta experiencia, otros factores de índole política, cultural y urbana. En breve, la inconsistencia posicional es un sentimiento profundamente compartido en la sociedad chilena de hoy que, aun cuando es visible a nivel de la estratificación social, excede a esta sola y única realidad. Sin embargo, detrás de esta común inquietud se diseñan experiencias disímiles. En ellas, como lo veremos a continuación en detalle, el principio de diferenciación se organiza alrededor de las fuentes estructurales de desestabilización.

La generalización *diferenciada* de la inconsistencia posicional

La inconsistencia posicional designa una experiencia particular, extraña mezcla a la vez de un estado y de un proceso. Un estado: el sentimiento de inconsistencia es constante entre los actores y ello a pesar de la bonanza de

la que pueden hacer gala bajo muchos aspectos. Un proceso: la inconsistencia, incluso cuando toma formas abruptas, es siempre el resultado de una serie de fases que debilitan o deterioran progresivamente una posición siempre frágil de por sí. Para comprender esta doble realidad y su generalización diferenciada en la sociedad chilena actual, es útil distinguir entre diversos factores.<sup>187</sup>

### *Desestabilizaciones socioeconómicas*

En términos estructurales, la economía chilena conoció desde los años 80 un importante proceso de disminución de los sectores agrícolas, de transformación en el trabajo manual (acompañada por un importante descenso de los obreros y una fuerte transformación interna de este grupo) y de tercerización del empleo, que se acompañó por el incremento del sector privado y el descenso del empleo público. Una transformación que ha supuesto, en términos generales, que el empleo haya perdido capacidades de protección, acentuándose una tendencia hacia la precarización estatutaria en la estructura ocupacional, aun cuando el fenómeno sea en Chile más complejo y menos unidireccional de lo que muchas veces se afirma. Se trata de un proceso de transformación, a la vez de “mejora” y de “deterioro”, que no es probablemente ajeno a la aparición de formas espurias de movilidad social, como es el caso cuando individuos que se convierten en empresarios expresan una nostalgia por la antigua condición obrera, o cuando comerciantes lamentan su situación en el agro (Kessler y Espinoza, 2007: 285). Es posible formular la hipótesis de que lo que está detrás de estas opiniones, es una forma difusa de conciencia de un incremento, a pesar de la movilidad “objetiva” experimentada, del sentimiento de inconsistencia posicional.

Por supuesto, como nuestras entrevistas permiten analizarlo, este sentimiento, por común que aparezca entre los individuos pertenecientes a distintos grupos sociales, refleja condiciones claramente distintas según que se trabaje en el sector formal o informal de la economía,<sup>188</sup> según que se disponga de uno o varios salarios o del tipo de contrato.<sup>189</sup> Pero la variedad reside no solamente en lo que suscita la inquietud, sino también en la manera como ésta inquietud toma, o no, la forma de una preocupación crónica, y las maneras en que se lidia con ella. Es por eso que no es posible concluir sin el riesgo de errar que aquellos que están definidos por una

mayor fragilidad “objetiva” sean los que expresan, necesariamente, una mayor inquietud posicional. Posiciones propias de los miembros de los sectores populares, o situaciones en apariencia más frágiles, pueden, en el fondo, revelarse subjetivamente más estables y menos vulnerables que aquellas de otros actores en “mejores” posiciones. Por otro lado, si bien la mayor parte de los miembros de capas medias y muchos de los sectores populares son asalariados, esta situación esconde muchas veces el hecho de que los primeros gozan no solo de un sueldo, sino también de un tipo de contrato que les garantiza cierta permanencia y regularidad en el ingreso, ahí donde, por el contrario, los sectores populares tienden a trabajar más al día o por contratos cortos que no siempre dan acceso a la protección social. Y, sin embargo, y a pesar de esta divergencia estatutaria, el sentimiento de inconsistencia puede ser tan fuerte en unos como en otros.

Enunciar esta realidad es llamar la atención sobre el hecho de que, globalmente, ningún grupo de actores se manifestó como sintiéndose definitiva o durablemente al abrigo de la desestabilización económica. Insistamos para evitar todo malentendido. No todos los actores sociales, por cierto, viven en medio de lo que, para usar una analogía química, puede describirse como una posición inestable, lejos del equilibrio. No todos, en efecto, y de lejos, ven sus trayectorias personales o familiares desestabilizarse durable, profunda o definitivamente a causa de un evento socioeconómico (falta de dinero, despido, endeudamiento...). No obstante, y a pesar de estas diferencias, la mayor parte de las personas interrogadas coincidieron en el sentimiento compartido de la inconsistencia. La inconsistencia posicional es susceptible de ser puesta a prueba por un gran número de factores.

[A] *El despido y sus sombras*. Comencemos por el despido y el desempleo. Como ciertos estudios lo han mostrado, la desocupación tiene en Chile una enorme incidencia sobre la probabilidad de ser pobre o de recaer en la pobreza (Arzola y Castro, 2009). En todo caso, la experiencia del despido, o el temor al despido, esconden realidades muy distintas. Las protecciones de las que disfrutaban los trabajadores en Chile (por vía del seguro de desempleo y de las indemnizaciones) son muy distintas en la medida en que los beneficios de uno y otro ya no tienen un carácter universal: muchos asalariados (como los de plazo fijo o faena) no tienen acceso al seguro de desempleo,<sup>190</sup> y las indemnizaciones no son siempre pagadas (entre otras cosas, a causa de la

situación económica de las empresas) (Henríquez y Riquelme, 2006: 137).

Lo que interesa subrayar es el tipo de conciencia que expresan los individuos frente a esta eventualidad. Un sentimiento de intemperie social más o menos agudo y un sentimiento de impotencia más o menos pronunciado: “Es un sistema muy perverso, muy, muy cruel; la legislación no te apoya, no te protege, no hay ningún resguardo. A mí el seguro de cesantía me cubrió tres meses... No hay resguardo, todos vivimos con el estrés que vivo yo de no quedar, de no perder (otra vez) la pega, y en eso es tan poco lo que uno puede hacer, excepto ahorrar en los tiempos de bonanza, que son entre los 25 y 35 años, porque después las cosas se empiezan a complicar...” asegura Javier (CM).<sup>191</sup>

Esta preocupación se encuentra íntimamente relacionada con el temor a la edad y a sus consecuencias sobre las oportunidades laborales, sobre todo, subrayémoslo, entre los hombres; pues se potencia en este caso con las definiciones legitimadoras de género aún vigentes en la sociedad, por las cuales la masculinidad y la paternidad se miden por la capacidad de asegurar el sostenimiento material de las familias. El temor en algunos incluso es anticipatorio. “Uno nota cuando uno ya no es joven, con los años uno se pone más lerdo y va perdiendo muchas cosas, va perdiendo clientela... yo lo he visto en otros mecánicos”, nos dice a sus 45 años Aldo (SP). Ramiro (SP), a los 49 años es aún más pesimista: “Aquí tener 40 años ya eres viejo” (para el trabajo), algo con lo que coincide Roberto (SP): “En este país de los 40 años para arriba ya somos viejos y somos caros, entonces en este momento para la empresa puedo ser muy caro, con el sueldo mío le pueden pagar a dos o tres personas y eso a veces me preocupa...”.

[B] *La bancarrota*. Si los asalariados temen al despido, los empresarios y trabajadores por cuenta propia temen al riesgo de quiebra. En verdad, su situación es paradójica. Por un lado, en las últimas décadas ha habido en Chile un mejoramiento más rápido del ingreso de los trabajadores independientes con respecto a los asalariados, a tal punto que en el período 1987-1995, el incremento promedio del ingreso fue del 90% en las categorías no asalariadas (empresarios y trabajadores por cuenta propia) y de solo 45% entre los asalariados (León y Martínez, 2007: 316 y 321). Pero, por otro lado, y en continuidad con lo que es una de las grandes características de este tipo de trabajadores, se expresa un sentimiento permanente de inquietud y desprotección. Su posición depende, antes que de muchas otras cosas, del

dinamismo del mercado, y toda contracción de éste tiene consecuencias por lo general directas sobre su nivel de ingresos. Por supuesto, existen muchas experiencias exitosas, pero no por ello una inquietud de este tipo es menos consustancial al trabajo independiente. “Siempre me ha gustado desarrollar negocios”, nos dice Gabriel (CM, ingeniero), “y bueno se me ocurrió una idea de negocio... Y al final hubo un montón de gente metida en ese proyecto, pero al final perdimos hasta la camisa durante 5 años...”. Su situación personal terminó siendo tan extrema en sus consecuencias que tuvo que recurrir, para sobrevivir, a la ayuda familiar: “Seguíamos viviendo en un súper buen departamento y todo, pero mis papás nos tenían que ir a dejar comida a la casa porque no teníamos plata pa’ comprar comida...”.<sup>192</sup> Como en ningún otro caso, aquí la incertidumbre económica, expresada en el temor a la quiebra, aparece internalizada y en muchos casos traducida en malestares psíquicos. Soledad (CM) se vio así, por ejemplo, obligada a cesar su actividad de empresaria por un exceso de estrés (“me dieron como ataques de pánico en los últimos eventos que organicé”). El mercado era chico, nos explica, y “todo dependía de mí”, y “las empresas hacen dos eventos al año, no hacen más, o sea, cada vez que terminaba un evento, quedabas cesante en el fondo...”. Las narraciones ponen el acento en que la protección radica principalmente en habilidades personales, en particular, la capacidad de medir el riesgo y de admitir la derrota a tiempo. El lenguaje para una situación estructuralmente incierta, vivida como demasiado abierta a la coyuntura, es psicológico y caracterológico. La soledad del individuo es la medida de su ansiedad.

### *La quiebra*

“Yo ya pasé el quiebre de una empresa (...) que yo era uno de los hueones que firmaron, el representante legal digamos, y yo la vi negra, así que yo sé lo que es vivir con la negra”. En el momento de la entrevista Felipe (CM) seguía metido en juicios, y con un sentimiento de cuestionamiento personal fuerte que se añade a las dificultades materiales que vivió su familia. “Uno se involucra personalmente en la hueá, mitad de que te sientes medio súper-hombre y he cometido errores garrafales. Yo he mirado para atrás y digo ‘puta, qué hicimos’...” ¿Por qué? “Por confianza, por querer salvar la cuestión, cuando hay que ser frío en esta hueá, frío, si esta cuestión es un problemas de números; frío, si la cosa no da, párala no

más. Yo llegué a hipotecar mi casa por una hueá que no era mía, cáchate, mi casa la hipotequé por una hueá que no era mía y después nadie reconoce esa hueá...”. Felipe describe un engranaje: “Lo que pasa es que tú vas perdiendo la perspectiva a largo plazo, te vas metiendo en el lío y cada vez te levantas en la mañana y tu preocupación es pasar el día, llega un momento en que tu preocupación es cómo pasó el día... Te vas dejando arrastrar por esto y vas perdiendo la objetividad, hay gente que habla contigo, pero igual no la pescas, pero te vas involucrando emocionalmente, imagínate la hueá, y al final para eso hay que ser frío, hay que tener, como digo yo, el instinto asesino empresario...”.

[C] *El sobreendeudamiento*. Hemos abordado este punto en el capítulo 1, pero es importante aportar algunos complementos. Si el endeudamiento concierne a muchos grupos sociales, entre los entrevistados, esta experiencia fue espontáneamente enunciada por la mitad de las personas entrevistadas, de las cuales casi tres veces más personas pertenecían a los sectores populares. En esta diferencia hay que tener en cuenta la mayor o menor facilidad con la que miembros de ciertas capas sociales hacen públicas sus dificultades económicas a desconocidos (una actitud en la cual, sin lugar a dudas, las capas medias y altas tienen más recato, y que por ende solo evocaron esta dificultad en casos extremos). Sin embargo, esta diferencia también denota probablemente una realidad distinta, a saber, que entre los individuos de los sectores populares el punto de desequilibrio posicional se alcanza más rápida y fácilmente. En verdad, entre ciertos miembros de los sectores populares, el endeudamiento se convierte en una rutina desestabilizante. “El sector yo creo mayoritario del país vivimos toda la vida endeudados, toda la vida endeudados... Le estás pidiendo al banco una cantidad de plata, la vas pagando, terminas de pagarla... ¡y vuelves a endeudarte!” Marta (SP). Hay que “arreglárselas”, y tratar de no tener deudas de consumo cotidianas, salvo, como lo indica Fernando (SP) “para la hija, para los remedios o si se necesita algo urgente”.<sup>193</sup> Dada la escasez de los ahorros y la frecuencia de los imprevistos, se vive sin malla de seguridad.<sup>194</sup>

Los testimonios, detrás de su similitud, describen dos grandes mecanismos. Por un lado, lo que se puede denominar el *desliz*, el sentimiento casi constante que, dadas las insuficiencias monetarias y la falta de ahorros o de protección social, en todo momento, y ante cualquier

adversidad, es posible resbalar hacia el sobreendeudamiento. Por el otro lado, un mecanismo de *engranaje*, en donde, a pesar de ciertas similitudes con el caso anterior, lo que prima en el relato es la presentación de una sucesión imparable de eventos, cuyo desenlace aparece como inevitable. En algunos, los dos procesos se fusionan. “Estuvimos hartos endeudados porque mi marido tuvo un accidente y entonces estuvo tres meses sin trabajar. Y las cuentas empiezan a llegar y llegar y lo que uno va ganando es para solventar el gasto de la casa, pa’ tener pa’ comer, pero las cuentas se van acumulando”. Obviamente, la pareja es puesta a prueba: “Yo trataba de decirle, ‘no, si vamos a salir adelante’, ‘si ya vas a empezar a trabajar...’, pero sí, igual es difícil, igual duele, porque por dentro, pucha, tenís que tratar de apretarte un poquito más pa’ poder pagar, sobre todo, pagar primeramente la luz y agua, que son gastos fundamentales, pero igual las deudas de las casas comerciales van subiendo todo...” Viviana (SP).

### *El agobio del endeudamiento*

En una encuesta del 2007, hasta un 51% de los chilenos se declaraba frecuentemente agobiado por las deudas.<sup>195</sup> Se trata de un sentimiento que da lugar a un sinnúmero de figuras posibles, de compromisos, de experiencias positivas y negativas, de batallas, temporales o durables, en algunos incluso, de resistencia activa contra lo que se denuncia son las tasas de interés usureras.<sup>196</sup> En breve, una preocupación constante a lo largo de la vida. Una realidad que habiendo sido experimentada en toda su crudeza, ha producido saberes de experiencias que ordenan las posiciones de los individuos respecto al crédito, pero, y esto es esencial, decantados percibidos como estrictamente individuales y no vehiculados institucionalmente. Tres grandes perfiles se destacan. En cada uno de ellos el proceso y el sentimiento de desestabilización es distinto, como también lo es la relación con lo que se percibe es una tentación y un peligro: el crédito.

El primero es el de los *arrepentidos*. Aquellos que se “perdieron” en la espiral del crédito pero que dicen haber realmente aprendido la lección. En algunos, la experiencia se asoció con actitudes excesivas de compra<sup>197</sup> y experiencias de desgobierno.<sup>198</sup> Pero la realidad es más compleja. No solamente porque muchos conocieron fases importantes de endeudamiento debido a problemas específicos de salud o despido, sino,

también, porque el crédito, cualquiera que sea el rechazo que suscite, se convierte en un factor necesario para solventar la vida corriente, uno incentivado, como lo denuncia Alberto (SP) por un mal reparto de la riqueza que hace que uno “anda ahí a rajones... Entonces, con la tarjeta me ayudo, y estamos todos encallados con las tarjetas, con préstamos por ropa, por cositas y ya hoy en día la gente está sacando cosas para comer con la tarjeta Líder, Tottus, y eso a la larga si la persona o la familia se está comiendo lo que va a ganar en el otro mes, ya está mal”. Los arrepentidos tienen una relación cuidadosa con el crédito y de prevención respecto al consumo, aun cuando las secuelas de la fase de excesos sigan haciendo sentir sus efectos y sigan en la espiral crediticia.

El segundo es el de los *precavidos*, aquellos que tienen el sentimiento de nunca haberse verdaderamente “perdido”, porque supieron dosificar el uso del crédito. Se trata de un conjunto muy dispar de experiencias entre quienes sobresale, no obstante, una actitud común: el ejercicio de una verdadera habilidad de equilibrista para navegar entre las restricciones económicas y el uso prudente del crédito...<sup>199</sup> incluso cuando se roza muy de cerca la línea del desequilibrio financiero,<sup>200</sup> una habilidad que se precian de ejercitar. Aparece aquí siempre la misma observación. La vida es dura y el crédito es un recurso amenazante frente al cual es necesario desplegar una sabiduría vital y un talante personal. Mantenerse a flote, comenta Myriam (SP) “es difícil, es difícil, pero lo principal es no tener grandes deudas... Asegurar los gastos comunes que son la luz, el agua, el gas, ya con esos tres... Por ejemplo, nosotros somos de semana, todas las semanas yo cancelo. Yo todas las semanas sé que una semana tengo que pagar el agua, la otra semana la luz, y así me tengo que organizar, porque yo mensual no puedo...”. La prudencia se convierte en una obligación.

Los terceros son los *temerosos*, aquellos que, para evitar todo riesgo de desestabilización, rechazan de cuajo el recurso al crédito. Es muy probable que en estos testimonios no todo haya sido dicho, y que a pesar de sus afirmaciones estas personas hagan, o hayan hecho, uso del crédito, pero lo importante es la postura que reivindican. Se trata de una actitud de resistencia silenciosa e incluso de freno individual frente al crédito, basada en argumentos de tipo subjetivo o, en mucho menor medida, políticos y morales. Un ejemplo transparente es el de Marisol (CM): “No tengo deudas, no soporto tener deudas, vivo con lo que tengo (...) Antes de

comprar este auto mi marido me dijo, ‘¿te gustaría tener un auto más grande, más cómodo?’. Me quedé pensando y le dije: ‘no, no lo necesito’. No necesito un auto, necesito tranquilidad, para mí, no tener que pagar la cuota del auto es una tranquilidad. Entonces, valoro eso más que andar disfrazada de auto ni de cosas raras que no soy y que no tengo”. Los sentimientos y estados de ánimo personales, como la angustia o la inquietud pero principalmente el temor, se convierten en una brújula y ocupan el lugar de la prudencia en estos casos.<sup>201</sup> Guillermo (SP) hará incluso de esta actitud un principio político: “El consejo que doy (a mis amigos) es que no les deban a las casas comerciales porque eso compra temor, las deudas generan el temor a perder la pega y el temor a perder la pega genera el temor a luchar...”. Aunque termina por reconocer: “Yo tengo deudas... pero no son deudas que me impiden mantener mi dignidad”.

[D] *Coyunturas económicas globales y locales*. Para dar cuenta de la inconsistencia posicional también es preciso tener en cuenta la dinámica entre las posiciones sociales en el seno de una sociedad y el lugar de esta sociedad en la economía mundial, o sea, la dialéctica entre lo global y lo local.

El nivel de conciencia que, en este punto, expresan los actores sociales es en muchos de ellos activo y testimonia de una verdadera inteligencia social. En efecto, varios de los entrevistados hicieron gala de una capacidad certera para establecer vínculos entre cambios globales y contingencias personales, y ello en todos los sectores sociales. La apertura hacia el mercado internacional marca la bifurcación de la existencia de Myriam (SP), una aparadora de calzado, en cuyo relato su trayectoria social da un vuelco “cuando empezó a entrar el zapato chino (...) El zapato chino es malo, los cueros son diferentes, los materiales que se usan son diferentes, pero una persona va a pagar apenas 20 ó 30 mil pesos, compran 2 por 10... entonces, no hay forma de competir”.<sup>202</sup> Pero también la de este profesional en puesto gerencial: “Ahí la empresa quebró, dejé de trabajar, dependía mucho de la exportación (...) las empresas (allá) quebraron y bueno nosotros... pataleamos...” Virgilio (CM).

La lógica es próxima para muchos: la situación nacional depende, a causa de la interdependencia económica, de transformaciones lejanas que pueden,

empero, tener incidencias profundas a nivel local y en sus propias vidas personales.<sup>203</sup> Frente a las vicisitudes económicas hay, pues, que estar siempre alertas.<sup>204</sup> La crisis económica y la fluctuación de la coyuntura económica internacional pertenecen al orden espontáneo de los relatos desde los cuales los individuos comentan sus existencias.<sup>205</sup> Vale la pena no descuidar este punto. Lo importante no es la plausibilidad de las interpretaciones avanzadas, lo que importa retener es la fuerza de este repertorio cultural en la comprensión de la vida personal, incluso en quienes no se encuentran de manera directa concernidos en sus actividades profesionales, como en el relato de esta periodista. En él, la ansiedad se desliza entre dos comas, y el riesgo económico se antepone a un proyecto familiar: “Lo primero que voy a hacer en marzo, si sigo teniendo trabajo, porque está tan mal la cosa con esta crisis mundial, pánico, es tomar una liebre para que los lleve (a los hijos al colegio)” Marisol (CM).

### *Global y local*

En la comprensión que los individuos hacen de sus posiciones y trayectorias sociales se vislumbra con claridad una relación particular con la historia. Cualquiera que sea el mérito individual o la importancia atribuida al trabajo y al esfuerzo, existe la conciencia de un punto ciego de ingobernabilidad. Esta conciencia se inscribe en una larga filiación: la de una mirada propia e importante en la región que desde la conquista no ha cesado de producir esfuerzos sucesivos por integrar, en la percepción del decurso histórico, un espacio de acción y de decisión que escapa al control de los actores. La globalización actual no es sino la última denominación para este proceso plurisecular. El destino personal es inseparable de la introyección de esta “otra escena”, aquella que se juega en los países “centrales”, y de la cual depende un cúmulo de cosas. Para decirlo con énfasis: la representación de una vida social constantemente modelada por la reverberación de eventos producidos desde “otra escena” es un rasgo mayor y constante de la manera como los latinoamericanos han pensado el vínculo entre las estructuras y la historia, y dentro de ambas, las posiciones sociales. Esta ingobernabilidad estructural, como se sabe, encontró en el relato de la dependencia su versión narrativa más poderosa e influyente, pero lo que resulta relevante es que la continuidad de esta representación es masiva. En este punto, las representaciones

colectivas, por disímiles que sean en otros planos, se asemejan fuertemente, ya sea que se hable de “fuerzas estructurales”, “modelos de dependencia”, “leyes del mercado” o “efectos de la globalización”. Para todos, la historia en la región, y el avatar de la estructura social, es inseparable de una “otra escena”, una realidad que, por supuesto, no solo no impide que se hagan políticas nacionales diferentes, sino que les da a éstas un peso tanto mayor que los resultados en términos económicos y sociales pueden ser, en función de las metas y de las opciones elegidas, radicalmente distintos.<sup>206</sup>

Desde un punto de vista analítico, por supuesto, y a diferencia de lo que enuncian espontáneamente los individuos, el estudio de estos procesos no puede limitarse solamente a “explicar” un evento por causas lejanas, ni de contentarse con la dialéctica general entre lo global y lo local, sino que es preciso explicar de manera muy precisa la declinación de los fenómenos. La globalización actual no es, pues, el primer período en que esta exigencia toma forma en América Latina (Coatsworth, 2009), pero la hace de tal manera visible que obliga a un verdadero *aggiornamento* intelectual. Si algunas situaciones se articulan más o menos directamente con acontecimientos globales lejanos, otras, a pesar de su gran interdependencia global, mantienen márgenes de maniobra no despreciables. Un aspecto particularmente bien estudiado por ciertos economistas a propósito de las maneras cómo, por ejemplo, se propagan las crisis económicas en el país a través de diferentes “canales de contagio” y que, contrariamente a una visión unilateral y descendente, pasa por un gran número de filtros, toma formas distintas según los sectores de actividad, y sobre todo termina teniendo rostros muy distintos en las diversas regiones.<sup>207</sup> Una rápida evaluación de los relatos hechos por nuestros entrevistados va en la misma dirección: no todas las actividades ni todos los individuos en el país son igualmente vulnerables a la globalización o a la fluctuación del mercado. Y sin embargo, en todos ellos este tipo de ansiedad está presente.

EL PRINCIPAL RESULTADO DE ESTA LISTA no exhaustiva de factores socioeconómicos de desestabilización, es la expansión de una visión de las trayectorias personales sumidas a interferencias sociales en modalidades diferentes. *Turbulencias* pasajeras, como Daniel (SP), quien, si bien no

considera, en el momento de la entrevista, tener “riesgo laboral en este minuto”, pasó “una etapa sí media complicada hace unos meses...”. Verdaderas situaciones de *tobogán* (o sea, un proceso marcado de movilidad social descendente), como Cecilia (SP), quien, unos lustros atrás, vivió el tránsito brusco de Nuñoa a Peñalolén, “de lo bueno a feo... Todo era sin luz, sin agua. El agua había que ir a buscarla a una llave que había y la luz se colgaba aquí en la esquina... No había medios”. O *montañas rusas*: a una fase de rápido descenso le sigue una fase, sin duda por lo general más lenta, de recuperación de una posición social. Este último aspecto ha sido bien abordado por los estudios sociológicos que intentan evaluar, a través de técnicas estadísticas, el tiempo que las personas que “caen” toman en “levantarse”. Estos análisis son sin duda preciosos, puesto que el impacto de la “caída” no es el mismo en función de su duración. Pero estos análisis minimizan, al menos en parte, un aspecto particularmente subrayado en los relatos recabados. A saber, que más allá de la realidad de la movilidad social, lo que en el fondo prima y caracteriza la experiencia de la posición social en Chile es su inconsistencia. Al punto de que algunos, sorprendentemente, terminan haciendo de la montaña rusa una filosofía de vida: “Yo creo que he tenido una buena vida, yo creo que lo de la crisis ha sido parte de la rueda de la fortuna no más, que hasta antes de casarme decía ‘en algún momento voy a tener que bajar’, yo creo que estoy bajando, pero después yo sé que tengo que subir, porque es la rueda...” Rodolfo (CM).

Este tipo de experiencias no son exclusivas de los sectores populares. Los sectores medios altos, como lo muestra el testimonio recién evocado, son también atingidos. Se trata, en verdad, de un elemento decisivo para el razonamiento que presentamos. La inconsistencia posicional corta de manera transversal la gran mayoría de los grupos sociales en el país. Por supuesto, en lo que respecta a los aspectos únicamente económicos de la inconsistencia, ésta se revela con efectos más graves entre los miembros de los sectores populares (que caen muchas veces por debajo de la línea de la pobreza), pero la experiencia es común a individuos pertenecientes a otras capas sociales: “Teníamos que reducir gastos, estaba complicada la situación económica y la casa era muy grande, o sea, era cara mantenerla y si no se nos iba a venir abajo... Era una casa de 300 metros, entonces pagar la luz, mantener todo... Entonces entre vivir angustiados por la plata, mejor reducirse e ir de acuerdo a lo que uno puede” Fabiola (CM).

Aun en los casos en que el dramatismo de las experiencias relatadas no está presente, hay un punto en común de naturaleza transversal: la falta de dinero, puntual o crónica. El tema ha sido omnipresente en las entrevistas y en *todos* los sectores sociales. Por cierto, esta situación a veces se enlaza con el endeudamiento bancario (o en la esfera familiar o social), pero otras muchas veces aparece como un límite objetivo impuesto por los bajos salarios o ingresos.<sup>208</sup> Por lo demás, subrayémoslo, la experiencia, aun cuando no siempre es vivida en primera persona, forma parte del imaginario colectivo. La memoria de la posible desestabilización económica es un aspecto central de la prueba de la inconsistencia posicional en el país. Pero no es el único.

### *Temores políticos*

El impacto que los cambios políticos tienen –han tenido– en la vida de los chilenos, 1971, 1973 y 1989-1990, e incluso en el momento de las entrevistas (2007-2009), la posibilidad de alternancia política que se produjo en el 2010 (con la victoria de la Alianza), aparecen, con intensidades obviamente distintas, e incluso como inquietud imaginaria, como una fuente de inconsistencia posicional. Entendámoslo bien. Lo que aquí nos interesa subrayar son las consecuencias que, en términos personales y posicionales, tuvieron, o tienen, estos cambios políticos y su presencia en el imaginario de los individuos. El “tuvieron” debe entenderse en su doble acepción: por un lado, en su sentido práctico y concreto, y por el otro, por el temor que proyecta de manera más o menos durable sobre los posicionamientos sociales. Es bajo esta doble modalidad que la política aparece como una fuente importante de inconsistencia posicional.

Por supuesto este sentimiento tiene profundas raíces históricas en el país y es, tal vez, incluso posible establecer vínculos con la preocupación, propia del siglo XIX –piénsese en la ambigua frase de Portales sobre el “peso de la noche”–,<sup>209</sup> acerca de la ingobernabilidad del país y, especialmente, el temor permanente de las élites frente a la irrupción del desorden o del caos. La filiación es sin duda posible, pero no refleja sino muy parcialmente lo que los individuos interrogados han expresado. El temor que se enuncia frente a la política ya no es de índole colectivo, bajo la forma de un miedo frente a un desorden generalizado (incluso cuando el tema no está del todo ausente, sobre todo en el recuerdo que algunos aún tienen del gobierno de la Unidad

Popular), sino que, más bien, se trata de un temor personalizado: el sentimiento, fuertemente individual, de que la política se añade a la larga lista de factores susceptibles de desestabilizar una situación o una trayectoria social.<sup>210</sup> El tránsito es sensible y mayúsculo, puesto que señala, en este registro, el grado en el que los individuos se afirman en la sociedad chilena. Es desde ellos, y sus experiencias, como se leen cada vez más los procesos sociales.

Una de las grandes especificidades de las sociedades latinoamericanas, y de la sociedad chilena actual, es el sentimiento de porosidad de la vida personal a los cambios políticos. Si esta dimensión nunca está enteramente ausente en otras sociedades, uno de los grandes rasgos de las sociedades contemporáneas en muchos países del Norte, en las últimas décadas, ha sido la disminución sensible del impacto de los cambios políticos en la vida social corriente de las personas. Por supuesto, ésta se ve modificada en función de las políticas sociales y en algunos países por decisiones de índole militar (como lo atestigua el envío de tropas), pero, globalmente, la vida personal se sustrajo, en muchos de sus ámbitos, al zarandeo de la alternancia política. La continuidad de la administración y un cierto consenso en torno a grandes ejes nacionales minimizó el impacto de este tipo de cambio en la vida de las personas.

Es este sentimiento apacible el que es casi inexistente en el país, en todo caso si nos ceñimos al relato de los entrevistados. El cambio político es percibido por muchos como una fuente casi directa de desestabilización posicional. Néstor (CM) lo expresa con inteligencia: “El tema político yo creo que tiene importancia porque te afecta la vida personal, de familia, de trabajo... No sé, por ejemplo, ahora hace poco con todos los anuncios que hicieron el veintiuno de mayo, resulta que las rentabilidades de las empresas se recalcularon y los valores de las acciones cayeron... En ese sentido te afecta”. O como lo expresa Cristóbal (SP), “a mí no me gusta la política, pero es que uno está inserto en la política, uno no puede hacerse a un lado porque está en todo”. Por supuesto, esto no impide el desinterés ciudadano e incluso la falta de información. O, dicho en otros términos: si por un lado, como lo discutimos en el capítulo anterior, la política es desapasionada porque se considera que no habrían grandes diferencias en las acciones que pudieran emprender las diferentes facciones políticas, esto es, que no habría mayores consecuencias a nivel estructural o macro (políticas económicas, políticas

sociales, formas de gobierno), paradójicamente, la expectativa de que el cambio en política tendrá repercusiones en la vida personal es muy alta y se encarna en la forma de temor a la desestabilización de las trayectorias sociales. Un evento político, todos los saben o lo recuerdan, puede desencadenar una crisis familiar o personal durable y profunda.

Este temor a los efectos de la política sobre la vida ordinaria está obviamente anclado en Chile en la memoria de la dictadura. Tras el golpe de Estado, relata Marta (SP) “mi papá se quedó encerrado” y fue “difícil llegar donde él, era difícil comunicarse, era... fue bien complicado; fue una etapa bien dura, dura, porque igual viste movimientos que te llamaron la atención, que tú nunca los habías visto, vi pasar bayonetas, vi pasar tanques, vi pasar soldados por la calle... pasar rasantes los aviones... Eso te marca, te impacta...”. Casi cuarenta años después, los recuerdos fueron siempre muy vívidos. Evocando el golpe del 73, Néstor (CM) recuerda “un montón de acontecimientos que directa o indirectamente me afectaron (...) De repente en la mañana me despierto, me asomo por la ventana, vivíamos en un cuarto piso de un departamento en Talca, y veo que están apareciendo un montón de camiones militares, que estaban cerrando todo el perímetro y empiezan a sacar a la gente de todos los departamentos. Y en eso llegan al departamento de nosotros golpeando y pateando, etc., y sacan a mi papá y a mi mamá y a mí me dejan ahí... Y a toda la gente la formaron abajo. Uno de los militares andaba con la tremenda metralleta...” El proceso se tradujo en el despido de su padre, aun cuando éste “no estaba metido mucho con el tema político”.

Retengamos lo esencial: la manera cómo el temor se infiltró en la vida cotidiana y fue capaz de transformarla de manera radical. Pocos testimonios han sido más claros al respecto que el de Sergio (CM). Sus recuerdos combinan sin tregua aspectos públicos y privados. “El nivel de represión en el aire era brutal. Era un colegio (religioso del sector de más altos ingresos de la ciudad), además, que te marcaba mucho porque era el colegio de los triunfadores, era donde estaban los que habían ganado; entonces, te trataban de comunacho y otras cuestiones...”. Una experiencia escolar que contrastaba con lo que vivían personas de su familia que fueron exiliadas o clandestinas, con “sus papás ocultos, se quemaron libros en mi casa...”. Los recuerdos fluyen: “En lo de votación de la Constitución de Pinochet el 80, fue muy duro, muy violento. Ponte tú que algún compañero se atrevió a plantear que había que votar que no y te pegaban...”. Sobre todo, su testimonio apunta

a señalar hasta qué punto “la dictadura era una cosa que se traspasaba en el aire. Si tú tenías el pelo un poquito más largo, eso era mucho más importante que cualquier otra cosa”. Prosigue. La dictadura “instaló una lógica de mucho silencio, una sensación de peligro constante”. Una sensación alimentada por experiencias de terror: “A mí me tocó ver a una tía que la sacaron de la casa (...) entraron los milicos y botaron la puerta, yo era relativamente chico y vi eso, dormíamos en una pieza y llegaron los militares, botaron la puerta, y de repente teníamos los señores con los fusiles ahí y sacaron a mi tía...”.<sup>211</sup>

La dictadura desestabilizó por sus efectos psicológicos o por sus consecuencias prácticas, como por ejemplo un desempleo prolongado. La inconsistencia posicional, en consecuencia, se ve nutrida por las consecuencias muy concretas y materiales que este evento pudo tener a nivel económico como factor, por ejemplo, de empobrecimiento familiar.<sup>212</sup> “Yo nací con un papá cesante y marcado por los milicos, o sea, mi viejo estuvo 8 años en la casa, 8 años sin poder encontrar trabajo...” Eduardo (SP). En cualquier caso, el temor fue una atmósfera. Algunos, es más, no dudan en asociar el maltrato físico sufrido en la escuela con el clima generado por la dictadura Fernando (SP). Otros, a pesar de su apoyo y simpatía por el régimen militar, no pudieron ocultar sentimientos ambiguos y, por sobre todo, un reconocimiento del espíritu entonces reinante. La reflexión sobre la dictadura de un cientista social, con un compromiso político con un partido de derecha, es decidora: “Mira, a ver, el gobierno militar fue tremendamente estable entre comillas, pero fue un período de temor en este país, de mucho temor. El temor fue muy estable, y yo creo, claro, que esto juega un rol, que uno busca más seguridad” Esteban (CM).

El sentimiento de temor, como lo mostró Patricia Politzer (1985) en su libro sobre *Miedo en Chile*, gracias a una serie de historias de vida, es el común denominador de un país dividido. También entre los partidarios de la dictadura militar, así, la política fue recordada como un factor de inconsistencia posicional. “La Unidad Popular es lo que más marcó mi vida porque dormí tres años vestida con un arma al lado,<sup>[1]</sup> tres años, esto era en el campo. Siempre nos entraban a matar y mataron a todos los vecinos de nosotros, que eran familias igual que nosotros; los mataron a todos. Entraron y los mataron... Los mataron la gente de la Unidad Popular, el MIR. La gente se olvidó de eso, pero yo vi familias enteras que habían sido muertas, y le entraban a tomar el fundo y los mataban”.<sup>[2]</sup> Antes de

precisarnos que la época de la Unidad Popular fue “la época más horrorosa, más odiosa... El mayor odio que he visto en mi vida ha sido en esa época” Constanza (CM).<sup>213</sup>

De este modo, posiciones políticas antitéticas dan cuenta de un mismo temor, indefectiblemente vital y social. La fuerza de los relatos, cualquiera que sea su verosimilitud fáctica, manifiesta una auténtica veracidad subjetiva. Si la memoria de la división política sigue siendo activa en el país,<sup>214</sup> como lo hemos visto en el primer capítulo, reconocemos que en lo que concierne a la estratificación social, el resultado empírico que arroja nuestra investigación es en parte contraintuitivo, pues parece cuestionar la evidencia de una sociedad en la cual la adhesión de las principales coaliciones de gobierno a pautas comunes de gestión económica, parecieran excluir inquietudes de este tipo. Sin embargo, el temor que se continúa asociando a la política es a la vez el fruto plural de una memoria histórica aún fresca y el lugar principal en el cual se expresa el “miedo” activo en la sociedad chilena. En todo caso, esta experiencia participa, creemos, incluso con tanta fuerza como el embate de la modernización cultural,<sup>215</sup> en el engendramiento del “miedo” que los chilenos expresan entre sí y hacia su sociedad. Lo que se observa, entonces, es un miedo difuso que, si seguimos nuestro material empírico, encuentra en la inquietud posicional una de sus más durables expresiones. Lo que aparece como común en los relatos de los actores, es el hecho, tan simple y tan profundo en sus consecuencias, de que en Chile, para volverlo a decir con las palabras de uno de nuestros entrevistados, la política afecta la vida personal, la familia, el trabajo, porque la política está en todo. Una experiencia que, con dosis menores y sin tragedia, reactivaron, incluso como imaginario, la transición de 1990 y momentáneamente la alternancia del 2010.<sup>216</sup>

### *Peligros y amenazas urbanas*

Esta tercera fuente de inconsistencia posicional es probablemente uno de los principales marcadores de la distancia social entre los actores en Chile hoy. Si el temor ante las acechanzas urbanas no está ausente entre las capas medias, su expresión es mayúscula entre los sectores populares, y sobre todo entre las mujeres, debido, particularmente, a que dado el peso del rol materno, son extremadamente sensibles a la amenaza que implica para el futuro de sus hijos. Un temor que produce un sentimiento a la vez de

resignación y de alerta permanente.

En este punto es preciso desembarazarse de imágenes estáticas. Sí, la ciudad de Santiago posee una morfología social marcada por una fuerte polarización social y segregación residencial. La geografía social de las clases está sin duda muy bien reflejada, e inscrita, en la geometría de la ciudad (entre las tres comunas más ricas, por ejemplo, los niveles de pobreza solo conciernen a menos del 2% de la población. La cifra se eleva a 40% entre los residentes de las comunas más pobres) (De Mattos, 2004: 28). O si se prefiere, las personas de más altos ingresos se agrupan residencialmente en 6 de las 34 comunas del Área Metropolitana (Rodríguez y Winchester, 2004: 116). Una división que ha permitido a algunos analistas subrayar la pertinencia de la hipótesis de las “dos ciudades”, al considerar que las áreas ricas y pobres de Santiago serían independientes entre sí (Greene y Soler, 2004).

Sin embargo, entre los sectores populares, sobre todo D, se advierte un muy alto nivel de heterogeneidad interna. Algunos se aproximan en sus condiciones de vida a los sectores de extrema pobreza, mientras que otros se aproximan a estándares de clase media baja.<sup>217</sup> De allí que si bien el número de personas que viven en campamentos ha descendido fuertemente en el país (hoy apenas el 1%), detrás de la vivienda popular, y de la experiencia urbana, se escondan realidades muy heterogéneas según que se viva en un barrio céntrico o en una población, según se viva o no en un barrio cuya reputación ha deteriorado el valor de la casa adquirida (o en tren de adquirirse), sin contar, obviamente, con la calidad o la inseguridad que se percibe en el espacio urbano.

Es necesario calibrar esta heterogeneidad interna tanto más que ésta se produce, vale la pena insistir, en el seno de una ciudad marcada por una fuerte segregación y en donde, globalmente, 41% de los barrios de Santiago son socialmente homogéneos (Rodríguez y Winchester, 2004: 132). Sin embargo, insistamos, detrás de estos conglomerados estadísticos aparece, a nivel local, y dentro de los barrios, una fuerte fragmentación de situaciones y de experiencias. En breve, la indesmentible polarización urbana de Santiago esconde una miríada de microfracturas sociales. En efecto, al lado de una segregación residencial clara y neta (o sea a una escala residencial grande) aparece otra forma de segregación, a escala espacial reducida, observable en ciertos barrios, o fragmentos de barrios, e incluso en la versión santiaguina

de los barrios cerrados (Cáceres y Sabatini, 2004).

En todo caso es dentro de los barrios populares, en estos espacios segregados, y con fuertes desigualdades entre sí a nivel de la calidad de los servicios públicos, que se expresa principalmente el sentimiento de que la ciudad es una fuente mayor de amenaza posicional. En los relatos recabados, cuatro temáticas, verdaderos momentos narrativos, se repiten incansablemente. En primer lugar, el sentimiento de que, a pesar de no vivir en un buen barrio, allí donde uno reside, a pesar de las dificultades, las cosas no son tan malas como en otros lugares curiosamente muy cercanos. En segundo lugar, el sentimiento, constante en los relatos, testimonio de un proceso activo de cristalización de una memoria social, que el deterioro urbano es una experiencia reciente, de no más, o apenas poco más, de diez años, por lo general asociado a la llegada de nuevas poblaciones, y a una generalización, dentro de los barrios, de experiencias de robo o agresión. En tercer lugar, en la mayor cantidad de los testimonios, esta lectura se prolonga naturalmente con lo que se presenta como la principal explicación del fenómeno: la droga. Y en cuarto lugar, en muchos únicamente como aspiración, en otros como una estrategia felizmente realizada, se afirma el deseo inequívoco de irse del barrio. He aquí los cuatro grandes tiempos narrativos de la inconsistencia posicional de origen urbano. En la mayor parte de los relatos estas fases se superponen entre sí, sin embargo, es posible presentar los testimonios siguiendo paso a paso cada uno de estos momentos narrativos. Veámoslo en detalle.

[A] En primer lugar, el barrio de uno, no siendo bueno, no es tan malo como el de otros. “Es tranquilo el barrio (en Quilicura). Súper tranquilo adonde yo vivo, que yo vivo en la entrada casi, porque hay otra parte que es bien mala, pero que es bien adentro” Paula (SP). Se trata de una actitud observada también en muchos otros lugares y que testimonia, no solamente de la importancia de las estrategias de microsegregación dentro de las poblaciones o de los barrios populares, sino también de una de las grandes particularidades de la lógica de comparación entre actores a nivel urbano. A diferencia de lo que acontece a nivel de la experiencia laboral, en el ámbito urbano, el grupo de referencia con el cual los individuos se comparan, incluye siempre a otras personas que residen en barrios “peores”. ¿Por qué? Probablemente porque cualquiera que sea el deterioro vivido es imposible para los actores no percibir que es en ese espacio en donde, mal que mal, se

desenvuelven sus vidas. La familiaridad produce un sentimiento de afección urbana. En todo caso, y en la primera etapa del relato, los problemas, los verdaderos problemas, están en otro lado.<sup>218</sup> “Bueno, el lado de nosotros es súper tranquilo, porque son pura gente de trabajo”. Pero “sí, po’, en todos lados, usted sabe, hay problemas, pero ya pa’l otro lado, el otro lado es que hay gente mala... hay más niños desordenados adentro. Pero, por lo menos este lado es súper tranquilo, es súper bueno” Viviana (SP). Cecilia (SP) extrema este argumento: si su lugar de residencia es correcto, su barrio se degrada... ¡a diez metros de su domicilio! Las mismas personas que, como lo veremos en un momento, pueden convertirse en vehículos activos de los peores estereotipos de un barrio son, muchas veces, las primeras en expresar un sincero apego hacia el lugar de residencia. En todo caso, los estereotipos negativos no impiden la presencia de imágenes positivas.

[B] Segundo momento: la llegada de lo que muchas de las personas entrevistadas no han dudado en designar como los “nuevos”, y con ellos, el incremento de los robos y, por tanto, la necesidad de estar siempre en alerta. La llegada de nuevos habitantes cambió definitivamente el barrio, asegura Margarita (SP). “Yo antes tendía mi ropa ahí, pero ahora me robaron unas poleras de mi esposo que estaban nuevas... Yo generalmente nunca ando hasta tarde en la calle, menos ahora (...) A mi papá también le han entrado a robar, con perros y todo le han entrado a robar a la casa”. Frente a las nuevas poblaciones, la alerta debe ser constante. “Por decirte, este fin de semana tuvimos que llamar a mi hermano porque habían unos que estaban en la esquina que no eran conocidos...” Cecilia (SP).

Un fenómeno de este tipo ha sido bien analizado por Norbert Elias, gracias a la configuración entre los “establecidos” y los “marginales” (Elias y Scotson, 1965). Poco importa, señala Elias, la existencia o no de diferencias reales entre unos y otros, entre los habitantes de vieja data de un barrio y los nuevos habitantes. Lo importante es que esta disimilitud temporal de residencia produce sentimientos opuestos porque, inevitablemente, como los testimonios que siguen lo ejemplifican a cabalidad, los viejos habitantes, los “establecidos”, perciben a los nuevos, en el lenguaje de Elias, los “marginales”, como una amenaza multiforme, ya sea hacia sus estilos de vida, el control urbano que ejercieron hasta entonces o incluso en referencia al valor de sus inmuebles. En todo caso, la llegada de estos nuevos habitantes se acompaña, en los relatos, por la consolidación de una experiencia

particular de conflictividad social relacional, muchas veces asociada con formas de vida que se perciben como antitéticas.<sup>219</sup>

Detengámonos un instante en los “nuevos”. ¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? ¿No estaríamos aquí en presencia de una infraclase en el seno de los sectores populares? En breve, ¿existe o no una diferencia social y cultural mayor entre los unos y los otros? Con cautela, nuestro material nos permite dar una respuesta a algunas de estas preguntas. Estos “otros”, nuevos habitantes, si algunos proceden de las últimas olas de migración hacia la ciudad de Santiago, y según ciertos estudios provienen de sectores rurales, se caracterizan por lo general por una fuerte similitud social con los “viejos” habitantes. Es justamente el carácter tenue de la frontera entre unos y otros lo que el discurso crítico apuntala y refuerza, y que el temor de contagio hacia los propios hijos delata y traiciona. La frontera no es sino una línea de separación simbólica, y la distinción social y moral, una manera de recrearla.<sup>220</sup>

[C] Tercer momento: la droga. La presencia reiterativa de la droga en el discurso de los habitantes, y sobre todo de las mujeres de los sectores populares, testimonia un temor posicional que hace carne con un temor propiamente materno. El que los hijos resbalen hacia su consumo, el que los hijos se vean envueltos en su tráfico, el que los hijos sean víctimas de la violencia que el tráfico de drogas produce en los barrios. La aparición de la droga se suele hacer coincidir con la llegada de los nuevos habitantes.<sup>221</sup> Lo que se perfila es una verdadera microgeografía del temor, que no duda, regresando al primer momento del relato, en trazar una línea de demarcación entre diferentes subespacios urbanos.<sup>222</sup>

No es la intención entrar en la discusión aquí de cuán generalizado en efecto está el tráfico de drogas en el Gran Santiago, lo que interesa relevar es una experiencia urbana extremadamente extendida en los sectores populares, una experiencia en la cual el sentimiento de inconsistencia toma el rostro privilegiado de la droga. Amenaza el futuro porque corrompe a los hijos y los destruye, quiebra a las familias, horada la tranquilidad, hace que se desplomen los valores inmobiliarios afectando muchas veces el único patrimonio que poseen. De todas ellas, los hijos son el tema central y reiterativo especialmente y casi exclusivamente en las mujeres.<sup>223</sup> Detrás de la droga y del temor que ésta entraña para el destino de los propios hijos, aparece un sentimiento polimorfo de pérdida de control urbano. Resultado:

la necesidad no solo de proteger fuertemente la propia vivienda<sup>224</sup> sino también de desertar el espacio público.

[D] Cuarto momento: irse. Pero, si bien “irse” aparece como la inevitable conclusión de los momentos narrativos precedentes, esta posibilidad está lejos de ser generalizada. En primer lugar, por supuesto, porque aun si el anhelo puede ser masivo,<sup>225</sup> no todos tienen la posibilidad de pensar (todavía menos de poner en práctica) una solución de este tipo. El sentimiento es de encierro y de asignación urbana involuntaria; los afectos son intensos y amargos. La imagen de espiral urbana de degradación, y el sentimiento de estar atrapados sin salida, capturan el relato. El relato de Ingrid (SP) es conmovedor: “Yo lo único que le pediría a Dios es vender mi casa donde vivo, irme a otro barrio que sea un poquito mejor (...). Yo lo único que quiero, por ejemplo ahora, es irme de donde vivo, porque cuando yo llegué a vivir allí no era así po’ y ahora se ha transformado... El resto de la gente que ha tenido más plata, por ejemplo, ya se han ido de la villa, entonces como que ya somos contados los que estamos quedando y los que están quedando lo único que quieren es irse no más...”.

En segundo lugar, porque, a pesar de los temores, no todos quieren irse del barrio. Los afectos urbanos son reales y profundos. La familiaridad, el peso de lo conocido, las vivencias y recuerdos de una vida son razones mayores para persistir o lamentar el abandono del barrio, pero también es necesario subrayar que no tienen la potencia para negar la aguda transformación acontecida, como tampoco para evitar la salida. Claudia (CM) tuvo que abandonar su barrio, con el cual, confiesa, estuvo profundamente encariñada: “Muchos niños, muchos jóvenes delincuentes parados en las esquinas, que es una lata que estén ahí... Antes los mismos delincuentes uno los conocía, el tipo uno sabía que él era, no sé po’, asaltante, que asaltaba gente, uno sabía eso, que se dedicaban a eso, pero, incluso con ellos era fácil convivir, pero ahora está lleno de chiquillos que trafican que andan con pistolas entonces...”. Entonces, decidió a pesar suyo... mudarse.<sup>226</sup>

SI EN ESTE PÁRRAFO HEMOS privilegiado unilateralmente la experiencia de las mujeres de sectores populares, es con el fin de subrayar la especificidad de esta modalidad de inconsistencia posicional. Por supuesto, la preocupación por el robo e incluso la inseguridad urbana está presente

entre las capas medias y altas, pero, como ciertos estudios lo han mostrado fehacientemente, el temor urbano está concentrado en los grupos sociales más vulnerables socioeconómicamente. Y si por lo general tienden a hacer menos denuncias que otros grupos sociales, las denuncias por delitos y crímenes tienden, empero, a ser más significativas en los barrios de familias de menores ingresos (Dammert y Oviedo, 2004). Aún más, como lo veremos en otro capítulo, cuando la inseguridad urbana se manifiesta –y de hecho lo hace– entre las capas medias y altas, esta experiencia no solamente suele ser puntual, sino que, por lo general, nunca tiene grandes consecuencias en términos de posicionamiento social. O sea, la inseguridad urbana no es, en sí misma, un factor de inconsistencia posicional. Detrás de ella se expresa, entre los miembros de las capas medias altas, más un malestar ante el cambio social y la modificación de las relaciones sociales, o un temor físico, que verdaderamente un temor posicional.<sup>227</sup> Por el contrario, entre los sectores populares, y sobre todo entre las mujeres, la inseguridad cuando aparece abre inmediatamente hacia una experiencia otra, y sin duda más ansiosa: el temor de ver su posición social durable o definitivamente desestabilizada por las transformaciones sociourbanas.

Pocas cosas, por lo demás, expresan con más fuerza este desasosiego que el sueño de la casa propia entre los sectores populares. Por supuesto, se trata de una aspiración común, y presente en todos los estratos sociales, y en este grupo social muchas veces simplemente una necesidad inducida por la erradicación progresiva de ciertas formas de vivienda popular y de la expansión urbana.<sup>228</sup> Sin embargo, en lo que aquí nos concierne, la “casa propia” presenta dos rostros. Por un lado, es un principio de seguridad económica y social, en medio de una sociedad que se percibe atravesada por una inconsistencia posicional aguda.<sup>229</sup> Pero, por el otro, es también un refugio familiar y personal en medio de una ciudad que se percibe como agresiva y agotadora. Evidentemente, nada impide que los dos rostros de la casa propia comuniquen entre sí. Pero, en el fondo, lo que se juega en cada una de estas dimensiones es muy distinto, como lo veremos en el capítulo dedicado a la relación con los otros en el tomo 2. Lo importante es comprender cómo, en el registro que aquí nos interesa, ambas experiencias participan de una misma realidad: la casa propia puede convertirse en una fuente paradójica de desestabilización urbana. En efecto, a diferencia de lo que acaece entre las capas medias, entre las cuales la erosión del valor de un

bien inmobiliario solo ocurre, por lo general, por razones de crisis del mercado inmobiliario (lo que confiere a la “casa propia” un sólido significado de resguardo), entre los sectores populares la casa propia, su valor, puede ser, y es, afectado profundamente por cambios ocurridos en el vecindario. De fuente de protección se convierte así en una “trampa” que, al impedir la movilidad urbana, acentúa el sentimiento de inconsistencia posicional. Como lo resume Verónica (SP): “Aquí en mi casa me siento muy segura porque éste es como mi paraíso, o sea las plantas, el patio, la tranquilidad... Este es mi lugar seguro pero, claro, cada vez más, por el barrio, me estoy sintiendo más insegura...”.

### *La lógica imparable de los accidentes*

La última fuente de desestabilización que evocaremos es menos homogénea que las precedentes. O mejor dicho, es en su heterogeneidad en donde reside su profunda unidad. Se trata de un conjunto de factores disímiles, presentados y relatados como “accidentes”, y que vienen a perturbar más o menos definitivamente una trayectoria social, un proyecto de vida o una posición social. Imprevistos plurales que son percibidos como una amenaza permanente por la falta de una malla de seguridad que los proteja: “La verdad es que no tenemos mucha capacidad de ahorro, la verdad... Ahora estamos en un punto de equilibrio, pero ahora estoy medio preocupado porque nos estamos cambiando de casa, viene el invierno, el tema del poder de decisión... Oye, gastamos todo lo que recibimos mensualmente; el tema de los niños al colegio, sí, finalmente la plata que tenemos la gastamos ahora...” Reconoce, sin excluir del todo la hipótesis, que “si llega una situación de emergencia, bueno, habría que irse de la casa, arrendar la casa e irse a un departamento más chico...” Daniel (CM).

Los eventos referidos son múltiples y variados. Robos, por ejemplo, que se revelarán más o menos dramáticos en sus consecuencias, como el de una mujer de sectores populares, quien, por causa de la sustracción de documentos se verá en la imposibilidad de acreditar su derecho de propiedad.<sup>230</sup> Otras veces, y de manera mucho más frecuente, se evocan embarazos no deseados que precipitan uniones matrimoniales o conyugales que acarrearán problemas mayúsculos en términos socioeconómicos, una experiencia sobre todo y casi exclusivamente presente entre los miembros, hombres y mujeres, de los sectores populares. Para otros fue la violencia

sexual intrafamiliar Loreto (SP) lo que desencadenó un largo y accidentado proceso de errancia social o un conflicto familiar Francisco (SP), o una experiencia de depresión, cuyas consecuencias en términos sociales fueron particularmente agudas y durables, puesto que desestabilizaron profundamente sus posiciones sociales incluso mucho después que este estado patológico fuese superado. El desequilibrio también puede venir de un accidente de tránsito que se complica. “Nosotros enfrentamos ciertos problemas económicos, como familia digo yo, a principios de los 80; fue complicado para todo el país, pero particularmente para nosotros porque tuvo un accidente mi papá, después mi hermano perdió el auto, y cayó endeudado” Javier (CM). A estas experiencias vienen a añadirse, el abandono, la desaparición o el fallecimiento de uno de los padres, Daniela (SP); por la “locura” de una persona cercana, Eduardo (SP), sin olvidar, por supuesto, sobre todo entre las mujeres dueñas de casa, el impacto del deceso del cónyuge, cuya significación, si bien es por lo general disímil entre categorías sociales, puede en ciertas ocasiones dar lugar a fuertes desestabilizaciones sociales.

Pero es la emergencia de una enfermedad lo que mejor ejemplifica esta lógica, a tal punto los costos que ésta genera, muchas veces pone a prueba, no solamente la solidaridad intrafamiliar, sino, también, la capacidad de hacer frente a deudas que se convierten en crónicas.<sup>231</sup> El relato de Margarita (SP) es elocuente. Al sentir ciertos malestares, se decide a visitar varias postas “y en todas las postas me decían que era tortícolis por estrés. Y yo sigo con dolor y con un montón de medicamentos, inyecciones... y bueno, al final, mi hija mayor me vio muy mal y me llevó a la clínica XX. Ahí me internaron porque se dieron cuenta que lo mío era grave, me iban a operar allá pero era muy costosa la operación...” Tuvo, entonces, que cambiarse de centro médico y trasladarse a un hospital, pero igual “cuando me llevan la cuenta es un millón y medio. Porque me hicieron la resonancia y todo eso, un millón y medio salió... y eso se está pagando ahora”. Una factura que fue asumida con la ayuda familiar.<sup>232</sup> Pocas veces como frente a los accidentes de salud, la solidaridad intrafamiliar es puesta a prueba con tanta fuerza, y las gratitudes tan profundas.<sup>233</sup>

MUCHAS DE LAS EXPERIENCIAS de la existencia, cuya significación sin lugar a dudas excede, ciertamente, este solo registro, se caracterizan por ser

percibidas como fuentes activas de desestabilización. Toda la vida es, entonces, susceptible de convertirse en una sucesión ininterrumpida de dificultades, como lo atestigua el día de asueto de uno de los personajes de la novela de Nelson Pedrero (1998), *Corazón tan puto*, el que pasa de un problema a otro (incidentes administrativos, de circulación, institucionales...). Un cúmulo de dificultades susceptibles, y aquí está el meollo del asunto, de traducirse en causas durables de una “caída” social.

Una vez más, lo que nos interesa es poner de relieve la inconsistencia posicional que estos relatos dejan transparentar. En todos lados, la vida es marcada por accidentes trágicos, pero éstos no solo se declinan de manera diferente según los grupos sociales, sino que también son más o menos absorbidos por las posiciones sociales ocupadas por los individuos. Mientras más sólidas son éstas, menos las tragedias de la existencia tienen repercusiones *inmediatas* sobre las posiciones sociales. Por el contrario, y es el sentido de los testimonios recabados, en el Chile de hoy las vicisitudes trágicas de la existencia se traducen muchas veces en desestabilizaciones posicionales, riesgo tanto más real que muchos individuos, incluso con plena conciencia de los riesgos que asumen, deciden –o se ven obligados a decidir– dejar de cotizar ciertas formas de seguro. Una conciencia de riesgos que se expresa también con fuerza a nivel de las jubilaciones, un ámbito que, según una encuesta del 2007, para hasta un 71,2% de los chilenos era motivo de preocupación (Castiglioni, 2007: 76).

Experiencias propiamente existenciales, lo que en ellas debe retener nuestra atención en este momento son sus consecuencias en términos de inconsistencia posicional. Por supuesto, ¿es necesario decirlo?, estas experiencias no se reducen jamás a este aspecto y, por cierto, en los relatos reunidos no es necesariamente esta faceta la que es subrayada. El dolor insondable y el duelo interminable, el sentimiento de una vida que se detuvo o de una herida que nunca terminará de cicatrizar formen parte de esta verdad. Los relatos fueron muchas veces conmovedores. Algunos, acompañados por evidentes y larvados estados depresivos, partes de una intimidad que no nos corresponde develar. No en todos los casos, es claro, las pruebas existenciales se transforman en pruebas de inconsistencia posicional. Pero, la tendencia está presente, y, en el fondo, y a la luz de nuestros testimonios, más frecuente de lo que muchas veces se admite.

Volveremos a este tema cuando analicemos, bastante más adelante, la

prueba de la relación consigo mismo, pero avancémoslo desde ya: en Chile, la comprensión de los dilemas de la existencia son inseparables de un conjunto de temáticas sociales que les dan, una parte, sino necesariamente de su sentido, por lo menos de su amplitud.

### Una prueba social mayor

La lista de fuentes de inconsistencia presentada no es, y no pretende ser, exhaustiva. Otros factores podrán, sin lugar a dudas, añadirse. Pero lo que importa subrayar es la conciencia que esta realidad implica para la casi totalidad de los chilenos, y que hace que la posición social sea una prueba mayor en el país. Marta (SP) lo expresa con transparencia: la inestabilidad, dice, “forma parte de nuestra vida, tú lo manejas, lo que tú no tienes que hacer es que se te arranquen las riendas de la mano; si te arrancaron las riendas estás frito, aunque estén largas, aunque estén largas tú tienes que llevarlas”. Por supuesto, detrás de un común sentimiento de inconsistencia generalizada, las diferencias son notorias según el tipo de inquietudes y obviamente en función de los recursos, sobre todo económicos y sociales, que poseen los actores. Pero es un error reducir esta prueba únicamente a estas dimensiones. La sociedad chilena ha sido el teatro de cambios profundos, incluso de traumatismos colectivos, cuyas huellas están aún visibles en las relaciones sociales. Curiosamente, estas huellas –pensemos en las cicatrices de la historia– dividen a los chilenos en medio de una paradójica experiencia común: el sentimiento compartido de inconsistencia posicional.

En el marco de la sociedad chilena, la prueba de la inconsistencia posicional, transversal a muchos estratos sociales, es tanto más relevante cuanto el país ha conocido tasas importantes de crecimiento económico en las últimas décadas que se han traducido, a pesar del mantenimiento de las desigualdades sociales,<sup>234</sup> en un indudable sentimiento de mejoría y de prosperidad. Un sentimiento bien reflejado por ejemplo en las encuestas nacionales realizadas por el equipo del Desarrollo Humano entre 1998 y 2010, y que refleja globalmente que los individuos tienen la percepción de que su situación personal mejoró inequívocamente en las últimas décadas. Un proceso de enriquecimiento colectivo que se ha traducido en la percepción, mayoritaria entre los chilenos (hasta un 60%), de que sus condiciones de vida son mejores o mucho mejores que las de sus padres

(Torche y Wormald, 2007: 355). Sin embargo, si la sociedad chilena ha conocido un importante proceso de enriquecimiento colectivo en las últimas décadas, que se ha traducido en la casi desaparición de la indigencia y por una reducción de la pobreza,<sup>235</sup> este indudable enriquecimiento colectivo se ha acompañado por una “transferencia” hacia los individuos de la problemática de su nivel y tipo de integración social. Aquí reside la verdadera significación estructural de esta prueba.

Esquematisando nuestros resultados, puede decirse que la inconsistencia posicional es masiva entre los sectores populares, por lo general asociada a factores económicos y urbanos, pero también a efectos desestabilizadores producidos por los “accidentes” existenciales. Notémoslo, en este sector la política aparece como un factor de menor pregnancia. Por el contrario, entre las capas medias altas, las principales razones de la inconsistencia residen en aprehensiones de índole política y económica, así como, aunque más tenuemente, en algunos temores asociados a “accidentes”, mientras que la dimensión urbana se encuentra particularmente ausente. Pero a pesar de estas diferencias, nuestro material arroja una conclusión principal: en lo que concierne a la estratificación social, es preciso reconocer que detrás de la pluralidad de lugares, existe hoy en día en Chile un paradójico sentimiento compartido de inconsistencia posicional.

Es esta una prueba que introduce, entonces, una lectura transversal entre estratos, y que se encuentra en el origen de muchos otros fenómenos presentes en el país (los que analizamos en otros capítulos), comenzando, por ejemplo, con el exceso de demandas de protección que los individuos dirigen a sus familias; o, para dar otro ejemplo, por la necesidad de desarrollar estrategias de redes de favores y reciprocidades con el fin de paliar esta inquietud posicional, generando una suerte de “sistema funcional alternativo” (Robles, 2000); o constituyendo estas estrategias en prácticas sociales con una función incluyente y estructurante manifiesta (Barozet, 2006). El individuo debe “dotar” de consistencia a su posición social.

Para los individuos, la consecuencia de la realidad de la inconsistencia posicional, es en verdad doble. Por un lado, invita a los actores a tejer redes sociales para protegerse de los riesgos. Por el otro lado, frente a la conciencia de los límites de éstos, dado el carácter estructural, plural y permanente de la inconsistencia, se refuerza el sentimiento, en verdad la filosofía, de que en la vida hay que arreglárselas solo. Los individuos, en Chile, se perciben

obligados a buscar respuestas por sí mismos a una serie de falencias estructurales, lo que, inevitablemente, incrementa las inseguridades entre los actores. Un sentimiento que en su raíz, y cualquiera que sea el peso que les corresponde a los procesos económicos, no puede en absoluto reducirse a esta sola dimensión. La estabilidad posicional que ayer era transmitida por la alcurnia o el apellido, por la “decencia” mesocrática, y, para otros, por ciertas formas de protección salarial y comunitaria, es cada vez más percibida como una realidad globalmente inconsistente y que requiere, constantemente, el despliegue de estrategias indisociablemente personales, familiares y sociales.

La inconsistencia posicional aparece como un fenómeno estructural de primera importancia en la sociedad chilena contemporánea; una prueba que participa en la consolidación de un individuo que posee una experiencia subjetiva histórica inédita –la necesidad que todos perciben, bajo la coerción estructural, de desarrollar formas distintas de autoconfianza; en el fondo, y como lo veremos más adelante, una relación particular consigo mismo, los otros y las instituciones; una en la cual el sentimiento de tener, a fin de cuentas, que arreglárselas solos, y ello en contra de tantas evidencias contrarias (redes, familias, políticas sociales...), se impone como prescripción; una transferencia, o mejor expresado, una solicitud creciente de los individuos en tanto que “actores” de su posición social, la que tiene consecuencias mayores.

La posición social se ha convertido, en dosis individuales inéditas, en una prueba colectiva en Chile.

<sup>[1]</sup> Se trata de las armas del padre. (N. de los Autores)

<sup>[2]</sup> Vale la pena insistir: más allá de la rigurosidad fáctica de los testimonios, lo que cuenta en este punto es la fuerza afectiva y emocional que ellos revelan. Independientemente que los hechos descritos puedan ser apoyados o no por documentos históricos, la realidad percibida por los ojos de la entonces niña y hoy mujer adulta revela la experiencia por la cual factores políticos se terminan por inscribir como fuentes actuantes de inestabilidad. (N. de los Autores)

## Desequilibrios temporales

LA GESTIÓN DEL TIEMPO ES UNA prueba mayor en la sociedad chilena. La prueba de los dominios tempo-vitales, a la que está dedicado este capítulo, lo que pone en el tapete es el enorme desafío que representa para los individuos la articulación temporal de las diferentes esferas que componen sus vidas. El enfrentamiento estructural a una articulación problemática del tiempo se revela, esencial pero no únicamente, en la extensión de una experiencia marcada por fuertes desequilibrios temporales, y, como argumentaremos a lo largo de este capítulo, se inscribe en una coyuntura particular. Por un lado, porque se despliega en un contexto caracterizado por un déficit crónico de legitimidad para ciertos ámbitos, y lo que ello implica en términos de la escasez de soportes institucionales. Por otro lado, porque el conjunto de profundos desequilibrios está fuertemente asociado con la hegemonía absoluta del trabajo-sin-fin.

Este capítulo está, por tanto, destinado al estudio del tiempo en la sociedad chilena actual pero desde una perspectiva particular: a diferencia de las muchas maneras como el tiempo ha sido estudiado en la sociología (Adams, 1990; Tabboni, 2006), en lo que sigue nos abocaremos esencialmente a mostrar bajo qué modalidades éste se ha convertido en una prueba mayor del proceso de individuación propio de esta sociedad. En consecuencia, este abordaje no adopta la perspectiva del uso del tiempo, a través, por ejemplo, del estudio de los presupuestos-tiempo (la manera cómo los individuos utilizan el tiempo en distintas actividades a lo largo de un día o semana). Por interesantes que sean las investigaciones consagradas al uso del tiempo, ellas poseen, desde la perspectiva de nuestra preocupación en este libro, una doble dificultad. Por un lado, muchas veces estos trabajos, al interesarse en dimensiones macrosociales descuidan sus consecuencias y significaciones en las vidas personales, y tras ello pierden de vista lo que este aspecto implica en la comprensión del modo de individuación. Pero, por otro

lado, cuando el análisis se centra en detalle en las actividades temporales efectuadas en el lapso de un día (trabajo, transporte, vida social...), el resultado puede ser rápidamente decepcionante debido a que, como la novela del siglo XX lo mostró magistralmente, la densidad de las actividades, prácticas y mentales, que nos ocupan diariamente, desafían cualquier programación descriptiva de esta índole. Las grandes definiciones dejan, en efecto, siempre escapar elementos esenciales (¿cómo descuidar que en el trabajo se conversa, se hacen pausas, que los trabajadores se ausentan mentalmente, telefonean...?). Detrás de su aparente precisión, los estudios de presupuesto de tiempo suelen dar una descripción somera del uso efectivo del tiempo por los individuos.

Por supuesto, se podría argumentar que este tipo de investigaciones pueden ser utilizadas para el estudio de la articulación de los tiempos. Es cierto, y, es más, sus resultados pueden ser muy relevantes. Por ejemplo, Carlos Catalán y su equipo realizaron, a fines de los años 90, un estudio desde una perspectiva de esta índole con el fin de describir el uso del tiempo entre santiaguinos. Éste los llevó a diferenciar entre distintos perfiles según que los actores lograban o no una articulación entre distintas actividades sociales, o tenían por el contrario tendencia a privilegiar una actividad principal (trabajo, medios de comunicación, etc.).<sup>236</sup> El resultado es valioso pero se aleja de lo que proponemos denominar como el aspecto estructural de la prueba tempo-vital. En efecto, en ésta lo que nos interesa subrayar es menos la diversidad de perfiles presentes en la sociedad, que la tensión estructural a la cual, globalmente, están sometidos todos los individuos. En este sentido, y aun cuando, a todas luces, un ama de casa padece esta prueba de manera muy distinta a la que puede hacerlo un asalariado, lo importante es comprender el desequilibrio estructural de dominios al cual están confrontados los actores.

Para mostrar la fuerza de esta prueba en la sociedad chilena hoy, procederemos en varias etapas. En un primer momento, delinearemos el problema de la legitimidad de las diferentes esferas tempo-vitales desde una perspectiva histórica. En un segundo apartado, presentaremos las características que adquiere cada uno de estos dominios en un momento como el actual. En la tercera sección, nos centraremos alrededor de algunas grandes figuras de desequilibrio observables. La interpretación busca aquí establecer un vínculo entre procesos estructurales, lógicas institucionales y

experiencia temporal de los individuos, atendiendo a que la diferenciación temporal introduce importantes variantes no solo entre grupos, sino en el seno de un mismo grupo social (Elias, 1996).<sup>237</sup> Por último, en la sección final, abordaremos las principales consecuencias sociales que esta prueba tiene en el proceso de individuación actualmente vigente en Chile.

#### Cuatro dominios tempo-vitales: variaciones societales

Los dominios temporales son el resultado (en combinaciones muy disímiles) a la vez de políticas públicas, luchas sociales, transformaciones culturales y aspiraciones individuales. Para entender estos dominios resulta relevante romper con la visión de que la vida social siempre ha sido organizada a través de los mismos dominios (entre otros, el trabajo, la vida doméstica, los rituales religiosos y colectivos). No solamente los dominios cambian de significación con el tiempo, sino que, sobre todo, ciertos dominios se inventan literalmente en ciertos períodos. Por otro lado, resulta especialmente relevante recordar que la constitución de cada una de estas esferas y su delimitación, han estado y están asociadas siempre a mecanismos de legitimación y disputas por la legitimidad.

En efecto, en el marco de la historia occidental, la dinámica entre los dominios tempo-vitales puede presentarse como el resultado de una sucesión, y de un conflicto, de legitimidades. Es así posible observar, en primer lugar, el predominio normativo indiscutido de la vida política (la identificación republicana de la virtud y de la ciudadanía). En segundo lugar, y como corte decisivo, la nueva legitimidad acordada al trabajo y a las actividades de mercado, presente, por ejemplo, en el individualismo de Tocqueville, y más allá de él, en el fundamento político y social de las libertades de los modernos o negativas (Tocqueville, 1961; Constant, 1997; Berlin, 1969). Es evidente, entonces, que en este proceso de escisión estructural de tiempos, fue el dominio económico –aquel que se halla en la base de lo que Tocqueville denominó, desde un marco liberal, el derecho de los individuos de retirarse de la “gran sociedad” y de la participación pública, para centrarse en el usufructo de sus intereses económicos y en una vida organizada alrededor de la familia y los amigos– la “primera” cesura que en términos de legitimidad se operó a nivel de los tiempos sociales. Es esta fisura en la tradición republicana en nombre de una nueva legitimidad, primero desde la economía y luego desde lo que se denominará la vida

privada, la que va a otorgar a estos ámbitos tempo-vitales una importancia societal mayor.<sup>238</sup> En todo caso, y en tercer lugar, es en la estela de esta transformación que la familia y detrás de ella la denominada vida privada, obtendrán una nueva legitimidad. Por último, desde los años 60, y en resonancia con una serie de importantes cambios culturales y de avances en la productividad, se asistió al reconocimiento de la legitimidad de un tiempo de ocio o de recreación personal, muchas veces denominado tiempo libre (Dumazedier, 1972; Gershuny, 2000), un proceso al cual sería posible añadir desde hace unos lustros, la afirmación, por el momento balbuceante, de un nuevo tiempo social –un tiempo personal o un tiempo para sí mismo.

En esta dinámica histórica, muy rápidamente evocada, dos aspectos deben ser subrayados. Por un lado, que la sucesión de dominios se produce y ordena en función de una construcción institucional y narrativa que tiene como elemento central el diferencial de legitimidad entre los ámbitos. Por otro lado, cada ámbito se consolida a través de una dialéctica constituida por un movimiento de liberación con respecto a una normatividad social precedente, y por un movimiento progresivo de recuperación de esta temporalidad liberada por diversos y nuevos controles sociales. Es así como, por ejemplo, si en un primer momento el dominio del trabajo, si seguimos la lectura de Tocqueville, debió ganar su legitimidad frente a la normatividad republicana, progresivamente el trabajo, que en su inicio se ciñó al modelo del trabajador independiente, cedió el paso a una nueva problemática social y política con la extensión del asalariado (Castel, 1995; Lasch, 1991). Del mismo modo, la vida familiar que en un primer momento fue una liberación cultural con respecto al mundo del trabajo, fue progresivamente puesta bajo el control de un conjunto de regulaciones públicas (Donzelot, 1977). Por último, el denominado tiempo libre, luego de una primera fase de emancipación, es cada vez más estructurado por actividades de recreación institucionales o por actividades de consumo mercantiles.

En resumen, en el caso de Estados Unidos y Europa, entonces, la fisura de la hegemonía temporal propia de la tradición republicana (que privilegió durante siglos la vida en la *polis* como la virtud suprema) se produjo a través de un conflicto de legitimidades: primero desde la economía; luego desde lo que se denominará la vida privada; por último, desde el llamado tiempo libre. Tres procesos que le van a otorgar a estos ámbitos tempo-vitales una importancia mayor en la comprensión del individuo en el marco de estas

sociedades.

EN EL CASO CHILENO, se ha dado también la consolidación de cuatro grandes ámbitos tempo-vitales en parte similares a los que venimos de presentar: el trabajo, la familia, la vida social y la participación asociativa o cívica, y el denominado tiempo libre.<sup>239</sup> Pero si a primera vista estos dominios aparecen análogos a los presentes en otras sociedades, es evidente que sus características son muy distintas a causa de su particular evolución histórica. O sea, si bien el origen primero de esta realidad se encuentra en el proceso mismo de diferenciación social, no se puede deducir de ello, por estructural que éste haya sido en la modernidad, que se haya seguido el mismo derrotero en todas las sociedades nacionales.<sup>240</sup>

En Chile, la historia específica de la constitución de las esferas tempo-vitales está todavía por escribirse. Sin embargo, es posible, en virtud de lo que se encuentra a disposición, proponer que la evolución ha sido distinta a la que venimos de recordar para otras realidades. En primer lugar, porque el peso de la tradición republicana fue mucho más endeble a la hora de caracterizar la virtud central de la individuos e incluso de la identidad nacional (Larraín, 2001). De este modo, si la dedicación ciudadana nunca se encontró, como en tantos otros países de América Latina, en el vértice de una concepción normativa sobre el ciudadano autónomo (Paz, 1979; Nugent, 2001), la constitución de otra esfera temporal, el trabajo, no tuvo que obtener una legitimidad cultural específica frente a ella. Se trata de una especificidad que sugiere que desde sus orígenes los ámbitos tempo-vitales han tenido una historia particular, distinta, en el país. Que el trabajo no tuviera que afirmar su legitimidad frente a la virtud republicana como dominio por excelencia de la realización personal, inaugura un trayecto caracterizado por la ausencia de debates y disputas públicas sobre la legitimidad de las esferas temporales y, por tanto, por la falta de una historia institucional concurrente que se hiciera cargo de los resultados de estas confrontaciones. En Chile, el desenlace de este proceso aparece, desde sus inicios, como un conjunto de soluciones prácticas que los individuos tuvieron que encontrar para organizar temporalmente sus vidas.

Por supuesto, no es tan unidireccional. La legislación laboral, las regulaciones expresadas por las instituciones religiosas, la extensión progresiva de los derechos políticos y la aparición de una sociedad de

consumo vinieron a enmarcar este proceso. Pero esta realidad, y es el corazón de la diferencia, no se organizó nunca verdaderamente a través de grandes debates de sociedad alrededor de la legitimidad respectiva de cada uno de estos tiempos sociales. Tomemos el caso del trabajo. El trabajo impuso desde el inicio su primado fáctico sobre todos los otros ámbitos. Obviamente, en Chile existe una producción legislativa en torno al tiempo legal del trabajo y a la necesidad del descanso e incluso una valorización de las vacaciones,<sup>241</sup> así como discusiones sobre la importancia de la presencia de la mujer en el ámbito privado en tanto que factor clave de decencia y de producción de la nación (Roseblatt, 1995). Pero estos debates, y cualesquiera que hayan sido los límites temporales que se impusieron al dominio propiamente laboral, no cuestionaron nunca verdaderamente su primacía fáctica. Es, precisamente, sobre esta herencia caracterizada por una ausencia de debates sobre la legitimidad de la dedicación temporal a las diferentes esferas y por la primacía fáctica que adquirió el trabajo, que es posible leer los resultados que hemos obtenido.

Los dominios tempo-vitales en la sociedad chilena actual

Lo que precede no tiene otra vocación que la de recordar algunos factores que, desde una perspectiva diacrónica, permiten dar marco, a grandes rasgos, a la modalidad en que la prueba tempo-vital se da en la sociedad chilena actual. Una especificidad que reside menos en el perfil de los cuatro grandes dominios que hemos esquemáticamente distinguido, que en la manera en que los individuos deben enfrentar esta prueba (por lo general, en medio de escasos soportes institucionales y en medio de un déficit crónico de legitimidad para ciertos ámbitos) y, por otro lado, en medio de un profundo desequilibrio: el trabajo-sin-fin fagocitando el uso del tiempo. Pero antes de abocarnos al estudio de las experiencias individuales, resulta necesario establecer algunas características estructurales de cada uno de estos dominios.

### *El trabajo-sin-fin*

El trabajo-sin-fin es una realidad omnipresente en la sociedad chilena.<sup>242</sup> Esta situación, en un primer nivel de análisis, no es en absoluto una novedad (Salazar y Pinto, 1999b). En el país, el predominio del trabajo se inscribe históricamente en una necesidad de índole económica o de dependencia laboral (piénsese en las condiciones específicas de los trabajadores en las

haciendas) o incluso de control de los sectores populares, aspectos que no dieron lugar, sino marginalmente, a verdaderas pugnas de legitimación (a diferencia sensible de lo que la ética protestante produjo, por ejemplo, en otras sociedades). Ciertamente, la “holgazanería” o el “vagabundeo” fueron dos de los grandes vicios contra los cuales tuvo que luchar un proyecto de disciplinamiento de la mano de obra en el país durante el siglo XIX, y en ello hubo no solo consideraciones económicas sino también políticas,<sup>243</sup> pero frente a estos peligros para el orden social, el ámbito del trabajo, en su significación temporal, se impuso más como una coerción de clase que como el fruto de una nueva legitimidad social.

En todo caso, y es el aspecto mayoritariamente subrayado por los entrevistados, la vida laboral, y sobre todo la experiencia generalizada del trabajo-sin-fin, impone hoy su evidencia y su desafío por doquier. Es así como el volumen de tiempo consagrado a la dupla trabajo y transporte adquiere verdaderas proporciones cronofágicas. Se suscitan importantes experiencias de cansancio y desgaste, como la de esta mujer de sectores populares que trabaja de las 9 a la 1, y luego de las 17 a las 22, consagrándose entre uno y otro período a actividades domésticas, y que confiesa que “a las 12, a la 1 de la mañana, cuando coloco la cabeza en la almohada, yo no me quedo dormida, pierdo el conocimiento... y después al otro día a las 6 y media hay que estar en pie, y una no se puede enfermar, no se puede enfermar...”. En otros, la elasticidad y la disponibilidad laboral parecen no tener límites, como Néstor (CM), que trabajaba en el departamento de logística de una firma y recuerda que “teníamos bastantes problemas, entonces, era frecuente que me tocara quedarme hasta tarde, o sea once de la noche, doce de la noche, tres de la mañana... Y, eventualmente, también tenía que acudir los fines de semana”. Una implicación a la vez personal y temporal a la empresa que lo desestabilizó en profundidad al ser despedido. Lo que asombra no es solamente la longitud de las jornadas laborales, sino el tono de evidencia con el cual se lo relata: “Depende si llevo los niños al colegio llego a las 7:30 acá y me voy a las 8 y media o 9 (de la noche)...” Evidentemente con esos horarios, los jefes le dan cierta laxitud horaria (...a veces). Y claro, estos horarios, tienen efectos severos sobre su vida conyugal, un aspecto que abordaremos en detalle en un capítulo ulterior (sobre las relaciones de pareja en el tomo 2): “Por supuesto mi mujer se queja, sí, es lógico. Yo hablo con mucha gente y ella habla con menos gente que yo, y,

entonces, cuando yo llego quiere hablar lo que yo ya hablé... entonces, obviamente... (ríe)” (Esteban, CM). Ya sea que piense sobre sus empleadas o sobre su propia experiencia, Claudia (CM) concuerda en que “no tenemos muchas instancias para recrearnos, es solamente trabajar. Nosotros acá llegamos, trabajamos, trabajamos, trabajamos...”.<sup>244</sup> El resultado es el sentimiento masivo de una vida devorada por el trabajo.

Pero es probablemente entre los trabajadores independientes<sup>245</sup> y los asalariados en situación de precariedad que esta actitud es más marcada. Entre estos últimos, en efecto, la existencia de un mercado laboral definido por la precariedad y una flexibilidad escasamente regulada, alimentan una distribución desequilibrada del tiempo (Soto, 2008). Elena (CM), asalariada pero aún no con contrato fijo, resume el sentimiento de estar teniendo que empalmar varios trabajos con el problema de “calzar los horarios” y el sentimiento de estar “corriendo para tratar de alcanzar todos los horarios. Todo el día corriendo”. En cuanto a los trabajadores independientes o dueños de empresa, la queja es estructural y constante: “Cuando tienes una empresa, por chica que sea, probablemente llegas igual a las 8 de la mañana, pero a veces son las 8 de la noche y todavía estás ahí, y te vas con la preocupación de que de repente hay un cheque que falta por cubrir” (Pablo, CM).<sup>246</sup> Procesos a los que aún es preciso añadir, en buena parte a causa de las TIC, la prolongación en el propio domicilio de la jornada de trabajo. En efecto, el trabajo-sin-fin también sobreimplica, al menos entre ciertos miembros de las capas medias altas, por el hecho de que no termina nunca, como cuando se “trae” trabajo a casa, como cuando las TIC hacen de cualquier lugar y momento un lugar y un momento de trabajo. El trabajo invade las vidas.

### *Trabajo y transporte: dupla cronofágica*

El tiempo de vida dedicado al trabajo se acompaña siempre de un tiempo coercitivo pasado en los transportes. El volumen de tiempo consagrado a la dupla trabajo y transporte, toma, en la gran mayoría de nuestros entrevistados en el Gran Santiago, verdaderas proporciones cronofágicas, atravesando géneros e incluso sectores sociales. Se refleja en las jornadas, por ejemplo, de un profesor de castellano que diariamente trabaja desde las 8 de la mañana a 10 de la noche dando clases en tres lugares distintos. O en las de las jóvenes mujeres de una fábrica cuyas jornadas van desde

las 9 de la mañana hasta las 7 de la noche, a lo que hay que sumarle los largos trayectos urbanos que, en promedio, para la población trabajadora en la ciudad de Santiago, son de 2,2 horas diarias, una situación especialmente sensible en los sectores populares, pero no solo allí (INE, 2008a y 2008b).

Frente a esta vorágine temporal, cada cual desarrolla su estrategia. Algunos adelantan la salida de casa para “ganarle” tiempo al trayecto: “Me demoro 20 minutos (en ir al trabajo), pero si hay tacos y me voy justo para llegar justo a la hora, me demoro 40 minutos. Por eso generalmente salgo muy temprano, salgo a las 6:45, llego allá a las 7 de la mañana” (Carolina, CM). La estrategia es común, sin que esta solución individual logre, por supuesto, resolver el problema colectivo de la circulación, aun cuando algunos logran obtener un cierto confort: “Yo nunca ando en las horas de los tacos, entonces yo no tengo el problema del taco a las 8, el taco a las 9, porque yo parto a mi trabajo más tarde y me regreso a una hora que tampoco hay taco” (Sofía, CM).

En la elección residencial, el tiempo de los desplazamientos puede incluso convertirse en uno de los parámetros centrales de la decisión. Este abogado lo confirma: se fue a vivir al centro de Santiago “porque todos los días el traslado de Providencia para acá era una lata, o sea quita mucho tiempo y mucha energía”. (Rodrigo, CM). O, como señala Gabriela (CM), dueña de casa: “porque el problema era cómo nos movilizábamos. Era hartito tiempo perdido con diferentes horarios, porque tenía a los más chiquitos, que salían a las doce; después la más grande salía a las tres. Cuando se quedaban a extraprogramáticas salían a las cinco; entonces era una locura. Yo era todo el día transporte escolar, yo no delegaba en transportistas ni nada... era muy, muy sacrificado”.

Coerción temporal a la cual se añade el estrés producido por las condiciones de transporte que, en nuestra investigación, coincidió con la reforma del transporte público (Transantiago). “Antes uno tomaba una micro, pero ahora la micro en la mañana se vienen sopladitas, es esa cuestión de tomar más pasajeros” (Cristóbal, SP). “Trato de tomar la micro en horarios en los cuales pueda irme sentado. Porque en el metro vas como animal ahora” (Guillermo, SP). “De mi casa a Las Condes, ¡juy! el otro día fui, y me demoré tres horas, depende de la hora del taco... Terrible, la locomoción no ha mejorado”. Sino “es una angustia andar en el metro; a la

hora del taco es como animales” (Alfredo, SP).

En todo caso, dato común, todos los entrevistados tenían una idea muy clara y precisa de su tiempo de transporte cotidiano, como Samuel (SP), que nos respondió sin necesidad de reflexionar: “Dos horas y veinte, ida y vuelta todos los días”.

Lo interesante es que la magnitud de este volumen de exigencia temporal aparece en los relatos como una necesidad, incluso una fatalidad, desprovista de toda otra legitimidad que la que impone la dura ley de la necesidad económica. Es así. No puede ser de otra manera. En todo caso, no se ve cómo podría ser de otra manera. Y ello tanto más que la sociedad chilena ha asistido, como lo analizaremos en detalle en el capítulo sobre la prueba del trabajo (tomo 2), a la consolidación de nuevas aspiraciones de consumo en todas las categorías sociales (Moulian, 1998a: 119). Y frente a ello, la búsqueda de más “pega”, para tener mejor pago, aparece como “la” mejor solución individual y como un horizonte colectivo compartido y legítimo. En todo caso, si nos apoyamos en los testimonios de las personas entrevistadas, ésta es una de las principales causas de sostenimiento de la sobreimplicación en el trabajo. Alfredo (SP) cuenta, por ejemplo, que trabajaba muchas horas extras “de las 6 de la mañana a las 12 de la noche y con las horas extras me compré una cocina con dos galones, también el comedor”. Transportista, Ramiro (SP) relata algo similar: exageró en el sobretrabajo y “a la larga eso te pasa la cuenta”. “Yo partía 7 de la mañana, digamos, y llegaba a las 11, 12 de la noche. A veces me llevaba el bus pa’ salir temprano al otro día de la misma casa, entonces dormía 2 o 3 horas y, entonces, las otras dos horas las dormía arriba del bus. Era esclavizado el asunto, pero como le digo para poder ganar un poquito más”. Una sobreimplicación que es vivida como una corriente que arrastra y que solo parece poder ser detenida por otro imponderable: el cuerpo que se niega a continuar. Sin otra razón que la cruda realidad económica, sin otro freno que la enfermedad que incapacita.

LA IMPLICACIÓN TEMPORAL EN EL TRABAJO es tal que en varias entrevistas el relato tomó una estructura ternaria: una fase de excesiva implicación laboral, la aparición de problemas de salud (psicosomáticos o somáticos), el deseo –o la necesidad– de aprender a equilibrar mejor sus vidas. Y a veces, muchas, la constatación de su difícil realización. En uno de

sus trabajos dice Fabiola (CM), “me di cuenta de que trabajaba todo el día, me llevaba pega para la casa y no me alcanzaba para pagar las cuentas... Dije ‘no tiene sentido’”. Decidió entonces trabajar de independiente y creó una empresa, “y allí morí de agotamiento. Me enfermé de todo, o sea me reventé y un día dije no, o sea, o me salgo de esta cuestión o voy a terminar de verdad enferma... Yo sentía, los dos últimos años, que me trasgredía físicamente todos los días (...) Entonces tenía abandonados a los hijos, la cabeza totalmente comida por esto... Y de repente, de verdad fue como un quiebre, ‘no puedo más’”. Más adelante durante la entrevista evoca en detalle sus enfermedades: “Perdía el equilibrio, taquicardia... me enfermé de los riñones... Me salieron quistes en la tiroides, me tuve que operar... Después me dieron como ataques de pánico, y en los últimos eventos que hice, como ganas de llorar”.<sup>247</sup>

La importante dedicación temporal en el trabajo es visible en todas las categorías sociales. Sean las condiciones de trabajo buenas o malas, la satisfacción laboral sea alta o baja, la gran mayoría de personas comulga con la experiencia de que el trabajo es el gran consumidor temporal de sus vidas. Por supuesto, y esto excede la lógica de acción de los individuos, esta realidad es inseparable de un modo de desarrollo económico que se basa, hasta el momento, más por una lógica de trabajo extensivo que por una presión institucional en dirección del incremento de la productividad. El resultado es que los chilenos se encuentran entre las personas que más tiempo consagran al trabajo a nivel mundial y que esta implicación temporal termina convirtiéndose, a ojos de muchos, en un parámetro inmodificable de la realidad.<sup>248</sup>

### *La baja productividad y la lógica de la presencia*

Si el tema es objeto de discusión entre expertos, entre los entrevistados la certidumbre fue masiva. Para la mayor parte de ellos, esta excesiva implicación temporal en el trabajo es el fruto de la baja productividad que existiría en el mundo laboral. Precisémoslo: lo importante no es la verosimilitud o no de esta afirmación (un tema particularmente discutido en las ciencias sociales en el país), sino lo que esta opinión señala en términos de representación colectiva (en particular, entre los miembros de las capas medias altas).

La crítica a la baja productividad está por lo general asociada a un

estereotipo colectivo: la existencia de un genio nacional corroído por la desorganización: “Acá probablemente somos menos eficientes (que en los países desarrollados), somos de muchas reuniones, de mucha conversa, se genera mucho tiempo ocioso que hace quizás que no seamos tan eficientes en el trabajo” (Alejandro, CM). “Como que todos trabajan, y trabajan pero la producción es pequeña. Somos capaces de rendir mucho más, pero somos tan despelotados...” (Carolina, CM). Luis (CM) es aún más enfático: “En Chile no se trabaja bien, nos damos muchas vueltas, la gente es poco productiva en el sentido de que se trabaja poco y se descansa, se trabaja poco y se descansa, es así como trabajamos los chilenos, somos muy del cafecito, la conversación, de hacer una cosa... Eso en la empresa gringa (en la que trabajó antes) es distinto, se trabaja mucho seguido y después se iban temprano no más”.

En verdad, y es un tema al que regresaremos en el capítulo sobre el trabajo, de lo que se trata, y lo que implícitamente se cuestiona, es una norma laboral particular. Una que exige la presencia permanente y larga del asalariado en su lugar de trabajo. Una norma no escrita pero vigente y actuante en las relaciones laborales. Claudia (CM), gerente de una firma lo expresa con inteligencia: “Trabajamos hartito, trabajamos hartito y a lo mejor no se compensa todo lo que uno trabaja con el ámbito económico... Entonces yo creo que nuestro sistema de trabajo es como muy, muy largo, mucho, trabajamos mucho a lo mejor o estamos mucho tiempo en el trabajo, podríamos con un esfuerzo hacer en menos tiempo lo que hacemos en un día...”.

La dimensión crítica de esta representación no debe desconocerse. En esta interpretación, la denuncia del exceso colectivo en lo que a los tiempos de trabajo se refiere, se explica menos por necesidades de índole económica o por aspiraciones de consumo, sino que es leído como el resultado de una norma de gestión del mundo laboral a través de lo que se puede llamar una *lógica de la presencia*. Esta exigencia implica que los trabajadores se perciban principalmente evaluados por el número de horas que permanecen en sus puestos de trabajo. Como lo señala Luis (CM), el mismo que, como venimos de subrayarlo unas líneas más arriba, criticaba esta realidad, “la cultura nuestra del trabajo nos obliga como que a quedarnos hasta las 9 de la noche, a las 10 de la noche, entonces, las relaciones laborales se tensan, la gente pierde su vida en el trabajo,

digamos, o sea no tiene otra actividad”. Notémoslo: esta lógica de la presencia se contrapone en sus formas (pero no en sus consecuencias) a la reportada, por ciertos estudios, para otras sociedades en las cuales lo que estaría en juego sería más bien una lógica de la eficiencia, la que al buscar tener permanentemente ocupados a los trabajadores cancelaría el futuro y produciría el sentimiento de un presente extendido (Nowotny, 1989).

Otros relatos, siempre en un tono crítico, ponen en cuestión menos el déficit de productividad, que el fruto del insidioso mecanismo de control informal que se esconde tras la lógica de la presencia. Para esta mujer de sectores populares, por ejemplo, la longitud de los horarios de trabajo esconde, a sus ojos, una actitud de hacer semblante: “Lo que importa es la imagen, llegar a la hora e irse todos a la hora, aunque estén todo el día jugando en los computadores” (Loreto, SP). Una opinión con la que concuerda este hombre de sectores medios altos: “Somos un poco trabajólicos porque la sociedad te da, como que te lleva el ambiente en general, que te lleva a ser trabajólico” (Alejandro, CM).

En Chile, como en tantos otros lados, el tiempo se “gana”, tiene un “valor”, se “ahorra”, se “invierte”, pero no es empero en estos términos como se traduce, y refleja, lo esencial del valor-tiempo en el trabajo. La idea de que el tiempo es un capital que hay que hacer fructificar constantemente, si bien presente en la sociedad, no es empero el lenguaje hegemónico para describir las experiencias personales. Por un lado, porque el tiempo se “pierde” con mucha facilidad, al decir de los actores, en el lugar mismo del trabajo y, por el otro, porque la principal fuente de presión reside más en la extensión de los tiempos –la presencia en la “pega”– que en la intensidad de su uso. Esto, a su vez, y dada esta tan larga presencia diaria en el trabajo, hace que una parte importante de la sociabilidad de los chilenos se haga inevitablemente, en el trabajo, lo cual, como lo veremos, trae consecuencias importantes para los ambientes laborales.

### *La familia, valor supremo*

La situación se complejiza en la medida en que la primacía fáctica indiscutible de la dedicación temporal al trabajo se da en un contexto social en el que la familia posee, en términos normativos, un indudable valor central (Valenzuela, Tironi y Scully, 2006; Valdés, 2007). En términos

axiológicos, el tiempo para la familia tiene una prioridad normativa sobre el trabajo, el ocio o la participación. Sin embargo, la realidad socioeconómica y sus coerciones trastocan estructuralmente el monto y tipo de dedicación temporal de los individuos a esta esfera.

En el corazón de esta tensión lo que se encuentra es el conflicto entre un ideal y la realidad. El tiempo del trabajo es concebido en el orden de la obligación constrictiva; el de la familia en el del ideal normativo. Imposible minimizar el rostro específico que tiene esta tensión en el país. Se trata, en todo caso, de una diferencia importante con respecto a otras sociedades en las que ambas realidades temporales, las del trabajo y la familia, entran en competencia *normativa* (Brannen, 2005). En Chile, normativamente el tiempo para la familia se encuentra por encima del tiempo del trabajo,<sup>249</sup> pero prácticamente, el trabajo absorbe casi todo el tiempo a disposición. De allí que se observe una cierta disociación en los testimonios según que el relato se haga en términos descriptivos o normativos: “Yo trabajo mucho, ando en una crisis porque ando muy cansado de hecho, porque trabajo mucho... Trabajo todos los días, sábado incluido, y, además, tengo la Concejalía... Entonces son jornadas largas, 12, 14 horas... parte importante de la semana, y el sábado jornada como de 8 horas”. ¿Y la familia? “Igual la puedo hacer porque tengo espacios entre medio; claro que se complica obviamente, claro que se complica... pero no la he minado...” (Adolfo, CM).

Sin embargo, no se asiste a un verdadero conflicto social y moral entre ambos dominios debido a que lo que se percibe como una necesidad económica inevitable evacúa de raíz esta posibilidad. Solo queda, entonces, la expresión de una frustración personal (el deseo de tener más tiempo para la familia) controlada por el sentimiento inevitable de que, dados los salarios y el nivel de los gastos estructurales, de todas formas resulta imposible no consagrar tanto tiempo al trabajo, una situación ante la cual muchos entrevistados expresaron cierta culpabilidad. Claudio (CM) reconoce así, por ejemplo, que siente una presión familiar, que le “piden más (dedicación)... y uno se siente en el fondo un poco culpable, cuando no le da el tiempo que la familia quiere y que uno cree que merece... Y ahí empiezan las inquisiciones al respecto”. Muchos otros entrevistados expresaron una tensión de este tipo, entre un anhelo y la “dura” realidad económica. “Claro, uno tiene que hacerse tiempo para estar con la pareja, pero uno está acostumbrado a esto (el trabajo), así que la persona que está al lado tiene que entender que esto...

no es fácil” (Enrique, CM). Se explica con más detalle. Con su pareja “tuvo problemas por el horario de trabajo”. La pregunta aparece con naturalidad. ¿Por qué trabaja tanto? “Porque hay mucha gente que depende de mí y yo no las voy a dejar”. Reflexiona un momento y enuncia lo que asegura es la principal contradicción de su vida, por un lado “trabajo, demasiado trabajo”, lo que, por el otro lado, le lleva a “perder algunas cosas familiares”, que él sabe, nos dice, que son lo más importante. “Lo principal es la familia, totalmente”.<sup>250</sup> En algunos, termina incluso por percibirse un desdibujamiento de la frontera entre trabajo y vida personal o familiar (Todaro y Yáñez, 2004).

La tensión entre esferas se expresa en malestar frente al hecho de que el trabajo-sin-fin desestabiliza los lazos familiares y produce malestar en la pareja, lo que se agudiza, dado que, como ciertos estudios lo han avanzado, esta sobrededicación al trabajo, y el desequilibrio que trae, se asemeja a una verdadera infidelidad profesional (Singly, 2002). El centro de interés del otro está en otro lado. Una perspectiva que en su dimensión crítica es, preferentemente, pero no exclusivamente, vehiculada por las mujeres. La vida familiar se resiente. “Es duro porque tiene solamente un día libre a la semana ahora, que es el lunes, si no trabaja todos los días, incluso los domingos; por eso le digo que es difícil juntarnos nosotros como familia, porque trabaja todo los días”. El cansancio del marido estructura toda la vida familiar (Viviana, SP). Esta implicación excesiva tiene consecuencias sobre la vida de pareja y la construcción de la intimidad: “Uno se va alejando, se van haciendo distancias, hay muchas cosas que pasan en la vida que no... yo no participé, él no participó, no estuvimos...” (Marisol, CM).<sup>251</sup>

LA EXPERIENCIA DE LA SOBREIMPLICACIÓN laboral femenina se expresa de manera particular. Animada por una fuerte voluntad de movilidad social, Daniela (SP) reconoce que su obsesión por el trabajo llevó a “gatillar todo... Por el tema de mi obsesión hacia el trabajo”. Ella no solo le hizo rozar el divorcio, sino que la condujo a un colapso por exceso de trabajo. La culpa en estos casos es una constante: “Yo puse en jaque a toda mi familia por un tema de pega, de querer progresar y exigí mucho a mis hermanos, por ejemplo, no les permitía a mis hermanos que salieran a fiestas; ellos me reclaman hasta el día de hoy y el hecho de que también soy un poco obsesiva...”.

Ninguna sorpresa en lo que precede. En concordancia con las atribuciones de género aún vigentes y los modelos de conyugalidad y maternidad presentes en Chile (Sharim, 2005; Guzmán y Godoy, 2009), la sobreimplicación laboral es vivida no solo con más culpa por las mujeres, sino que es mucho menos tolerada en sus parejas por los hombres. El tema de la desigual legitimidad de esta sobreimplicación en el trabajo entre hombres y mujeres es claramente evocada por Mónica (CM). La ausencia de su marido siempre era legítima. En cambio, yo, “si quería hacer algo en el horario en que no estaba la nana, yo tenía que ver cómo me las arreglaba; siempre parto de la base de que esas cosas eran de mi responsabilidad”. En concordancia, en nuestras entrevistas la sobreimplicación laboral fue esgrimida exclusivamente por los hombres como factor de separación de sus parejas.<sup>252</sup>

De este modo, entre las mujeres entrevistadas, el desequilibrio generado por el trabajo-sin-fin se expresa no solamente en términos críticos con respecto a la excesiva dedicación laboral de los maridos, sino que se expresa, también, dada la representación colectiva por la cual la salida de las mujeres del hogar es asociada a la idea de abandono de deberes, en culpabilidad y temores explícitos y constantes frente al riesgo de descuidar o sacrificar a sus hijos por causa de sus carreras. Allí donde los hombres logran dotarse de una buena conciencia, dado que la sobreimplicación laboral hace carne con su rol de proveedores del hogar, entre las mujeres el sentimiento de duda es siempre más profundo y las críticas del cónyuge siempre más devastadoras. Mariana (SP), empleada de casa particular, relata que su marido, “sin querer, me dijo que yo no les dedicaba tiempo a mis hijos... ¿Sabes?, cuando me dijo eso, lo único que hice fue encerrarme en la cocina y llorar todo lo que tenía que llorar... Porque... Porque era... yo los dejaba cuando los niños estaban durmiendo y llegaba cuando los niños estaban durmiendo”. La autocrítica teñida de culpabilidad es sincera y profunda y empuja a algunas mujeres al desarrollo de mecanismos compensatorios. “Al final me hacía un mea culpa diario que trataba de compensar con otras cosas... o sea de llegar por lo menos con algo de allá, compraba frutas, duraznos y me venía con unos tremendos bolsos, melones, de todo, para por lo menos sentir que llegaba con algo. Yo me sentía culpable por estar lejos” (Isabel, CM).<sup>253</sup>

De este modo, el trabajo-sin-fin y la lógica de la presencia en su encuentro con la permanencia de representaciones de género que definen el mundo de

lo doméstico y de la crianza infantil como femenino, son fuentes significativas de malestar personal y reveladoras de una tensión y desajuste entre las expectativas y coerciones de las dos esferas respecto a las mujeres. Las dificultades para la “conciliación” de esferas,<sup>254</sup> que se da en un contexto de presencia cada vez más importante de mujeres en el mercado laboral,<sup>255</sup> no es solamente resultado de las resistencias a la salida de las mujeres del hogar y la dificultad para reestructurar la división del trabajo y responsabilidades en la esfera doméstica en función de esta nueva realidad (Araujo, 2005b; Arriagada, 2005), es resultado, también, de que este ingreso coincide con una configuración del mundo laboral en el que las exigencias del trabajo adquieren una magnitud y voracidad nuevas y crecientes. Si el trabajo-sin-fin afecta a hombres y mujeres, en el caso de estas últimas sus efectos en malestar se multiplican debido a su relativamente “reciente” incorporación al mundo del trabajo y la obligación, que de ello deriva, de generar mayores rendimientos para legitimar su presencia en él. Lo anterior en un contexto, no obstante, en el que aún la sociedad las percibe como principales responsables del mundo doméstico y la crianza de los hijos. Frente a ello, las mujeres se ven empujadas a responder de manera fuertemente individual sostenidas en sus propios recursos, o, si es el caso, en aquellos que puedan agenciarse privadamente.

#### *La nana, variable de ajuste temporal*

En realidad, las relaciones temporales en el seno de la familia, en particular en los sectores medios y altos, son en Chile modeladas por la presencia (o la ausencia) de una nana en el espacio doméstico familiar.<sup>256</sup> Ya sea en el modelo “tradicional”, en el cual la mujer es ama de casa, o en el modelo más “moderno”, en el cual cada miembro de la pareja desarrolla su actividad profesional, en ambos casos, la nana, en el fondo, se ocupa de la intendencia doméstica de la casa. Este proceso de delegación puede ser muy agudo, como tantas personas entrevistadas lo reconocieron y como el film *La nana* tuvo la inteligencia de mostrarlo. No se trata de un aspecto menor. Muchos individuos en Chile, como lo señala Eugenio Tironi (2005: 280-282), viven en mucho gracias a la calidad de los servicios de la persona que gozan, en medio de una verdadera suspensión de la cotidianidad. O sea, es la nana la que en el fondo se ocupa de todo.

“Un tema que es importantísimo en la vida familiar es la nana. He tenido

pocas nanas pero siempre he tenido nanas, si no, no puedo trabajar. Es un pilar fundamental, yo tiro en broma cuando digo 'cuando se vaya la María quiero irme con ella', antes decía, 'cuando se vaya la Elsa quiero irme con ella' porque es un pilar fundamental, es un temazo, si no va la nana es un grave problema familiar, conmigo y en el caso de mis amigas también..." En la casa, dice, "yo no hago nada, yo compro por mail, ella pide las verduras por teléfono, cuando me dice '¿qué hago hoy señora?', 'María', le digo 'yo no sé cocinar, así que algo rico y chao'" (Marisol, CM). Las cosas de la casa siempre fueron resueltas, nos cuenta Blanca (CM) por "la nana, nana puertas afuera, sí, casi todos los años hemos tenido una nana puertas afuera". Una nana que "yo no la veo, porque ella llega a las 8 y se va a las 7. La nana ve a los niños, pero yo llamo a la casa, claro, si tengo un hueco me vengo qué sé yo, pero si no, no la veo".

Es por eso que en lo que concierne a la desigualdad temporal, la lectura en Chile, al menos en lo que respecta a las capas medias, tiene que hacerse en dos peldaños. Por un lado, sin duda, los hombres realizan menos actividades domésticas que las mujeres, pero por el otro lado, ambos delegan masivamente este ámbito a la nana, al punto de que las mujeres del grupo socioeconómico alto dan cuenta de hasta menos de 100 minutos promedio diario de actividad en las tareas del hogar, gracias, justamente a la presencia de las nanas. Solo de esta manera la presión doméstica decrece entre estas mujeres (Valenzuela y Herrera, 2006: 282).

La nana es así una verdadera variable de ajuste temporal familiar que, frente a la insuficiencia de políticas públicas, muestra cómo los individuos, en función de su posición de clase, se dotan ellos mismos, o sea, gracias a sus recursos financieros y en el mercado, de los servicios que requieren para hacer funcionar sus hogares. La conciencia es vívida entre los entrevistados. Comparando su calidad de vida con el que se tiene en grandes ciudades del Occidente del norte, Alejandro (CM) dice que aquí (en Chile) la vida "te permite tener servicios, servicios domésticos, algo que en los países desarrollados es muy difícil de acceder, sobre todo cuando uno tiene familias grandes. Yo tengo 3 niños, la empleada es para nosotros una gran ayuda, y, además, yo y mi señora trabajamos, entonces, pasan a ser casi indispensables para poder ambos desarrollarnos tanto familiar como profesionalmente". "Nosotros", nos dirá Gabriel (CM) "tenemos una nana muy buena que trabajó muchos años en la casa de mi

esposa y nosotros la llamamos del sur para que se viniera a cuidar a los mellizos. Y ella es la salvación, porque si no uno de los dos tendría que dejar de trabajar. Por el tema de los ingresos tendría que hacerlo ella”.

Esta delegación por momentos radical de la gestión de la casa a la nana no puede no tener consecuencias importantes. Por un lado, en lo que concierne simplemente al “gobierno de sí mismo” (el hecho de que la vida familiar, en las minucias de la cotidianidad, compras, facturas, etc., escape al control), y, por el otro, en lo que concierne al tipo de intimidad que se construye con los hijos, y más ampliamente en el espacio doméstico. Ana (CM) confiesa así, por ejemplo, que le gustaría que la nana se vaya a la hora que ellos llegan del trabajo para poder disfrutar de un “espacio propio”. Esto no dice nada de su mayor o menor intensidad o calidad, pero testimonia de lo que influye en su naturaleza en la medida en que una serie de aspectos personales e íntimos son tomados a su cargo por la nana. ¿Cómo, en el ámbito de esta división de roles, se sabe si algo es demasiado “personal” para pedírselo o no a la nana?

La nana, solución clasista, es una respuesta individual a un problema estructural. En todo caso, en este punto, es imposible no reconocer, dentro de la dimensión genérica femenina, un conflicto de intereses entre las mujeres de capas medias y altas y aquellas de los sectores populares. Dadas las relaciones de género existentes en el seno de las parejas, la autonomía temporal y la posibilidad de carrera de las mujeres de capas medias y altas en el país se apoya, se tenga o no conciencia de ello, sobre una realidad que hace que muchas mujeres de sectores populares se vean obligadas a “descuidar” sus propios hijos y hogares para cuidar y sostener el hogar y los hijos de otros.<sup>257</sup> El recurso de las nanas establece pues una cadena de dependencia y subordinación particular: las que pertenecen a los sectores medios y altos pueden, gracias a su contratación, generar un tiempo que dedican o bien a actividades profesionales o bien a actividades de recreación o de sociabilidad. Por el contrario, las mujeres de sectores populares se ven obligadas a dedicar un tiempo sustancial de sus vidas a las tareas domésticas, ya sea en sus propias casas (muchas veces en complemento de actividades laborales parciales o temporales), ya sea bajo la forma de trabajo asalariado en tanto que empleadas domésticas. Una distinción somera que, por supuesto, se torna más compleja en función de los distintos perfiles familiares: doble salario, monoparentales, nivel de

ingreso, desempleo masculino.

Los relatos son inequívocos. María, empleada doméstica, trabaja 6 días a la semana “entre comillas”. ¿Por qué entre comillas? “Porque igual uno tiene que llegar a lavar, tiene que llegar a hacer sus cosas, me voy pa’ allá, pa’ Recoleta, y de puro pensar que tengo que ir a Recoleta me da flojera” (tiene casi dos horas y media de transporte). Algo que se refleja en la relación con su hija, quien durante la semana se queda con la abuela: “De repente igual me da rabia porque me gustaría llevármela conmigo, pero no puedo, porque yo estoy todo el día en la calle y la veo un rato en la noche. A veces llegaba y la veía durmiendo... entonces prefiero que esté allá po’”. Verónica (SP) lo dice incluso con mayor carga crítica: “Yo admiro a las nanas (trabajó en eso unos años), sobre todo a las que trabajan puertas adentro, porque tú ya no tienes vida propia, empiezas a vivir la vida de otra persona”.

Retengamos lo esencial: dada la primacía valórica de la familia, los tiempos propios a los otros dominios tempo-vitales se encuentran en tensión, más o menos inevitable, con éste. No obstante, ello ocurre de manera diferenciada. Mientras el tiempo dedicado al trabajo posee una primacía fáctica indiscutible, por el contrario, la legitimidad del tiempo para la participación social o el llamado tiempo libre es, a todas luces, menor. O sea, si el tiempo de la familia se “inclina” delante del trabajo, se “impone” sobre los dos otros dominios. Entre la amistad, la participación y la familia, la última se impone como una evidencia.<sup>258</sup>

#### *El inevitable sacrificio de la vida social y asociativa*

La participación social, ya sea en actividades asociativas, religiosas o políticas, conoce una situación paradójica en el país.<sup>259</sup> Si su legitimidad no es nunca cuestionada, e incluso es objeto de todo un conjunto de publicaciones que no solo recuerdan su valor sino que también indican la presencia en la sociedad chilena de un fuerte deseo comunitario (Bengoa, 1997 y 2006; Tironi, 2005), éste es el ámbito tempo-vital que los individuos dicen sacrificar más fácilmente cuando se encuentran confrontados a la falta de tiempo: “La gente está demasiado ocupada en tener que sobrevivir; entonces, la gente no tiene la posibilidad de ver un poco más allá...”, afirma Verónica (SP).

En este ámbito se asiste, menos a un declive puro y simple que a una

transformación de los principios del compromiso y a la emergencia de una nueva figura de la participación y del militancia.<sup>260</sup> Lo que se impone en este ámbito es la búsqueda de un nuevo equilibrio. La participación no debe invadir la vida personal y familiar, y a toda costa se deben evitar sus repercusiones negativas.<sup>261</sup> Una exigencia que, como lo hemos visto en detalle en un capítulo anterior, acentúa el abandono de visiones ideológicas totalizadoras en beneficio de implicaciones más puntuales, como ello es visible en tantas asociaciones locales o de mujeres, en las que una vez que el objetivo es logrado (la construcción del campo deportivo, la sala cuna u otro reclamo específico), la movilización tiende a deshacerse. Resultado: la participación asociativa tiende, cada vez con mayor claridad, a concebirse sin ambages, y sin falsas ilusiones, como una práctica transitoria y específica. Lo que se consolida, entonces, es un perfil distinto de la participación: uno en el cual no es evidente ver únicamente el declive del hombre público, puesto que en este proceso aparecen también nuevas formas de vincularse con la vida pública y asociativa, menos totales, menos exigentes y, sobre todo, menos consumidoras de tiempo.

En las entrevistas, la falta de tiempo a consagrar a este ámbito o, lo que en este contexto indica lo mismo, la repercusión negativa de la participación sobre la vida familiar o personal, es ampliamente evocado. En algunos, todavía más; esto se expresa con un indudable sentimiento de incomodidad o de remordimiento. José (CM) lo expresa con claridad: “Mi vida... yo creo que es una consecuencia de un exceso de trabajo, por ejemplo, cuando fui dirigente sindical ya no tenía vida. No tenía vida privada. Era mi vida eso, *full time*, o sea yo trabajaba mi horario completo y después de sol a sol trabajaba de dirigente...”, antes de expresar la tensión entre sus ideales colectivos y los imperativos de la vida familiar, “es mi gran paradoja, digamos, en que he llegado a momentos extremos en que digo los ideales me distancian... me ponen en tela de juicio el espacio para compartir realmente con ellos (mi familia), para tener un mundo afectivo con mayores reciprocidades”. En resumen: dada la urgencia vital a la que el trabajo-sin-fin somete a los individuos, el dominio de la participación asociativa, política y religiosa aparece como una importante variable de ajuste temporal. Dada la legitimidad creciente de la vida privada y las presiones temporales a las que se encuentra ella misma sometida, la militancia política, la participación asociativa e incluso, algo fuertemente resentido por muchos de los

entrevistados, la práctica religiosa se encuentran bajo presión. A pesar de decirnos que cree “mucho en Dios y en la religión católica”, Paula (SP) reconoce que su frecuentación a la iglesia ha bajado: “Por decirle, antes iba mucho, pero después por el trabajo, uno deja de... no porque no quiera ir, sino por el tiempo, tan poco que uno se da...”. El cansancio impone ciertos ritmos: “Quisiera ir a la iglesia... pero... no hay excusa, pero trabajo todos los días, el domingo digo, ah día domingo, ¡no voy a salir! Y me quedo un rato más acostado...” (Juan, SP).<sup>262</sup>

En todos y cada uno de los casos, lo que se mencionó fue una frustración – en algunos incluso una cierta culpabilidad– por no cumplir correctamente con las obligaciones en estos registros. Por supuesto, las razones pueden ser múltiples, y muy diversas de las que fueron evocadas, al menos implícitamente como justificación de este descuido. Pero lo que nos interesa subrayar es la relativa coincidencia de estos relatos en torno a dos grandes factores vinculados: la falta de tiempo o el cansancio. En los dos casos, el trabajo-sin-fin, directa o indirectamente, es puesto en el banquillo de los acusados. Claudia (CM) lamenta así, por ejemplo, no implicarse más en política, y vivir “en una sociedad que no me gusta, que de repente tengo cargo de conciencia por el hecho de no hacer nada y estar dedicada solamente a la casa y el trabajo, la casa y el trabajo...”

### *Tiempo libre sin tiempo liberable*

Si el uso ha terminado por consolidar la expresión de tiempo libre –razón por la cual la retomamos aquí–, la expresión no está exenta de una ambigüedad y una complejidad fundamentales.

En términos de ambigüedad. Se trata de un tiempo que, por lo general, y de allí su nombre, se concibe como debiendo permitir que los individuos se liberen de las coerciones del tiempo vividas en otros ámbitos de la existencia. Pero, en la práctica, la lógica pasa por dos etapas. En un primer momento, se consolida estructuralmente un nuevo tiempo social que escapa al imperio de las regulaciones habituales y en el cual los individuos experimentan una forma de elección discrecional que contrasta fuertemente con lo que experimentan en otros ámbitos sociales en donde la temporalidad de sus vidas aparece como más sometida a coerciones externas. Pero en un segundo momento, este tiempo liberado es progresivamente organizado por nuevas regulaciones sociales, dejando entonces de ser un “tiempo libre” para

convertirse en un nuevo dominio temporal definido como un nuevo tiempo social colectivo. Esto es, el tiempo libre es siempre el resultado de una dinámica entre, por un lado, una racionalización creciente de las actividades que forman parte de este sector tempo-vital y, por el otro, la capacidad discrecional que permanece entre los actores de poder decidir en qué actividades afectar este tiempo. La primera lógica conspira, en un movimiento de tijera, contra la segunda. A medida que las actividades tienden a estandarizarse, el individuo se encuentra progresivamente empujado a regular sus conductas en función de parámetros temporales colectivos que se le imponen. Nada ejemplifica mejor esta ambivalencia que el hecho de que el tiempo libre sea tantas veces percibido, y juzgado, desde una perspectiva colectiva, como un “problema”. Es un problema porque existen, según parámetros colectivos, “buenos” y “malos” ocios (en función de cuáles actividades sean susceptibles de ser efectuadas en este ámbito temporal discrecional, algo que recuerda bien el adagio popular “el ocio es la madre de todos los vicios”),<sup>263</sup> y también, por supuesto, porque el tiempo libre, de uso discrecional, es un desafío importante en dirección de individuos que muchas veces, como lo veremos en un momento, no disponen de los soportes necesarios para poder lidiar con eficacia contra esta presión temporal.<sup>264</sup>

Ahora, en términos de complejidad. Para empezar es evidente que este ámbito temporal está marcado por un fuerte contraste entre perfiles sociales (clases, género, edad...), no solamente en lo que concierne al tipo de actividades de “ocio” que se practican, en donde las actividades individuales tienden a ser hechas por las capas medias y altas (ejercicio físico, *jogging*, gimnasios, yoga o pilates...), sino que incluso en las formas de recreación comunes a los diferentes grupos sociales, empezando por el “ir de compras”, ellas toman rostros socialmente distintos (carretes, fiestas, reuniones sociales, salidas culturales) (Catalán y Torche, 2005). Aun más. Dentro de este ámbito los individuos suelen incluir actividades que no se contarían convencionalmente en la categoría tiempo libre. Por ejemplo, en este dominio tempo-vital nuestros entrevistados incluyeron los esfuerzos de formación educativa permanente que efectúan a lo largo de sus vidas. Aquí, por supuesto, es menos la dimensión de “ocio” lo que está en juego, que el hecho de que se trata de una decisión personal hecha posible porque se dispone de “tiempo libre”. La complejidad aumenta, y se hace más

interesante, en cuanto que, muchas veces, habiendo sido elegido por el individuo mismo (es él quien decide afectar el tiempo discrecional del cual dispone para esta actividad de estudio) se convierte rápidamente en un tiempo fuertemente coercitivo (a causa de las exigencias temporales que ello entraña). Otro ejemplo de la complejidad, en una lista no exhaustiva, podemos extraerlo de lo que es una de las principales actividades de consumo cultural que hacen los chilenos en el llamado tiempo libre: la televisión.<sup>265</sup> Por un lado, porque la variación en su consumo entre grupos, sexos y edades es, una vez más, muy significativa, pero, por otro, porque este tiempo se desdibuja, en la propia experiencia de los individuos, con un tiempo familiar. La televisión, ¿es necesario recordarlo?, se mira muchas veces en familia, y es concebida como parte del tiempo para la familia, aun cuando la tendencia hacia una individualización de esta práctica a causa de la multiplicación de puestos de recepción se ha incrementado notablemente en la sociedad chilena.

Frente a estas dificultades, la utilización de la noción de tiempo libre obliga a tomar en cuenta dos prevenciones mayores. La primera, la consideración de que se trata de un ámbito que, en rigor, es más justo describir como un dominio de fuga permanente hacia adelante. El tiempo, bien vistas las cosas, nunca es “libre”, pero lo que sí existe es una aspiración individual y colectiva casi permanente a un tiempo liberado. Por otro lado, que sin desmerecer en nada el nivel de complejidad y las declinaciones posibles en el uso, cualidad y significación del tiempo libre, aquí lo que nos interesa subrayar es el carácter y papel que adquiere en el marco del desequilibrio en la articulación de las distintas esferas temporales que enfrentan los individuos transversalmente en la sociedad chilena.

El dominio del tiempo libre en Chile se caracteriza por una situación particular. En términos normativos, su legitimidad es menor que la del dominio asociativo, pero es sobre todo sustancialmente menos legítima que el ámbito del trabajo o de la familia. En la práctica, no obstante, las actividades de este dominio no solo tienden a ser privilegiadas con respecto a la participación asociativa o religiosa, sino que es desde la experiencia de su insuficiencia –en mucho a causa del predominio del tiempo para el trabajo y la familia– que se expresa lo esencial de la frustración entre los entrevistados en términos de “falta de tiempo”.

Por cierto, este reclamo podría ser relativizado. Como muchos estudios lo

han mostrado a nivel internacional, son muchas veces las personas que disponen objetivamente de más tiempo las que tienen menor participación en actividades culturales o sociales (Pronovost, 1993). En este sentido es evidente que la percepción de “falta de tiempo” puede esconder una falta de interés por cierto tipo de actividades, en particular culturales. Sin embargo, los testimonios recogidos no se limitan a esta sola dimensión. Lo que expresan inequívocamente es algo distinto: una experiencia efectiva y colectiva de escasez de tiempo. O, para ser más exactos, la presencia de un desequilibrio temporal de naturaleza estructural entre los diferentes dominios tempo-vitales. Un resultado que otros estudios realizados en el país corroboran: en Chile, el tiempo disponible sí importa en lo que concierne el consumo cultural no medial, al punto de que son los grupos que tienen, además del gusto, la oportunidad temporal para efectuar estas actividades los que más las realizan (Jiménez, 2005).

Esta “falta de tiempo” está directamente vinculada con la escasez de tiempo susceptible de ser liberado de las esferas vividas como particularmente constrictivas (el trabajo) o normativamente esenciales (la familia). El trabajo, una vez más, fagocita el tiempo. “Hay que pensar que me queda poco tiempo para hacer vida social, cuando tienes que estar todos los días con la cuestión de generar plata, más estar fabricando productos; entonces me quedo dormida a la una, dos de la mañana y empiezo a funcionar a las seis de la mañana...” dice Verónica (SP). Gabriel (CM) evoca su gusto por la caminata, pero confiesa “soy gerente general de la empresa, acá trabajan doscientas personas... así que no camino a ninguna parte, sencillamente, no puedo, no tengo tiempo”.

La sociabilidad amistosa u otras actividades relacionales, como ya lo hemos evocado, son, así, sacrificadas en aras del tiempo dedicado a la familia, y, en este sentido, la reducida sociabilidad en torno a la amistad en Chile es reveladora de esta realidad.<sup>266</sup> No tiene vida social, solo saluda a los vecinos, porque “acá es como que el trabajo te toma y no se puede...” “No puedo, el tiempo, el fin de semana lo dedicas pa’ la casa, los niños, qué sé yo...”, confirma Mariana (SP). “Santiago te chupa y la pega te chupa, entonces uno cada vez tiene menos posibilidades de hacer otras cosas” (Blanca, CM). Consecuencia, “no tenemos ese tiempo como para tener amistad con toda esta gente”. Esteban (CM) es enfático: “No hay tiempo libre”. ¿Y los fines de semana? Piensa un momento y responde: “vemos (con su esposa) 2 películas

en la cama”. Poco importan en el fondo las variantes o los perfiles sociales. Hombres o mujeres, sectores populares o capas medias, en un primer nivel de análisis, todos enfrentan este desafío estructural. Y en este ámbito, la “falta de tiempo” conduce al sacrificio del ocio personal y de la sociabilidad amistosa, en aras del tiempo dedicado a la familia.

### *El tiempo de los amigos*

En lo que toca a la amistad, dos realidades temporales deben ser cuidadosamente distinguidas, puesto que cada una de ellas da lugar a desigualdades distintas. No todos los individuos se encuentran en igualdad de condiciones y oportunidades estructurales para tener y sostener amistades.

En primer lugar, la amistad se produce en tres grandes momentos de la existencia: en la infancia, en la época de los estudios y, por último, las amistades se construyen, sobre todo entre mujeres, alrededor de la escolaridad de los propios hijos. Por supuesto, también existen amigos del barrio (en mucho asociados a los amigos de la infancia) y, algunos, pocos, nos hablaron, con un poco más de recelo, de los amigos del trabajo; sin embargo, fueron los primeros tres ámbitos mencionados los que fueron citados mayoritariamente. Ellos esconden una enseñanza sociológica. La geografía de la amistad no es equivalente entre los distintos grupos sociales o géneros. Si los hombres, gracias al trabajo, disponen de una vida social más activa, en todo caso, con mayor frecuencia de contactos y sociabilidad, en lo que se refiere a la amistad, las mujeres, y ello a pesar, como lo veremos, de la exigüidad del tiempo de que disponen dada la carga familiar, poseen un perímetro virtual más amplio a la hora de establecer o mantener amistades. Por otro lado, las capas medias disfrutan, estructuralmente, de más círculos de amistades que los sectores populares, al mismo tiempo que ponen en práctica mecanismos más o menos institucionales (como las reuniones de ex-alumnos) de mantenimiento de éstas: redes o contactos que, en mucho, simplemente no existen entre los sectores populares.<sup>267</sup> Obviamente, algunos tienen más predisposiciones idiosincráticas para hacerse amigos que otros, pero lo que nuestro material subraya es otro aspecto: estructuralmente los individuos no tienen las mismas oportunidades de crear o mantener sus amistades. La amistad, por íntima que sea como sentimiento, no es menos

un desafío estructural. Y tras él, una fuente importante de desigualdad social. Sin embargo, no es la única fuente de desigualdad en este ámbito. En segundo lugar, en efecto, a la mayor o menor facilidad estructural en hacerse amigos a lo largo de la vida, aún es preciso añadirle los momentos en los cuales es posible verlos. La armonización de las distintas esferas tempo-vitales entraña desigualdades sensibles entre los individuos en función de sus perfiles sociales. En algunos el sentimiento es simplemente el de un ritmo de vida tal que las amistades o no tienen lugar o solo pueden tener un lugar exiguo. “Súper difícil” verse con las amigas en estos tiempos, dice Magdalena (CM). “O sea, puede ser cada seis meses, porque no tienes minutos”. El comentario de Isabel (CM) es similar: “En realidad, amistades así como de todos los fines de semana, difícil, porque también estamos como cansados”. En lo esencial, notémoslo, la vida amistosa restringida, se explica, y se justifica, a causa de las cadencias temporales de la vida cotidiana. Constanza (CM), abogada y madre de una familia numerosa, es aún más enfática: “A veces a mí me pasaron años en que yo no tenía tiempo para verme con nadie, nos escribíamos en ese tiempo, nos escribíamos cartas”. En otros casos, es el trabajo-sin-fin el que tiene la incidencia más importante. Una queja que, bajo esta modalidad, es muy presente entre las capas medias. “Cuando se entra al mundo laboral”, el universo de la amistad como que se te va achicando” nos explica Alejandro (CM). “Con el tiempo me he ido alejando de los amigos, porque me he ido dedicando mucho al trabajo a lo mejor y el otro poquito de tiempo a mis hijos”, resume Claudia (CM).

Vale la pena una cierta prudencia. Muchos de los entrevistados, en oposición a estos relatos, no solo ven a sus amigos sino que también los ven frecuentemente, experiencias que muchas mujeres, sobre todo, pero no solamente, amas de casas, también nos dijeron tener con asiduidad. No es, por tanto, sino parcialmente, que la frecuencia de las amistades se constituye en el meollo de la dificultad. Lo difícil está, más bien, en la conciliación valórica: en el lugar que se les otorga a los amigos dentro de las disyuntivas temporales de la vida. Si el trabajo goza de una preeminencia fáctica indiscutible, entre la familia y las amistades existe un espacio de elección a disposición de los individuos. En verdad, un espacio de elección marcado por un claro imperativo normativo. La familia está antes que los amigos. Muchos se pliegan a esta situación.

Hablando de su mejor amigo (“éramos inseparables, estudiábamos juntos, salíamos a carretes juntos”), Néstor (CM) reconoce que “ahora nos hemos distanciado harto. Él está viviendo en Malloco con su trabajo, casado con dos hijos. Yo con mis compromisos familiares también; entonces, ya cuesta hacerse el tiempo”. Para otros, la jerarquía es explícita y clara. “Para mí es más importante mi familia que los amigos. ¿Sabes cuándo yo aprovecho a los amigos? Cuando mis hijos están de cumpleaños, cuando tengo una festividad en mi casa por cumpleaños, ahí los invito, ahí disfruto de estar con ellos”, reconoce Marta (SP). La amistad se localiza en los entresijos de la vida familiar y laboral. Magdalena (CM) lo enuncia claramente: “Tengo pocos amigos, porque tengo mucha familia”. Una articulación de la vida amistosa y personal alrededor de la familia que no es vivida de la misma manera entre los hombres y las mujeres.

En efecto, la regulación y muchas veces el sacrificio de las amistades personales en aras de la vida familiar es una experiencia particularmente frustrante entre los hombres que viven en este proceso, se constituye como la pérdida de uno de sus verdaderos espacios de autonomía. Y detrás de él, un proceso de pérdida de amigos. El matrimonio lo cambia a uno y aleja a los amigos. Fernando (CM) se queja: “Al haberse juntado con sus parejas actuales, se les acabó esa onda, ese *feeling* de pensar cambiar la sociedad, o hacer algo por eso, como que se les cortó esas ganas que tenían, no sé, yo creo que a mí no se me cortó mucho”. Hace una pausa, piensa un rato, y añade: en el fondo las mujeres “no los dejan salir...” Sebastián (SP) es todavía más transparente. Él, cuya vida personal es indisociable de un grupo de amigos (él dice “amigotes”), no duda en quejarse abiertamente del control que ejercen sobre sus amigos las parejas. “La mayoría dice ‘si nos conocimos así, nos vamos a morir así. No es porque nos casemos que nos vamos a distanciar’”. Sin embargo, la verdad, nos dice, “yo veo que al estar pololeando como que se los controla mucho. Uno no puede salir, ‘por qué no llamaste, por qué’”. En todo caso, para él, al menos en el período de su vida en que le hicimos la entrevista, su elección era clara: los amigos antes que la polola. No es un asunto menor. Durante mucho tiempo, sobre todo entre los sectores populares, el trayecto de vida entre el trabajo y la casa, muchas veces con una parada en el bar, y entre hombres, era uno de los raros espacios de autonomía. Progresivamente, este ámbito se restringe para algunos, se cuestiona para

otros. El ingreso tendencial de las mujeres en el mercado de trabajo, incluso entre los sectores populares, y el (muy) progresivo compartir de responsabilidades domésticas entre los cónyuges, complica esta posibilidad de “escapadas” masculinas. La sociabilidad de los hombres tiende, entonces, también a organizar su punto de gravedad alrededor de la sociabilidad familiar.

La imagen que resulta es, sin duda, menos nítida que en el caso precedente, pero no por ello una tendencia se perfila. En lo que se refiere a las posiciones sociales, y en contra de lo que cierto estereotipo cultural indica (sobre las cualidades de los miembros de los sectores populares en hacer fiestas y tener amigos), son las capas medias las que poseen estructuralmente mayores ámbitos potenciales donde forjarse amistades. En lo relativo a la desigualdad genérica, la situación es más compleja. El tiempo disponible para los amigos no es el mismo entre hombres y mujeres, pero por lo general falta tanto para unos como para otras, una escasez que, no obstante, no se expresa ni se combate de la misma manera. Una situación que hace que la amistad sea una prueba diferente según el género; una prueba que no es unívoca en su significación propiamente desigualitaria.

Al discurso crítico (la falta de tiempo) se le contrapone, empero, y a diferencia sensible de lo que ocurre en el ámbito asociativo, un conjunto de prácticas (deporte, formación permanente, evasiones mentales), incluso entre los resquicios de la vida cotidiana,<sup>268</sup> por las cuales muchos de los individuos entrevistados sostienen la aspiración de disponer o darse tiempo para actividades que, a sus ojos, forman parte mayor de lo que desean que sean sus vidas.<sup>269</sup> En otros, como lo veremos mejor en un momento, esto se expresa a través de un fuerte sentimiento de frustración. Sobre todo cuando se compara la propia situación con un ideal que, se supone, otros gozan. “Mi marido me dice ‘nunca tenemos tiempo para nosotros; nunca tenemos tiempo para relajarnos, siempre estamos preocupados de los niños, la pega, que la cosa, que esto, que lo otro...’ Entonces, sí, es difícil... Entonces, también a él a veces le dan ganas de tirar la toalla porque se cansa. Es como querer llevar una vida más normal, porque yo veo que toda la gente sale de su pega, llega a regar el jardín, no sé, como que se relaja, como que toman la vida como un caramelo, pero yo no” (Isabel, CM). Algunos nos dijeron

literalmente soñar con el tiempo libre, o sea con la perspectiva de “salir con mis hijos... no sé con mi pareja salir a comer, a bailar, al teatro, me gusta el teatro...” (Carmen, SP) antes de confesar que “como persona, como mujer” nunca le quedaba tiempo para ella...

El tiempo libre aparece como una quimera, pero una que no se abandona, al punto de que muchos de nuestros entrevistados hicieron de la posibilidad de contar con mayor tiempo libre un elemento fundamental de sus aspiraciones personales.<sup>270</sup> Los reclamos y la lectura del malestar cristalizan aquí, ya no como en el caso de la falta de tiempo para la familia del lado del ideal normativo, sino de la esperanza de bienestar personal y desde el registro expresivo individual. El tiempo libre, o más bien su ausencia, es una cuestión perturbadora, extremadamente personal y cargada de un muy alto grado de frustración.

#### El desequilibrio estructural de dominios

La articulación entre estos cuatro grandes dominios tempo-vitales se efectúa a partir de dos registros: el primero es de naturaleza propiamente social y se inscribe en la trama institucional; el segundo, por el contrario, ciñe las maneras cómo los individuos mismos logran lidiar con ellos. Es en la conjunción de estos dos aspectos que se vertebra la prueba tempo-vital. No obstante, vale la pena advertir que el hecho de que ciertos individuos salgan airoso de este desafío, y que incluso sea posible observar que entre algunas de las personas entrevistadas el tiempo pareciera ser realmente elástico, dado lo significativo (y a veces sorprendente) de la acumulación de actividades en los cuatro ámbitos, ello no consigue abolir la dimensión estructural del fenómeno que señalamos. A saber: la existencia de un desequilibrio estructural entre dominios tempo-vitales que, dada la importancia cronológica acordada a la “pega” hoy en día en Chile, aparece como una de las grandes especificidades de la individuación en el país.

El volumen del trabajo-sin-fin produce la vivencia de un desequilibrio temporal constante: se dedica algo de tiempo a la familia, tiempo que es vivido como un esfuerzo permanente y un constreñimiento moral personal; casi nada o muy poco a la vida asociativa, dominio que queda fuera en la medida en que es usado como factor de ajuste principalmente entre trabajo y familia; y finalmente, muy poco a las actividades del llamado tiempo libre, lo que es vivido, por muchos, como una traición a sí mismos. El desequilibrio

de los dominios temporales aporta a la impresión de estar enfrentando, con mayor o menor éxito, a una desorganización estructural de la vida social. Ya sea de manera directa o indirecta (piénsese en las amas de casa cuya desarmonía de dominios refleja la de sus cónyuges), todos ven sus vidas conmovidas por la lógica del trabajo-sin-fin.

¿Pero cómo caracterizar más precisamente la naturaleza estructural de esta prueba? ¿De qué manera las políticas públicas facilitan o no, en el país, la gestión de esta prueba? Por último, ¿cuáles son las estrategias desde las cuales los individuos intentan responder a este desafío?

*¿La aceleración de la vida?*

La acuidad de esta prueba es inseparable de las transformaciones sociales y culturales observables en el país. ¿Es posible entonces decir que en Chile, como en otras latitudes, la experiencia “moderna” del tiempo habría cedido el paso a una experiencia “posmoderna”? En la primera etapa, la modernidad, en todo caso claramente desde el advenimiento de la sociedad industrial, el tiempo se convirtió en una fuente fundamental de coerción. Como Lewis Mumford (1950: 23) lo indicó con razón, la máquina clave de la era industrial no fue la máquina de vapor, sino el reloj. O sea, la introducción de una disciplina temporal que encontró en la fábrica su verdadero foco de pregnancia, desde el cual, en radios concéntricos cada vez más amplios, se fue expandiendo hacia el resto de las actividades. Una realidad bien señalada por uno de los grandes símbolos de la protesta obrera en el inicio de tantas huelgas: la destrucción del reloj en los talleres de producción (Thompson, 1988). Pero, también, y de manera más sigilosa y ordinaria, la tendencia de muchos individuos a “resistir” a esta modalidad del proceso de civilización llegando tarde a todos lados... (Elias, 1996).

Sin desaparecer del todo, esta modalidad de control temporal habría empero dado el paso a una lógica temporal posmoderna marcada por una intensificación de los ritmos, la evanescencia de los momentos, la velocidad generalizada de la vida. Según esta interpretación, lo que se acentúa es un proceso de progresiva aceleración social e histórica de los eventos, una experiencia de la fragmentación del tiempo y una compresión del espacio-tiempo (Virilio, 1977; Jameson, 1991; Harvey, 1989; Rosa, 2005). En esta lectura, como Hartmut Rosa (2003) lo resume, tres grandes motores aportan a esta aceleración: la tendencia capitalista a “ahorrar” tiempo (porque el

tiempo es dinero); la generalización de la idea del cambio permanente como elemento mayor de la modernidad; por último, una aceleración del tiempo mismo como consecuencia, a nivel de las representaciones, del ingreso en una sociedad compleja, un proceso que, en el plano propiamente social, se vería inducido por una triple aceleración (tecnológica, del cambio social, y de los ritmos de vida), que se manifestaría por un incremento del número de actividades que deben efectuarse en un mismo lapso de tiempo, pero, sobre todo, por la aparición de nuevas fronteras e imbricaciones temporales (Adams, 1998), una realidad que haría que los individuos privilegien unilateralmente el tiempo presente como principal horizonte temporal de sus existencias, haciendo que, incluso, se “pierda” el futuro (Heller, 1999; Laidi, 2000). Una situación respecto de la cual la resistencia, individual y colectiva, supondría introducir mecanismos institucionales para limitar la velocidad de la existencia, puesto que en su ausencia, la vida corre el riesgo de transformarse en una experiencia de nomadismo en un presente fragmentado e interminable (Melucci, 1989; Bauman, 1995). Una experiencia que tiende a dividir a los individuos entre “rápidos” y “lentos”, y a hacer de una u otra de estas realidades horizontes normativos (Leccardi, 2009; Sansot, 1998). Un proceso que induciría incluso múltiples patologías, colectivas como individuales, a través de las cuales los actores buscan desacelerar sus vidas, en medio, paradójicamente, de una sociedad que ha ganado, empero, globalmente, en tiempo libre.

La imagen es plausible a muy grandes rasgos. No obstante, la prueba tempo-vital en acción en la sociedad chilena es, a pesar de ciertas similitudes de superficie, distinta a aquella que, desde la posmodernidad o el capitalismo tardío, ha sido avanzada para otras sociedades. O sea, y aun cuando este caso de figura exista, no es lo esencial. La dilatación del tiempo de trabajo y la legitimidad cultural avasalladora de la familia hacen que la prueba tempo-vital se caracterice menos por el problema generalizado de la “aceleración” que por el tema del desequilibrio entre los tiempos. Si fenómenos de aceleración no están ausentes en la sociedad chilena, al menos a nivel de las experiencias individuales, el núcleo de la problemática, y de la prueba tempo-vital, es distinta. El deseo mayoritariamente expresado por los individuos es la búsqueda de un equilibrio entre dominios. Y si la aceleración fue evocada, lo fue, sobre todo, como un rasgo de la ciudad de Santiago. La distancia entre los individuos en la capital metropolitana y las otras ciudades

estudiadas, está especialmente marcada por la diferencia en la experiencia urbana. Los ritmos acelerados de Santiago, el tráfico, las largas distancias, el transporte público y sus penurias dan un marco a la capital ausente en los otros casos. Las condiciones a las que se ven enfrentados explica, por ejemplo, que, como lo mostró un estudio, si hasta 39% de las personas interrogadas (a nivel nacional) expresó falta de tiempo, esta experiencia fue sobre todo expresada por los habitantes de Santiago (Valenzuela y Herrera, 2006: 281). Pero en la crítica de la aceleración se mezclan otros elementos: con mucha frecuencia la denuncia de la aceleración en realidad está asociada a la experiencia incómoda o rechazada que se tiene respecto a las interacciones con los otros. La queja por la aceleración termina por especificarse, en rigor, como la denuncia de un sentimiento difuso pero generalizado de irritación en las relaciones sociales, el que cobra especial importancia en los encuentros anónimos en los espacios públicos urbanos. Dedicaremos toda nuestra atención a esta prueba en un capítulo ulterior (Irritaciones relacionales, tomo 2).

#### *La prueba tempo-vital y las políticas sociales*

El equilibrio es el punto neurálgico de la prueba tempo-vital en Chile. Un equilibrio que, en ausencia de regulación institucional, aparece como un proyecto agónico. En este ámbito, el contraste entre la experiencia chilena y otras experiencias nacionales es notoria.

En la Unión Europea como en los Estados Unidos ha habido, en efecto, muchos dispositivos de lo que se ha denominado prácticas *Work-Life*, o sea prácticas de armonización entre la vida en el trabajo y la vida fuera del trabajo (Ollier-Malaterre, 2009). Estas prácticas incluyen flexibilización temporal y espacial del trabajo, y la puesta a disposición de los asalariados de un conjunto de recursos en términos de salud, cuidado de los hijos, vida cotidiana o proyectos personales. Se trata de factores que tuvieron que ser tomados en consideración a medida que la vida personal de los asalariados terminó imponiendo coerciones que los empleadores no pudieron más desconocer: resistencia a los desplazamientos, disponibilidades horarias limitadas, estrés, rechazos de promociones de carrera, tiempo parcial, e incluso dimisiones.<sup>271</sup> Resulta importante subrayar este punto. Si una producción importante de estudios y de políticas han tenido lugar en los países del Norte, ello se debió a la confluencia, por un lado, de nuevas

aspiraciones colectivas introducidas por el ingreso masivo, no de las mujeres, sino de las mujeres de clase media casadas y con hijos en el mercado de trabajo a partir de los años 70, pero también, y, por otro lado, por la toma de conciencia, en medio de una sorpresa incrédula por parte de las empresas, que los individuos no estaban ya dispuestos a pagar cualquier precio en aras de sus carreras (Martuccelli, 2006; Drago, 2007).

Se trata de una toma de conciencia colectiva que hizo que, en muchos de estos países, un entramado institucional distintivo y un lenguaje colectivo político hayan dado un marco para la articulación temporal. Aquí, la legitimidad del tiempo propio es mucho mayor (Beck y Beck-Gernsheim, 2001), y la conciliación de ámbitos tempo-vitales es una importante preocupación institucional que conoce, incluso, variantes nacionales en función de los modelos de Estado de bienestar (Esping-Andersen, 1990), y que tomó un cariz particularmente significativo en lo que concierne a las políticas sociales dirigidas a las mujeres (una expresión más de lo que ha podido denominarse como el matrimonio de las mujeres con el Estado benefactor) (Hernes, 1987; Lefaucheur, 1992). Políticas que, si han tenido resultados positivos en lo que concierne a las tasas de natalidad (Esping-Andersen, 2007), en otros registros, como el que aquí nos interesa, a saber la articulación trabajo-familia, son menos satisfactorios sobre todo desde una perspectiva femenina (Nicole-Drancourt, 2009). En todo caso, retengamos que esta problemática se ha convertido, en las últimas décadas, en uno de los más importantes sectores de innovación de políticas sociales efectuada desde una sensibilidad, si no necesariamente feminista, en todo caso colocando (al menos de manera parcial) en el centro de estas políticas la experiencia femenina, y más allá de ella, la vida concreta y cotidiana de los individuos.<sup>272</sup>

La relación entre el tiempo de trabajo y la vida fuera del trabajo, como venimos de sostener, dio así lugar a un conjunto importante de estudios, los que rápidamente plantearon la cuestión de saber cuál era el mejor término para describir precisamente la tensión entre ambos. El asunto no es meramente semántico. Para algunos, la idea de “conciliación” dejaba entender en exceso la posibilidad de un acuerdo por fuera de las coerciones sociales (Méda, 2001); para otros la noción de “equilibrio”, y el ideal implícito de un modelo 50/50, transportaba una carga normativa muy fuerte (Lewis, 2003). La noción de “articulación”, y sobre todo de “armonización” han sido

así muchas veces preferidas como una manera de indicar que, en el fondo, el proceso es por lo general iniciado y controlado por los empleadores. Por el contrario, y con el fin de mostrar el rol activo, y casi exclusivo que le toca al individuo en esta gestión, es que creemos que debe hablarse de una prueba.

En efecto, en Chile, y esto es fundamental, a pesar de ciertas medidas tomadas en esta dirección, el problema de la “conciliación” de los dominios tempo-vitales no es una temática institucional central. Por un lado, ello se refleja no solo en la escasez de políticas públicas que facilitan la articulación entre vida familiar y vida profesional (Arriagada, 2005), sino que, todavía más, las escasas políticas existentes en esta dirección son en muchas ocasiones el objeto de críticas abiertas. Por ejemplo, los derechos asociados a la maternidad, en su costo y características, han sido con frecuencia presentados como una de las causas de la situación deteriorada de empleo que conocen las mujeres en el país (Mauro y Yáñez, 2005). Por otro lado, la poca importancia institucional del tema se deja ver en la casi inexistente legitimidad del derecho a reclamar un tiempo para sí y su notoria ausencia en la agenda política, sea pública o institucional. Aún más: incluso cuando ciertos dispositivos legales existen, como el tiempo legal de trabajo, en la práctica este tiende muchas veces a ser incumplido tanto por los propios asalariados como por los empleadores.<sup>273</sup>

Es por ello que, en el caso chileno, el gran agente de regulación de la prueba tempo-vital en ausencia de políticas sociales e incluso de demandas colectivas estructuradas, es de hecho, por un lado, la empresa, o mejor dicho, el universo del trabajo, y por el otro, por supuesto, los propios individuos (a través, por ejemplo, como lo hemos evocado, de las nanas, o, simplemente, de una baja tasa de participación femenina en el mundo laboral). En el mundo de la empresa, son los estándares colectivos del tiempo que se le debe dedicar al trabajo, para cuya definición la lógica de la presencia ya discutida juega un papel muy importante, los que son uno de los grandes organizadores (y principal fuente de desequilibrio) de la experiencia individual.<sup>274</sup>

En este sentido, y este aspecto es central a la hora de comprender esta prueba, la diferencia no es menor entre sociedades en las cuales el desequilibrio de dominios tempo-vitales se inscribe en el registro de una historia conflictiva organizada alrededor de la obtención de legitimidades para nuevos ámbitos sociales (lo que se acompaña siempre, tarde o

temprano, de medidas institucionales que reconocen justamente esta legitimidad), y sociedades, como la chilena, en donde el desequilibrio de dominios tempo-vitales es esencialmente una prueba estructural a la que los individuos deben dar, a partir de sus diferenciales de recursos, y de manera muchas veces solitaria, una respuesta personal. Este desequilibrio de dominios se impone, así, con especial virulencia debido a que existe una relativa anemia de debates públicos y se está frente a la casi inexistencia de contra-tendencias institucionales a la invasión de la vida por el trabajo o a la desvalorización del tiempo libre. El sentimiento de soledad personal, en medio de cadencias temporales cotidianas particularmente duras, es, de este modo, una experiencia masiva, sobre todo entre las mujeres. “Aquí no hay nada que te ayude... O sea yo tenía que trabajar... y tú vas al supermercado y no tenías dónde dejar a los niños mientras tu hacías tus compras. Tú ibas al doctor y tenías que ir con los cuatro. Tenías que hacer todo con los niños. Había una señora que me iba ayudar y me decía ‘usted es igual que los conejos, anda con uno, anda con todos’. En el fondo yo siento hasta el día de hoy que a una el Estado no le ayuda a tener familia, no te da nada para que tú tengas familia, nada”. Antes de añadir, “en el fondo como mamá uno no se siente con el derecho de pedir ayuda, tampoco... ¿Me entendís?”, nos pregunta Constanza (CM).

Demos un paso más. Como venimos de indicarlo, la existencia o no de políticas sociales que intentan regular la prueba tempo-vital es más que importante. Sin embargo, no es solamente relevante la existencia de las mismas, sino el carácter de las mismas. Incluso cuando estas políticas existen, el principal objetivo es, por lo general, de índole estrictamente funcional (aumentar la productividad de los asalariados) y rara vez ellas se inscriben en una perspectiva emancipatoria más individual y plural (lo que supone tomar en cuenta otros ámbitos de realización personal). En este sentido es incluso posible observar un “retroceso”. En efecto, por ejemplo, allí donde en los años 70 y 80, el ocio fue un tema nuevo en las agendas públicas, que impuso nuevas exigencias individuales en el espacio del debate, su sustitución por la única temática de la conciliación trabajo-familia indica una reducción productivista de este profundo anhelo moderno. Para decirlo lo más claramente: incluso cuando esta problemática es objeto de políticas públicas, el hecho de que se reduzca esta prueba a la sola cuestión de la conciliación trabajo-familia, connota inevitablemente un déficit

institucional importante dados los anhelos y expectativas que desarrollan hoy por hoy los individuos. La oferta política traduce mal (e incluso a veces simplemente no refleja) la demanda ciudadana. Expresado para el caso de Chile: las demandas en dirección de una “sociedad del bienestar” no son en absoluto inexistentes, pero éstas tienden a ser descuidadas en aras de una “sociedad de consumo”.

En resumen: la prueba tempo-vital es acuciante, por cuanto un desequilibrio que es producido estructuralmente no es compensado o contrabalanceado por una voluntad institucional (o solo lo es parcialmente). Al contrario, es depositado sobre las espaldas de los individuos. Ellos deben encontrar, a su nivel y en medio de sus diferenciales de recursos, la manera de lidiar con este desafío. Este constituye un ejemplo significativo de la manera como en el marco más general de la individuación en Chile, una prueba puede, a pesar de una débil o escasísima visibilidad en el entramado institucional de la sociedad, ser altamente significativa a nivel de las experiencias individuales.

#### Estrategias individuales

En ausencia de fuertes y claras regulaciones institucionales, la prueba tempo-vital es enfrentada a través de todo un conjunto plural de estrategias por las cuales los individuos intentan equilibrar sus distintos ámbitos temporales. Un registro en el cual, y en lo que concierne específicamente a esta prueba, y sin que ello conduzca a minimizar lo que les toca en su estructuración a las diferencias de clase, tal como lo confirman otros estudios tanto nacionales como internacionales, la dimensión de género es decisiva (INE, 2009; INE, 2008c; INE, 2004). Cinco de ellas son particularmente importantes en nuestra investigación.

#### *La huida hacia adelante: el trabajo-sin-fin como soporte existencial*

“Te diría que estaba acostumbrado a un ritmo, a un ritmo de trabajo con objetivos claros, temas concretos y con espacios para dedicarle a eso. Y hoy día me veo que, que no... Me encuentro cuidando a mi hijo, haciendo pegas puntuales, al final estoy cargado con todo... igual paso ocupado con todos los cachos de mi señora, mi hijo, los trámites, las repartidas me tocan a mí... Entonces, con todas esas cosas, al final ya no puedo ordenar otras cosas” (Néstor, CM).

La primera estrategia es por lo menos paradójica, puesto que consiste en buscar un equilibrio personal a través del desequilibrio estructural. Más simple: en este grupo de individuos, el trabajo-sin-fin no es el problema, sino la solución. La figura no es por supuesto ni nueva, ni exclusiva de la sociedad chilena actual. En su origen, fue detectada hace varias décadas a propósito de la experiencia del desempleo. Como lo mostró el célebre estudio sobre *Los parados de Marienthal* en los años treinta, el desempleo afecta en profundidad a los trabajadores, puesto que, a la falta de autoestima que ello entraña, se añade muy concretamente un profundo sentimiento de desequilibrio temporal (Lazarsfeld, Jahoda y Zeisel, 1996).

Sin embargo, si esta experiencia no es nueva, ella toma una acuidad extrema en sociedades como la chilena. ¿Qué hacer de la jornada cuando se ha estado habituado, durante años, a las cadencias propias del trabajo-sin-fin? ¿Cómo se resiste a esta experiencia cuando las instituciones dan poco o escaso apoyo? Por lo general, como intuitivamente intenta hacerlo el asalariado de la cita que venimos de reproducir, organizando su vida *como si* estuviera inserto en una actividad profesional (Schnapper, 1981). O sea, y en términos menos edulcorados, el trabajo-sin-fin se convierte en el único horizonte temporal desde el cual parece posible sobrellevar la existencia.

Este testimonio estuvo lejos de ser aislado, y no solamente entre aquellos que vivieron experiencias de desempleo. En muchos, el trabajo se describió como una realidad a la cual se le dedicaba lo esencial del tiempo (o de la vida) sin que en el fondo se supiera muy bien por qué se le consagraba tanto tiempo...<sup>275</sup> Por supuesto, ante la pregunta la coartada de la necesidad económica fue por lo general de rigor, pero detrás de ella, muchas veces, se dejaba vislumbrar una necesidad de tipo existencial, una necesidad que remite menos, mucho menos, a la carencia de un sentido personal y colectivo de vida entre los chilenos (PNUD, 2002: 197) que a una dificultad muy concreta para sostenerse en la vida.

Francisco (SP) lo reconoce al hablar de su involucramiento con su actividad de taxista: “Es que era una costumbre; incluso si el vehículo estaba con problemas, yo me conseguía otro porque ya era una costumbre estar manejando, y después estar en la casa, estar en la casa y hacer que pasara el tiempo”. La “pega” permite soportar la existencia. “En realidad yo no puedo estar sin trabajo, estoy acostumbrada a trabajar y porque, bueno, habiendo más niños también se necesitan más ingresos...” (Isabel, CM). El trabajo, sea

cual sea la razón, es un soporte de la existencia. Ciertamente, su legitimidad es menor que la que le toca al ámbito familiar, pero aún así es un soporte lo suficientemente eficiente como para poder asumirlo públicamente (Martuccelli, 2007a y 2007b). Samuel (SP) que salió de un cáncer, lo expresa con sinceridad: “el remedio es la pega”.

### *El recurso obsesivo hacia el equilibrio temporal*

“No paro. Aquí tú llegas, corres todo el día porque tú sales de aquí, y tienes que preparar las cosas para el otro día, bañar a los niños, preparar las tareas, preparar almuerzo; no te alcanza el tiempo... Que a último momento los niños te dicen ‘se me olvidó algo’ y hay que salir rajada a buscarlo; ver el supermercado que está abierto hasta más tarde para ir a comprar lo que falta... Claro, hasta las compras que yo hago están programadas, pero las cosas extras te salen y tú tienes que ir corriendo, corres todo el día, o sea, correr todo el día y entonces cuando te acuestas en la noche estás muerta (...) Yo personalmente me levanto a las 6 y media, y voy a la ducha, porque ellos (los hijos) ya quedaron duchados de la noche, entonces mientras yo me ducho ellos están tomando desayuno; entonces ya después de vestirlos, se echa a andar el auto, se abre el portón, se echan los bolsos, porque todo estaba listo, porque nada a último minuto, todo organizado desde la noche anterior...”. El circuito empieza. Los deja en el colegio a las ocho, y luego los va a buscar a las 13 horas, “y los traigo al centro escolar que tenemos acá” (en su lugar de trabajo en el que se desarrolla como paramédica). Ahí se quedan hasta las 5 de la tarde, en que ponen rumbo de regreso y llegan a las 6 ó 6 y media. “Y ahí empieza otra jornada, ya en el centro escolar ellos ya han hecho sus tareas, y bueno, entonces llegas a casa a tomar once con ellos o cenar si ellos quieren cenar, y bueno, uno empieza a preparar nuevamente el colegio para el otro día, y a las 8 y media a más tardar ya están durmiendo...”. Un ritmo de vida tanto más rápido que viviendo en un barrio alejado del centro y lejos de su lugar de trabajo, no tiene los medios económicos como para tener una nana en casa (Marta, SP).

La sola lectura de esta cadencia de horarios no puede sino generar un estado de cansancio. O mejor dicho, de atosigamiento existencial. La vida es una sucesión de tiempos programados y coercidos. A causa de la falta crónica de tiempo, en mucho a causa de la primacía de la lógica del trabajo-

sin-fin, todo debe ser sometido a un obsesivo ordenamiento. Una rutina estricta de la vida que abarca cada momento. Un sentimiento, subrayémoslo, particularmente vivo entre las mujeres activas asalariadamente con hijos, que, con o sin ayuda de familiares o de una nana, están sometidas a una presión temporal sin desmayo. “Soy una mujer-taxi ahora (a causa de sus hijos)”, nos comenta Marisol (CM), antes de confesar, entre risas y preocupación, que “el sistema (familiar) funciona, yo no (risas)... Yo no, yo estoy colapsada... Cansancio, psiquiatra, depresión, todo...”<sup>276</sup> Lo esencial es aprender a manejar los tiempos.

Frente a este sentimiento permanente de demanda y urgencia (Aubert, 2003), la principal estrategia femenina es la de buscar re-equilibrar, a partir de sus solas fuerzas personales, la vida cotidiana. Muchas veces esto se traduce en la necesidad de una híper-organización de tiempos y actividades; otras veces, y de manera solo en apariencia menos importante, este equilibrio pasa por la búsqueda de estrategias personales que logren “roer” la frontera entre el trabajo y el espacio doméstico (Nippert-Eng, 1996). Entre estas mujeres es posible en todo caso observar los efectos al menos ambivalentes producidos por lo que Arlie Russell Hochschild (1997) ha denominado la progresiva taylorización del espacio doméstico (control de horarios, delegación de actividades, carrera permanente contra el reloj, cronometraje estricto de actividades en el hogar...). El resultado, a veces, puede incluso ser sorprendente y contraintuitivo, a tal punto son ciertas mujeres las que en su ordinario de vida se ven así sometidas a un verdadero “empleo de tiempo de ministro”... O sea, a agendas tempo-vitales en donde las acciones se suceden sin respiro, y donde sobre todo (y en este aspecto en clara diferencia con los ministros...) todo imprevisto –la enfermedad de un hijo, un auto que no arranca...–, acarrea severas disfunciones en la jornada. Desde el punto de vista de la organización temporal, la vida se vive sin escenario de recambio.

#### *La renuncia o la imposibilidad de hacerlo todo*

Daniel (CM), empieza su jornada laboral a las 8:30 y la termina a las 18-18:30. Una jornada que se alarga, y complica, porque está cursando, en su “tiempo libre”, un MBA. En su testimonio expresa una presión que se traduce por el sentimiento de no tener tiempo:

“Hoy en día el ‘sistema’ te obliga a generar toda esta necesidad de plata,

de recursos, de darles (todo) a los niños, también enseñarles, poder desarrollarte tú y también poder hacer... desarrollarte en lo técnico y también desarrollarte en lo espiritual... Entonces, no te alcanza el tiempo para hacer todas las cosas que te gustaría hacer... Y de ahí ese tema tan común hoy en día que es el estrés...". Una tensión que lo ha llevado a dejar ciertas actividades ("Yo antes hacía mucho deporte") y a dedicarle más tiempo a sus hijos; en verdad, como lo reconocerá él mismo, a "tratar de..." darles más tiempo: "con los niños trato de salir más..." antes de enunciar una verdad existencial que le preocupa "el tema, es que es fácil perderlos y en la etapa en que están los niños, después se pierden".

El testimonio no es en absoluto aislado. Y bajo muchos aspectos puede ser leído como el complemento masculino de la segunda figura de desequilibrio que hemos visto, que es de naturaleza más bien femenina. En efecto, si el sentimiento de atisigamiento es en el fondo similar, éste no se expresa de la misma manera entre hombres y mujeres. Las mujeres subrayan sobre todo la pluralidad de actividades que "tienen" que hacer en la vida cotidiana, a tal punto, la socialización genérica las lleva, desde muy jóvenes, a tener que conciliar en lapsos de tiempos muy cortos un cúmulo de actividades distintas. Recordemos que en el Gran Santiago en promedio los hombres solo dedican 2,9 horas diarias a las tareas del hogar contra 4,1 horas diarias para las mujeres (INE-MINSAL, 2007).

Los hombres, por el contrario, menos habituados por su socialización a esta gestión simultánea y apretada de la agenda diaria, y sobre todo menos responsables de la carga mental y material de la casa, expresan sobre todo un sentimiento de desborde práctico. "Me falta el tiempo... No, sí, claro, es un tema, ahora con el tiempo uno va renunciando a cosas, cosa que tampoco me agrada demasiado. Es un tema. No, sí, la falta de tiempo. O sea muchos fines de semana llevarse pega para la casa; yo trato, bueno, trato de no llegar tarde por el tema de los niños fundamentalmente, pero pasa con cierta frecuencia con la consulta (es psicólogo), la mayoría de las horas son tarde... Sí, es un tema (la falta de tiempo). Las reuniones, por ejemplo, en el trabajo, te llevan mucho tiempo y el trabajo o te lo llevas a casa o te quedas hasta muy tarde" (Sergio, CM). En breve: las unas acumulan actividades diferentes; los otros penan en realizarlas secuencialmente.

En concordancia con muchos otros trabajos, en nuestra investigación las

mujeres también expresaron una mayor capacidad –y obligación– para agenciar un uso plural del tiempo (sobre todo en lo que concierne el ámbito laboral, familiar e incluso tiempo libre), mientras que los hombres se inclinaron más bien por un uso discontinuo del tiempo (y por una tendencia a privilegiar muy marcadamente un dominio –el laboral– sobre todos los otros) (Tabboni, 1992). Sin embargo, y a pesar de estas importantes diferencias, unos y otras expresaron muchas veces el sentimiento común de desgobierno temporal de sus vidas.

### *La ambivalencia o cómo ganarle tiempo al tiempo*

“Mira lo más fantástico es cuando yo me acuesto, cuando yo me acuesto, yo lo único que doy gracias a Dios es por tener un lugar donde yo tiro mis huesos y donde puedo descansar... Es como cuando te sacai los zapatos que te aprietan, así... atroz, esa parte la siento así. ¡Qué agradable!”. Y sin embargo, y a pesar de este cansancio quería, en unos meses más, empezar a estudiar ingeniería comercial... Y al mismo tiempo, afirmó, “también quiero estar en paz, y quiero estar tranquila, quisiera estar estabilizada” (Isabel, CM).

En este testimonio, de una gran sinceridad, esta mujer de capas medias enuncia una verdad profunda: a saber que la sobreactividad no es solamente una coerción, sino que es también, puede ser también, el fruto de decisiones ambivalentes. Una actitud que implica, por ejemplo, una gestión en tiempo real del tiempo, lo que lleva a reorganizar constantemente los tiempos durante el momento mismo en el que efectúan sus actividades (en mucho gracias al celular) (Jaureguiberry, 2003). Se trata de una actitud general que tal vez hay que denominar un “voluntarismo temporal” en el cual se trata, a pesar del cansancio, de intentar continuar ganándole tiempo al tiempo, y en el fondo, de rechazar renunciar a ciertos proyectos. O evitar por lo menos, preso en el torbellino de los tiempos y de las necesidades, perder el orden de las prioridades. “Sí, a ver, el trabajo es importante (...) Si uno apunta a lograr la felicidad, realmente el trabajo será una herramienta pero no el fin... Entonces, pese a que en la semana yo paso más con mis compañeros de trabajo que con la familia, trato de que no sea el centro de mi vida” (Alejandro, CM).

Esta figura en su ambivalencia constitutiva hace que, curiosamente, cuando se “gana” tiempo se insinúe cada vez más fuertemente el

sentimiento de asfixia temporal del individuo, porque éste trata de hacer “más” cosas. Es el a veces denominado modelo “*more-more*”, o sea, individuos que multiplican actividades en distintos registros de acción (Robinson y Godbey, 1999: 41) y que a causa de esta capacidad terminan teniendo el sentimiento, como aquellos caracterizados por el desborde, de no poder hacer temporalmente todo lo que quisieran poder hacer. Finalmente, todos tienen el sentimiento de que hay que hacer “más” cosas, y cada una de ellas cada vez más complejas, en menos tiempo. El resultado es un sentimiento de urgencia y de estrés permanente en la vida cotidiana.

Si esta figura se da entre algunos hombres, es, sin duda, entre las mujeres que este anhelo prometeico se expresó con más fuerza. Una estrategia que, más activa entre las capas medias que entre los sectores populares, cuando es efectuada entre mujeres dibuja un perfil notoriamente distinto al segundo caso de figura presentado. En él frente a los desequilibrios estructurales, se busca dar con un equilibrio a nivel individual. Lo que se persigue, por ende, es una estabilización personal y familiar. Aquí, por el contrario, lo que buscan activamente estas mujeres es más ambicioso: el objetivo es intentar continuar haciendo cosas que les interesan, no resignarse, ponerse en la posición de ganarle tiempo al tiempo. En el fondo, rechazar renunciar a ciertos proyectos. O evitar, por lo menos, presas en el torbellino de los tiempos, y de las necesidades, perder el orden de las prioridades sin que ello implique empero amputar sus existencias personales. Para designar esta figura podríamos hablar de “malabaristas” con el fin de acentuar el carácter fuertemente individual desde el cual se pone en práctica esta estrategia.

En todo caso, esto que, como lo hemos visto en la figura precedente, aparece como imposible para la mayor parte de los hombres entrevistados (dado el sentimiento de desborde que se apodera de ellos, en mucho como consecuencia de su tendencia a sobreprivilegiar el ámbito laboral), es un verdadero desafío para muchas mujeres; un reto que hay que ganar gracias al desarrollo de verdaderas habilidades de malabarista; un desafío que, sobre todo, y desde las experiencias femeninas, diseña anhelos que van mucho más allá de la sola conciliación entre los tiempos del trabajo y de la vida familiar. Son otros tiempos los que son también deseados: el de la sociabilidad amistosa, la participación ciudadana, pero, sobre todo, el tiempo para ellas mismas. Es para lograr tener acceso a estos otros tiempos que se ponen en plaza diversos proyectos. Una situación que muchas veces

se revela imposible... hasta que una solución se encuentre...en medio de malabares.

*La utopía prohibida, la utopía siempre: tener tiempo*

“Justamente, (ahora) quiero tener tiempo para mí (...) Yo no me he tomado vacaciones, creo, en 20 años, lo que más me he tolerado es un fin de semana largo. Entonces eso, ahora quiero más tiempo para mí, para mi vida y bueno para mi familia... Los sábados aquí trabajamos medio día y jugamos fútbol en la tarde, entonces, para mí el sábado es igual a un día de trabajo, termino de jugar a las 18:30, o sea igual llego tarde a casa... Pero el domingo me entrego a lo que haya que hacer, yo soy materia dispuesta... Entonces, ahora quiero darme un poquito más de tiempo” (Felipe, CM).

La quinta estrategia es, reconozcámoslo, más una utopía que una estrategia en el sentido fuerte del término. E incluso como utopía no está exenta de ambivalencias, como lo expresa la declaración que acabamos de citar de este hombre de sectores medios. Pero aun así, su testimonio es distinto a la figura anterior. Lo que se expresa es, sin lugar a dudas, no solamente un malestar más grande, también indica un proceso cognitivo más afirmado. Hay que cambiar algo en la vida. En la propia vida. Lo que algunos insinúan, es clara y enfáticamente afirmado por otros como un inequívoco desbalance vital. El estar pasando, haber definitivamente pasado, al lado de ciertas cosas. El haber pagado el precio de todo y de haber perdido el valor de lo esencial. Como Mariana, empleada de casa particular, quien mirando retrospectivamente su vida, concluye la entrevista confesándonos, “he disfrutado poco (la vida), porque como que he estado trabajando mucho”. O Ramiro que, antiguo conductor de bus, se siente prisionero de los gastos y de las deudas, y que nos cuenta que va “a tener que trabajar de nuevo el día sábado para tener... para cumplir con esta deuda para tener más tranquilidad. Y esa es la lata que me da, yo quiero estar más en la casa para compartir más, porque antes en los buses yo me perdí hartas etapas de los niños... ahora yo los escucho que hacían cosas que yo no vi”.

Es éste un proceso que, aquí, también posee una indudable diferencia genérica. En relación al tiempo “libre”, la sensación de escasez y agotamiento es mayor entre las mujeres, por el hecho de que tienen que esforzarse más que los hombres para ser reconocidas a nivel laboral (Grupo

Iniciativa de Mujeres, 2002), lo cual conlleva costos a nivel de los tiempos personales y, también, claro, porque si el tiempo “liberado” del trabajo toma por lo general la forma de un tiempo familiar para las mujeres, éste es más fácilmente asociable a un tiempo de ocio para los hombres (de allí, por ejemplo, que el tiempo doméstico es considerado como un tiempo personal por muchas mujeres, y no lo sea por los hombres) (Barrère-Maurisson, 2003 :102). En Chile, para muchas mujeres, el tiempo verdaderamente libre aparece muchas veces como un tiempo simplemente ausente (Silva, 2001).

Por importante que sea esta distinción, no debe hacer olvidar que, entre este grupo de actores, la “utopía” de tener tiempo para sí mismo es reconocida, tanto por hombres como mujeres, como una imposibilidad. Los testimonios son conmovedores, por lo que expresan de insatisfacción, por lo que enuncian, incluso ingenuamente, de aspiración más o menos prohibida: “¿La falta de tiempo? ¡Ah!, claro, eso te lo podría decir todos los días, que me gustaría ir a nadar dos veces a la semana y me gustaría tener más tiempo para leer y qué sé yo, ir a pasearme a un mall. Pero, claro, son períodos que me bajan y después me vuelven y después se me van” (Blanca, CM). “¿Qué deseo en mi vida? Me hubiera gustado tener un ritmo de trabajo más tranquilo, con una situación económica más estable para no pasar por altos y bajos” (Alberto, SP).

Esta utopía individual,<sup>277</sup> agudamente extendida, denuncia un desequilibrio, el que, desde una visión crítica, podría asimilarse al del perfil de un individuo amputado: reducido al dominio laboral y familiar, y debiendo constantemente renunciar, en dosis diversas, a la sociabilidad, a la participación cívica o religiosa y al tiempo personal.

Pero... ¿por qué los chilenos trabajan tanto?

Imposible no plantearse, a estas alturas, la pregunta. ¿Por qué los chilenos trabajan tanto? La pregunta es todo menos retórica. En la segunda mitad de los años 90, Chile logró ocupar el primer puesto, en los rankings mundiales, de horas anuales trabajadas (PNUD, 2009: 131), y según otro estudio efectuado para el período 1999-2003, Chile estuvo constantemente entre los 8 países en el mundo en donde más se trabaja, llegando al primer lugar del ranking en los años 2001 y 2002 (Echeverría, López, Santibáñez y Vega, 2004). No es por eso sorprendente que el fenómeno de sobreocupación (personas que señalan haber trabajado más de 600 o más minutos diarios en

día de semana) alcanza al 8% de la población total y hasta un 18% de la población que trabaja (Valenzuela y Herrera, 2006: 275). Una experiencia que se da tanto entre hombres de alta escolaridad como entre trabajadores poco calificados.

El problema que estas cifras implican en su núcleo mínimo es, en apariencia, fácil de enunciar. La familia es el valor supremo, pero el trabajo es el medio para satisfacer sus necesidades. Sin pega no hay pago, y sin pago no hay, en una sociedad capitalista, vida posible. Se trata, sin lugar a dudas, de la respuesta mayoritaria. Si la vida se desequilibra es porque la realidad económica, y sus coerciones, cualesquiera que sean sus modalidades, empuja, inexorablemente, hacia el trabajo-sin-fin. Esta interpretación es tanto más generalizada que, en esencia, funciona como una autojustificación. Discursos plausibles, sin duda realistas, ellos son particularmente verosímiles dado que se inscriben en el marco del desafío de la generalización de la inconsistencia posicional. El desequilibrio tempo-vital es así, cualquiera que sea el juicio de valor o incluso el sentimiento crítico que suscita, un destino inevitable dictado por la economía. Poco importa que se evoquen los engranajes económicos,<sup>278</sup> la modestia de los salarios o la necesidad crónica de nuevos ingresos,<sup>279</sup> la explicación es siempre la misma.

*“Los chilenos somos trabajólicos”*

Nada da mejor cuenta de la escasa legitimidad de esta temática que el hecho de que tantos individuos hayan admitido, con o sin malestar, pero sin cortapisas, el hecho de ser “trabajólicos”, un término empleado por los mismos entrevistados, y que coloca la relación con el trabajo en el campo de lo patológico. Lo que se defiende e incluso reivindica es la posibilidad – en medio de un déficit de legitimidad moral– de darle un peso decisivo al trabajo en sus vidas. Rememorando la fase en la que estudiaba y trabajaba, esta mujer habla de jornadas que empezaban a las 7 de la mañana y terminaban a las 11 de la noche (Susana, CM), un ritmo que conservó a lo largo de su vida. “Es que yo soy súper jodida en la pega, casi bruja, diría una psicóloga que me entrevistó una vez (ríe)... Me gusta trabajar (...) es una satisfacción para mí hacerlo bien. Cómo seré trabajólica... que tengo 70 días acumulados de vacaciones, así que ahora me obligaron a salir dos semanas pegadas...”. Un comentario similar es hecho por Jaime (SP): “Yo soy trabajólico, la verdad de las cosas. Yo a las 9

de la mañana estoy tomando la micro para ir a abrir mi kiosco y estar ahí hasta las 11 de la noche. De lunes a lunes”.

Estas interpretaciones, que son también justificaciones, no son, sin embargo, la única respuesta posible. La lógica del trabajo-sin-fin, y la suma de consecuencias que hemos observado a nivel de las experiencias personales, pueden también ser interpretadas como un mecanismo de control social. Virgilio (CM) lo enuncia con énfasis: la gente no tiene “derecho al ocio, a la recreación, a compartir con su familia... No, lo que es, hoy día, hoy día, es una vida de mierda –perdóname que te use esta expresión–, pero hoy la gran mayoría de los trabajadores viaja 4 horas, trabaja 8 o 10 horas, y llega a su casa a dormir. No hay relación familiar, no hay diálogo...”. En la estructura de la frase resuena la pluma de Marx y su denuncia sobre los efectos nocivos que la mercantilización de la vida, inducida por la burguesía, tiene en la vida de los sectores trabajadores.

Pero en otras versiones no parece necesaria la idea de la existencia de un proyecto consciente y explícito de gobierno de los individuos a través de la coerción temporal. Una interpretación de este tipo fue avanzada por individuos que manifestaban opiniones políticas muy diversas entre sí. Si se trabaja tanto, o incluso, según algunos, si se ostenta trabajar tanto, es porque en el país existiría no solamente una interiorización individual de la necesidad del trabajo (la relación adictiva al trabajo), sino también una adhesión colectiva a la idea de que es bien visto trabajar mucho: una adhesión que ejercería en sí misma, bajo la lógica de la presencia, una presión informal sobre todos y cada uno. Un mecanismo de control social informal que tiende a desdibujarse detrás de la interpretación de la presión económica. El control social que resulta aparece como una consecuencia práctica más o menos involuntaria, incluso si su resultado concuerda con los intereses de un grupo social.<sup>280</sup>

En rigor, detrás de la lógica del trabajo-sin-fin lo que hay que observar es la actuación, hoy como ayer, pero hoy sobre nuevas bases, no solamente de un mecanismo de control, consciente o inconsciente, sino también de un ideal de movilización generalizada de los individuos, un dispositivo que apunta a la movilización de todas las fuerzas vivas del país en dirección del trabajo, imponiendo la legitimidad de una sociedad laboral generalizada, lo que transforma la relativa baja tasa de actividad femenina e incluso ciertas

representaciones tradicionales de la mujer en rémoras que deben ser cuestionadas, pero que, también, tiene como efecto, voluntario o no, la reducción –para otros, la “amputación”– de la vida humana en torno a las solas exigencias del trabajo. Estaríamos en presencia de una práctica de disciplinarización de los individuos a través de la temporalidad extensiva del trabajo que no deja tiempo para otras actividades (políticas, asociativas, de sociabilidad, recreación e incluso, como lo hemos evocado, religiosas).

Se trata de estimular el trabajo, en verdad, organizar una movilización generalizada de la mano de obra, en tanto que requisito indispensable para el esfuerzo de desarrollo nacional. Este designio institucional acentúa lo que, desde las experiencias de los actores, aparece como una prueba mayor de su individuación. A saber, la experiencia de un profundo desequilibrio estructural entre los diversos dominios de la vida.

# Notas

## Introducción

- 1 Un reconocimiento de filiación que no impide, sin embargo, que hagamos uso de otras herramientas y, en rigor, nos acerquemos al problema desde un horizonte teórico distinto. Las razones de nuestra toma de distancia con sus estudios son dobles. En primer lugar, nuestro diagnóstico histórico es menos unívoco que el de Mills, para quien era desde la expansión de la racionalidad específica de las estructuras burocráticas como debían entenderse los principales malestares personales de los individuos y la consolidación de lo que denominó como una personalidad de mercado. Para el autor, la racionalidad burocrática era la gran amenaza de la libertad en la sociedad americana de los años 50. A su manera, notémoslo, un diagnóstico similar fue formulado por Riesman (1981) en el mismo período. En segundo lugar, y de manera aún más importante, tomamos distancia de la posibilidad de establecer, como lo hace Mills, un lazo estrecho entre la estructura de la sociedad y la estructura de la personalidad. En el corazón de su trabajo, como se sabe, estaba la idea de que el período histórico particular del capitalismo que analizó, y en el cual vivió, engendraba un tipo particular de carácter que debía constante y fuertemente controlarse a sí mismo (Kerr, 2009: 67). Nuestra principal herramienta de análisis será distinta a la suya: la noción de *prueba*, una noción que, sin desconocer el lazo que existe entre la experiencias individuales y las estructuras sociales da cuenta de este vínculo, como lo veremos, sobre otras bases que las movilizadas por la noción de carácter o de personalidad que privilegian siempre los procesos de interiorización e incorporación socio-psicológica.
- 2 La literatura anglosajona es particularmente abundante al respecto: cf. entre tantos otros, Lasch (1999); Mestrovic (1997); Hochschild (2008); Furedi (1991); Glassner (1999).
- 3 En este contexto, entendemos por el término “estructura” la presencia de un condicionamiento particularmente activo, o sea, realidades que hacen que las experiencias sean enmarcadas por importantes fuerzas sociales.
- 4 Cf. Gans y Mills (1953). Para un estudio empírico de estas articulación a partir de la experiencia laboral de los empleados, cf. Mills (2002).
- 5 En beneficio de la claridad expositiva se ha optado por no hacer aquí una presentación minuciosa de los fundamentos de la perspectiva teórica y conceptual propuesta. El lector interesado en profundizar en ellos encontrará a lo largo de esta sección las referencias de los trabajos anteriores de los autores que se abocan a su discusión.
- 6 Lo que no implica negar la importancia del trabajo de los individuos como objeto de estudio específico, ya sea, por ejemplo, en la investigación sobre modalidades de movilización de recursos o en las estrategias para producirse como sujeto (Araujo, 2009c). No obstante, desde nuestro punto de vista, este abordaje cobra toda su resonancia si es colocado en relación con el marco más general de los desafíos estructurales en los que se enmarca y a los que debe responder.
- 7 En este sentido el trabajo del individuo no puede reducirse únicamente a su constitución en tanto que sujeto ya sea como el proyecto de encarnar más o menos heroicamente una figura del sujeto (Sartre, 1943; Touraine, 1997), insertarse en una tradición cultural o política (Bellah et al., 1985) o articular su identidad desde fuentes morales diversas (Taylor, 1996). Para una discusión detallada ver Araujo, 2009e.
- 8 La descripción de la individuación desde las pruebas y el trabajo de los individuos se emplaza así en un espacio intermedio entre una lectura determinista (que propone modelos únicos para una sociedad o por lo menos para un grupo social) y una lectura prometeica (que deja demasiado abiertas las

posibilidades en términos individuales).

- 9 A lo largo de todo este libro, por razones estilísticas, y con el fin de evitar ciertas reiteraciones, utilizaremos de manera indistinta las nociones de prueba, desafío o reto.
- 10 A este respecto, una precisión teórica y metodológica resulta indispensable. Los estudios sobre las pruebas no son una variante de los estudios sobre las trayectorias (Passeron, 1989; Bessin, Bidart y Grossetti, 2010). Si bien en ambas perspectivas se trata del vínculo entre determinismos estructurales y el trabajo del individuo, entre las estructuras longitudinales y el flujo (o los itinerarios) por los cuales transitan los actores, las pruebas se establecen a un nivel distinto y persiguen un objetivo diferente. Su nivel es distinto: no es en la contingencia de las trayectorias en donde se ancla el análisis, sino en la naturaleza estructural de los desafíos. Su objetivo es diferente: lo que interesa estudiar no son las frecuencias de los flujos colectivos o la improbabilidad de los itinerarios personales, sino el código –las problematizaciones estructurales específicas– a las que cada prueba confronta.
- 11 O sea, lo que interesa es comprender, una vez destilado el tipo estructural de prueba, las variantes de declinación de éstas tanto en términos espaciales como temporales, esto es, la singularidad de los contextos y las experiencias de los individuos, y desde allí observar la manera cómo los individuos las enfrentan.
- 12 Lo anterior, como se verá, no nos lleva en ningún momento a desconocer la presencia de lógicas transnacionales, pero nos obliga, por fidelidad al material empírico, y desde la perspectiva de los individuos, a reconocer la impronta decisiva del marco nacional a sus experiencias y pruebas. Por supuesto, esto no abole la posibilidad de que los desafíos estudiados tengan ecos o similitudes con otros casos nacionales, pero la investigación empírica efectuada nos impide afirmarlo.
- 13 Al ser la posición social, como lo veremos más adelante, una verdadera prueba, y la divergencia de los criterios de clasificación de los actores particularmente álgida, hemos optado, a lo largo de toda esta investigación por utilizar una distinción simplificada entre lo que denominamos capas medias y medias altas por un lado, y sectores populares por el otro. Una convención de análisis que por lo demás hace justicia a la manera fuertemente dicotómica como los entrevistados percibían las posiciones sociales.
- 14 Insistamos: nuestro estudio subraya la existencia de un modo histórico y nacional de individuación, sin menoscabo, por supuesto, de variantes, más o menos importantes existentes a nivel de las regiones o espacios rurales.
- 15 Con el fin de interpretar las experiencias, nos fue así, por ejemplo, sistemáticamente necesario reconstruir sus marcos estructurales, muchas veces, a través de lecturas repetidas del material (a tal punto por momentos ciertos cambios estructurales solo fueron enunciados de manera anodina por los entrevistados), pero también en el contraste constante con bibliografía secundaria y datos de otras fuentes.
- 16 Este aspecto es particularmente visible entre los partidarios de la tesis de la individualización (Beck y Beck-Gernsheim, 2001; Giddens, 1991). Para una crítica de estos excesos, cf. Elliott (2003); Mestrovic (1998).
- 17 Este es el caso de las 80 entrevistas efectuadas en el Gran Santiago. Las entrevistas de Valparaíso y Concepción fueron realizadas por Mariana Valenzuela y Nelson Beyer.
- 18 Es así como, por ejemplo, la primera pregunta con la cual iniciamos todas las entrevistas trató siempre del lugar de residencia. Es desde ella, en efecto, como nos pareció que era más factible

propiciar una conversación que, de entrada, permitiera insertar las experiencias personales en el marco de referencias estructurales más amplias.

- 19 Se trata de una actitud generalizada: en muchos lugares los individuos hablan de política evocando temas que consideran como no siendo en sí mismos políticos (Eliasoph, 1998).
- 20 En visiones globales y “desde las alturas” de este tipo, ya sea de la Historia o de los Sistemas sociales, como Berman (2002) lo señaló acertadamente, y con humor, en su polémica con Anderson, uno no solo termina encerrándose en representaciones lejanas y abstractas, sino que también uno debe terminar sintiéndose “muy solo allá arriba”...

## PARTE 1

### La condición histórica

#### *¿Existe el homo neoliberal?*

- 21 Como Ffrench-Davis (2008) lo muestra, es preciso distinguir dos fases (1973 y 1990) allí donde, por lo general, muchas interpretaciones privilegian un solo momento de quiebre (1973). Por su parte, Tironi (2005 y 2006), para describir este tránsito, ha propuesto entenderlo como el paso de un modelo “francés” hacia otro “norteamericano”, y dentro de éste, el paso de un modelo a la “Chicago”, bajo la dictadura, a otro a la “Boston”, bajo la Concertación. O para decirlo en la caracterización de Castells (2005), el paso de un modelo de desarrollo “autoritario liberal excluyente” a otro “democrático liberal incluyente”.
- 22 Un grupo de economistas formados en la Universidad de Chicago, discípulos de Milton Friedman, los que un año después del golpe se encontraban situados en puestos de decisión relativos a planificación económica en el Estado y que fueron determinantes en las orientaciones libremercadistas adoptadas.
- 23 En este punto revisar la posición de Moulian (1998a), quien subraya la profunda unidad entre ambos períodos.
- 24 Es desde una perspectiva de este tipo que Esping-Andersen (1990) ha propuesto una de las más importantes representaciones actuales al distinguir entre tres variantes de Estado de bienestar (liberal, social-demócrata y corporativo o conservador). Desde Chile, y cuando este modelo ha sido aplicado, se tiende a acentuar o bien su parentesco con el modelo liberal (Katzman y Wormald, 2002) o, a lo más, un híbrido entre modelo liberal y conservador (Tironi y Ariztía, 2003).
- 25 En su tipología, Filgueira (1999) integra en este modelo a Argentina, Chile y Uruguay. Se trata de un modelo que él distingue de los “regímenes duales” (Brasil y México con un 40% de cobertura) y de los regímenes excluyentes (que caracteriza a países con cobertura inferior al 20%). Una tipología que en parte debería revisarse a causa de la importancia creciente que en Chile han tenido en las dos últimas décadas las políticas de focalización de los subsidios monetarios (Solimano y Pollack, 2006).
- 26 La concentración de la riqueza ha sido alta en Chile. A mediados de la década del 2000, los cinco grupos económicos más grandes eran propietarios directa o indirectamente del 47,6% del valor de los activos de las empresas cotizadas en la Bolsa (Molina, 2005).
- 27 Bengoa (2009: 10): “El Chile del 2010 es más parecido al del 1910 que al del siglo veinte: nacional popular, mesocrático e industrial”. Vale la pena recordar, no obstante, que el cobre representaba hasta el 85% de las exportaciones del país a comienzos de la década de 1970, lo que indica la realidad de la diversificación exportadora en curso desde hace algunas décadas.

- 28 Si este rasgo es evidente en el caso chileno, no está totalmente ausente en otras experiencias neoliberales emprendidas por otros caminos, al punto de que Duménil y Lévy (2003) hablan del “golpe de 1979” para resaltar la violencia política de este cambio de estrategia a nivel de las clases dominantes. En el mismo sentido, Harvey (2007) habla del “golpe neoliberal” y de su principal consecuencia económica: la distribución de la riqueza hacia las clases altas; también, Navarro, 2007. Para el caso de Chile y las transformaciones normativas que impiden la acción colectiva en el caso del mundo laboral, cf. López (2008); Drake (2003).
- 29 Thumala (2007); Grau et al. (1997). Richard (1998: 200-201) ha subrayado la continuidad existente en este registro entre la dictadura y el período de la Concertación. En el primero, la familia fue asociada a la Patria y al mantenimiento del orden, mientras que en el segundo, se hiperbolizó la familia con el fin de fortalecer los vínculos comunitarios.
- 30 Una lectura crítica de las narrativas (sociológicas y literarias) producidas en Chile para dar cuenta de la irrupción del modelo neoliberal, se encuentra en Richard (1998: 48): “Enfrentadas a una misma situación de desarticulación del sentido, fueron principalmente dos las respuestas chilenas que intentaron sobreponerse a su violencia reejercitando, por un lado, *el discurso científico*, y por otro, la *textualidad poética*. La primera respuesta se organizó desde la sociología para comprender las transformaciones de la sociedad ocurridas bajo el paradigma dictatorial –“represión” y “modernización”– refuncionalizando lo social y lo político mediante análisis *ajustados* a los cambios. Mientras tanto, la segunda respuesta estalló –*desajustada*– en la escena chilena del arte y de la literatura de los ‘80 desde prácticas de emergencia que juntaron fragmentos trizados de lenguajes al abandono, para narrar –alegóricamente– las ruinas del sentido” (cursivas de la autora).
- 31 Para una referencia sobre la presencia programática de este punto, cf. Boeninger (1997). Para algunas lecturas críticas, cf. Araujo (2000); Garretón (2007); Jocelyn-Holt (2000); Richard (1998).
- 32 De las cuales, los medios de comunicación no es la menor, al contrario, probablemente la más grave concesión de la Concertación a sus responsabilidades políticas en la construcción de una sociedad democrática (Sunkel y Geoffroy, 2001).
- 33 Como ejemplos de esto ver para el caso de las sexualidades, Araujo (2005); y para el caso del movimiento sindical, Drake (2003).
- 34 Delamaza (1999) sostenía a finales de los años 90 que si bien el país había “reconquistado” la democracia, no se reconocía en ella. La continuidad de la “modernización a la chilena” se constituyó en un proyecto de las nuevas élites políticas en el poder, caracterizadas por su elitismo y clausura, las que buscaron imponer los cambios “desde arriba”.
- 35 Para una visión distinta de esta memoria histórica, cf. Stern (2009).
- 36 El testimonio de Myriam es ejemplar a este respecto: el día del golpe, “¡Ah!, dije yo, no va a haber clases, qué bueno, dije yo, ¡me salvé de la prueba!”, pero al llegar a su casa ve “a todos llorando, ¿qué onda?, dije yo, ¿qué pasa? Y mi mami decía, ‘ah, mi hijo está en el centro, mi hijo está en el centro’”. El temor, se recuerda, conduce a actitudes que, retrospectivamente, pueden incluso ser presentadas con humor: “Mi padre, cuático, digo yo, exagerado, puso unos colchones porque la casa de nosotros era de madera y estaba como quien dice para allá puro pasto, y, entonces, paró los colchones para que las balas no llegaran...”.
- 37 Este resultado, por supuesto, se explica en parte por nuestra metodología de investigación. A diferencia de la mayor parte de los estudios efectuados sobre esta problemática (Loveman y Lira, 2000; Riquelme, 2001; Cruz, 2004) que de una u otra manera, privilegiaron la voz de los actores directos de los eventos (políticos, militares, familiares de desaparecidos, torturados, exiliados...),

nuestro material se apoya sobre un conjunto más heterogéneo de individuos, la mayor parte de ellos sin participación política directa en los eventos. Para resultados de uno de los pocos estudios con poblaciones no directamente atingidas (Reyes Andreani, 2009).

- 38 El novelista Milan Kundera da un magnífico ejemplo de lo anterior al descifrar en una de sus novelas el absurdo del totalitarismo en la ridiculez absolutamente anti-erótica de los calzones –los únicos calzones– disponibles en el régimen...
- 39 En este sentido en Chile existe menos una “pérdida de la historicidad” (Lechner, 2006:536) que la ausencia de una versión hegemónica de la historia reciente del país. Algo que, y en este punto coincidimos con Lechner (2006:555), lleva al primado de la memoria individual: se interpreta la historia del país desde experiencias personales. En el mismo sentido, Tironi (2009: 90; 2006: 198-190) habla de una “modernización sin relato” y no duda en afirmar que éste es el “mayor fracaso” del país.
- 40 “En los cumpleaños a veces es difícil. Mi marido me dice: ‘no invité a éste que es tan de izquierda, que va a hablar puras tonteras con el otro y se va a poner a pelear con el de derecha’...” (Beatriz, CM).
- 41 El acuerdo estructural con el régimen militar, más allá de discrepancias políticas, será tanto más fuerte que éste permitió a las élites económico-sociales recuperar su espacio de protagonismo histórico (Salazar y Pinto, 1999b).
- 42 Los recuerdos oscuros de la experiencia de la Unidad Popular terminan por asemejarse. Como lo hemos anticipado, las filas retornan una y otra vez en los recuerdos. “Yo me acuerdo que tenía millones, tenía millones, pero no había qué comprar. Por ejemplo, uno hacía una fila, llegaba adelante, y cuando creía que ya le iba a tocar a uno, la cuestión se terminaba, y no alcanzaba. Me acuerdo que yo hacía unas tortillas de fideos, así como imitando el pan. Bueno, nunca más hice esas tortillas de fideos, nunca más las hice, porque las odio, odio esas tortillas de fideos, me traen mal recuerdo”, exclama Ingrid (SP). Margarita (SP); no duda en asociar las vicisitudes sufridas en el pasado con una orientación política: en el país, dice, “hace falta una mano dura, porque yo sé que los detractores de Pinochet dicen esto o lo otro; bueno, yo estaba chica cuando fue el golpe de Estado, pero me acuerdo de las colas, me acuerdo de muchas cosas”.
- 43 Trastrocó “todo tu proyecto, lo que tú habíai pensado hacer, o proyectabai...” sostiene Fabiola (CM). “En dictadura, todos nos casábamos muy jóvenes... porque no queríamos tener dos dictaduras, la dictadura política y la dictadura dentro de la casa, y para eso necesitabas vivir independiente, lejos de la casa de tus padres” relata por su lado Virgilio (CM).
- 44 “El golpe militar nos golpeó mucho en términos de que vimos la represión muy cerca, o sea, nosotros por vivir cerca del Estadio Nacional como niños siempre nos encontrábamos con gente ejecutada, gente ejecutada por la espalda”, Jorge (SP).
- 45 El golpe, dice Rodrigo, (CM), hijo de exiliado, fue “un cambio de paradigma. De ser un Estado protector pasa a ser un Estado liberal de este porte, porque Chile ha sido un laboratorio experimental de cuanto experimento económico se les ocurrió...”.
- 46 En la época del Unidad Popular, “en mi casa éramos 9 hermanos y tenía un hermano MAPU y otro hermano Patria y Libertad, y mi papá era Patria y Libertad, o sea, me tocó verlo todo, verlos salir a marchar y decir ‘si te veo te mato’ entre hermanos... Eso fue súper *heavy*”, dice Magdalena (CM) que se denomina a sí misma “momia convencida”. La división, con menos violencia por supuesto, incluso bajo la forma de sigilos recíprocos, sigue, no obstante, viva en muchas familias o situaciones, aunque no alcance necesariamente para romper alianzas y lealtades. El relato de Matías (CM), miembro de una familia con simpatías de izquierda, es ejemplar incluso por lo cotidiano y alejado en apariencia: la

primera vez que llevó a la que luego sería su esposa a casa de sus padres, “de aspecto seria, como cuica, alta, rubia, de ojos azules, yo me enamoré de ella al tiro..., mis papás casi se murieron, nunca me voy a olvidar de la cara de mi padre, yo creo que fue un golpe duro, después claro la terminaron queriendo”. La estrategia evitativa de Patricio, obrero, es también paradigmática: señala que con su hermano “momio”, “tenemos puntos totalmente opuestos, entonces, ¿para qué vamos a discutir?”.

- 47 Ejemplo del silencio por evitación y de la fortaleza de las fronteras es el siguiente relato: Carolina (CM) cuenta cómo en la universidad “de hecho tenía amigas de todas las tendencias políticas pero ni siquiera sabía de qué tendencia eran... Después como de tres años ‘¡ah, tú eres de derecha!’, por ejemplo. Mi familia siempre ha sido de centro izquierda... De una amiga de la universidad, con la que éramos muy de juntarnos, de vernos hartos, después de dos años voy a su casa y veo en la ventana un cartel gigante de Büchi y para mí era tan disonante, no entendía”. Las fronteras aparecen tan establecidas que el cruce no intencional de las mismas es vivido como una disonancia cognitiva.
- 48 En el mismo tenor: “Después del golpe, hiper-politizada, para mi familia era todo blanco y negro, todo o nada, incluso en torno a los afectos y amistades... casi con la caricatura de que un tipo momio era malo, yo crecí así... Claro, la derecha es lo más lejano, jamás voy a votar por un tipo de derecha, pero uno se da cuenta de que allí hay gente súper valiosa, y que ser de izquierda tampoco garantiza nada, pero en mi familia se vive eso así (...) Me he rebelado contra eso” (Matías, CM).
- 49 Muy pocas personas, en efecto, testimoniaron hablar de política públicamente. María, empleada doméstica, no habla de política con nadie “porque yo siempre digo, no mezclamos las cosas, una cosa es la amistad y otra cosa es la política”. Cuando esto acontece, lo es casi exclusivamente en la familia, grupos de amigos muy cercanos, y de manera muy poco frecuente entre colegas. En el mismo sentido, cf. PNUD (2002: 233).
- 50 En 2008 un 74,7% de los encuestados declaraban ver los noticieros de la televisión abierta todos los días (CNTV, Adimark, Sexta Encuesta Nacional de la Televisión 2008. Resultados nacionales y regionales, noviembre 2008). La encuesta de Consumo Cultural de 2009 reveló que un 69,8% de los encuestados se informaron con diarios durante la última semana (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, Encuesta Nacional de Participación y Consumo Cultural, Santiago, 2009).
- 51 “Yo voto, yo voto por la gente que sea buena... pero la política no la entiendo”, dice Lorena (SP), aunque le gustaría porque sabe que “debería entenderla”. “Bueno, la política a pesar de que todos dicen ‘no, a mí no me gusta la política’, pero es que uno está inserto en la política, uno no puede hacerse a un lado porque está en todo, o sea y uno es parte del país y tiene que tener su forma de pensar de qué es lo bueno y que es lo malo”, concluye Cristóbal (SP).
- 52 “Cuando el golpe, ponte tú, en el negocio del frente llegaron los militares con metralletas y los gallos les decían no sé qué cosa allí, sacando todas las cuestiones, la comida a la calle para que la gente pudiera comprar. (...). Eran carabineros, pero eran unos tremendos gallos con fusiles que le decían, porque eran igual que los gallos de la guerra de las galaxias, ¿cachái?, con unos tremendos cascos que no les veías la cara”, recuerda Susana (CM). Rosa (CM) expresa aún su sorpresa cuando recuerda que becada en los Estados Unidos, en 1977, viendo en la televisión un reportaje sobre Chile, de pronto su marido “llega corriendo –tenía la tele bien fuerte– y me dice ¡apaga, apaga, apaga eso!, un terror, no sé, era horrible, era horrible”.
- 53 Virginia (CM), quien participó activamente en la campaña por el NO, explica su desvinculación de la política después de la llegada de la democracia: “Yo cuando estuve ahí, era la más chica tenía 15 años y mis amigos me decían que la alegría nunca llegó, y les decía que yo no me arrepentía de nada de lo que hicimos, porque trabajamos para sacar la dictadura y nuestra pega llegó hasta ahí y después me invitaron al PS a las juventudes pero empecé a cachar toda esta cuestión del pituto, y no, y chao, y

nunca me inscribí en un partido político”.

- 54 Bengoa (1997 y 2006) va más lejos en su interpretación: la desmovilización se habría traducido en la desaparición de lo público, la creación de espacios sociales segmentados y lo que a sus ojos es el corazón del desafío actual, la pérdida del sentido de comunidad a causa de la modernización compulsiva que se impuso.
- 55 En los balances acerca de la democracia participativa a nivel mundial, se constata que jamás estos dispositivos logran implicar más allá de un entre 3-5% de la población.
- 56 Para una discusión de este proceso en el caso de los movimientos sociales en Chile, y en particular el feminismo, cf. Araujo (2002); Ríos, Godoy y Guerrero (2003).
- 57 “Para sacar el narcotráfico y para sacar el estigma, en Cuatro Álamos, por ejemplo, inventaron la idea de hacer un barrio ecológico, una huerta... están reciclando, iluminaron esa zona, limpiaron pero no tirando la basura a la tierra sino que reciclando, porque con eso generaron recursos y empezaron a plantar árboles nativos... O sea allá inventaron un rollo que les está resultando”, relata Juan (CM).
- 58 Hirschman, 1986. El proceso, obviamente, es activo entre algunos: “Sí, me interesa la política por la razón de que me interesa el país, y el mundo donde vivimos, me interesa sí, siempre he participado en política. De distintas formas, muy activa, militando en el partido, trabajando en campañas, pero ya ahora último me aburrí, me retiré, pero creo que es importante (...). Yo creo que por decepciones chicas, personales, o sea, no sé, no me gustó el candidato al que apoyé, me decepcionó (lo encontré deshonesto), ya me aburrí me voy para la casa” (Claudia, CM).
- 59 Piénsese, por ejemplo, en el Programa Servicio País, que, desde 1995, ha permitido a millares de jóvenes profesionales instalarse en zonas pobres, o en Un Techo para Chile, el que a fines del año 2009 había logrado movilizar dentro del programa Un techo para mi país a 177.548 voluntarios (Un techo para Chile, *Memoria 2009*, Santiago, 2009). Algo que debe contrastarse, por supuesto, con la escasa participación electoral de los jóvenes: entre 1990 y 2010 su inscripción en los registros electorales no cesó de caer.
- 60 En el 2004, según una encuesta, 55% de la población declaraba participar activamente en organizaciones sociales (sobre todo en grupos religiosos, centros de alumnos o de padres y apoderados), y al mismo tiempo, empero, 77% de las personas habían tenido baja o nula participación en acciones colectivas vinculadas a la defensa de sus derechos. Cf. PNUD (2004: 219 y 223).
- 61 Sobre el modo vecinal y comunitario de hacer política propio de las mujeres y su vínculos con facetas personales, cf. Salazar y Pinto (2002: 208-209); Valdés (2000).
- 62 Un análisis corroborado por las movilizaciones del año 2011, las que más allá de sus razones coyunturales son expresivas del impulso a una reinención de lo público.
- 63 Para una lectura de esta realidad desde visiones antagónicas, cf. Moulian (1998a: 47); Cousiño y Valenzuela (1994).
- 64 Stillerman (2005 y 2004) ha planteado para el caso chileno que el consumo no debe ser considerado como una simple pérdida en interacciones sociales y espacio público, y ha propuesto, con razón, que éste no solo debe ser leído como una práctica individualista, sino que es necesario reconocer su carácter relacional, social y a veces político.
- 65 Una experiencia común a muchos países antes de la consolidación de la sociedad de consumo, como lo muestra magistralmente el estudio de Hoggart para el caso inglés (1957).

- 66 En el caso chileno, según Catalán (2009), tendencialmente los grupos sociales tienden a percibirse como diferentes entre sí en la medida en que sus prácticas de consumo sean diferentes. Lo importante por ende no son, así, tanto los niveles como las lógicas diferentes de consumo. Para una presentación exhaustiva sobre este punto, cf. Catalán y Torche (2005).
- 67 Como lo indica Garretón (2000: 37), “el lugar de encuentro de la gente no es la fábrica ni el partido ni la asamblea, son los ‘malls’ y el espacio público creado por los medios de comunicación de masas”. En el mismo sentido, Tironi (1999: 16); también PNUD (2002: 98).
- 68 García Canclini, (1995). La lectura de Moulian (1998a: 99 y 105; 1998b) es en este punto lúcida no solo porque señala, por un lado, y con razón, la despolitización presente en esta versión de la “ciudadanía”, sino también porque, por el otro lado, reconoce la capacidad del consumo en dar acceso a la “modernidad”, e incluso “la ‘amistosidad’ de las relaciones de consumo [que] contrarresta, en muchos casos, la dureza de las relaciones de trabajo”. Son las dos caras del consumo: disciplinamiento y placer. O mejor dicho, disciplinamiento por el placer.
- 69 Detrás de este proceso se encuentra menos la expansión de la ciudadanía, que su transformación. El ciudadano-político no se convierte necesariamente en el ciudadano *credit-card*, como argumenta Moulian (1998a: 103), pero es indudable, como el mismo autor lo indica, esta vez con razón, que este proceso es un poderoso factor de disciplinamiento. Por un lado, si deja de pagar, “su ciudadanía se desvanece”; por el otro lado, el consumo lo encierra en la familia y el hogar, “el ciudadano local se orienta hacia lo público-cercano”.
- 70 Felski (1995) ha discutido con inteligencia la relación entre modernidad y consumo, y su función constituyente en el caso de las mujeres. Por cierto, las diferenciaciones de género afectan también las decisiones de consumo y endeudamiento (Stillerman, 2004; Superintendencia de Bancos e Instituciones Financieras, 2001).
- 71 Josefina (SP), ama de casa, da un testimonio extremadamente ilustrativo. Ella es más “de *mall* que de compras, porque de repente no da la plata pa’ ir todas las veces de compras. Pero es entretenido salir a pasear, a distraerse un ratito, por último buscar una ‘picaíta’ y salir a ver una obra de teatro, de repente la dan gratuita”. Insiste: una va “a ver vitrinas y comer rico (ríe). Aunque sea da pa’ comerse un heladito rico y una “vitrianea” y sale a ver cosas po”.
- 72 En muchos casos, cuando el consumo se ha instalado como estilo de vida, los relatos, y la confesión, solo pueden hacerse retrospectivamente. “En una época fue súper importante el consumo”, nos contó Magdalena, (CM) “cuando había se gastaba, se gastaba y te digo como yo no trabajaba... Bueno, yo todos los martes y jueves eran todos los shoppings y yo era ‘oh mira la oferta que encontré’ y compraba, y compraba, y compraba porque íbamos a comprar... Era embelequera, me encantaba comprar y a las niñitas las vestía preciosas y yo me compraba harta ropa”... hasta que su familia fue golpeada por una severa crisis económica y logró, gracias a su fe, tomar distancia con el consumo.
- 73 Si un discurso anticonsumista asociado a un discurso de autenticidad podría eventualmente participar en la construcción identitaria de la clase media, como lo ha señalado Méndez (2008), no hay que descuidar que un discurso crítico respecto al consumismo, como lo veremos, está presente también en otros sectores sociales. La transversalidad de esta actitud anima a la revisión de la tesis propuesta por la autora.
- 74 “Me gusta, mira, es súper divertido, me encanta hacer compras de cosas para la casa”, reconoce Susana, ingeniera en administración, antes de confesar abiertamente cierto hedonismo personal: “En lo que gasto para mí es en los champús, en las cremas, en el maquillaje, en los perfumes, pero en ropa... me da lata”.

- 75 Esta jerarquía normativa está especialmente presente en las mujeres y particularmente las mayores. Este peso específico puede explicarse, por lo menos parcialmente, por la acción de los mandatos de género que dan cuenta de una tendencia en ellas a privilegiar a los otros y las funciones de cuidado a éstos como las discusiones clásicas del feminismo lo señalaron, cf. Chodorow (1978); Gilligan (1982). Para otros resultados de investigación que confirman lo anterior, cf. Araujo y Valdés (1997).
- 76 Como Stillerman (2004) ha sugerido, las decisiones de consumo no pueden ser leídas como meras estrategias estatutarias sino que ellas están definidas en función de y relación con relaciones sociales significativas (familia, amigos...).
- 77 “Mira me alcanza para vivir nada más, pago mi arriendo, pago mi agua, luz y chao; hay veces que no tengo ni para comer”, comenta Eduardo (SP). Un sentimiento compartido, a pesar de tener sustanciales mejores ingresos y nivel de vida, por Fabiola, (CM), quien siente que trabaja todo el día y que lo que gana no le “alcanza para pagar las cuentas”.
- 78 Patricia, médica, afirma lo mismo: “Es muy malo el hospital porque los sueldos son bajísimos. Uno puede tener un poco más de sueldo nada más que haciendo turnos de noche y los turnos de noche son tremendamente agotadores”.
- 79 Viviana (SP), dirá algo similar: “No me gusta (ir de compras) porque uno no tiene tanta plata para salir a gastar, es que uno vive más o menos, entonces prefiero no salir, voy a la feria y listo...”.
- 80 María (SP) es un buen ejemplo de esta actitud. “No me gustan las cosas de marcas, sino que lo que pueda... A mí no me gusta la marca, mi hija es marquera... pelea conmigo porque me dice ‘mamá quiero un par de zapatillas de...’ y yo le digo que no, la ropa no hace la persona, ‘lo que yo te puedo comprar te voy a comprar’ y a veces no le digo nada y llego con algo, me dice ‘qué lindo’”.
- 81 “Compro lo justo y necesario; aparte que es lo que las lucas me permiten. Si tuviera más lucas tal vez compraría muchísimo, pero compro lo que las lucas me permiten comprar”, dice con simpleza Denisse (SP). Matías (CM) nos cuenta que le gusta la fotografía y “tengo entonces que tener una cámara que son caras, tiene que tener lente, y he comprado lentes Nikon pero usados, me encantaría comprarme uno nuevo pero tengo que tener plata para eso y los instrumentos son caros. Si tuviera más plata, también me iría a un departamento más grande a lo mejor...”.
- 82 Néstor (CM) escogió una formación que no era su ideal, pero “no me daban las lucas para hacer un MBA así que me metí a hacer un diplomado en la Católica, que fue un poco, no sé, como el reemplazo que traté de hacer. Y siempre con vistas a hacer el MBA, pero la verdad es que estaba saliendo muy caro con los recursos que tenía en ese momento”. La realidad del sentimiento de frustración fue evocado con particular ahínco en lo que concierne a los estudios –ya sea de sí mismo o de los hijos–. La razón es evidente: el reconocimiento del límite impuesto por el ingreso es vivido en este rubro como particularmente injusto y, por ende, plenamente legítimo en su expresión.
- 83 La confesión de Francisco, vendedor, es similar: cuando trabajaba de taxista, en verdad cuando sobretrabajaba como taxista, “el dinero como que lo llama a uno”, ganaba bastante dinero, pero no “pude ahorrar porque uno lo tiene en el momento. Con mi polola salíamos, al tiro gastábamos las cinco lucas para la bencina, o vas manejando y ves una camisa y si no te compras allí mismo no te la compras nunca”.
- 84 De su educación familiar, nos dice Ana (CM), “le quedó muy marcado esto de que hay cosas que son básicas y todo lo demás es prescindible y ambicionarlo es incorrecto entre comillas”. Al punto de que los grandes gastos siempre los hace con su marido, porque “tengo una culpa así de gastar plata impresionante (ríe)”.

- 85 Sergio (CM), relata las discusiones con sus hijos “si tengo peleas con mis hijos, qué sé yo, el tema de que ‘hay que tener tv cable’, ‘para qué o cómo vamos a vivir sin esto’, ‘necesito un celular’, ‘pero, hija, para qué vas a tener un celular si hace cinco años yo no tenía celular, para qué vas a tener un celular; además si quieres llamarme no necesitas un celular para hablar. Entonces para qué quieres un celular’”. Finalmente, confiesa luego de ser interrogado directamente, ha comprado el celular en cuestión...
- 86 La tendencia era ya manifiesta en los años 90, y se ha mantenido desde entonces (Moulian, 1998a: 101). Para el año 2001, por ejemplo, el endeudamiento de consumo para las personas con un promedio de renta entre 4-19 UF era de 4,6, mientras que para las personas con promedio de renta entre 19-32 UF y de más de 32 UF era de 3,2 y 1,7 respectivamente (PNUD, 2004: 36).
- 87 El número de tarjetas de crédito por cada 100.000 habitantes se duplicó entre los años 1997 y 2005, pasando de 1.520 a 2.365. Al hacer una comparación de la intensidad del uso de tarjetas de crédito entre esos años se puede apreciar que ésta aumentó en un 139%, pasando de 16.406 transacciones por cada 100.000 habitantes en 1997 a 39.207 por cada 100.000 habitantes en 2005 (Morales y Yáñez, 2006).
- 88 En Chile, por el momento, la historia de la mentalidad del crédito (y tras él del consumo) está aún por escribirse y tras ella, el conjunto de temores, colectivos e individuales, que lo envuelven o lo reprueban (como es el caso de la moral cristiana, de la memoria colectiva frente a las sanciones por deudas, frente a la crítica cultural y a la alienación mercantil, sin olvidar el conjunto de aforismos y de frases de sabiduría popular que invitan a la prudencia y recomiendan una vida frugal). Una actitud que, por lo demás, se inserta en la historia de un país que durante mucho tiempo fue marcado a la vez por una real pobreza y por una austeridad valorada entre sus élites.
- 89 Sobre el rol del crédito en las sociedades contemporáneas, cf. entre otros, Carruthers y Ariovich (2010), sobre todo capítulo 5.
- 90 La crisis económica mundial que se desata en estas fechas pondrá coto al optimismo ilimitado que se había extendido en las representaciones del país.
- 91 “Hasta mis hijos me reclaman...”, dice Isabel (CM). “Me dicen ‘mamá, ¿por qué nosotros ahora somos tan consumistas?’ Y yo les digo: pero fíjate cuando estás viendo televisión tú estás viendo televisión y ‘mamá quiero tener eso’, ‘no, ya tuvimos el Nintendo, tuvimos el Play Station y ahora tenemos que tener Wii po’ mamá. ¿Cómo no vamos a tener Wii?’ Entonces en esas cosas tú te dai cuenta que al final te van trastornando. Yo creo que soy una víctima también al igual que muchos”. Todos los miembros de su familia habrían sucumbido, uno tras otro, a la seducción del consumo: “Mis hijas me dicen: mamá esto, mamá esto otro y mi marido es consumista... ¡Oh mi marido! A él sí le gusta... Vamos al supermercado a comprar por decirte pan y salimos con un carro así... Y me dice luego que soy yo la culpable (ríe)”.
- 92 Las deudas contraídas conspiran contra el futuro anhelado. Jorge (SP) es explícito al evocar sus proyectos de futuro que “en general siempre se disuelven”, porque a nivel de su oficio “los buenos momentos, de buenas ventas y todo, siempre es para cubrir lo que ya traes atrasado (en deudas)”.
- 93 Desde la publicación de este libro, la posición de Bauman ha variado sustancialmente, el autor ha descuidado cada vez más este aspecto dialéctico del consumo en beneficio de una concepción más unilateral, y menos rica, del consumo como dominación total. Cf. por ejemplo, Bauman (2007).
- 94 Para designar algunas de estas prácticas a nivel del consumo, Certeau (1980) habla de “tácticas” o de “astucias” por las cuales los individuos invierten el sentido de los hechos o neutralizan los controles: como cuando un ama de casa hace sus compras con su lista de productos en la mano, una táctica que

le permite, al recorrer el supermercado desde una trayectoria autocentrada, neutralizar las estrategias del marketing. Para un desarrollo generalizado de este tipo de iniciativas, cf. Martuccelli (2001).

- 95 Como la constitución a partir de los *tickets* de caja de los supermercados o del uso mensual de las tarjetas de crédito o débito de perfiles de consumidores que se convierten en el blanco diferenciado de políticas de *marketing* y de control (Toffler, 1990; Gandy, 1993; Lyon, 1994).
- 96 Eduardo formula una crítica en esta dirección cuando se queja del “maldito gobierno” que lo hostiga como microempresario, “siendo que a las grandes empresas no les ponen ni un puto peso, ¿cachái? Pero a uno como pequeño productor le van a ver hasta qué cómo y dónde caga, ¿cachái? Si quieres poner un local, tienes que gastarte una buena cantidad de plata para que pase todas las inspecciones habidas y por haber, porque te las van a revisar al revés y al derecho”.
- 97 La crítica ecológica, por lo general tenue entre nuestros entrevistados, salvo en lo que concierne a su dimensión urbana, se inserta, en lo que a la denuncia del Sistema se refiere, dentro de este tópico crítico.
- 98 Una situación que para él tiene un responsable: “Se instaló un mundo de usura y especulación ligado al seguro y al área financiera en que cae una camarilla de empresarios médicos que conforman un verdadero cartel de lo peor, y que trafica salud”.
- 99 “Es súper difícil”, dice Rodrigo (CM), lograr relacionarse realmente con los otros, “un poco por la historia, porque la gente se defiende mucho. En la dictadura la gente no podía hablar, tenía que ocultarse, se sentía perseguida... La gente con la democracia sigue viviendo de ese modo, una forma de ocultamiento... En Chile a la gente le cuesta mucho darse, requiere de una relación mucho más profunda y mucho más larga”. Otros, como Beatriz (CM), hablan de los dobles discursos, dice: “De repente alguien te dice una cosa y después en público dice otra. Esta cuestión, la verdad, no la entiendo, me descoloca”, antes de sugerir que una actitud de este tipo podría tener sus raíces en el período de la dictadura.
- 100 “La única forma que acá se está ordenando la sociedad es mediante la televisión y la televisión entrega cualquier porquería, entonces la gente que tiene menos capacidad de pensar, le está entrando información muy mala”, comenta Carlos, arquitecto. “Porque la masa no piensa, se visten todos iguales, no piensan, no avanzan”. “Hubo pues... se reeducó a esta sociedad en términos de, digamos, de cambiar los referentes, cambiarlos radicalmente... La opción ahora es el trabajo, cómo ganar dinero, el estatus, digamos, cumplir con eso... El tema es la pega, las lucas, el auto, la casa, el consumismo”, afirma también Jorge (SP).
- 101 Para Bengoa (2009: 78) el tutelaje sería la continuación de la cultura “hacendal” por otros medios.
- 102 “El otro día vi un reportaje donde salía que el chileno promedio se endeuda 8 millones de pesos al año, chilenos de clase media; entonces eso antes no existía; nosotros nos preocupábamos de hacer amigos...” (Raúl, educador). “Hay una generación que vivió los frutos del *boom*, y es un grupo de gente muy arribista”, sostiene Esteban, sociólogo, antes de confesar el resentimiento que las actitudes de “exhibición, de consumo conspicuo” generan en él, porque “yo por esas suertes de la vida venía de una familia muy empobrecida”.
- 103 Beatriz (CM) sostiene que las parejas “pelean mucho por la plata... Nosotros no éramos tan materialistas”, algo que corrobora Patricia (CM), quien denuncia la pérdida de mística entre los jóvenes profesionales en aras de preocupaciones estrictamente salariales. “Ahora los niños no se conforman si no tienen un PlayStation, un computador, no sé, cualquier cosa electrónica. A mi nieto en vez de regalarle ropa, no sé, le regalaron una cuestión que parece Goku, chino... En esa época me

regalaban una pelota de plástico y yo quedaba fascinada”, critica Myriam (SP). “Están tan apabullados estos pobres muchachos con tanta información, tanta moda, tantas formas de empezar a ver cosas que quieren para su vida... Hoy día a los chicos los veo preocupados de tener cámara fotográfica, preocupados por tener tonteras”, sostiene Javier (CM).

- 104 Para algunos, la obra de Fuguet y por extensión el movimiento literario McOndo sería una buena ilustración de esta situación. Cf. las reflexiones críticas de Cárcamo-Huechante (2007: 232 y siguientes).
- 105 “Importa mucho la ropa que te pongas”, critica Rodrigo, abogado, “el corte de pelo que uses, hay una necesidad de mostrarse y ser top...”. Nos lo explica un poco mejor: “No sé, hay que ir a comer al Golf, a Isidora Goynechea, ¿me entendís? Y esa hueá me agota, o sea, me agota vivir en una apariencia”. Nos comentó hasta qué punto le incomoda la obligación “de ser top”, de desenvolverse en un microcosmos social que evalúa “a no más de 14 mil personas...”, cómo lo asfixia el síndrome de un país en donde “todos están preocupados de la portada y nadie se preocupa del contenido”.
- 106 Esta crítica se renueva, por ejemplo, en los nuevos contextos de diferenciación social que hacen de ciertos principios morales, como la autenticidad, una herramienta de distinción (Méndez, 2008).
- 107 De todas formas, confirma Mónica, psicóloga, el éxito “pasa mucho por el aparentar”. Enrique, comerciante, piensa exactamente lo mismo: “Chile es un país que vive mucho del qué dirán, de lo que tú tienes, lo que no tienes, si tú tienes esto o no... Un país donde si tú no tienes, no eres nada”. Al punto de que no duda incluso en afirmarnos que “el problema de Chile es el qué dirán, todos viven del qué dirán, ese es el problema”.
- 108 La importancia del televisor en los estratos populares ha sido interpretado en un sentido próximo por Ureta, quien ve en el reino del televisor en el living, una estrategia que apunta a mostrar – aparentar– que se tiene de todo en el hogar. Cf. Ureta, *Machines for Living in*, Tesis doctoral 2006, citado en Catalán (2009: 48).
- 109 José (CM) es un buen ejemplo de esta última actitud. A su regreso a Chile, luego de años de residencia en el extranjero, nos cuenta que “la comunicación me parecía toda cegada, sin interés por ahondar en las cosas, sin interés por comunicar, todo era como de apariencia, me costaban mucho los códigos, me costaba mucho la afectividad real, más allá del contacto y del entusiasmo accidental, darles más profundidad a las cosas, entender mejor los problemas... Yo creo que aquí es fácil tener relaciones placenteras sin preocuparse, sin buscar a vivir mejor, solamente a pasarla...”. El Sistema, y el imperativo de la apariencia, habrían contaminado la autenticidad.
- 110 Ante la experiencia de amigos que se van a Chicureo, “parejas jóvenes, con ingresos relativamente altos”, Pablo (CM) nos expresó, por ejemplo, su deseo de seguir, rápidamente, ese mismo movimiento. Bajo la impronta del esquema, la sociedad sería un concentrado “de caricaturas, de estereotipos muy marcados”, afirma Matías (CM). La fuerza del esquema sería tal que algunos se han transformado “en un ser autómatas, ser una maquineta, y en el fondo una máquina aislada”, resume Loreto (SP), antes de proseguir. “Yo creo que ahora el sistema es como una máquina que está aplastando a la gente”.
- 111 “Hay chilenos que viven en la funcionalidad no más y cuando esta funcionalidad se impone se crea un tipo de angustia, por lo tanto parten a comprar Alprazolam o alguna otra cuestión, y con eso vuelven a ser funcionales... Hay una cantidad de tranquilizantes que es increíble, y los que no toman tranquilizantes toman tragos como enfermos y uno que otro fuma marihuana... Pero todo es para tranquilizar todas las inquietudes que una persona pueda tener, las angustias” (Rodrigo, CM).
- 112 Contardo (2009: 256) cree entrever, sin embargo, en actitudes de este tipo una variante de la

dictadura de la apariencia: la alarma valórica sería un atributo de estatus entre ciertos sectores sociales.

- 113 Una tensión presente también desde los años 90 en otros países latinoamericanos, en donde se generalizó entre los miembros de la derecha, un cuestionamiento de la cultura de masas y sus efectos disolventes sobre los valores de la tradición (Monsiváis, 2000: 232-245).
- 114 Moulian (1998a: 109) también destaca el tránsito entre la austeridad que en el pasado tuvieron los sectores altos y su ostentación actual.

### *La democracia y la otra revolución*

- 115 Como lo detallaremos, la democracia en este contexto debe entenderse, más allá de un ámbito institucional particular (sistema político, elecciones, etc.), también como fruto de una igualación creciente del lazo social. Una concepción que tuvo su conceptualización clásica en la obra de Tocqueville (1961).
- 116 El sentimiento de esta rotación de modelos es efectivo en algunos. “Hemos tenido crisis como bien grandes, ¿no? Lo único que nos falta es probar con una monarquía no más en este país; en una de esas resulta (ríe)” (Isabel, CM).
- 117 Para una interpretación complementaria sobre democratización del lazo social en Chile ver, Pablo Salvat (2005a y 2005b).
- 118 El 11 de septiembre de 1973 se llevó a cabo un golpe militar que derrocó al gobierno de la Unidad Popular, encabezado por el presidente Salvador Allende, y disolvió al Congreso. La junta militar que tomó el poder estaba liderada por el general Augusto Pinochet. El 5 de octubre de 1988 se realizó un plebiscito nacional para decidir si Pinochet continuaba o no como presidente de la república hasta el año 1997, llamándose a elegir entre las opciones del “Sí” y del “No”. Para esa época los partidos políticos opositores al régimen militar estaban organizados en la Concertación de Partidos por el No, la que posteriormente pasaría a llamarse Concertación de Partidos por la Democracia (Partido Demócrata Cristiano (PDC), Partido por la Democracia (PPD), Partido Radical Social Demócrata (PRSD) y Partido Socialista (PS)). El triunfo del “No” con un 56 % de los votos implicó que se llamara a elecciones libres para diciembre de 1989. En ellas resultó electo el candidato de la Concertación, Patricio Aylwin (PDC). Ese gobierno marcó el inicio de 20 años de gobierno de dicha coalición – Eduardo Frei (PDC, 1994-2000); Ricardo Lagos (PS, 2000-2006); y Michelle Bachelet (PS, 2006-2010). En las elecciones presidenciales de 2010 la Concertación perdió ante la Alianza por Chile (constituida por los partidos políticos de derecha, Renovación Nacional (RN) y Unión Democrática Independiente (UDI)).
- 119 En lo del Plebiscito, cuenta Josefina (SP), “yo tenía 14 años, creo. Me acuerdo que cambió el ambiente dentro de la población, la gente salió a la calle, porque antiguamente como que costaba mucho: era hablado entre 4 paredes si te gustaba o no Pinochet. Entonces, al momento que se hizo el plebiscito del Sí y del No, la gente como que salió a las calles y se sintió más liberada”.
- 120 Solo un 24% de los chilenos declara estar interesado en la política a diferencia de otros países latinoamericanos como Argentina y Brasil, donde la cifra asciende a 31% y 34%, respectivamente (Latinobarómetro, *Informe 2010*, Santiago, 2010).
- 121 La participación electoral de jóvenes entre 18 y 29 años ha variado del 90,7% en 1988 a 26,4% en 2005 (Toro, 2007). Para una mayor profundización sobre el tema de la relación entre jóvenes y política, cf. Espinoza y Madrid, 2010.
- 122 Loreto (SP) va en la misma dirección: a pesar de su interés por la política “ahora quiero votar nulo...

porque cada vez más terminan petrificando la situación”. De todas formas, sentencia María (SP), “ya está toda la gente media chata con la política, es que casi siempre es lo mismo”.

- 123 Denisse (SP), militante socialista desde los 14 años, lo enuncia con resignación: “Hoy en día estoy bastante defraudada de mi partido; lo quiero, espero que en algún momento volvamos a ser lo que fuimos, pero, no, participo menos ahora, no tengo tiempo también, participo menos”. En otros, en quienes la identificación partidaria fue –es– menos fuerte, lo que prima es el sentimiento de una distancia abismal: “No me siento representado con nada... no me siento representado por ningún lado”, afirmó Ramiro (SP), quien, como tantos otros, lamenta estar inscrito en los registros electorales.
- 124 Marisol (CM) es contundente: “A mí me interesa la política, pero mira, hace dos años que no me leo el diario entero, hay días en que no leo el diario porque son... porque es lo mismo”. En esta mujer, el desinterés se envuelve de amargura. La política “siempre me interesó, siempre fui habladora de eso y ahora no la soporto, no la soporto”. Cuenta cómo en la época de la “dictadura yo me hice adicta, como siempre manejé, me hice adicta a la Cooperativa, siempre escuché la Cooperativa, y me fascinaba y alegaba todo lo que tú quieras, y después cuando ya volvimos a Aylwin y qué sé yo, yo te diría que este último tiempo insoportable, insoportable”. Insiste: “porque no hacen nada, no hacen nada, yo siento que no hacen nada, nada, más que hablar y hablar”.
- 125 “Estoy inscrita y tengo que votar”, reconoce Olga (SP), “pero es una disyuntiva tener que votar, es un gran drama tener que tomar una decisión por algo o alguien que no te agrada, a pesar de que nosotros tenemos un candidato de izquierda en la comuna pero tampoco es de mi agrado; entonces es complicado, es complicado tener que votar”.
- 126 A pesar de que nuestro material no alcanza para avanzar afirmaciones enfáticas, éste sugiere que se está frente a un proceso en el que se advierte la mezcla de actitudes clientelistas con nuevas actitudes de consumo de derechos sociales. Un tránsito que es activamente propiciado por las nuevas técnicas de gestión que se imponen en los servicios públicos en nombre de la evaluación. Una práctica que, en aras de la eficiencia, transforma sigilosamente al ciudadano en usuario. Lo que resulta insoportable para los individuos son, en este contexto, los límites que se padecen no solamente en el acceso efectivo a un derecho social, sino, también, cuando se toma conciencia de la baja calidad de un servicio público. La calidad de éstos se juzga en competencia con la calidad ofrecida por servicios en el mercado. La ciudadanía se piensa desde la calidad de los servicios consumidos. Los individuos esperan del Estado prestaciones sociales de calidad.
- 127 Con el regreso de la democracia “en realidad no siento que hayan cambiado (las cosas). No sé, no creo haber visto un cambio...”, dice Josefina (SP). Sebastián (SP) es más enfático: “Mira, poco importa quién gobierna porque uno va a tener que trabajar igual no más”. “Yo siento que la política no es algo transparente, no es algo que realmente solucione problemas a la gente más pobre... Los políticos... siento que es al revés: hablan mucho y hacen poco, por cierto que habrá uno que otro que hace, pero mínimo. En general siento que se habla mucho y se hace muy poco, entonces eso me tiene así como defraudada, como que no les creo”, afirmó Cristina (SP). El mismo tono se encuentra en Ingrid (SP): “Los políticos de repente prometen hartas cosas pero no van pa’ las poblaciones a ver qué pasa, para que se preocupen de lo que pasa”. Algunos incluso juzgan que la política es “corrupta. O sea, para mí, yo no tengo color político, pero el que sea bueno, sea malo, siempre va a tirar pa’l bolsillo”, concluye Margarita (SP).
- 128 Se refiere a los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia.
- 129 *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes, *Casa de Campo* de José Donoso, *Sobre Héroes y Tumbas* de Ernesto Sábato, o *el Zorro de Arriba el Zorro de Abajo* de José María Arguedas, son algunas de las

innumerables y notables referencias en este ámbito.

- 130 Da Matta, 2002; O'Donnell, 1984. Un intento de producir una lectura integrada de esta tensión ambivalente la desarrolla Sérgio Buarque de Holanda (1973) para el caso de Brasil con la noción del hombre cordial.
- 131 Peter Wagner (1997) ha leído este proceso en el caso del mundo occidental del Norte, como el de ampliación de la modernidad.
- 132 Aun cuando el siglo XX haya sido al mismo tiempo escenario de la decepción de las expectativas, como lo discuten desde posiciones muy distintas Salazar y Pinto (1999b) y Correa et al, 2001: 367-375.
- 133 El libro de Politzer (2006: 119, 193, 249, etc.) abunda en testimonios en esta dirección, a la vez en términos de anhelo y de frustración.
- 134 De 178 países, Chile está ubicado en el puesto nº 21 del Índice de Percepción de la Corrupción 2010, siendo el país latinoamericano mejor situado en el ranking.
- 135 “Es muy difícil comprarte un juez, porque además aquí los riesgos son tremendos y como no es habitual, los jueces se cuidan mucho”, afirma este abogado que ha tenido experiencias en otros países latinoamericanos. “Yo sé que pasan cosas, pero pasan cosas menores a nivel de la corrupción, que yo sé que no hay que hacer” (Rodrigo, CM).
- 136 Ante los problemas de inseguridad y de droga que advierte en el barrio en el cual vive, Denisse (SP) cuenta cómo, cuando llama a la policía, incluso después de haber hecho lo que ella denomina el trabajo de los policías (o sea, haber identificado a los responsables del tráfico en la comuna), no hay respuesta institucional. “Hacemos denuncias, hacemos muchas veces la pega de carabineros en el sentido de que en tal lugar, en tal domicilio, tal persona, en tal dirección está vendiendo, y no hay respuesta”. ¿Por qué? “Porque no les interesamos. Es parte de la realidad que tenemos que vivir por ser una comuna pobre y un sector periférico”.
- 137 “Nosotros hemos sido enfáticos al decirles a las autoridades que no queremos que no hayan carabineros acá, que no haya fuerza pública. El tema”, explica Raúl (SP), animador social habitante de una comuna catalogada como de alta peligrosidad por las autoridades, “no es que no nos registren, el tema es que respeten nuestros derechos. En algún minuto a las mujeres las detenían y las hacían subir al furgón policial y les revisaban la vagina, les revisaban el ano, a los hombres igual y con perros. Entonces nosotros alzamos la voz y exigimos responsabilidades, que de dónde venía esa orden, quién había dado esas directrices de represión brutal que no se veían desde la dictadura. Entonces, al final, el Ministerio del Interior tuvo que asumir su responsabilidad y se cortó eso”.
- 138 Para una experiencia instructiva de abuso a uno de los autores del libro por parte de un proveedor de servicios telefónicos, cf. Engel y Navia, 2006: 222.
- 139 Cecilia (SP), empleada en un hogar para ancianos, relata cómo a ciertos “viejitos se los trataba mal en palabras, y a algunos se los amarraba”. Mientras que “otros, que pagaban bien, los tenían como reyes...”. Experiencia dura en la que se sintió prisionera, con el sentimiento de “que uno no puede decir nada, no puedes decir nada”.
- 140 “Aquí en Chile, el colegio, tal como yo digo, se dividen en dos: hay colegios pagados y los colegios no pagados. Lamentablemente los colegios no pagados son malos, la gente no aprende. Yo estuve en un colegio pagado y la educación era bastante buena”, sentencia Enrique (CM).
- 141 La experiencia puede incluso concernir a los inmigrantes. Frente a la discriminación sufrida en el

colegio por su hijo, maltratado físicamente por otros porque es “peruanito” (Mariana, SP), esta empleada doméstica dice: “Lo saqué. De ahí lo mandé a un colegio subvencionado, pagado, pero subvencionado igual, y ahí el trato fue diferente, entonces ahora veo que el trato es diferente”.

- 142 “En salud”, comenta Ricardo, médico, “uno sabe que solamente un quinto de los pacientes que son los más ricos, los que tienen mejor ingreso, están, estamos en las Isapres porque tienen mejor cobertura con eso. Pero el 80% de la gente está en hospitales públicos... En salud hay unas brechas que son escandalosas”. La conciencia de la diferencia de prestaciones es tal que algunos no dudan, dada la limitación de los ingresos, en beneficiar a los hijos en detrimento propio. “Los dos hijos están con Isapre para que tengan un mejor plan, porque en realidad es así, Isapre es mejor plan que Fonasa. Fonasa digamos que es para la gente clase media hacia abajo, entonces el que tiene Isapre tiene mejor atención. Paga un poco más pero es mejor atendido en diferentes lugares, en clínicas, no en hospitales públicos”, comenta convencido Ramiro (SP), el que, a diferencia de sus hijos, junto con su esposa, está afiliado “solamente a Fonasa”. Señalemos empero que luego de un primer momento en el que los trabajadores se dirigieron hacia el sistema de capitalización privado individual, desde hace varios años la tendencia es de sentido contrario, debido al elevado costo y a la opacidad de la cobertura del sistema de salud privado. Es así que, si dejamos de lado a los miembros de instituciones armadas o de orden, en 1996, casi el 60% de la población chilena pertenecía a FONASA, una proporción que aumentó hasta el 72% en el 2003 (cuando solo un 16,3% estaba en ISAPRE ese mismo año). Cf. MIDEPLAN, 2004.
- 143 En verdad, para muchos, se trata de un degradé múltiple. “La salud, ahí hay un diferencial muy grande de calidad entre, por supuesto la medicina privada en Santiago y la del resto del país, incluso la pública de Santiago y la pública de provincia”, señaló Felipe (CM).
- 144 “El dinero le sigue a la salud. Lo que pasa ahora es que... cuando uno va al hospital están dando hora cada tres meses. Así, la gente en vez de estar sana va empeorando porque están esperando dos meses más para que la atiendan”, dijo Aldo (SP), “Es algo muy preocupante”.
- 145 El relato de Alfredo (SP) es más que explícito. Sufriendo de fuertes dolores “me fui aquí a la posta X, y en la posta no me querían atender. Entonces le dije a mi señora ‘por favor, sácame de aquí, ¿por qué me trajiste a un matadero? Aquí no me están haciendo nada. Llévame a Y (un centro de salud privado) y yo voy a pagar, como sea pago yo’. Entonces ya po’ me trasladaron porque me caí de la camilla, fíjese, y me arrastré, me arrastré para afuera y los médicos y los carabineros que estaban afuera me vieron y dijeron ‘¿a dónde va ese paciente?’. Le dije yo ‘me trajeron a un matadero, me voy a morir yo’. Y me fui a Y. Cuando yo llegué a Y corrieron todos, me pusieron tranquilizantes, era como... era todo diferente y cuando ya me pusieron la inyección, me bajaron los vómitos. El médico me dijo ‘sabes, flaco, vamos a hacerte un examen’. Pescó un guante y me mete el dedo en el ano, ‘sabes qué flaco, se te reventó el peritonitis’ ‘¡Chucha! ¿Qué vamos a hacer?’, me dijo, ‘estás jodido; si no te operamos te vas a morir’. Y ahí me dicen, ‘necesito un cheque’. Cheque en garantía pedían en ese tiempo, era terrible... Ahora al menos no piden, pero con Pinochet, sí”. El relato suscita manifiestamente en él fuertes reacciones emocionales. Toma aliento. Está cansado por lo que viene de contar. Sin duda conmovido. Pero quiere, absolutamente, ir hasta el final de su experiencia. Luego de varias peripecias consiguen el cheque, y la operación sale bien. Pero la historia no termina allí. Hubo que acelerar la salida porque la estadía resultaba muy cara. “Yo hablé con la enfermera para que me vaya a hacer las curaciones en casa y me dijo ‘ya, yo te voy a atender particular y te hago un precio”.
- 146 En un estudio de comienzos de la década del 2000, hasta un 60% de los encuestados se declaró indefenso frente a los abusos de las empresas y un 63% consideró que no era posible reclamar por sí

mismo sus derechos (PNUD, 2004: 220).

- 147 Una experiencia en parte similar es expresada por Carolina (CM), docente secundaria, que dice que los chicos son muy críticos en el colegio privado en el que trabajó, porque vienen “de familias con mucho poder y eso también se ve reflejado en los niños”.
- 148 “Por ejemplo, el tema de los correos electrónicos, ahora ya la conversación con otro no es válida, la palabra del otro no es válida, entonces, es por correo, yo te pregunto lo mismo que ya conversamos pero te lo vuelvo a preguntar por correo pa’ que tu respuesta me llegue por correo y si hay algún problema yo tengo mi respaldo en el correo... y eso me costó aprenderlo...”.
- 149 Los testimonios en este sentido fueron abundantes y en todos los sectores de actividad. “Por ejemplo, en la empresa no te pagaban las horas extras, te hacían trabajar, trabajar y no te pagaban las horas extras; te decían hoy día que te la iban a pagar pero al final salías con la misma plata”, dice Fernando (SP). Loreto (SP) cuenta, de su lado, la experiencia de una amiga que trabajó para una dependencia pública “y no le pagaron las platas”: o sea “el Ministerio desconoció su condición de empleador”. Para Bernardita (SP) el mundo del trabajo es, de este modo, un universo “de mucho abuso, porque en muchas partes te sacaban el jugo por poco”, porque no se respeta lo que se acordó a nivel del pago, “porque (los dueños de la fábrica) querían pagar mucho menos y como una no lo aceptaba nos decían, ‘bueno, ahí está la puerta’”. Un abuso que se prolonga a nivel de las condiciones de trabajo porque “abusan con los horarios, que la tienen a una trabajando hasta la hora del cuesco, y eso es un abuso, porque no le cumplen horario...”.
- 150 Sigamos con el testimonio de Elena (CM). En su trabajo, nos dice, “yo soy la que gano peor y estoy a honorarios, ni siquiera estoy a contrato. Entonces cuando mi jefe me tira esto, yo le tiro de vuelta: ‘bueno ¿y cómo va tu negociación para mi contrato?’ ‘Uhhh allí, sí, vamos a ver con Gómez (la superiora de mayor rango) lo que se pueda’. Y yo sé que no hace nada. Entonces, también es eso, es su palabra que de nuevo no vale nada porque yo sé que me está jodiendo a mí para liberarse él de esa pega. El velar por mí o por su equipo no está dentro de su circuito”. El abuso es aquí la traición de una confianza.
- 151 Para una interpretación paralela a la nuestra, desde la herencia, el tutelaje y la “pax hacendal” (Bengoa, 2006: 43-54). Sintetizando sus investigaciones, el autor señala que si la percepción de la división entre ricos y pobres sigue siendo fuerte en el país, ello opera en un contexto de acentuado debilitamiento de la conciencia de clase (Ibid., p. 110).
- 152 Touraine (1988). Para una reflexión, desde la historia chilena, de esta realidad, cf. Salazar y Pinto (2002: 91 y siguientes); para una reflexión de esta inquietud en los sectores populares, cf. Martínez y Palacios (1995). También cf. Contardo (2007).
- 153 Actitudes que dan paso a posturas comprensivas... y paternalistas. “Este es un país donde, a mi juicio, no tienes un buen sistema educacional, en donde el 40% de la gente no entiende cuando lee un consentimiento informado, por ejemplo, para hacer un procedimiento; no entiende y tienes que explicárselo, entonces yo creo... que les cuesta entender...” dice Ricardo, médico.
- 154 Enrique (CM), dueño de un establecimiento comercial, y quien solo tiene estudios secundarios, se queja del nivel cultural de sus empleados y de la dificultad que tiene en encontrar a alguien de buen trato, limpieza, responsabilidad: “En Chile la clase baja no resulta... Por la educación, no tienen acceso a mejor educación... cuesta encontrar gente responsable”.
- 155 Fernando (SP), cocinero, nos dice en el fondo lo mismo al hablar de su experiencia en una institución en una zona residencial rica de la ciudad, porque “es otro tipo de gente, era otra la comunicación que hay ahí”.

- 156 “La empresa en Chile refleja la cultura nuestra. Nada se dice de frente, todo es por detrás, salvo excepciones, muchos son flojos a cagarse... Además, hay un tema de apariencia física... y esa cuestión es súper estigmatizada”, reconoce Gabriel (CM). “En este país hay muchas asimetrías”, concuerda Esteban (CM). “Hay asimetrías que son de carácter estético, que son de discriminación racial. Si eres rubio no es lo mismo que si tú eres moreno, si tú hablas de una manera no es lo mismo que si tú hablas de otra, es un país, donde... o sea hay bastante asimetría y por lo tanto eso te pone bastantes restricciones”. Volveremos en detalle sobre este punto en un capítulo ulterior.
- 157 Sus consecuencias para el mérito han sido bien destacadas en el estudio de Núñez y Gutiérrez (2004).
- 158 Da Matta (2002). En Chile, como bien lo indica Contardo, cada cual es capaz de evaluar de un solo golpe de ojo el estrato de alguien (lo cual minimiza la necesidad de tener que afirmar: “Usted no sabe con quién está hablando”). Cf. Contardo, 2007: 84. La desestabilización interactiva y los retos cotidianos son de otra índole.
- 159 La fuerza de la segregación urbana es tal que algunos, para escapar a este esquematismo relacional, escogen residir en lo que perciben es una de las raras zonas mixtas: “Santiago es una ciudad absolutamente segregada, y si me gusta vivir en Santiago centro es porque es una ciudad muy clasista y yo en realidad migro de las fronteras de clase con bastante facilidad, entonces me gusta estar en un lugar con una identidad que no es tan definida, donde puedo convivir con gente que no es profesional, que tiene un estándar de clase media o clase obrera” (José, CM).
- 160 “Cuando veo a mis amigos en San Carlos de Apoquindo y me hablan de eso, yo les digo ‘compadre, tú no conoces el otro Chile, tú vives aquí, en una cúpula’... Ahí no entran los pacos, no entra nada, la semana pasada un hueón apareció colgado, colgado del poste, no salió en el diario, en ninguna parte, es otro Chile”.
- 161 Beatriz (CM) hablando de ese “otro” Chile, nos dice que “ahí los niños están en la droga desde niñitos, no son cuidados, las mamás salen a trabajar y los niños quedan solos; ese es otro Santiago, que no lo conocemos, no lo conozco ni yo ni mi familia ni ninguna de la gente con la que yo me relaciono en general”.
- 162 Santiago es caracterizada como una ciudad altamente segregada en el plano socioeconómico. Existe una subdivisión espacial donde los grupos de mayores ingresos se concentran en 6 de las 34 comunas de la ciudad. Un análisis sobre pobreza e indigencia por comuna muestra que en 3 comunas es pobre sobre el 30% de la población, en 13 comunas es pobre entre el 15 y 30% de la población y en 12 comunas es pobre entre el 5 y el 15% de la población. Un dato ilustrativo de estas diferencias es que en la comuna de Providencia hay ausencia de población pobre, mientras que en la comuna de Lo Espejo la población pobre asciende al 31,4% (Rodríguez y Winchester, 2004).
- 163 Para una cartografía del sentimiento del miedo en Santiago (que concierne sobre todo a los habitantes de las zonas más pobres y a los de medios de mayores recursos cuando están fuera de sus barrios), cfr. Dammert y Oviedo, 2004: 281.
- 164 Margalit al hablar de una sociedad decente con el fin de mostrar la diferencia analítica con una sociedad justa o igualitaria, evoca, con justeza, este aspecto. Una sociedad puede ser desigual o injusta, en términos, por ejemplo, de la distribución de la riqueza, pero ello no impide dar un trato decente a sus miembros (y en sentido contrario, es posible imaginar, al menos teóricamente, una sociedad igualitaria en la que se observaría un trato indecente hacia los ciudadanos).
- 165 En este punto y cualquiera que sea la especificidad del momento actual, en el cual, efectivamente se asiste a una extensión del dominio de lo político como bien lo entrevistó Norbert Lechner (2006: 161),

lo que llevó justamente a valorizar la vida cotidiana en tanto que espacio de articulación entre experiencias prepolíticas y acciones políticas (Lechner, 2006: 373), es preciso insertar esta evolución dentro de la característica más general de este factor de individuación en la región (Martuccelli, 2010a, capítulo 12).

- 166 La importancia de este tema es tal, que algunas personas no dudaron en afirmar que alrededor de este anhelo se construye una importante frontera político-simbólica en el Chile post-dictadura: “Lo que sí creo, lo que yo veo, a mí me tocó ver la prepotencia de algo que yo no diría que es la derecha misma, sino los triunfadores, la oligarquía de ese grupo... Una arrogancia en los 70, pero brutal, un desprecio tremendo... Hoy en día, cuando escucho discursos de gente que habla de ‘este comunacho’, eso a mí me repele, esa cosa todavía me cuesta...”, dice Sergio (CM).
- 167 Algo que, se ha sostenido y de otro lado, entre grupos de la élite da lugar a sentimientos de temor frente a “la irrupción de las masas” (Tironi, 1999).
- 168 Una evocación similar es hecha por Roberto (SP), obrero que durante años jugó en el equipo de fútbol de su empresa, una actividad en la cual coincidió con los gerentes de la firma, y que cuenta, lleno de orgullo, cómo un día se encontró en una reunión con algunos de ellos casi diez años después: “Y estábamos conversando que habíamos jugado en esos tiempos y que por cosas de la vida estaban ahí y que para mí fue motivo de orgullo que estuviéramos conversando, de su familia, de un montón de cosas”. Una anécdota que él asocia, empero, al reconocimiento que tiene en su trabajo, “de repente llamo al jefe y le digo, ‘oiga, podemos hacer esto y esto’ y me dice ‘ya, poh’... Entonces, yo me siento digno con esto, me siento respetado y me conoce todo el mundo, tengo las puertas de la empresa abiertas, yo a cualquier oficina que voy me atienden, si necesito hablar con el gerente, pido hablar con él y no lo trato de gerente, lo trato, por ejemplo, de don Juan... y cuando pasa me dice, ‘hola, Roberto, ¿cómo está?’ Hay una buena relación”.
- 169 Las expectativas de horizontalidad tienen una función importante en la explicación de las evaluaciones de las figuras políticas por parte del electorado. El peso de la “cercanía” y la “sencillez” de éstas para la adhesión política puede ser interpretado bajo esta clave.
- 170 Recordando su experiencia de trabajo, durante la dictadura, en una institución armada, esta ama de casa, en el momento de la entrevista, cuenta cómo “los que tenían mucho grado, trataban muy mal a los que eran cabros. No me gustó. De hecho muchas veces pasaba y tenían a algunos arrodillados, entonces encontraba que era muy humillante” (Josefina, SP).
- 171 “Tengo carácter, si algo no me parece, no me parece...”, Verónica (SP).
- 172 Es el caso también de Eugenio (SP) Hace algunos años, trabajando de junior, lo experimentó en primera persona. “Llegó una persona mandando ‘oye tenís que hacer esto, oye ven pa’ acá...’ ‘No po’, dije, ‘mire, compadre, yo soy un trabajador, no soy su esclavo’”. Antes de envalentonarse en su relato: “Yo nunca voy a quedarme, nunca que me pasen a llevar, siendo que yo no he pasado a llevar a nadie. Así que dije, yo llego hasta aquí, yo renuncio”. Sin embargo, no se hace ilusiones. Incluso lanza la cifra de un 80% de gente que “se resigna mucho, se deja pasar a llevar”.
- 173 La verticalidad siempre activa a nivel de este tipo de relaciones sociales es así oscurecida por relaciones paternalistas. Y sin embargo, la conciencia del cambio es patente. “Teníamos una empleada estupenda, o sea una empleada que hacía de todo, que hacía comidas ricas, que Juan le pasaba unos libros de comida francesa y la Carmen lo hacía, que me crió prácticamente a los cinco niños porque era de esas mamás antiguas”. Sin embargo, cuando se vio aquejada por una severa dificultad económica, Magdalena (CM) descubrió con estupefacción una realidad afectiva más compleja. “Mira, no sé si ella palpó que esta cosa estaba más o menos pero dijo ‘yo para pasar

penurias no estoy' y se mandó a cambiar".

- 174 El relato, por supuesto, no es único. "Hay mucha gente que no sabe tratar", resume desde una sensibilidad similar María, también empleada doméstica. "He visto que las tratan mal (a muchas nanas), que a veces las humillan, que las tratan como una empleada no más po' y uno, en el fondo, uno igual es un ser humano. Una vez le dije yo a una patrona que no sé por qué fue el problema, no me acuerdo, y yo se lo dije, 'así como usted, yo la necesito a usted, usted me necesita a mí', y que tenía que respetarme. Me pidió perdón y nunca más se repitió".
- 175 La dignidad en cuestión, como su estudio lo muestra de manera convincente, se defiende menos en nombre de la igualdad, y más en términos de una "común humanidad". En esta formulación es posible advertir, sin duda, entre otras matrices, la sombra de la esclavitud o la herencia del cristianismo, pero lo importante para nuestro propósito actual es subrayar el cortocircuito que se produce: se responde a un no respeto de ciertos derechos en términos de una común humanidad que, aun teniendo implicaciones políticas, hunde sin embargo sus raíces en otro imaginario colectivo.
- 176 "Claro, hay mucho abuso, claro. Por ejemplo, si uno llega atrasada en la mañana se fijan y si uno completó sus horas ya, y si han pasado 2 ó 3 horas, ahí no se fijan naa...', se fijan antes no más... Ellos tienen derecho a enfermarse, tienen derecho a todo, yo creo que el pobre no tiene derecho a enfermarse, creen que uno es de fierro, si uno está resfriada, uno tiene que andar con el resfriado trabajando no más po'". Los horarios son flexibles a la voluntad discrecional del patrón. "Si uno trabaja puertas adentro", se queja, "de repente hay comidas en la noche y uno tiene que estar hasta las 12 o la 1 de la mañana trabajando, y al otro día se tiene que levantar igual tempranito, entonces no le reconocen a uno". El testimonio de Ingrid, empleada doméstica, es tanto más interesante que nos cuenta que "una vez demandé a una patrona porque me despidió así, de un día pa' otro... Pero no la demandé porque yo quise, porque nunca he sido mala y vea Dios que es verdad que me está mirando, porque me aconsejó otra gente y hasta hoy me arrepiento... Me arrepentí porque en el fondo la señora igual había sido buena conmigo y era justificable lo que ella había hecho". Nos cuenta. La enfermedad de una de las nanas que trabajaba puertas adentro, hizo que tomara a otra persona en reemplazo, y cuando la primera regresó "ya no podía tener a 3 personas en una casa... y entonces me tenía que ir yo no más, y claro, ella lo sentía hartito que yo me fuera pero la gente me empezó a decir que 'no, hay que demandarla, qué sé yo, hay que demandarla'. Fui a demandarla pero después fui a retirar la demanda porque me sentí muy mal. Hasta el día de hoy me siento mal". La complejidad de sentimientos revela un vínculo social en profunda tensión.
- 177 Uno de los rasgos distintivos de la democracia política en Chile hoy, no reside únicamente en la instauración de un sistema institucional de partidos políticos, sino que se halla en el hecho de que, a diferencia notoria de otros países de la región, esta gobernabilidad —o sea esta canalización institucional de la vida política— ha sido hecha por las élites tradicionales. Ahí donde un poco por doquier en América Latina los gobernantes se "vulgarizaron", o sea, tienden a asemejarse socialmente a los gobernados (en términos fenotípicos sin duda, pero también en términos de procedencia, trayectoria e incluso de formación cultural), en Chile, el proceso de gobernabilidad se ha efectuado sin necesidad de pasar por este recurso. Un bemoil evidente a esta aclaración: la ambigüedad de la experiencia de Michelle Bachelet, quien, miembro de las élites del país, fue percibida como una figura de *outsider* y que se dotó de un suplemento de legitimidad gracias a la "identificación" con su persona (mujer) y a su "proximidad" (Araujo, 2010b), una deriva que debe en mucho, sin duda, a las nuevas aspiraciones interactivas y los modos en que influyen en las actitudes y juicios ciudadanos respecto a las figuras políticas.
- 178 La detallada historia política de este proceso está aún por escribirse en Chile. Una historia que

debería idealmente inscribirse en la larga duración, con el fin de mostrar el triple marco intelectual y cultural en el cual esta problemática se dio en América Latina: desde la herencia del derecho romano, el cristianismo, la tradición republicana.

- 179 Este proceso, cualquiera que sea entonces su vínculo con estas realidades, no puede ser interpretado únicamente como la versión local de la expansión de una “subpolítica” –como Beck (1998) lo indicó y algunos han creído poder afirmarlo para América Latina– o de los efectos de los “nuevos movimientos sociales” propios de las últimas décadas del siglo XX. La politización de las relaciones sociales que se opera por este anhelo democratizador posee una personalidad distinta (Bataillon, 2004).

## PARTE 2

### Posiciones y temporalidades

#### *Inconsistencias posicionales*

- 180 Una primera versión de este capítulo fue publicada en Araujo y Martuccelli (2011).
- 181 Por lo general, las ciencias sociales no recurren a métodos cualitativos para estudiar la estratificación social. En este registro, la mayor parte de los trabajos están animados por una voluntad estadística de agregación de individuos en un número reducido de grupos (clases o estratos) que diseñan la arquitectura posicional de una sociedad. En Chile, por supuesto, existen muchos ensayos de este tipo, los que, según las opciones teóricas elegidas, subrayan el peso decisivo del trabajo, del ingreso, del consumo o de la cultura (o combinaciones de estos factores) a la hora de dibujar el perímetro de las grandes posiciones sociales. Para efectuar clasificaciones de esta índole, las técnicas estadísticas son sin duda indispensables. Pero lo que nos interesa subrayar con esta prueba es un fenómeno diferente y llamar la atención sobre una dimensión subjetiva relativamente descuidada en muchos estudios sobre la estratificación social *stricto sensu*, una en la cual, sin cuestionar la pertinencia de las divisiones, será necesario reconocer, detrás de la diversidad de posiciones sociales, la presencia de una experiencia común transversal de inconsistencia posicional en tanto que característica mayor de la posición social en el Chile de hoy.
- 182 También podría decirse que en la sociedad chilena, toda proporción guardada, la diferenciación social aparece como una mezcla sutil entre diversos niveles socioeconómicos y distintos niveles socioculturales. Y concluir que uno de ellos (el socioeconómico) es más “cerrado” o discriminante que el otro (el sociocultural) es una apreciación que muchas situaciones sociales pueden invalidar: las diferencias fenotípicas y de género pero también el juego de las distinciones culturales (el significativo reemplazo del síutico por el flaite) indican el “cierre” activo de las fronteras a este nivel.
- 183 Torche y Wormald (2007). En el mismo sentido, cf. León y Martínez (2007) p. 313: “Si el estilo de vida obrero era predominante hace 25 años, el estilo mesocrático de vida lo es hoy”.
- 184 Para una discusión de esa noción, cf. Wacquant (2005).
- 185 Es en el estudio de la sociedad argentina en donde la vulnerabilidad ha sido movilizadora para analizar las trayectorias de las clases medias – cf. sobre todo los textos de Alberto Minujín y de Manuel Mora y Araujo recopilados en Bárcena y Serra (2010). Para una visión panorámica de las clases medias en la región, cf. Franco, Hopenhayn y León (2010).
- 186 Juan (CM), refiriendo su experiencia escolar, señala así por ejemplo que descubrió con el tiempo “que el nivel de diferencia de clases sociales no era tanto... lo que pasa que yo venía de una zona muy proleta, y la mayoría de los que estudiaban ahí podrían ser un símil de lo que son mis hijos ahora,

hijos de profesionales, que no tenían ningún billete, padres endeudados, pero yo no podía dimensionar eso (en la época)”.

- 187 Lo importante es tomar en cuenta a la vez la dimensión estructural e histórica de esta realidad. Si se descuida una u otra de estas dimensiones se corre el riesgo, como ello es tantas veces observable, de obviar la indispensable contextualización que requiere todo análisis sociológico en aras de visiones excesivamente genéricas sobre la “modernidad líquida” o el modelo de la inclusión/exclusión como rasgo mayor de los sistemas sociales en el entramado actual de la diferenciación funcional. Cf. Bauman (2003); Luhmann (2007), sobre todo la cuarta parte (“Diferenciación”). Tanto uno como otro impiden dar cuenta, creemos, de la especificidad histórica y estructural de la situación chilena actual.
- 188 Infante y Sunkel (2004). Según este estudio, si hasta un 36% de los trabajadores más pobres trabaja en el sector informal, solo 3,2% de los trabajadores más ricos lo hace en este sector.
- 189 La inquietud aparece especialmente aguda en trabajadores independientes, y esto de manera transversal. Cecilia (SP) relata las inquietudes permanentes de su marido, quien como trabajador independiente “puede ser que un mes esté parado y otro mes esté trabajando”. Tiene mucha ansiedad “porque él tiene que ver que sus hijos tengan que comer. Entonces, si un mes no trabaja ya está urgido, porque no tiene plata, que, no sé, que tengo que pagar la luz, que tengo que pagar el colegio... De repente me inquieta, pero yo sé que igual él va a conseguir, no sé de dónde, pero igual no falta la plata”. Poco importa la confianza que su mujer le otorga, puesto que la ansiedad lo gana: “Siempre está preocupado. De repente está como estresado o, si no, anda muy alterado, que no se le puede decir nada si está sin pega...”. Para ilustraciones en los sectores medios altos, ver el apartado dedicado al fantasma de la bancarrota.
- 190 Dirección del Trabajo, <http://www.dt.gob.cl/consultas/1613/simple-article-95305.html> (sitio visitado 5/03/2011).
- 191 Una realidad parecida es descrita con más cinismo por Eduardo (SP), quien ve, detrás de este proceso, una lógica política: “Aquí no está jubilando nadie, nadie, nadie... Y los que jubilan, jubilan porque ellos mismos se están pagando las jubilaciones hasta el día de la jubilación. Pero aquí, en general, pasado los 5 ó 7 años te echan tan simple por el motivo de no pagarte la indemnización, ¿cachái?... Entonces empiezan a aburrir a la gente para echarla...” Eugenio (SP) cuenta una experiencia similar pero desde una óptica distinta. “Cada dos años nos hacían contrato nuevo, nos liquidaban para no pagar tanto después... Al final para nosotros es lo mismo, porque nos están pagando dos años... Yo estaba feliz”.
- 192 Rodrigo (CM) cuenta cómo al regresar del exilio, y luego de una mala inversión en el país, su padre terminó “en la cárcel por cheques... Fue súper duro”. Un proceso de quiebre que “fue una agonía lenta. Unos 4 o 5 años se demoró en morirse. Fue trágico y no solamente para nosotros, fue trágico para un montón de gente que perdió mucho en ese proyecto. Y, bueno, todo el desgaste que significa todos los días... sentirse tan solo, sentirse en un ghetto...”.
- 193 En otros, el relato del endeudamiento describe una pérdida ordinaria de control en la cual los amigos pueden jugar un rol activo. Como Sebastián (SP), quien tiene dos años más antes de terminar de pagar la deuda que contrajo. ¿La razón? Ayudó a un compañero de trabajo a comprarse un living y cuando el amigo dejó de pagar su deuda, él se encontró... endeudado. Además, “con los intereses, de repente es casi el doble de la deuda inicial...”.
- 194 “Ahora me estoy endeudando”, cuenta Patricio (SP), “porque deberían haberme pagado a comienzos de mes, pero como hay un atraso en las platas, entonces, no me han pagado y vengo con un desfase del mes pasado, vengo de junio con el desfase sin pega junio y julio, dos meses y medio; no hay quien

aguante. Entonces tuve que pedir créditos, conseguirme con amigos...”. Obligado y contra él mismo: “Trato de no sobrepasarme, no me gusta vivir encalillado”.

195 Encuesta Bicentenario PUC-Adimark (2007), citado en Matthei y Prieto (2008:155).

196 “Yo soy de los que tienen deudas de hace 5 años atrás, del cáncer”, nos contó Samuel (SP), supervisor de ventas. “Me hice de unas deudas que no las puedo pagar, no me he hecho de la plata y están ahí. Pero ahora que tengo plata voy a ir a ver y a ciencia cierta no pienso pagarla, he renegociado 5 veces de 250, he pasado al millón de pesos, no pretendo pagar el millón de pesos... Es que la tasa de interés en Chile te sacan los dos ojos, las dos piernas y los dos brazos...”. Insiste: “Las puedo pagar, pero no las pienso pagar”.

197 “Yo ya no uso tarjetas, porque yo ocupaba muchas tarjetas y las ocupé todas cuando estaba bien y me llegaban hasta aquí (el cuello)” (Eugenio, SP).

198 “Me vi con más plata de la que usualmente me tocaba manejar y no... no vi... El costo fue enorme, fue, chuta, no tengo la plata para poder pagar mi universidad...”, lo que llevó a Dennis a tener que cortar sus estudios, algo que reconoce con vergüenza. “Antes compraba a crédito, ahora casi solo al contado... Porque tenía tarjeta, sacaba una de ésta, después sacaba otra y se me iba juntando, por las puras pagando. Mejor comprar cosas al contado, juntar plata y ahí uno se las puede rebuscar...” dice Sebastián (SP).

199 “No soy muy buena para meterme así al crédito”, dice Paula, personal de limpieza, “me gustan las cosas así a 3 meses ó 4 meses, no tan largo, porque muy largo sale más plata, claro paga menos uno en cuotas, pero es más caro”. De todas formas, continúa, “no tengo demasiados créditos, cosas que no se puedan cubrir pa’ no estar en... no me gusta estar en DICOM tampoco y no estar pagando una deuda”. “No, no soy muy de compras, soy de bienes, de mantener cosas; ahora me estoy comprando mi otra casita, entonces soy de asegurar mi futuro, soy muy de pensar, no soy gastadora”, cuenta Daniela, educadora, antes de precisar que “siempre he sido ordenada con mis platas. Nunca he tenido un crédito comercial, no me gustan ese tipo de cosas porque les tengo miedo a las deudas”. Las frases similares son una y otra vez enunciadas. Ciertamente, muchos han vivido momentos difíciles, incluso fases de endeudamiento, pero “hasta por ahí, nomás, razonable”, por lo general debido a un contratiempo, y, sin embargo, todos indican claramente que lo suyo es distinto, como Bernardita (SP), que asegura que a pesar de esos momentos “las cuentas están todas al día, porque a mi marido no le gusta que queden ahí... que estén al día; igual a mí me gusta ir pagando las cosas, comprarlas al contado de repente, y sobre todo ahora que los sueldos no son demasiados altos, uno se tiene que mantener”.

200 “No nos hemos endeudado”, comenta Fabiola (CM), “porque hemos sido súper cuidadosos”. Pero agrega en un esfuerzo de precisión y, sin duda, de sinceridad, “o sea, yo igual estoy súper endeudada, pero si vendo mi auto pago todo”. Es la medida que muestra que no se ha atravesado la frágil línea del sobreendeudamiento. Lo entiende tan así que continúa explicando que “a nivel familiar nos hemos ido preocupando que no se nos escape de las manos”, lo que implica estar muy atentos “porque como que tenís miles de alternativas siempre pa’ endeudarte”.

201 “No sabes cómo le tengo susto a morir vieja y sin plata, o sea vieja, sola y sin plata...”, confiesa Susana (CM, ingeniera en administración) para explicarnos por qué “por lo general trato de pagar al contado. No entiendo cómo funcionan las tarjetas de crédito, o sea, cuál es la ganancia de ocupar la tarjeta de crédito y pagar al fin de mes si al final igual te gastas las lucas”. Tiene deudas, dice Fernando, (SP, cocinero), antes de decirnos que “yo me empiezo a volver loco con eso; sí, ya estoy muy inquieto”.

- 202 Los estudios de la CASEN han mostrado, por lo demás, fehacientemente, la alta sensibilidad que ante el ciclo económico, incluso frente a fluctuaciones moderadas, tienen sobre todo los trabajadores de los quintiles de menores ingresos. Felipe (CM) da un testimonio similar: “En los años 90, las curtiembres pasaron muy, muy duros momentos, digamos principalmente por la importación de productos terminados de China, de Brasil... Tú ves las grandes marcas que hay en el mercado, muy pocas fabrican acá en Chile, lo demás lo traen todo confeccionado de afuera”.
- 203 El relato de esta mujer de clase media alta es sintomático: tuvo que comenzar a trabajar “cuando empezaron las cosas mal en la fábrica de mi marido (...) cuando se abrieron tanto las puertas para que vinieran todos los (productos) chinos, sonamos” (Magdalena, CM).
- 204 Como la actitud de la que hizo gala este vendedor en una zona comercial popular tradicional, quien comenta cómo ha tenido que diversificar progresivamente sus actividades y cómo “ahora también tengo que cambiar porque quebraron las empresas chilenas, porque sale muy caro hacer zapatos ahora acá...” (Jaime, SP).
- 205 “Cuando los niños eran chicos hubo esa crisis del año 82 y varias compañeras más que se habían comprado casa, auto, se habían endeudado y tuvieron que entregarlo todo, y se quedaron sin nada...” (Beatriz, CM); “En el 98 estábamos apretados, pero nada serio. Ahora (en plena crisis mundial del 2008) tú ves a tu hermana, a tu cuñado y todos están quedando sin pega” (Elena, CM).
- 206 Para una ilustración de este punto, a partir del análisis detallado de la política de regulación de las entradas de capital en los 90, cf. Ffrench Davis (2008: 335-376).
- 207 Daher (2004). Para una reflexión general sobre este punto desde el marco de la sociedad chilena actual, cf. Garretón (2000: 29 y siguientes).
- 208 Las frases se repiten, se suceden y se asemejan entre sí: “Muchas veces me faltaron muchas lucas y en ciertas circunstancias se podía tornar dramático”, recuerda Loreto (SP), cuando evoca sus problemas para calentarse en invierno (...antes de contraer, por frío, una neumonía).
- 209 Cf. sobre esta frase los comentarios de Jocelyn-Holt (1998).
- 210 Para una interpretación en un sentido próximo, Tironi (2009: 92).
- 211 “Nosotros estábamos en el tiempo del hippismo donde todo era *happy, happy* y de repente te cortan los brazos, la cabeza, con toque de queda todo el día... Donde te empiezan a prohibir a las mujeres usar pantalones y venían los milicos y te los rompían ahí mismo donde te encontraban por andar así...” (Verónica, SP).
- 212 “Cuando mi padre fue despedido de CODELCO”, recuerda Luis (CM), y “que la economía se empezó a liberalizar más, había que estar preparado para eso, y mi papá no estaba preparado (...) Él venía de una cultura, digamos, donde tenía que ser empleado y pasar a una, que como emprendimiento, requiere de otras herramientas. Fue súper difícil...”.
- 213 La similitud de los testimonios alrededor del temor, pero desde la “otra vereda”, impacta: “Mi papá lo pasó muy mal en la época de la Unidad Popular. Entonces él era súper pro Golpe... Mis papás estaban felices, saltaban en una pata cuando salieron los tanques (...) Mi papá por lo que él cuenta, lo pasaba muy mal, era gerente en una empresa y los ponían en filita y los escupían todos los días, entonces se iba juntando una cantidad de odio... Tú le hablas de los muertos y qué sé yo y te responde, ‘sí, pero lo que pasa es que si no hubiera habido el golpe hubieran sido los muertos pero de este lado” (Gabriel, CM). “En mi casa abrieron champagne... La otra vez vi una película del juez Guzmán y él también contaba que en su casa abrieron champagne pa’l 11...” Una experiencia que se articula con las dificultades profesionales de su padre durante la Unidad Popular, quien, según el relato de su hija,

con el fin de mantener su probidad profesional, rechazó hacer contrataciones de índole política, viéndose obligado a renunciar. “A mi papá, cuando vino el Golpe, lo recontrataron” (Beatriz, CM).

- 214 Una memoria que explica, a ojos de los propios actores, no solo la adhesión que muchos empresarios tienen hacia la derecha, sino su necesidad de reafirmar esta condición. Para testimonios recabados en este sentido, cf. Politzer (2006: 163 y siguientes).
- 215 PNUD (1998). En verdad, la posición de Lechner fue más matizada, puesto que dentro de los malestares de la modernidad, entrevió tres grandes fuentes del miedo (al Otro, a la exclusión, al sinsentido), cf. Lechner, (2006). En todo caso, la temática de los malestares de la modernización dio lugar a un acalorado –e importante– debate a fines de los años 90. Para una visión sintética, cf. Castro (1999).
- 216 Por supuesto, no se trata ni de reducir la dictadura, y su trágico efecto en desaparecidos y tortura, a un mero asunto de posiciones sociales, ni de confundir el trauma histórico del 73 con los avatares de la vida política democrática desde 1990. Se trata simplemente de restituir los modos en que las experiencias políticas contribuyen al sentimiento de inconsistencia posicional desde los testimonios recabados.
- 217 Se trata del estudio de Sabatini, Wormald y Salcedo. Este resultado de investigación es evocado en Rasse, Salcedo, Pardo (2009: 21).
- 218 “Es como un pueblo, acá todo el mundo se conoce, todo el mundo es solidario cuando el vecino está mal; cuando muere el vecino vamos todos, y todos apoyamos el dolor y nos hacemos partícipes del café y todo el cuento... No nos miramos por sobre el hombro somos todos iguales.” Un aprecio que, en una lógica de narración muy frecuente, se refuerza al comparar esta experiencia de residencia con la de otro sector, en donde trabaja como parvularia: “La situación de abandono de ese lugar es terrible, es terrible; tu primera visión hacia el lugar: te recibe un basural, y sigues caminando a través del basural y te vas encontrando con pobreza absoluta, y si te internas aún más, te encuentras con un campamento escondido y tapado por muros. Es una situación de abandono increíble, a la gente la invadió una carretera que no dejó espacio para caminar libremente por las calles, que no le dejó espacio para que entre una ambulancia o para que entre un radiopatrullas. La gente no tiene nada” (Denisse, SP).
- 219 “El sector de La Pintana, cuando nosotros llegamos aquí no existía la villa de al frente ni la de atrás, empezaron a construir por todos lados, con gente de todos lados, de los lados más malos; entonces aquí hay una mezcla de gente, no vamos a decir que toda la gente es mala, hay gente muy buena, muy trabajadora, pero hoy día estamos rodeados de gente mala. A mí me duele y no sé po’ a mí me costó hartito criar a mis hijos que no es posible cuidarlos de que ellos no desviaran el camino” (Nora, SP). Locuaz, y sin que sea posible detenerla, pasa a quejarse de sus vecinos. “Ustedes ven abajo está sucio, es que crían perro la gente en el cuarto piso, la gente cría perros, no tienen espacio. Aquí vivo yo, mi pareja y nadie más y se nos hace pequeño. Entonces la gente, los perros van abajo, ensucian y ellos no barren porque viven arriba... Lo peor que le puede pasar a un ser humano es vivir en estas viviendas”. Frase terrible que empalma con fastidios habituales: fiestas que se hacen “lunes, domingo, jueves, miércoles porque el caballero de arriba es chofer (...) Llegaba él a las tantas de la mañana y ¡vamos! bailando con gente, se sentía golpes, el caballero parece que es del campo porque con los pies, le suenan los pies, las manos, la mesa, pero era un infierno vivir acá, me enfermé de los nervios, estuve pésimo, pésimo, pésimo...”.
- 220 “Por ejemplo en verano (los vecinos) no se sientan en la terracita, en el antejardín; no, ponen la silla en la vereda afuera, una cosa así, entonces de ahí se junta otra persona de más allá, después otra de más allá trae otra silla y se sienta otra y al final hacen una cuestión grande y todos conversando, pero

puras leseras deben conversar, puros cahuines...” (Ingrid, SP).

- 221 “En la comuna de La Cisterna, bueno hasta hace un par de años atrás era una comuna excelente, súper tranquila, era increíble vivir ahí, uno podía salir toda la noche y jamás te pasaba nada, pero ahora se ha echado a perder mucho por la cuestión de la droga, de las pandillas (...) En parte a causa de gente que llegó de afuera y se instaló con su negocio maldito y se empezaron a echar a perder a los jóvenes, donde han habido hasta suicidios, hasta asesinatos, o sea, una cuestión horrible... Hace dos meses enterramos a un chico que se crió con mis hijas...” (Olga, SP).
- 222 Raúl (SP) describe en detalle el mecanismo del microtráfico, la división del barrio en tres sectores, también los problemas cotidianos con los carabineros y sus controles, pero, sobre todo, indica el cambio de época. A una delincuencia antes encastrada en el barrio le habría sucedido, a causa del narcotráfico, una “violencia absoluta, es decir se rompieron todos los códigos”. La droga desestructura los antiguos principios del “lumpenaje”.
- 223 “Hay mucha droga. Y eso desparrama la familia. Está en todas partes la droga, en todas partes. Más camuflada en unas partes que en otras. Pero acá hay una plaza que el día, el fin de semana, los niños están hasta como las 12 de la noche... los gritos y las cosas, yo los conozco a todos. Durante el día la plaza nos pertenece a nosotros, pero en la noche tenemos que cedérselas a los muchachos...” (Myriam, SP). “El barrio ha cambiado porque ha llegado mucho lo que es la droga, esto que los niños se meten a la onda de las bandas, que la violencia, que se ve mucho robo, entonces esto es el cambio. Empezó a crecer la juventud, los niños dentro de la droga, se transformó el barrio... Yo me acuerdo, 17 años tenía yo (tiene 36 ahora) y de ahí empezó a transformarse todo esto, empezaron los niños a meterse en la drogadicción, a ser más violentos, a verse más asaltos (...) y a los niños empezaron a ponerlos en las esquinas, para ver que no limaran sus terrenos, si aquí la cosa es territorial”.
- 224 “...de hecho tú puedes ver que esta casa es sumamente cerrada, por lo mismo, para protegerme. La mayoría de las casas tienen rejas, protecciones, perros...” (Josefina, SP).
- 225 Según una encuesta Sur-PNUD del 2001, un 65% de los habitantes de conjuntos de vivienda de muy bajo costo en comunas pobres de la periferia quería irse de sus viviendas sociales. Citado en Dammert y Oviedo (2004: 281-282).
- 226 Pero esta actitud, irse, no es la única posible. También es discernible, regresaremos sobre este punto en un capítulo ulterior, el intento de poner en pie formas de acción colectiva.
- 227 Recordemos, empero, que en lo que a homicidios se refiere, el país tiene una de las tasas más bajas de América Latina. En 2006, en Chile la tasa era de 1,9 por 100.000 habitantes y de 45 en Venezuela (el promedio regional es de 20 por 100.000 habitantes). Algo que también se corrobora a nivel de otras formas de violencia.
- 228 Lizama (2007: 23). Para una visión sintética de la rapidez de la transformación que tuvo lugar en este ámbito entre los censos del 1992 y el del 2002, cf. Larrañaga (2003). Notemos que los hogares que son propietarios de su vivienda se han elevado, durante los años 2000, al 72% del total.
- 229 Muchas personas lo expresaron con claridad. “Mis pensamientos siempre fueron desde muy chico tener una casita bonita y siempre luchar por eso, tener algo bonito, no cualquier cosa”. Para Aldo (SP), la casa, como su proyecto de comprarse un terreno para su vejez, forma parte de su proyecto de tener “un poco más asegurada la cosa para adelante”. Roberto (SP) nos da un testimonio en el mismo sentido: “Esta casa la compramos. Con mi señora partimos arrendando y a la vez juntando plata para postular a la casa propia del SERVIU, con hartito esfuerzo y sacrificio lo hicimos”.
- 230 “Yo tuve dos casas pero por cosas que sucedieron en la vida las perdí. Y después postulé de nuevo y

me hicieron, me cambiaron la carpeta en el SERVIU, me la sacaron y la pusieron a nombre de otra persona y perdí mi casa, y no tuve ningún documento para verificar que yo era la beneficiada de esa vivienda. Y era una casa buena, de buena calidad, con hartito patio y la perdí...” (Nora, SP).

- 231 Este tipo de experiencias se generalizan también en sociedades en las cuales la cobertura de salud es muy desigual. En 2005, un estudio de la Universidad de Harvard mostró por ejemplo que el 50% de los expedientes de quiebra personal en los EE.UU. eran consecuencia de los desembolsos para gastos médicos; un proceso en el cual el endeudamiento por préstamos hipotecarios tiene un rol estructural (Jorion, 2009).
- 232 Muchos otros conocieron experiencias similares: “Todo lo que me sacrificué por trabajar, por juntar un poquito de plata, una enfermedad, pum, se fue...” (Aldo, SP; también Eugenio, SP).
- 233 Como es el caso de Daniela (SP), quien ante un cáncer, expresa su gratitud hacia su ex-marido: “Le debo la vida porque económicamente él fue mi soporte... Pagó mucha plata, yo me irradié y me hice la quimio en clínica y toda la plata la puso él... Le estoy muy agradecida porque creo que irradiarse en un hospital no es lo mismo...”.
- 234 A pesar de la importancia acordada al tema de la equidad en las últimas décadas en el país, y de los resultados importantes obtenidos en la reducción de la pobreza, no se han logrado empero resultados similares en lo que concierne a la distribución del ingreso. Cf. Solimano, Pollack (2006).
- 235 Notemos, sin embargo, que según una encuesta CASEN publicada en el 2010, en Chile luego de años de un descenso continuo de la pobreza se registró un aumento de ésta del 13,7% en 2006 al 15,1% en el 2009. También otra encuesta de la CASEN del 2010 mostró un deterioro en la distribución del ingreso: del total de ingresos generados en el país en el 2006, el 10% más rico concentró el 38,6%, el porcentaje subió en el 2009 hasta el 40,2%, mientras que el decil más pobre bajó su participación de 1,2% al 0,9% en el mismo lapso.

### *Desequilibrios temporales*

- 236 El estudio data de 1999 y abordó esta dimensión para diferenciar entre distintas pautas de consumo. Para una presentación en perspectiva de estos resultados, cf. Catalán (2009).
- 237 O sea, si en este registro la división entre sectores populares y capas medias altas, o entre hombres y mujeres, es significativa, la variación intragrupal dentro de cada uno de ellos no lo es menos.
- 238 Vale la pena recordar que la naturalización de las dos grandes esferas que son el trabajo y la familia son un producto del siglo XIX, y del contrato social sexual que caracterizó este período de la sociedad industrial (Pateman, 1988). O sea que antes que se añadan “nuevas” esferas, es preciso recordar que la primera de ellas se basó en la división entre el trabajo productivo “masculino” (a pesar de la presencia constante de las mujeres en tanto que trabajadoras) y el trabajo reproductivo humano (y “femenino”). Esta frontera terminó incluso naturalizándose al punto de hacer olvidar que la separación entre la producción de la vida, en el ámbito doméstico, y la producción de bienes, en el ámbito económico, una y otra marcada por una profunda diferencia genérica, no son sino el producto particular de un modo de agenciamiento institucional.
- 239 Tanto la noción de participación asociativa como la de tiempo libre merecen una discusión conceptual que excede, por supuesto, la pretensión de este capítulo. En lo que sigue entendemos como participación asociativa una disposición personal asumida de participar en la vida colectiva. Se trata de un compromiso, libremente asumido, orientado hacia la colectividad y que se ejerce dentro de una organización (en la que el interés personal puede jugar roles distintos). En el caso del llamado tiempo libre, entendemos el tiempo sometido a la discrecionalidad y liberado por ende de otras

esferas percibidas con valor constrictivo; esto es, su perímetro no se define por tipos de actividades, sino por el carácter otorgado a las mismas en la asignación de uso temporal (por ejemplo, cocinar puede ser una actividad constrictiva en el marco de la temporalidad dedicada a la familia o una actividad discrecional en el tiempo libre).

- 240 En este aspecto es imposible no coincidir con los grandes planteamientos de la tesis de las modernidades múltiples o con los trabajos que buscan describir la trayectoria latinoamericana hacia la modernidad. Cf. Mascareño (2010).
- 241 Para una presentación de la consolidación progresiva de la lógica de las vacaciones entre los chilenos, cf. los CD producidos por la UDP, *Chile Íntimo. La vida cotidiana del siglo 20*, tomo 1, “Las vacaciones – la casa”.
- 242 Globalmente, el tiempo consagrado al trabajo tiende a disminuir en las sociedades modernas. Por cierto, todo depende de cómo se mide esta reducción. Si en la larga duración este proceso es indiscutible, cuando se toman intervalos temporales más estrechos, la visión es más compleja y tiende incluso a diferenciarse entre grupos sociales. Es por eso que si, en la larga duración, es indudable que se ha asistido a una reducción del tiempo de trabajo (con fuertes variantes entre los distintos países), en los últimos lustros se ha asistido no solamente a una detención de este proceso, sino también, en algunos países, a una lenta inversión. Para indicar un ejemplo relevante, entre otros, el tiempo de trabajo de las mujeres en Chile ha conocido fases de expansión y de retracción, y este mismo proceso se presenta de manera diferente según que se trate de los sectores populares o de las capas medias. Una realidad que dificulta incluso establecer comparaciones entre distintos períodos históricos, a tal punto el trabajo de la mujer modifica, para todos los actores, de manera sustancial el equilibrio temporal entre los distintos ámbitos de actividad. Más aún: en intervalos relativamente cortos de tiempo, la expansión o la contracción del tiempo de trabajo es inseparable de coyunturas económicas (las crisis económicas tienen importantes efectos a este nivel).
- 243 Sobre el disciplinamiento de la mano de obra en Chile, cf. Salazar (1990); también, Araya (2010).
- 244 Fabiola (CM), suspira y nos dice: “Trabajo todo el día”. En su caso, en jornadas que van desde las 9 hasta las 18.30 hrs. pero que, con el tiempo de transporte y la gestión familiar le dan el sentimiento inequívoco de una vida demasiado construida en función de las coerciones temporales del trabajo. Un sentimiento que, por supuesto, comparten aquellos cuyas jornadas son cuantitativamente más largas, como un comerciante que resume: “Se abre a las 7 y media de la mañana y se cierra a las 8 y media... De lunes a viernes y el sábado de 9 de la mañana a 2 de la tarde”. Cuando sale del trabajo, “lo único que uno quiere es estar tranquilo” (Enrique, CM).
- 245 Recordemos en este contexto que de las casi 650 mil empresas que existían en Chile a comienzos del año 2000, casi 535 mil eran microempresas y otras casi 95 mil eran pequeñas empresas (PNUD, 2004: 146).
- 246 “Lo complicado es manejar los tiempos, porque uno como independiente a veces termina trabajando más que como empleado y hay problemas para definir el tiempo de la familia y el tiempo del trabajo... Porque como independiente estás orientado a solucionar los problemas a como dé lugar porque en el fondo te afectan muy directamente... Siempre está en juego tu prestigio” (Claudio, CM). Aldo (SP) trabaja en su taller de mecánica de 9 a 7 u 8, y quisiera no ir a trabajar el sábado “pero tengo que ir un rato a trabajar al puesto (...) aunque no lo crea, uno llega con el trabajo acá a la casa; anda pensando, de repente ‘qué piensa’ que estoy en el trabajo, a veces me despierto en la noche...”. Habla de su cansancio. “Lo que pasa es que uno empieza en la mañana, uno llega al taller y empieza, esto es como rápido, hay que ir a comprar, el teléfono, hay que trabajar por teléfono y todo... tratar con el cliente, autos en pana, todo hay que...”. Además, el “sábado en la tarde ando acompañado con mi

vieja, hacemos aseo, se limpia el baño, la oficina, dejamos todo limpiecito”.

- 247 Este relato no es en absoluto aislado. “El fin de semana me desconecto... es que, en los últimos años pasé por una depresión muy grande, un estado de estrés que en el fondo se produjo porque no se tiene seguridad... Y bueno ahí decidí, ahí me empecé a desconectar, pero antes no, trabajaba sábado, domingo...” (Esteban, CM). Una mujer recuerda que cuando puso un negocio de mochilas, su tiempo de trabajo se multiplicó sin límites: “Yo creo que hice todas las mochilas de Santiago (ríe)”. “Trabajaba hasta las tantas; trabajaba mucho, pero se ganaba bien”. Una experiencia que la llevó empero “a cerrar mi taller por el cansancio, el agotamiento, porque te pasa la cuenta el exceso de trabajo...” (Daniela, SP). También Ramiro (SP), a quien acabamos de citar, es un buen ejemplo: el deterioro de su salud es lo único que lo ha convencido que debe bajar el ritmo de trabajo: “Uno descuida mucho su parte de salud por trabajar, trabajar, trabajar, trabajar. Sentado por ejemplo, los cálculos (...) Ahora tengo estrés y también ando enfermo del colon... Es por el exceso de trabajo...”.
- 248 Entre 1997 y 2005 Chile apareció en 4 ocasiones en el primer lugar del ranking internacional de jornadas laborales semanales, elaborado por el International Institute for Management. Cf. Echeverría (2005).
- 249 En la Encuesta UDP (2007), de un total de diez ámbitos valorizados, el trabajo ocupó el tercer lugar luego de la familia y la salud.
- 250 “No te lo voy a ocultar, mi separación fue producto de lo mismo, de la escasez económica, tenía una muy buena mujer, nada que decir de ella, pero lamentablemente, mi trabajo es así, un trabajo de lunes a domingo y hay momentos en los cuales no estoy bien remunerado” (Samuel, SP).
- 251 “Él (su marido) trabaja mucho, entonces le dije: ‘Te siento lejos, porque trabajas mucho’ porque él el escritorio lo tiene detrás de la casa, entonces llega de la pega y trabaja, trabaja, es bien trabajólico... Estaba muy enfocado en el trabajo”. Una dificultad, que, en el testimonio comunicado durante la entrevista, había mejorado luego de una conversación entre ellos (Carolina, CM).
- 252 Un indicador más del diferencial de legitimidad de género que goza el trabajo en la sociedad chilena y, como lo veremos, de la permanencia (o la remanencia) de un modelo de conyugalidad tradicional en el país.
- 253 Detengámonos un instante en estos relatos. No solamente porque nos fueron comunicados una y otra vez y siempre de nuevo durante las entrevistas, sino también porque cada uno de ellos expresa un auténtico desasosiego personal. En el caso de Claudia (CM), la frustración es tal que orienta incluso su actitud hacia la familia. “Yo creo que el mayor desafío (con los hijos) para mí es tratar de compensar con ellos el tiempo que uno no está, eso para mí es un desafío, o sea, poder en el poco tiempo que estoy con ellos, entregarles la mayor cantidad de cariño, de valores, de formarlos, de estar pendiente de que no se vayan a extraviar... Sí, la gran preocupación mía tiene que ver con el poco tiempo que uno les puede dedicar y el tiempo que tú estás, multiplicarlo...”. En otras, el tiempo no se multiplica, solo se resta. “De repente me da pena no poder salir con mis hijos, yo jamás tengo tiempo, por ejemplo, para llevarlos al parque, eso es una cosa que también se echa de menos, porque estoy tan cansada, cuando llego a tener tiempo solo quiero descansar, si es que tengo tiempo, porque sábado y domingo me tengo que dedicar a la casa...” (Carmen, SP). La culpabilidad puede terminar siendo muy intensa. El testimonio de esta mujer sobresale por su sinceridad y su fuerza. Cuando vivía en Santiago y trabajaba en una ciudad cercana, cuenta, “viajaba todos los días, era súper complejo, porque yo salía de mi casa aproximadamente un cuarto para las seis, a las seis de la mañana iba saliendo y llegaba muy tarde porque... O sea, podría haber llegado más temprano pero si de repente tú te quedas haciendo una pega, esto, lo otro, es distinto pa’ una persona que vive allá mismo a una que viaje, que tenía que llegar, tomar el metro... Por eso me vine” (Isabel, CM). “Era

como una mamá muy ausente”, reconoce. “Me despertaba como un cuarto para las cinco, cinco de la mañana, a esa hora me preocupaba de dejar a las niñas tomadas de leche (ríe)... Era una obsesión mía pero siempre ha sido así, o sea, asegurarme que ellas tomaran su leche. No importaba a la hora que fuera pero yo me iba tranquila sabiendo que se la habían tomado (ríe)...” ¿La crisis? Cuando por razones de trabajo no puede asistir a una fiesta escolar de sus hijas y, llegando tarde al evento, ve a su “hija de octavo básico arriba del escenario porque era... y la veo a ella con sus dos hermanas de la mano, me dije esto no puede ser... me tengo que venir (a Santiago). O sea, no podía ser que ella estuviese asumiendo un rol en octavo básico...”.

- 254 Las mujeres trabajan diariamente una mayor cantidad de horas que los hombres, pues además de cumplir con su jornada de trabajo remunerado realizan la mayoría de las tareas domésticas dentro del hogar. Ello contribuye a aumentar sus niveles de estrés y a la disminución del espacio de tiempo para su vida familiar, actividades sociales y de ocio. El doble papel que deben cumplir implica que continuamente deban trasladarse de un espacio a otro, superponiendo e intensificando sus tiempos de trabajo remunerado y doméstico. Cf. PNUD, OIT, 2009: 66-73.
- 255 Sin embargo, recordémoslo, el porcentaje de mujeres que trabajan en el caso chileno está por debajo de lo encontrado para el resto de los países de América Latina. Chile tiene una tasa de participación laboral de las mujeres de un 42%, muy por debajo del 53% del promedio latinoamericano y del 65% de los países de la OCDE.
- 256 Para una visión de conjunto de la importancia de este tipo de actividad laboral femenina, cf. Salazar y Pinto, (2002: 210-218). Según un estudio, las tres principales categorías de empleo con mayor concentración de mujeres en Chile son: personal doméstico (15,8% de las mujeres ocupadas), vendedoras (8,96%) y secretarias (7,5%). Cf. Ministerio del Trabajo y OIT (2007: 6).
- 257 Para un análisis, a nivel internacional, de lo que esta explotación de “plusvalías afectivas” implica, Hochschild (2001).
- 258 Luis (CM), a pesar de tener muchos amigos, reconoce: “Los veo poco porque estoy ocupado en la crianza”. Néstor (CM) confirma: invierte la mayor parte de su tiempo “en el trabajo y lo poco que me queda en la familia”. La sociabilidad amistosa debe sacrificarse: “En general, cuesta cada vez más tener amistades, la sociedad se va agrandando, la vorágine de la vida te hace que cada vez cueste más mantener amistades” (Javier, CM).
- 259 En verdad, este ámbito se define menos por un tipo de actividad que por una disposición personal asumida de participar en la vida colectiva. Se trata de un compromiso, libremente asumido, orientado hacia la colectividad y que se ejerce dentro de una organización. Este conjunto de rasgos nos parece suficiente para caracterizar esta esfera. En efecto, añadir, como tantas veces se hace, una dimensión de desinterés nos parece erróneo. No solo por la evidente polisemia del término interés (y por el hecho de que la participación política o cívica no está muchas veces exenta de la búsqueda de un interés personal), sino, también, porque este elemento suplementario lleva a la confusión entre actividades de participación que serían instrumentales y otras que serían de índole expresiva. En verdad, todas son por lo general a la vez una y otra. Y ello tanto más que la participación en actividades colectivas se mide también en función de sus consecuencias personales.
- 260 El punto es importante. Según una encuesta del PNUD (2004: 219), hasta un 55% de chilenos declara participar en algún tipo de organización social (básicamente grupos religiosos y centros de alumnos o padres y apoderados), lo que es un porcentaje relativamente alto. Pero esta cifra esconde la realidad de individuos que, sobre todo en lo que concierne a su actividad ciudadana y política, viven un innegable sentimiento de frustración.

- 261 Raúl (SP), militante político y asociativo, lo expresa de manera similar: “Es un tema (la militancia) que hay que vivir con cuidado porque los hijos de uno también te pasan la cuenta: ‘Oye, papá por qué no estás todo el rato en la casa’, a pesar de que entienden...”.
- 262 Incluimos otros testimonios en los que se transparenta que la toma de conciencia de esta realidad alimenta uno de los grandes tópicos críticos presentes en el país. “Antes sí, yo fui bien apegado a la iglesia y hace como 10 años que no voy, pero no por eso Dios se alejó de mí; yo me alejé de la iglesia. A la iglesia que yo voy es la Adventista, en donde no se trabaja el día sábado, entonces yo, por el sistema de turnos, no puedo... Entonces, a veces me siento indigno: ¿cómo ir a la iglesia sabiendo que estoy fallando en eso?” (Roberto, SP); “Yo creo mucho en Dios, pero no soy una de las personas que tienen el tiempo de ir a las casas de oración porque no lo he tenido, ya” (Mariana, SP). “Pasé por una época de vínculo más cercano (con la Iglesia). Ahora con el trabajo y la familia, no me ha permitido tener ese tiempo que le dedicaba antes” (Alejandro, CM). Blanca (CM), aunque lo resiente, no va a la sinagoga todas las semanas, “porque no tengo tiempo”.
- 263 A lo cual es aún posible añadir, desde una perspectiva de políticas sociales, la manera como el “ocio” es utilizado por varios dispositivos de trabajo social con el fin de “reinsertar” o “reeducar” a ciertos grupos sociales (deporte, actividades culturales...).
- 264 Este aspecto ha sido particularmente bien subrayado por Arendt en su análisis de la condición del hombre moderno: una sociedad de trabajadores para la cual el tiempo libre, fuera del trabajo, es una prueba desestabilizadora. Cf. Arendt (1994).
- 265 Si seguimos ciertos estudios, en 1970 solo un 34% de la población urbana veía televisión todos los días; en 1999, un 84% tenía ese hábito. Y en este mismo año, ciertos estudios concluyeron que el tiempo promedio diario de exposición a la televisión ascendió a 2 horas con 55 minutos (y con otra metodología se llegó a un promedio de 3 horas y 13 minutos para el año 2000), cf. PNUD (2002: 173). Para 2009 un 80% de los chilenos declara ver televisión todos los días, cf. Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (2009), un ligero descenso que expresa el trasvase de un sector hacia el uso de Internet.
- 266 Un indicador de ello es la diferencia entre los niveles de satisfacción de los chilenos sobre sus relaciones familiares y de amistad. Un 67,9% declara sentir un alto grado de satisfacción en sus relaciones al interior del núcleo familiar ante solo un 46,3% que destaca gran satisfacción en sus relaciones de amistad (Encuesta UDP, 2007: 42).
- 267 Este punto ha sido ampliamente debatido en la sociología de la “juventud”, en donde, durante muchos años, algunos especialistas llegaron a sostener que la juventud no era sino un estilo de vida propio –y exclusivo– de los jóvenes de clase media cursando estudios universitarios. En todo caso, esto fue efectivamente la realidad en el país hasta los últimos lustros, en los que la masificación del acceso a la enseñanza superior entre los sectores populares ha transformado en profundidad esta situación. Sin embargo, dado el grupo etario al que se refiere nuestra investigación, no disponemos de material suficiente para dar cuenta de la manera cómo los individuos de este sector social entretejen, o no, sus círculos de amistades construidos durante el trayecto universitario.
- 268 El ingenio personal es movilizado. “Ganan” tiempo libre, por ejemplo, en los transportes, y construyendo, cada cual, su “estrategia”, ya sea tomando la micro en vez del metro con el fin de poder leer (Guillermo, SP), o tomándolo como un tiempo de evasión: “El problema pasa porque yo me mareo en las micros y en el metro; entonces yo no puedo leer, disfruto del viaje, me pongo a mirar a la gente, soy muy voyerista en ese sentido... Soy muy soñador, todos los días para mí es algo nuevo; el andar en la micro, me gusta mucho la música, ando con mi teléfono con música, es mi fiel compañía” (Samuel, SP).

- 269 Con el fin de no sacrificar su tiempo libre, Elena (CM) se ve obligada a imponerse una verdadera disciplina temporal. Se levanta a las siete, “como a las ocho tengo que pasar por el supermercado”, y luego está en su trabajo de las 9 a las 7 de la noche “porque el jefe te cita a reunión un cuarto de hora (ríe) antes de salir (...) Trato de adecuar el espacio para hacer cosas pa’ uno, por ejemplo, yoga, o sea en vez de almorzar hago yoga, martes y jueves, porque si no tampoco te da el espacio pa’ coordinarse con las amigas pa’ almorzar o con el marido un ratito, pero es esa sensación de falta de tiempo y de cuando tenís tiempo el fin de semana, dormir, porque estái reventado”.
- 270 La emergencia de nuevos discursos y expectativas de autorrealización individual en desarrollo en Chile aparecen actuando también a este nivel (PNUD, 2009; Hidalgo, 2010).
- 271 Para un ejemplo particularmente polémico a nivel de la opinión pública norteamericana, la decisión de abandonar un prestigioso puesto universitario que tomó el antiguo secretario del tesoro de Bill Clinton, cf. Reich, (2000).
- 272 El punto no es anecdótico en absoluto. A la pregunta recurrente por saber si las mujeres electas en el marco de los gobiernos democráticos transforman o no la política, la respuesta, en este registro, es un sí inequívoco. En efecto, si la discusión sigue abierta para algunos analistas a nivel de la política nacional e internacional, por el contrario la llegada de mujeres a puestos municipales se ha traducido, de manera significativa en muchos países europeos, en la implementación de un conjunto dispar de dispositivos que apuntan a facilitar institucionalmente la articulación de los tiempos de vida entre el trabajo y la familia (guarderías, modificaciones en los transportes, incentivos a los empleadores para que concilien mejor los horarios de trabajo con las exigencias de la vida familiar...). Cf. Gaspard (1996); Berrebi-Hoffman (2009). Un signo de la centralidad que el tiempo reviste en la vida de las mujeres hoy y de su necesaria toma en consideración desde las políticas públicas.
- 273 Para un testimonio crítico en este sentido emanando de la Directora del Trabajo, cf. PNUD (2009: 132). Véase también, para las extensas jornadas sobre todo en el sector comercio, *Ibíd.*, pp.131-152 y, Henríquez y Uribe-Echeverría, 2004.
- 274 No obstante, a diferencia del caso del Japón, en el que el modelo de la regulación por la empresa prima (Barrère-Maurisson, 2003), el rol de la empresa en la gestión del tiempo de vida de los chilenos no toma la forma de una lógica empresarial institucionalizada explícita. La debilidad de esta regulación institucional hace que los individuos deban lograr una articulación personalizada de los dominios tempo-vitales en medio de un desequilibrio estructural entre ellos.
- 275 La afirmación es un tanto excesiva, pero es difícil deshacerse enteramente de la impresión de que, en estas interpretaciones, el trabajo presenta más que un aire de familia con la experiencia que Merton denominó ritualista: allí donde los individuos aplican escrupulosamente las reglas... en medio del olvido de las finalidades. Cf. Merton (1987, capítulo VI).
- 276 Una experiencia que Viviana (SP) expresa en términos similares: “La vida es ¿cómo te explico?, es muy ajetreada, anda muy tenso uno, todo el día, entonces, es una vida muy rápida, no sé, el día pasa así muy rápido, muy rápido (...) Porque, pucha, uno se levanta cansá al final y te acostái igual, porque no tenís una tranquilidad”.
- 277 Por último, algunas personas entrevistadas nos hicieron partícipes de decisiones que tomaron en algunos momentos de sus vidas en aras de lograr un mejor equilibrio tempo-vital, o en aras de no sacrificar lo que, a sus ojos, les parecía era lo esencial. Relatos en los que se esconden muchas veces trayectorias sociales no solamente inconformistas, sino incluso de ruptura con respecto a una norma colectiva. Guillermo (SP), por ejemplo, dejó un trabajo, relativamente bien remunerado e incluso con perspectivas de estabilidad, “porque no me quedaba tiempo para mí, y no tener tiempo significa: que

no puedo leer, que no tengo tiempo para ir al cine, al teatro, el tema es que no puedo... y me gusta hacer eso y son las cosas que yo valoro”. Una decisión que lo llevó, en el momento de la entrevista, a ser asalariado a tiempo parcial y con el riesgo de ver su situación económica deteriorarse.

278 La actividad llama a la actividad: “Cuando un doctor te manda un paciente y después te manda otro...” (Blanca, CM).

279 La necesidad es reina. Rodolfo, docente secundario y universitario, cuando su mujer le reprocha su falta de disponibilidad, se lo explica con cierta vehemencia: “Es que si no preparo las pruebas no voy a tener pega el próximo semestre y tú no tienes qué comer el próximo semestre... Entonces por eso se superpone lo profesional a lo de la casa”.

280 En todo caso, esta realidad no debe asociarse sin más a una motivación de las élites. Por un lado, porque sus propios miembros acusan efecto de esta exigencia temporal. En efecto, según una encuesta PNUD (2004: 206), casi el 90% de los miembros interrogados de la élite chilena señalaron como un problema tener poco tiempo para su vida privada, y más de la mitad de ellos dijeron vivir esta situación frecuentemente. Pero, más allá de ello, como lo veremos en detalle en el capítulo sobre la prueba del trabajo en el tomo 2, la lógica del trabajo-sin-fin conspira contra ciertos elementos valóricos de éstas.

# Bibliografía

- ABERCROMBIE, NICHOLAS; STEPHEN HILL Y BRYAN S. TURNER. *La tesis de la ideología dominante* [1980]. Madrid: Siglo XXI, 1987.
- ADAMS, BARBARA. *Time and Social Theory*. Cambridge: Polity Press, 1990.
- . *Timescapes of Modernity*. London: Routledge, 1998.
- AGUILAR, OMAR. “Principios de diferenciación material y simbólica en la estratificación social”, en *El arte de clasificar a los chilenos*. Santiago: Ediciones UDP, 2009, pp. 131-153.
- AIM. “Metodología de medición de niveles socioeconómicos. Método utilizado por AIM Chile”, 2000. Extraído de <http://www.aimchile.cl/G1.asp> (sitio visitado el 21/12/2010).
- ALTMAN, DAVID Y JUAN PABLO LUNA. “Desafección cívica, polarización ideológica y calidad de la democracia: una introducción al anuario político de América Latina”, *Revista de Ciencia Política*, volumen especial, 2007, pp. 3-28.
- ARAUJO, KATHYA. “Oportunidades y desafíos en el espacio público político. La campaña presidencial en Chile”, en *Silencios y susurros. Ciudadanía y género en las campañas presidenciales de Argentina, Chile y Uruguay*. Santiago: Programa Mujer y Democracia en el Mercosur, 2000, pp. 77-109.
- . *Retos para la acción colectiva*. Santiago: Programa Mujer y Democracia en el MERCOSUR, 2002.
- . “Sobre ruidos y nueces: debates chilenos en torno a la sexualidad”, *Iberoamericana*, nº 18, 2005a, pp. 109-126.
- . “Vida cotidiana y transformaciones de género: la esfera doméstica”, *Revista de la Academia*, nº 10, 2005b, pp. 77-117.
- . *Habitar lo social*. Santiago: LOM Ediciones, 2009a.
- . *¿Se acata pero no se cumple?* Santiago: LOM Ediciones, 2009b.
- . *Dignos de su arte*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana Vervuert Verlag, 2009c.
- . “Estado, sujeto y sexualidad en el Chile post dictatorial”, *Nomadías*, nº 9, 2009d, pp. 11-39.
- . “Configuraciones de sujeto y orientaciones normativas”, *Psicoperspectivas*, vol. VIII, nº 2, 2009e, pp. 248-265.
- . “Experiencia social y metáforas espaciales”, en Omar Ette, Horst Nitschack (eds.), *Trans\*Chile. Un acercamiento transareal. Cultura, Historia, Itinerario, Literatura, Educación*, Madrid/ Frankfurt, Iberoamericana Vervuert Verlag, 2010a, pp. 38-58.
- . “Le cas de Michelle Bachelet: médias et représentation du féminin en politique”, en Valérie Lootvoet (ed.), *Femmes et médias. Médias et femmes*. Bruselas: Université des Femmes, 2010b.
- ARAUJO, KATHYA Y DANILO MARTUCCELLI. “La individuación y el trabajo de los individuos”, *Educação e Pesquisa*, vol. 36, 2010, pp. 77-91.

- . “La inconsistencia posicional, un nuevo concepto sobre la estratificación social”, *Revista de la CEPAL*, n°103, abril 2011, pp. 165-178.
- ARAUJO, KATHYA Y XIMENA VALDÉS. “Modernización agraria, modernidad y vida privada: las relaciones sociales de género de los temporeros de la fruta”, *Psyke*, vol.6, n° 2, 1997, pp. 35-49.
- ARAYA, ALEJANDRA. “Andar andando. Historias de vagabundos en Chile, siglos XVI al XIX”, en Francisca Márquez, Patricio Toledo (eds.), *Vagabundos y andantes. Etnografías en Santiago, Valparaíso y Temuco*. Santiago: UAHC, 2010, pp. 33-58.
- ARELLANO, ROLANDO. *Al medio hay sitio. El cambio social según los estilos de vida*. Lima: Planeta, 2010.
- ARENDRT, HANNAH. *Condition de l'homme moderne* [1958]. París: Pocket, 1994.
- ARRIAGADA, IRMA. “Los límites del uso del tiempo: dificultades para las políticas de conciliación familia y trabajo” en Irma Arriagada (ed.), *Políticas hacia las familias, protección e inclusión sociales*, Serie de Seminarios y Conferencias, n° 46. Santiago: CEPAL/UNFPA, 2005, pp. 131-148.
- ARZOLA, MARÍA ELENA Y RODRIGO CASTRO. “Determinantes de la movilidad de la pobreza en Chile (1996-2006)”, en *El arte de clasificar a los chilenos*. Santiago: Ediciones UDP, 2009, pp. 61-82.
- AUBERT, NICOLE. *Le culte de l'urgence*. París: Flammarion, 2003.
- BÁRCENA, ALICIA Y NARCÍS SERRA (EDS.). *Clases medias y desarrollo en América Latina*. Barcelona: CIDOB, 2010.
- BAROZET, EMMANUELLE. *L'échange de faveurs au sein des couches moyennes chiliennes: de l'entraide informelle à la régulation sociale*, Tesis doctoral. París: EHESS, 2002.
- . “El valor histórico del pituto: clase media, integración y diferenciación social en Chile”, *Revista de Sociología*, n° 20, 2006, pp. 69-96.
- BAROZET, EMMANUELLE Y VICENTE ESPINOZA. “¿De qué hablamos cuando decimos ‘clase media’? Perspectivas sobre el caso chileno”, en *El arte de clasificar a los chilenos*. Santiago: Ediciones UDP, 2009, pp. 103-130.
- BARRERE-MAURISSON, MARIE-AGNÈS. *Travail, famille: le nouveau contrat*. París: Gallimard, 2003.
- BARR-MELEJ, PATRICK. *Reforming Chile: Cultural Politics, Nationalism and the Rise of the Middle Class*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2001.
- BARROS, PAULA. “Estados de ánimo: la satisfacción con la vida y los temores a futuro de los chilenos”, en *Encuesta Nacional UDP 2007*. Santiago: UDP, 2007, pp. 113-128.
- BATAILLON, GILLES. “Democratización o revoluciones democráticas: América Latina 1978-2004”, *Istor. Revista de Historia internacional*, n° 18, otoño 2004, pp. 81-107.
- BAUMAN, ZYGMUNT. *Freedom*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1988.
- . *Life in Fragments*. Oxford: Blackwell Oxford, 1995.
- . *La modernidad líquida* [2000]. Buenos Aires: F.C.E., 2003.
- . *Vida de consumo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- BECK, ULRICH, *La invención de lo político* [1993]. Buenos Aires: F.C.E., 1998.
- . *Poder y contrapoder en la era global* [2002]. Barcelona: Paidós, 2004.
- BECK, ULRICH Y ELIZABETH BECK-GERSHEIM. *Individualization*. Sage: London, 2001.
- BELL, DANIEL. *Las contradicciones culturales del capitalismo* [1976]. Madrid: Alianza, 1982.
- BELLAH, ROBERT ET AL. *Habits of the Heart*. Berkeley: University of California Press, 1985.
- BENGOA, JOSÉ. *Haciendas y campesinos. Historia social de la agricultura chilena*. Santiago: SUR, 1990,

tomo 2.

- . *La comunidad perdida*. Santiago: SUR Ediciones, 1997.
- . *La comunidad reclamada*. Santiago: Catalonia, 2006.
- . *La comunidad fragmentada*. Santiago: Catalonia, 2009.
- BERGER, SUZANNE. *Made in monde*. Paris: Seuil, 2006.
- BERLIN, ISAIAH. *Four Essays on Liberty*. London-Nueva York: Oxford University Press, 1969.
- BERMAN, MARSHALL. “Los signos de la calle” [1984], in *Aventuras marxistas* [1999]. Madrid: Siglo XXI, 2002, pp. 131-144.
- BERREBI-HOFFMAN, ISABELLE (ÉD.). *Politiques de l'intime*. Paris: La Découverte, 2009.
- BERTAUX, DANIEL. *Les récits de vie*. Paris: Nathan, 1997.
- BESSIN, MARC; CLAIRE BIDART Y MICHEL GROSSETTI (ÉDS.). *Bifurcations. Les sciences sociales face aux ruptures et à l'événement*. Paris: La Découverte, 2010.
- BOENINGER, EDGARDO: *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1997.
- BOLTANSKI, LUC. *Les cadres*. Paris: Minuit, 1982.
- BRANNEN, JULIA. “Time and the Negotiation of Work–Family Boundaries: Autonomy or Illusion?”, *Time and Society*, vol. 14, n° 1, 2005, pp. 113-131.
- BRUNNER, JOSÉ JOAQUÍN. *América Latina: cultura y modernidad*. México: Editorial Grijalbo, 1992.
- . “Hacia una estrategia de desarrollo basada en capacidades tecnológicas”, en Tomás Moulian (ed.), *Construir el futuro*, vol. 1, *Aproximaciones a proyectos de país*. Santiago: LOM Ediciones, 2002, pp. 7-87.
- BUARQUE DE HOLANDA, SÉRGIO. *Raizes do Brasil* [1936]. Río de Janeiro: José Olympio Editora, 1973.
- BÜCHI, HERNÁN. *La transformación económica de Chile. El modelo del progreso*. Santiago: Aguilar Ediciones, 2008.
- BURAWOY, MICHAEL. *The Extended Case Method*. Berkeley: University of California Press, 2009.
- CÁCERES, GONZALO Y FRANCISCO SABATINI (EDS.). *Barrios cerrados en Santiago de Chile. Entre la exclusión y la integración residencial*. Santiago: Lincoln Institute of Land Policy/Pontificia Universidad Católica de Chile, 2004.
- CALDERÓN, FERNANDO Y ALICIA SZMUKLER. *La política en las calles*. La Paz: Plural Editores, 2000.
- CÁRCAMO-HUECHANTE, LUIS E. *Tramas del mercado*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2007.
- CARRUTHERS, BRUCE G. Y LAURA ARIOVICH. *Money and Credit*. Cambridge: Polity Press, 2010.
- CASTEL, ROBERT. *Métamorphoses de la question sociale*. Paris: Fayard, 1995.
- CASTELLS, MANUEL. *Globalización, desarrollo y democracia: Chile en el contexto mundial*. Santiago: F.C.E., 2005.
- CASTIGLIONI, ROSANA. “Sistema de pensiones: paradojas, desconfianza y preocupaciones”, *Encuesta Nacional UDP 2007*, UDP, 2007, pp. 75-83.
- CATALÁN, CARLOS. “Consumo y segmentación: algunas consideraciones conceptuales y empíricas” en *El arte de clasificar a los chilenos*. Santiago: Ediciones UDP, 2009, pp. 37-60.
- CATALÁN, CARLOS Y PABLO TORCHE (EDS.). *Consumo cultural en Chile. Miradas y perspectivas*. Santiago: INE, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2005.

- CEPAL. *Panorama social de América Latina 2004*. Santiago: División del Desarrollo Social, 2005.
- . *Cohesión social, inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*. Santiago, 2007.
- CHERNILO, DANIEL. *La pretensión universalista de la teoría social*. Santiago: LOM Ediciones, 2011.
- CHODOROW, NANCY. *The Reproduction of Mothering*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press, 1978.
- COATSWORTH, JOHN. “Ciclos de globalización, crecimiento económico y bienestar humano en América Latina” [2001], in Pablo Sandoval (ed.), *Repensando la subalternidad*. Lima: SEPHIS-IEP, 2009, pp. 299-326.
- COHEN, LIZABETH, *A Consumers Republic*. New York: Knopf, 2002.
- COLLIER, SIMON Y WILLIAM F. SATER. *Historia de Chile 1808-1994* [1996]. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA Y LAS ARTES. *Encuesta nacional de participación y consumo cultural 2009. Síntesis descriptiva*. Santiago: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2009.
- CONSTANT, BENJAMIN. “De la liberté des anciens comparée à celle des modernes”, en *Ecrits politiques*. Paris: Gallimard, 1997, pp. 593-595.
- CONTARDO, ÓSCAR. *Siútico* [2008]. Santiago: Ediciones B Chile, 2009.
- CONTRERAS, DANTE ET AL., “Poverty and Income Distribution in Chile 1987-1998. New Evidence”, en *Cuadernos de Economía*, vol. 38, nº 114, 2001.
- . “Movilidad y vulnerabilidad en Chile”, en *Expansiva. En Foco*, nº56, 2005.
- CORPORACIÓN LATINOBARÓMETRO. *Informe 2010*. Santiago, 2010.
- CORREA, SOFÍA ET AL., *Historia del siglo XX chileno*. Santiago: Sudamericana, 2001.
- COUSIÑO, CARLOS Y EDUARDO VALENZUELA. *Politización y monetarización en América Latina*. Santiago: Cuadernos del Instituto de Sociología de la Universidad Católica de Chile, 1994.
- CROUCH, COLIN. *Posdemocracia*. Madrid: Taurus, 2004.
- CRUZ MARÍA, ANGÉLICA. *Iglesia, represión y memoria. El caso chileno*. Madrid: Siglo XXI, 2004.
- DA MATTA, ROBERTO. *Carnavales, malandros y héroes* [1978]. México: FCE, 2002.
- DAHER, ANTONIO. “Riesgo-país versus riesgo-región: Santiago en el Mercosur”, en Carlos de Mattos y al., *Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad?* Santiago: Ediciones Sur-Eure libro, 2004, pp. 85-113.
- DAMMERT, LUCÍA Y ENRIQUE OVIEDO. “Santiago: delitos y violencia urbana en una ciudad segregada” in Carlos De Mattos et al. (eds.), *Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad?* Santiago: Ediciones Sur-Eure Libros, 2004, pp. 273-294.
- DARDOT, PIERRE Y CHRISTIAN LAVAL. *La nouvelle raison du monde*. Paris: La Découverte, 2009.
- DE CERTEAU, MICHEL. *L'invention du quotidien*, vol. 1, *Arts de faire*. Paris: Union générale d'éditions, 1980.
- DE MATTOS, CARLOS A. “Santiago de Chile: metamorfosis bajo un nuevo impulso de modernización capitalista” in Carlos de Mattos et al., *Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad?* Santiago: Ediciones Sur-Eure libro, 2004, pp. 17-46.
- DE SINGLY, FRANÇOIS. *Fortune et infortune de la femme mariée* [1987]. Paris: P. U.F., 2002.
- DELAMAZA, GONZALO. “Los movimientos sociales en la democratización de Chile”, en Paul Drake, Iván Jaksic, *El Modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*, Santiago, LOM, 1999, pp. 337-405.

- . *Tan lejos tan cerca. Políticas públicas y sociedad civil en Chile*, Santiago, LOM, 2005.
- DÍAZ, XIMENA; LORENA GODOY Y ANTONIO STECHER. “Significados del trabajo en un contexto de flexibilización laboral: la experiencia de hombres y mujeres en Santiago de Chile”, en Ximena Díaz y al. (eds.), *Trabajo, identidad y vínculo social*, Santiago, Centro de Estudios de la Mujer-UDP, 2006, pp. 29-60.
- DIRECCIÓN DEL TRABAJO. *Negociación colectiva en Chile. La debilidad de un derecho imprescindible*, Santiago, 2009.
- DONZELOT, JACQUES. *La police des familles*. Paris: Minuit, 1977.
- DRAGO, ROBERT. *Striking a Balance: a New Agenda for Work, Family and Life*. Boston: Dollars & Sense, 2007.
- DRAKE, PAUL W. “El movimiento obrero en Chile: de la Unidad Popular a la Concertación”, *Revista de Ciencia Política*, vol. XXIII, nº 2, 2003, pp. 148-158.
- DRAKE, PAUL E IVÁN JAKSIC (COMP. ). *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*. Santiago: LOM Ediciones, 1999.
- DUBET, FRANÇOIS Y DANILO MARTUCCELLI. *¿En qué sociedad vivimos?* [1998], Buenos Aires, Losada, 2000.
- DUMAZEDIER, JOFFRE. *Vers une civilisation des loisirs*. Paris: Seuil, 1972.
- DUMENIL, GÉRARD Y DOMINIQUE LEVY. “Le néolibéralisme sous l’hégémonie Etats-Unienne”. Paris: CEPREMAP-CNRS, 2003 ([www.cepremap.ens.fr](http://www.cepremap.ens.fr)).
- ECHEVERRÍA, MAGDALENA ET AL. *Flexibilidad laboral en Chile: las empresas y las personas, Cuaderno de investigación*, nº 22, Santiago, Gobierno de Chile, Dirección del Trabajo, diciembre 2004.
- ECHEVERRÍA, MAGDALENA. “Jornada laboral y calidad de vida social”, en Jaime Ensignia (ed), *Mitos y realidades en el mercado laboral en Chile*. Santiago: Friedrich Ebert Stiftung, 2005, pp. 83-92.
- ELIAS, NORBERT. *Du temps* [1984]. Paris: Fayard, 1996.
- . *La sociedad cortesana* [1933]. México: F.C.E, 1982.
- ELIAS, NORBERT Y JOHN SCOTSON. *The Established and the Outsiders*. London: Sage, 1965.
- ELIASOPH, NINA. *Avoiding Politics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998.
- ELLIOTT, ANTHONY. *Critical Visions*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield Publishers, 2003.
- ENGEL, EDUARDO Y PATRICIO NAVIA. *Que gane “el más mejor”*. Mérito y competencia en el Chile de hoy. Santiago: Random House Mondadori, 2006.
- ESPING-ANDERSEN, GÖSTA. *The Three Worlds of Welfare Capitalism*. Cambridge: Polity Press, 1990.
- . *Trois leçons sur l’Etat providence*. Paris: Seuil-La République des Idées, 2007.
- ESPINOZA, VICENTE. “La movilidad ocupacional en el Cono Sur. Acerca de las raíces estructurales de la desigualdad social”, *Proposiciones*, nº 34, 2002.
- ESPINOZA, VICENTE Y SEBASTIÁN MADRID. *Trayectoria y eficacia política de los militantes en las juventudes políticas*. Santiago: Instituto de Estudios Avanzados Universidad de Santiago de Chile, 2010.
- FELSKI, RITA. *The Gender of Modernity*. Cambridge: Harvard University Press, 1995.
- FERRAROTTI, FRANCO. *La storia e il quotidiano*. Bari: Laterza, 1986.
- FFRENCH-DAVIS, RICARDO. *Chile entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad*. Santiago: J.C. Sáez Editor, 2008.

- FILGUEIRA, FERNANDO. "Tipos de Welfare State y reformas sociales en América Latina: eficiencia, residualismo y ciudadanía estratificada", Seminario *O Reforma do Administração pública no Brasil*, 1999. Extraído de [www.inau.gub.uy/biblioteca/modelo%20figueroa.pdf](http://www.inau.gub.uy/biblioteca/modelo%20figueroa.pdf) (sitio visitado el 21/12/2010).
- FRANCO, ROLANDO; MARTÍN HOPENHAYN Y ARTURO LEÓN (EDS.). *Clases medias en América Latina. Retrospectivas y cambios recientes*. México: CEPAL-SEGIB/Siglo XXI Editores, 2010.
- FRASER, NANCY. *Justice Interruptus*. London-New York: Routledge, 1997.
- FRASER, NANCY Y AXEL HONNETH. *¿Redistribución o reconocimiento?* [2003]. Madrid: Ediciones Morata, 2006.
- FUREDI, FRANK. *Mythical Past, Elusive Future: History and Society in an Anxious Age*. Concord: MA, Pluto Press, 1991.
- GANDY JR., OSCAR M. *The Panoptic Sort*. Boulder: Colorado, Westview Press, 1993.
- GANS, HERBERT J. Y CHARLES WRIGHT MILLS. *Character and Social Structure*. New York: Harcourt, Brace and World, 1953.
- GARCÉS, MARIO Y SEBASTIÁN LEIVA. *El golpe en la Legua: los caminos de la historia y la memoria*. Santiago: LOM, 2005.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR. *Consumidores y ciudadanos*. México: Grijalbo, 1995.
- GARRETÓN, MANUEL ANTONIO. *El proceso político chileno*. Santiago: Flacso, 1983.
- . *La sociedad en que viv(re)mos*. Santiago: LOM Ediciones, 2000.
- . "Reconstrucción de la política y proyecto país", in Tomás Moulian (comp.), *Construir el futuro*, vol. 1, *Aproximaciones a proyectos país*. Santiago: LOM Ediciones, 2002, pp. 89-135.
- . *Del postpinochetismo a la sociedad democrática*. Santiago: Debate, 2007.
- GASPARD, FRANÇOISE (ED.). *Les femmes dans la prise de décision en France et en Europe*. Paris: L'Harmattan, 1996.
- GERMANI, GINO. *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Eudeba, 1962.
- GERSHUNY, JONATHAN. *Changing Times*. Oxford: Oxford University Press, 2000.
- GIDDENS, ANTHONY. *Modernity and Self-Identity*. Cambridge: Polity Press, 1991.
- GILLIGAN, CAROL. *In a different voice: psychological theory and women's development*. Cambridge/Massachusetts: Harvard University Press, 1982.
- GLASER, BARNEY G. Y ANSELM A. STRAUSS. *The Discovery of Grounded Theory*. New Jersey: Transaction Publishers, 1967.
- GLASSNER, BARRY. *The Culture of Fear*. New York: Basic Books, 1999.
- GOFFMAN, ERVING. *La presentación de la persona en la vida cotidiana* [1959]. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- GÓNGORA, MARIO. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Ediciones de la Ciudad, 1981.
- GRAU, OLGA ET AL. *Discurso, género y poder. Discursos públicos: Chile 1978-1993*. Santiago: Universidad Arcis/La Morada/LOM, 1997.
- GREENE, MARGARITA Y FERNANDO SOLER. "Santiago: de un proceso acelerado de crecimiento a uno de transformaciones", en Carlos de Mattos et al., *Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad?* Santiago: Ediciones Sur-Eure libro, 2004, pp. 47-84.

- GRUPO INICIATIVA DE MUJERES. *El nuevo contrato social: balance de una década de democracia en Chile*. Santiago: Grupo Iniciativa Mujeres, 2002.
- GUERRERO, MANUEL. “Democratización chilena y control social: la transición del encierro”, en Mauro Salazar, Miguel Valderrama (comp.), *Dialectos en transición. Política y subjetividad en el Chile actual*. Santiago: LOM, 2000, pp. 129-162.
- GUZMÁN, VIRGINIA Y GODOY LORENA, “Individuación y normatividad de género: la construcción de proyectos biográficos de mujeres”, en Kathya Araujo (ed.), *¿Se acata pero no se cumple?* Santiago: LOM ediciones, 2009, pp. 175-197.
- GUZMÁN, VIRGINIA; AMALIA MAURO Y KATHYA ARAUJO. *Trayectorias laborales de mujeres. Cambios generacionales en el mercado de trabajo*. Santiago: CEM, 1999.
- HABERMAS, JÜRGEN. *La reconstrucción del materialismo histórico* [1975]. Madrid: Taurus, 1981.  
. *Teoría de la acción comunicativa* [1981]. Madrid: Taurus, 1992, 2 volúmenes.
- HARVEY, DAVID. *The Condition of Postmodernity*. Cambridge: Basil Blackwell, 1989.  
. *A Brief History of Neoliberalism* [2005]. Oxford: Oxford University Press, 2007.
- HELLER, AGNES. *A Theory of Modernity*. Oxford: Blackwell, 1999.
- HENRÍQUEZ, HELIA Y VERÓNICA URIBE ECHEVERRÍA. “Trayectorias Laborales: La certeza de la incertidumbre”, *Cuadernos de Investigación*, nº 28, Santiago, Dirección del Trabajo, 2004.
- HERNES, HELGA MARIA. *Welfare State and Women Power: Essays on State Feminism*. Oxford: Oxford University Press, 1987.
- HIDALGO, JAVIER. *Significados del tiempo libre. Su rol en el proceso de individuación de hombres de sectores medios de la ciudad de Santiago*, Tesis para optar al grado de Magister en Psicología social. Santiago: Universidad Diego Portales, 2010.
- HIRSCHMAN, ALBERT O. *Interés privado y acción pública*. México: F.C.E., 1986.
- HOCHSCHILD, ARLIE RUSSELL. *The Time Bind: When Work Becomes Home and Home Becomes Work*. New York: Metropolitan Books, 1997.  
. “Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional”, en Anthony Giddens (ed.), *En el límite* [2000]. Madrid: Tusquets Editores, 2001, pp. 187-208.  
. *La mercantilización de la vida íntima* [2003]. Buenos Aires: Katz Editores, 2008.
- HOGGART, RICHARD. *The Uses of Literacy*. London: Chatto and Windus, 1957.
- HONNETH, AXEL. *La lucha por el reconocimiento* [1992]. Barcelona: Crítica, 1997.
- HUNNEUS, CARLOS. *El régimen de Pinochet*. Santiago: Ed. Sudamericana, 2000.  
. *Chile, un país dividido. La actualidad del pasado*. Santiago: Catalonia, 2003.
- HUNTINGTON, SAMUEL: *La tercera ola* [1991]. Barcelona: Paidós, 1994.
- HUTTON, WILL. *The World we're in* [2002]. London: Abacus, 2003.
- INE. *Encuesta de empleo del tiempo*. Tomo 1. *Metodología y resultados nacionales*. Madrid: INE, 2004.  
. *Encuesta experimental sobre el uso del tiempo en el Gran Santiago*. Santiago: INE, 2008a.  
. *Resultados Encuesta de Presupuestos Familiare*. Santiago: INE, 2008b.  
. *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en el Uruguay*. Montevideo: INE, 2008c.  
. *Encuesta exploratoria de uso del tiempo en el gran Santiago. ¿Cómo distribuyen el tiempo hombres y mujeres?* Santiago: INE, 2009.

- INE-MINSAL. *Encuesta experimental sobre uso del tiempo en el Gran Santiago*. INE, 2007.
- INFANTE, RICARDO Y GUILLERMO SUNKEL. *Chile: trabajo decente y calidad de vida familiar, 1990-2000*, Santiago, OIT, 2004.
- JAMESON, FREDRIC. *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*. London: Verso, 1991.
- JAUREGUIBERRY, FRANCIS. *Les branchés du portable*. Paris: P. U.F., 2003.
- JIMÉNEZ, JUAN A. “El consumo cultural y el uso del tiempo. Una vindicación de Neuman”, en Carlos Catalán, Pablo Torche (eds.), *Consumo cultural en Chile. Miradas y perspectivas*, INE, 2005, pp. 89-102.
- JOCELYN-HOLT, ALFREDO. *El peso de la noche*. Santiago: Planeta/Ariel, 1998.
- . *Espejo retrovisor: ensayos histórico-políticos 1992-2000*. Santiago: Planeta, 2000.
- JORION, PAUL. *La crise du capitalisme américain* [2007]. Paris: Editions du Croquant, 2009.
- KATZMAN, RUBÉN Y GUILLERMO WORMALD (COORD.). *Trabajo y ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*. Montevideo: Cebra Comunicación Visual, 2002.
- KAUFMANN, JEAN-CLAUDE. *L'entretien compréhensif*. Paris: Nathan, 1996.
- KERR, KEITH. *Postmodern Cowboy. C. Wright Mills and a New 21st-Century Sociology*. Boulder, CO: Paradigm Publishers, 2009.
- KESSLER, GABRIEL Y VICENTE ESPINOZA. “Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Buenos Aires. Continuidades, rupturas y paradojas”, en Rolando Franco, Arturo León, Raúl Atria (coord.), *Estratificación y movilidad social en América Latina*. Santiago: LOM Ediciones, 2007, pp. 259-301.
- KOCKA, JÜRGEN. *Les employés en Allemagne (1860-1980)*. Paris: E.H.E.S.S., 1989.
- LAIDI, ZAKI. *Le Sacre du présent*. Paris: Flammarion, 2000.
- LARRAÍN, JORGE. *La identidad chilena*. Santiago: LOM Ediciones, 2001.
- LARRAÑAGA, OSVALDO. “¿Cómo y dónde viven los chilenos? Vivienda y patrimonio”, en Eugenio Tironi et al., *Cuánto y cómo cambiamos los chilenos*. Santiago: INE, 2003, pp. 77-104.
- LASCH, CHRISTOPHER. *La cultura del narcisismo* [1979]. Barcelona: Andrés Bello, 1999.
- . *The True and Only Heaven*. Nueva York: Norton & Company, 1991.
- LATINOBARÓMETRO. *Informe 2010*. Santiago, 2010.
- LAVIN, JOAQUÍN. *Chile: revolución silenciosa*. Santiago: Editora Zig-Zag, 1987.
- LAZARFELD, PAUL; MARIE JAHODA Y HANS ZEISEL. *Los parados de Marienthal* [1932]. Madrid: Ediciones de La Piqueta, 1996.
- LECCARDI, CARMEN. *Sociologie del tempo*. Bari: Editori Laterza, 2009.
- LECHNER, NORBERT (COMP.). *Cultura política y democratización*. Buenos Aires: CLACSO, 1987.
- . *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado* [1984], en *Obras Escogidas*, tomo 1. Santiago: LOM Ediciones, 2006.
- . *Los patios interiores de la democracia* [1985], en *Obras completas*, tomo 1. Santiago: LOM Ediciones, 2006.
- . *Las sombras del mañana* [2002], en *Obras Escogidas*, tomo 1. Santiago: LOM Ediciones, 2006.
- LEFAUCHEUR, NICOLE. “Modernité, famille, Etat”, en Géorges Duby, Michelle Perrot (eds.), *Histoire des femmes*, t-V. Paris: Plon, 1992.

- LEÓN, ARTURO Y JAVIER MARTÍNEZ. “La estratificación social en Chile hacia fines del siglo XX”, en Rolando Franco, Arturo León, Rolando Atria (coord.), *Estratificación y movilidad social en América Latina*. Santiago: LOM Ediciones, 2007, pp. 303-337.
- LEWIS, SUZAN. “The integration of paid work and the rest of life. Is post-industrial work the new leisure?”, *Leisure Studies*, vol. 22, 2003, pp. 343-355.
- LIZAMA, JAIME. *La ciudad fragmentada*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2007.
- LOMNITZ, LARISSA ADLER Y ANA MELNIC K. *Chile's Middle Class. A Struggle in the Face of Neoliberalism*. London: Lynne Rienner Publishers, 1991.
- LÓPEZ, DIEGO. *Subcontratación y conflictos laborales: un creciente descontento en el trabajo*. Santiago: Universidad Central, 2008.
- LORDON, FRÉDÉRIC. *La politique du capital*. Paris: Odile Jacob, 2003.
- LOVEMAN, BRIAN Y ELIZABETH LIRA. *Las ardientes cenizas del olvido: vía chilena de la reconciliación política 1932-1994*. Santiago: LOM, 2000.
- LUHMANN, NIKLAS. *La sociedad de la sociedad* [1997]. Madrid: Herder, 2007.
- LYON, DAVID. *The Electronic Eye. The Rise of Surveillance Society*. Cambridge: Polity Press, 1994.
- MAINWARING, SCOTT Y TIMOTHY SCULLY. *La construcción de instituciones democráticas*. Santiago: CIEPLAN, 1995.
- MARGALIT, AVISHADAI. *La sociedad decente* [1997]. Barcelona: Paidós, 1999.
- MARQUAND, DAVID. *Decline of the Public*. Cambridge: Polity Press, 2004.
- MARTÍNEZ, JAVIER Y EUGENIO TIRONI. *Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación 1970-1980*. Santiago: Ediciones Sur, 1985.
- MARTUCCELLI, DANILO. *Décalages*. Paris: P. U.F., 1995.
- . *Sociologies de la modernité*. Paris: Gallimard, 1999.
- . *Dominations ordinaires*. Paris: Balland, 2001.
- . *Forgé par l'épreuve*. Paris: Armand Colin, 2006.
- . *Gramáticas del individuo* [2002]. Madrid: Losada, 2007a.
- . *Cambio de rumbo*. Santiago: LOM Ediciones, 2007b.
- . “Los usos de la mentira”, en Kathya Araujo (ed.), *¿Se acata pero no se cumple?* Santiago: LOM Ediciones, 2009, pp. 119-148.
- . *¿Existen individuos en el Sur?* Santiago: LOM Ediciones, 2010a.
- . *La société singulariste*. Paris: Armand Colin, 2010b.
- MARTUCCELLI, DANILO Y MARISTELLA SVAMPA. *La plaza vacía*. Buenos Aires: Losada, 1997.
- MASCAREÑO, ALDO. *Diferenciación y contingencia en América Latina*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2010.
- MATTHEI, EVELYN Y FERNANDO PRIETO. *Chile en un mundo sin fronteras*. Santiago: El Mercurio/Aguilar, 2008.
- MAURO, AMALIA; LORENA GODOY Y VIRGINIA GUZMÁN. *Trabajo y relaciones de género: percepciones y prácticas de los varones*, Documento de trabajo. Santiago: Centro de Estudios de la Mujer, noviembre 2001.
- MAURO, AMALIA Y SONIA YÁÑEZ. *Trayectorias laborales y previsión social en Chile en un contexto de*

- flexibilidad. Resultados de una investigación longitudinal. Cuadernos de investigación*, nº 1. Santiago: CEM, 2005.
- MAYORGA, FERNANDO Y EDUARDO CÓRDOVA. *El movimiento antiglobalización en Bolivia*. La Paz: UNRISD/Plural Ediciones, 2008.
- MÉDA, DOMINIQUE. *Le temps des femmes*. Paris: Flammarion, 2001.
- MELUCCI, ALBERTO. *Nomads of the Present*. London: Hutchinson Radius, 1989.
- MENDEZ, MARÍA LUISA. "Middle class identities in a neoliberal age: tensions between contested authenticities", *The Sociological Review*, Vol. 56, nº 2, 2008, pp. 220-237.
- MERTON, ROBERT K. *Teoría y estructura sociales* [1968]. México: F.C.E., 1987.
- MESTROVIC, STJEPAN. *Postemotional society*. London: Sage Publications, 1997.
- . *Anthony Giddens: The Last Modernist*. New York: Routledge, 1998.
- MIDEPLAN. *Encuesta de caracterización socioeconómica CASEN*. Santiago, 2000.
- . *Encuesta de caracterización socioeconómica nacional 2003. Principales resultados en Salud*. Santiago: Ministerio de Planificación y Cooperación, 2004.
- MILLEFIORINI, ANDREA. *Individualismo e società di massa*. Roma: Carocci, 2005.
- MILLS, CHARLES WRIGHT. *La imaginación sociológica* [1959]. Madrid: F.C.E., 2000.
- . *White Collar* [1951]. New York: Oxford University Press, 2002.
- MINISTERIO DEL TRABAJO Y OIT. "Más y mejor inserción de mujeres al mundo del trabajo", *Observatorio laboral*, nº 26, 2007.
- MOLINA, SERGIO. *Es el tiempo de la equidad*. Santiago: Academia Chilena de ciencias sociales, políticas y morales, Instituto de Chile y Banco del Desarrollo, 2005.
- MONSIVÁIS, CARLOS. *Aires de familia*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- MONTERO, CECILIA. *La revolución empresarial chilena*. Santiago: Dolmen Ediciones, 1997.
- MORALES, LILIANA Y ÁLVARO YÁÑEZ. *La bancarización en Chile. Concepto y medición*. Santiago: SBIF, 2006.
- MOUFFE, CHANTAL. *En torno a lo político*. Buenos Aires: F.C.E., 2007.
- MOULIAN, TOMÁS. *Chile actual: anatomía de un mito* [1997]. Santiago: LOM Ediciones, 1998a.
- . *El consumo me consume*. Santiago: LOM Ediciones, 1998b.
- MUMFORD, LEWIS. *Technique et civilisation*. Paris: Seuil, 1950.
- NAVARRO, VICENÇ. "La lucha de clases a escala mundial" [2006], en *25 años de neoliberalismo*. Barcelona: Editorial Hacer, 2007, pp. 71-88.
- NAVIA, PATRICIO. *Las grandes alamedas. El Chile post-Pinochet*. Santiago: La Tercera, 2004.
- NAVIA, PATRICIO; MAURICIO MORALES Y ANTONIO POVEDA. "Desafección política: ¿Qué tan distintos son los ninguno del resto de la población?", *Encuesta Nacional UDP 2007*. Santiago: Universidad Diego Portales, 2008, pp. 25-36.
- NICOLE-DRANCOURT, CHANTAL. "Repenser la relation travail-famille: du privé au politique", en Isabelle Berrebi-Hoffmann (éd.), *Politiques de l'intime*. Paris: La Découverte, 2009, pp. 181-199.
- NIPPERT-ENG, CHRISTINA. *Home and Work: Negotiating Boundaries through Everyday Life*. Chicago: The University of Chicago Press, 1996.
- NOWOTNY, HELGA. *Eigenzeit. Entstehung und Strukturierung eines Zeitgefühls*. Frankfurt am Main:

- Suhrkamp, 1989.
- NUGENT, GUILLERMO. *El laberinto de la choledad*. Lima: Fundación Friedrich Ebert, 1992.
- . “¿Cómo pensar en público? Un debate pragmatista con el tutelaje castrense y clerical”, en Sergio López Maguiña y al. (ed.s), *Estudios culturales*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2001, pp. 121-143.
- NUN, JOSÉ. “Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. V, 2, 1969, pp. 174-236.
- NÚÑEZ, JAVIER Y ROBERTO GUTIÉRREZ. “Class discrimination and meritocracy in the labor market: evidence from Chile”, *Estudios de Economía*, Vol. 31, n° 2, diciembre 2004, pp. 113-132.
- NÚÑEZ, JAVIER Y LESLIE MIRANDA. “La movilidad intergeneracional del ingreso y la educación en Chile”, en *El arte de clasificar a los chilenos*, Santiago, Ediciones UDP, 2009, pp. 83-101.
- O’DONNELL, GUILLERMO. *¿Y a mí qué me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: CEDES, 1984.
- O’DONNELL, GUILLERMO Y LAURENCE WHITEHEAD. “Variabilidad en la aplicación del derecho: una perspectiva comparada”, PNUD, *Democracia/Estado/Ciudadanía: hacia un estado de y para la democracia en América Latina*. New York: PNUD, 2007, pp. 65-78.
- OLLIER-MALATERRE, ARIANE. “Les pratiques d’harmonisation travail/hors travail des employeurs américains, ou l’agrégation des temporalités et des espaces”, en Isabelle Berrebi-Hoffmann (éd.), *Politiques de l’intime*. Paris: La Découverte, 2009, pp. 129-144.
- OTTONE, ERNESTO Y CARLOS VERGARA. *Ampliando horizontes*. Santiago: Debate, 2006.
- PASSERON, JEAN-CLAUDE. “Biographies, flux, itinéraires, trajectoires”, *Revue française de sociologie*, vol. XXXI, n° 1, 1989, pp. 3-22.
- PATEMAN, CAROLE. *The Sexual Contract*. Cambridge/Oxford: Polity Press/Blackwell, 1988.
- PAUGAM, SERGE (ED.). *L’exclusion: l’état des savoirs*. Paris: La Découverte, 1996.
- PAZ, OCTAVIO. *El Ogro filantrópico*. Barcelona: Seix Barral, 1979.
- PEDRERO, NELSON. *Corazón tan puto*. Santiago: Impresos Universitarios, 1998.
- PINEDO CASTRO, JAVIER. “Chile a fines del siglo XX: entre la modernidad, la modernización y la identidad”, en Eduardo Devés, Javier Pinedo, Rafael Sagredo (comp. ), *El pensamiento chileno en el siglo XX*, México, Ministerio Secretaría General de Gobierno, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, F.C.E., 1999, pp. 313-357.
- PNUD. Informe de Desarrollo Humano en Chile, *Las paradojas de la modernización*, Santiago, PNUD, 1998.
- . Informe de Desarrollo Humano en Chile, *Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago: PNUD, 2002.
- . Informe de Desarrollo Humano en Chile, *El poder: ¿para qué y para quién?* Santiago: PNUD, 2004.
- . Informe de Desarrollo Humano en Chile. *La manera de hacer las cosas*. Santiago: PNUD, 2009.
- . Informe de Desarrollo Humano en Chile, *Género: los desafíos para la igualdad*. Santiago: PNUD, 2010.
- PNUD, OIT. *Trabajo y familia: hacia nuevas formas de conciliación con responsabilidad social*. Santiago: PNUD/OIT, 2009.
- POLANYI, KARL. *The Great Transformation* [1944]. Boston: Beacon Press, 1994.

- POLITZER, PATRICIA. *Miedo en Chile*. Santiago: CESOC, 1985.
- . *Chile: ¿de qué estamos hablando?* [2005]. Santiago: Editorial Sudamericana, 2006.
- PORTES, ALEJANDRO Y KELLY HOFFMAN. "Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios en la época neoliberal", en Rolando Franco, Arturo León, Rolando Atria (coord.), *Estratificación y movilidad social en América Latina*. Santiago: LOM Ediciones, 2007, pp. 559-604.
- PRONOVOST, GILLES. *Loisir et société*. Québec: Presses de l'Université du Québec, 1993.
- QUIJANO, ANÍBAL. *Redefinición de la dependencia y proceso de marginalización en América Latina*. Santiago: Ilpes, 1971.
- RAMOS, CLAUDIO. *La transformación de la empresa chilena. Una modernización desbalanceada*. Santiago: Editorial Universidad Alberto Hurtado, 2009.
- RAMOS, JOSEPH ET AL. *Cómo ha cambiado la vida de los chilenos*. Santiago: INE, 2004.
- RANDY, MARTIN. *The Financialization of Daily Life*. Philadelphia: Temple University Press, 2002.
- RASSE, ALEJANDRA; RODRIGO SALCEDO Y JUAN PARDO. "Transformaciones económicas y socioculturales: ¿cómo segmentar a los chilenos hoy", en *El arte de clasificar a los chilenos*. Santiago: Ediciones UDP, 2009, pp. 17-36.
- REICH, RICHARD. *The Future of Success*. New York: Alfred A. Knopf, 2000.
- REYES ANDREANI, MARÍA JOSÉ. "Generaciones de memoria: una dialógica conflictiva", *Praxis*, n° 15, 2009, 77-97.
- RICHARD, NELLY. *Residuos y metáforas*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 1998.
- RIESMAN, DAVID ET AL. *La muchedumbre solitaria* [1951]. Barcelona: Paidós, 1981.
- RÍOS, MARCELA; LORENA GODOY Y ELIZABETH GUERRERO. *¿Un nuevo silencio feminista? La transformación de un movimiento social en el Chile postdictadura*. Santiago: Centro de Estudios de la Mujer/Cuarto Propio, 2003.
- RIQUELME, HORACIO (ED.). *Asedios a la memoria: la experiencia de los psicólogos bajo las dictaduras militares en América del Sur*. Santiago: Ediciones ChileAmérica-CESOC, 2001.
- ROBINSON, JOHN Y GEOFFREY GODBEY. *Time for Life. The Surprising Ways Americans Use Their Time*. University Park, Pennsylvania State University Press, 1999.
- ROBLES, FERNANDO. *El desaliento inesperado de la modernidad*. Santiago: RIL Editores, 2000.
- RODRÍGUEZ, ALFREDO Y LUCY WINCHESTER. "Santiago de Chile: una ciudad fragmentada", en Carlos de Mattos et al., (eds.), *Santiago en la Globalización ¿una nueva ciudad?* Santiago: Ediciones SUR, 2004, pp. 115-136.
- RODRÍGUEZ, VIGNOLI JORGE. "Movilidad cotidiana, desigualdad social y segregación residencial en cuatro metrópolis de América Latina", *Revista Eure*, vol. XXXIV, n° 103, diciembre 2008, pp. 49-71.
- ROJAS HERNÁNDEZ, JORGE. "La sociedad neoliberal", en *Sociedad Hoy*, n° 10, 2006, pp. 41-72.
- ROSA, HARMUT. "Social acceleration: ethical and political consequences of a desynchronized high-speed society", *Constellations*, n° 10, 2003, pp. 3-33.
- . *Beschleunigung*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 2005.
- ROSEMBLATT, KARIN. "Por un hogar bien constituido. El Estado y su política familiar en los frentes populares", en Lorena Godoy et al., *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago: SUR/CEDEM, 1995, pp. 90-109.
- SALAZAR, GABRIEL. *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena*

- del siglo XIX* [1985]. Santiago: Ediciones Sur, 1990.
- SALAZAR, GABRIEL Y JULIO PINTO. *Historia contemporánea de Chile*, tomo 1, *Estado, legitimidad, ciudadanía*. Santiago: LOM Ediciones, 1999a.
- . *Historia contemporánea de Chile*, tomo 2, *Actores, identidad y movimiento*. Santiago: LOM Ediciones, 1999b.
- . *Historia contemporánea de Chile*, tomo 4, *Hombría y feminidad*. Santiago: LOM Ediciones, 2002.
- SALAZAR, MAURO. "Autoritarismo y democracia en el Chile de la postdictadura: los enclaves autoritarios y los límites de lo político", en Mauro Salazar, Miguel Valderrama (comp. ), *Dialectos en transición. Política y subjetividad en el Chile actual*. Santiago: LOM, 2000, pp. 181-210.
- SALVAT, PABLO. "¿De los derechos humanos como *modus vivendi*?", 2005<sup>a</sup>. En [http://etica.uahurtado.cl/html/etica\\_social.html](http://etica.uahurtado.cl/html/etica_social.html) (sitio visitado el 2/4/2011).
- . "¿Nos interesa vivir juntos como iguales?", noviembre 2005b. En [http://etica.uahurtado.cl/html/etica\\_social.html](http://etica.uahurtado.cl/html/etica_social.html) (Sitio visitado el 2/4/2011).
- SANSOT, PIERRE. *Du bon usage de la lenteur*. Paris: Payot, 1998.
- SARTRE, JEAN-PAUL. *L'être et le néant*. Paris: Gallimard, 1943.
- . *Saint-Genet, comédien et martyr*. Paris: Gallimard, 1952.
- SCHNAPPER, DOMINIQUE. *Le chômage à l'épreuve*. Paris: Gallimard, 1981.
- SCHOECK, HELMUT. *L'envie* [1980]. Paris: Les belles lettres, 1995.
- SCOTT, JAMES C. *Los dominados y el arte de la resistencia* [1990]. México: Ediciones Era, 2000.
- SENNETT, RICHARD. *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- SHARIM, DARIELA. "La identidad de género en tiempos de cambio: una aproximación desde los relatos de vida" *Psyché*, vol. 14, n° 2, 2005, pp. 19-32.
- SILVA, UCA. "Tiempo libre, tiempo ausente", *Proposiciones*, n° 32, 2001, pp. 53-58.
- SOLIMANO, ANDRÉS Y MOLLY POLLACK. *La mesa coja. Prosperidad y desigualdad en el Chile Democrático*. Santiago: CIGLOB, 2006.
- SORJ, BERNARDO Y DANILO MARTUCCELLI. *El desafío latinoamericano*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- SOTO, ÁLVARO (ED.). *Flexibilidad laboral y subjetividades. Hacia una comprensión psicosocial del empleo contemporáneo*. Santiago: LOM Ediciones, 2008.
- STABILI, MARÍA ROSARIA. *El sentimiento aristocrático. Las elites mirándose al espejo*. Santiago: Ed. Andrés Bello, 2003.
- STERN, STEVE J. *Recordando el Chile de Pinochet en vísperas de Londres* [1998]. Santiago: Ediciones UDP, 2009.
- STIGLITZ, JOSEPH E. *The Roaring Nineties*. New York: W.W.Norton, 2003.
- STILLERMAN, JOEL. "Gender, class and generational contexts for consumption in contemporary Chile", *Journal of Consumer Culture*, Vol. 4, n° 1, 2004, pp. 51-78.
- . "Social dimensions of shopping in Santiago, Chile", *Consumers, Commodities & Consumption: a newsletter of the Consumers Studies Research Network*, Vol. 6, n° 2, 2005, extraído de <https://netfiles.uiuc.edu/dtcook/www/CCCnewsletter/6-2/stillerman.html> (Sitio visitado el 06/12/2010).
- SUBERCASEAUX, BENJAMÍN. "El siútico o la comedia en serio", en *Contribución a la realidad*. Santiago: Letras, 1939.

- SUNKEL, GUILLERMO Y ESTEBAN GEOFFROY. *Concentración económica de los medios de comunicación*. Santiago: LOM Ediciones, 2001.
- SUPERINTENDENCIA DE BANCOS E INSTITUCIONES FINANCIERAS. *Endeudamiento de Personas en el sistema financiero. Una visión por género*. Santiago: SIB, 2001.
- SVAMPA, MARISTELLA. *La sociedad excluyente*. Buenos Aires: Taurus, 2005.
- TABBONI, SIMONETTA. *Costruire nel presente*. Milano: Franco Angeli, 1992.
- . *Les temps sociaux*. Paris: Armand Colin, 2006.
- TAYLOR, CHARLES. *Fuentes del Yo* [1989]. Barcelona: Paidós, 1996.
- THUMALA, MARÍA ANGÉLICA. *Riqueza y piedad. El catolicismo de la élite chilena*. Santiago: Debate, 2007.
- TIRONI, EUGENIO. *Los silencios de la revolución*. Santiago: Sur, 1988.
- . *La irrupción de las masas y el malestar de las élites*. Santiago: Grijalbo, 1999.
- . *El sueño chileno*. Santiago: Taurus, 2005.
- . *Crónica de viaje*. Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones, 2006.
- . "Identidad y relatos nacionales", en *El Chile que viene*. Santiago: Ediciones UDP, 2009, pp. 79-93.
- TIRONI, EUGENIO Y TOMÁS ARIZTIA. "¿Es Chile un país moderno?", en Eugenio Tironi et al., *Cuánto y cómo cambiamos los chilenos*. Santiago: INE, 2003, pp. 15-76.
- TIRONI, EUGENIO ET AL. *Cuánto y cómo cambiamos los chilenos. Balance de una década. Censos 1992-2002*. Santiago: INE, 2003.
- TOCQUEVILLE, ALEXIS DE. *De la démocratie en Amérique* [1835-1840]. Paris: Gallimard, 1961, 2 vols.
- TODARO, ROSALBA Y SONIA YÁÑEZ. *El trabajo se transforma. Relaciones de producción y relaciones de género*. Santiago: Centro de Estudios de la Mujer, 2004.
- TOFFLER, ALVIN. *Powershift*. New York: Bantam Books, 1990.
- TOLOZA, CRISTIÁN Y EUGENIO LAHERA (EDS.). *Chile en los noventa*. Santiago: Dolmen Ediciones, 1998.
- TORCHE, FLORENCIA. "Unequal but fluid Social Mobility in Chile in a Comparative Perspective", *American Sociological Review*, vol. 70, n° 3, 2005.
- TORCHE, FLORENCIA Y GUILLERMO WORMALD. "Chile, entre la adscripción y el logro", en Rolando Franco, Arturo León y Raúl Atria (coord.), *Estratificación y movilidad social en América Latina*. Santiago: LOM Ediciones, 2007, pp. 339-387.
- TORO, SERGIO. "La inscripción electoral de los jóvenes. Factores de incidencia y aproximaciones al debate", en Arturo Fontaine et al. (ed.), *Modernización del régimen electoral chileno*. Santiago: PNUD, 2007, pp. 101-122.
- TOURAINÉ, ALAIN. *Vie et mort du Chili populaire*. Paris: Seuil, 1973.
- . *La parole et le sang*. Paris: Odile Jacob, 1988.
- . *Pourrons-nous vivre ensemble?* Paris: Fayard, 1997.
- . *Penser autrement*. Paris: Fayard, 2007.
- TOURAINÉ, ALAIN ET AL. *Huachipato et Lota: étude sur la conscience ouvrière dans les entreprises chiliennes*. Paris: CNRS, 1966.
- UDP. *Chile Íntimo. La vida cotidiana del siglo 20*, tomo 1, "Las vacaciones - la casa" (documental), 2006.
- . *Segunda encuesta nacional de opinión pública UDP*. Santiago: Universidad Diego Portales, 2006.

- UN TECHO PARA CHILE. *Memoria 2009*. Santiago, 2009.
- VALDÉS, TERESA. *De lo social a lo político. La acción de las mujeres latinoamericanas*. Santiago: LOM Ediciones, 2000.
- VALDÉS, XIMENA. *La vida en común*. Santiago: LOM Ediciones, 2007.
- VALENZUELA, EDUARDO Y MARÍA SOLEDAD HERRERA. “Tiempo, trabajo y familia”, en J. Samuel Valenzuela, Eugenio Tironi, Timothy R. Scully. (eds.), *El eslabón perdido*. Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones, 2006.
- VALENZUELA J., SAMUEL; EUGENIO TIRONI Y TIMOTHY R. SCULLY (EDS.). *El eslabón perdido*. Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones, 2006.
- VIDAL, DOMINIQUE. *Les bonnes à Rio*. Villeneuve d’Ascq: Presses Universitaires du Septentrion, 2007.
- . “Empleo doméstico, normas jurídicas y sociedad democrática en Brasil”, en Kathya Araujo (ed.), *¿Se acata pero no se cumple?* Santiago: LOM Ediciones, 2009, pp. 151-174.
- VILLEGAS, FERNANDO. *Ruego a UD. tenga la bondad de irse a la cresta*. Santiago: Editorial Sudamericana, 2009.
- VIRILIO, PAULO. *Vitesse et politique*. Paris: Editions Galilée, 1977.
- WACQUANT, LOÏC. *Paris urbains*. Paris: La Découverte, 2005.
- WAGNER, PETER. *Sociología de la modernidad*. Barcelona: Herder, 1997.
- WILSON, WILLIAM JULIUS. *The Truly Disadvantaged*. Chicago: University of Chicago Press, 1987.
- . *Jobless Ghetto*. New York: Knopf, 1996.
- WOMACK, JAMES; DANIEL JONES Y DANIEL ROSS. *La máquina que cambió el mundo* [1990]. Madrid: McGraw-Hill, 1992.
- YOCELEVSKI, RICARDO. *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura, 1970-1990*. México: F.C.E., 2004.

## Anexo. Lista de entrevistados

Muchos de los entrevistados habían tenido varias ocupaciones laborales a lo largo de sus vidas. Si hemos tomado cuenta de ello en nuestro análisis, hemos optado en el cuadro por indicar únicamente la ocupación considerada como principal por el entrevistado. También hemos escogido, con el fin de aligerar la lectura y facilitar la presentación de nuestros resultados, simplificar en el cuerpo del texto la posición de las personas entrevistadas en capas medias (CM) y sectores populares (SP). Un análisis más detallado, conduciría a distinguir por un lado entre aquellos individuos que, en lo que hemos denominado las CM, pertenecen a las clases medias-medias y a las clases medias altas, y los que entre los SP, pertenecen esencialmente al llamado sector D, pero también a las fronteras del C3. La inserción de un entrevistado en uno u otro grupo tiene en cuenta, además de su profesión, el barrio de residencia, la trayectoria escolar y la autopercepción de los mismos entrevistados.

°	Nombre	Sector	Edad	Profesión	Ciudad
1	ADOLFO	CM	32	Concejal	Santiago
2	ALBERTO	SP	55	Taxista	Santiago
3	ALDO	SP	45	Mecánico	Santiago
4	ALEJANDRA	CM	39	Contadora	Concepción
5	ALEJANDRO	SP	34	Coordinador inmobiliario	Santiago
6	ALEX	SP	39	Auxiliar de aseo	Concepción
7	ALFREDO	SP	55	Obrero	Santiago
8	ALICIA	CM	32	Egresada de Arquitectura	Santiago
9	ANA	CM	34	Psicóloga	Santiago
10	ANTONIO	CM	55	Transportista escolar	Concepción
11	AUGUSTO	SP	52	Dirigente social	Santiago
12	BEATRIZ	CM	50	Dentista	Santiago
13	BERNARDITA	SP	48	Cocinera	Santiago
14	BLANCA	CM	54	Kinesióloga	Santiago
15	CARLOS	CM	41	Arquitecto	Santiago
16	CARMEN	SP	40	Cuidadora de adultos mayores	Santiago
17	CAROLINA	CM	32	Profesora de inglés	Santiago
18	CATERINA	CM	51	Ama de casa	Santiago
19	CECILIA	SP	43	Ama de casa	Santiago
20	CLAUDIA	CM	38	Administradora pública	Santiago

21	CLAUDIO	CM	39	Licenciado en comunicación	Santiago
22	CONSTANZA	CM	47	Abogada	Santiago
23	CRISTIÁN	CM	44	Ingeniero en pesca	Valparaíso
24	CRISTINA	SP	54	Funcionaria pública	Santiago
25	CRISTÓBAL	SP	55	Estafeta	Santiago
26	DANIEL	CM	33	Ingeniero civil	Santiago
27	DANIELA	SP	45	Educadora social	Santiago
28	DENISSE	SP	31	Cuidadora y educadora popular de niños	Santiago
29	EDUARDO	SP	35	Diseñador	Santiago
30	ELENA	CM	30	Socióloga	Santiago
31	ENRIQUE	CM	43	Dueño de café	Santiago
32	ERNESTO	SP	35	Cuidador de autos	Santiago
33	ESTEBAN	CM	47	Sociólogo	Santiago
34	EUGENIO	SP	46	Guardia de seguridad	Santiago
35	EVA	SP	32	Procuradora jurídica	Valparaíso
36	FABIOLA	CM	53	Productora	Santiago
37	FELIPE	CM	46	Empresario	Santiago
38	FERNANDO	SP	35	Cocinero	Santiago
39	FRANCISCA	SP	43	Vendedora	Valparaíso
40	FRANCISCO	SP	40	Vendedor de artículos	Santiago
41	GABRIEL	CM	41	Ingeniero comercial	Santiago
42	GABRIELA	CM	50	Ama de casa	Santiago
43	GONZALO	SP	55	Junior	Valparaíso
44	GUILLERMO	SP	35	Trabajador informal, Egresado de periodismo	Santiago
45	HUGO	CM	32	Abogado	Concepción
46	INÉS	CM	52	Ama de casa	Valparaíso
47	INGRID	SP	55	Empleada doméstica	Santiago
48	ISABEL	CM	48	Técnico en gestión administrativa	Santiago
49	IVÁN	SP	35	Conserje	Concepción
50	JAIME	SP	40	Comerciante	Santiago
51	JAVIER	CM	40	Ingeniero comercial	Santiago
52	JORGE	SP	44	Artesano y egresado de antropología	Santiago
53	JOSÉ	CM	55	Médico	Santiago
54	JOSEFINA	SP	36	Ama de casa	Santiago
55	JUAN	CM	46	Periodista	Santiago
56	LORENA	SP	48	Empleada doméstica	Concepción
57	LORETO	SP	32	Funcionaria pública	Santiago
58	LUIS	CM	40	Abogado	Santiago
59	MAGDALENA	CM	48	Profesora y banquetera	Santiago
60	MANUEL	SP	52	Guardia	Valparaíso
61	MARCELA	CM	44	Profesora básica	Valparaíso
62	MARGARITA	SP	42	Auxiliar de enfermería	Santiago
63	MARÍA	SP	35	Empleada doméstica	Santiago
64	MARIANA	SP	41	Empleada doméstica	Santiago
65	MARISOL	CM	38	Periodista	Santiago
66	MARTA	SP	43	Paramédica	Santiago
67	MARTÍN	CM	35	Ingeniero en ejecución en administración	Valparaíso
68	MATÍAS	CM	51	Músico	Santiago
69	MÓNICA	CM	47	Psicóloga	Santiago
70	MYRIAM	SP	50	Aparadora de calzados	Santiago
71	NÉSTOR	CM	39	Ingeniero civil	Santiago

72	NORA	SP	50	Dirigenta social y feriante	Santiago
73	OLGA	SP	55	Encargada de ventas	Santiago
74	PABLO	CM	41	Experto en marketing	Santiago
75	PATRICIA	CM	55	Médica	Santiago
76	PATRICIO	SP	52	Obrero	Santiago
77	PAULA	SP	52	Auxiliar de aseo	Santiago
78	RAMIRO	SP	49	Transportista	Santiago
79	RAÚL	SP	38	Educador en comunicación social	Santiago
80	RICARDO	CM	51	Médico	Santiago
81	ROBERTO	SP	51	Empleado en fábrica papelera	Santiago
82	RODOLFO	CM	35	Profesor de castellano	Santiago
83	RODRIGO	CM	45	Abogado	Santiago
84	ROSA	CM	54	Profesora de matemáticas	Santiago
85	ROSANNA	SP	42	Auxiliar de transporte	Concepción
86	SAMUEL	SP	39	Supervisor de ventas	Santiago
87	SEBASTIÁN	SP	36	Cargador de camiones	Santiago
88	SERGIO	CM	40	Psicoanalista	Santiago
89	SOFÍA	CM	50	Chef	Santiago
90	SOLEDAD	CM	48	Diseñadora de vestuario	Santiago
91	SUSANA	CM	44	Ingeniera en administración	Santiago
92	VERÓNICA	SP	45	Confeccionadora de ropa	Santiago
93	VICTORIA	CM	50	Kinesióloga	Santiago
94	VIRGILIO	CM	55	Economista	Santiago
95	VIRGINIA	CM	37	Periodista	Concepción
96	VIVIANA	SP	47	Recicladora de papel	Santiago